"¿QUÉ HARÍAS SI TU JEFE TE OFRECIERA SER SUYA POR CONTRATO?"





SUYA POR CONTRATO



LENA SALVATORE

SUYA POR CONTRATO

Lena Salvatore

Editorial Andrómeda



Derechos de autor © 2025 Editorial Andrómeda

© de la obra: Lena Salvatore
© de la edición: Marta Rodríguez Parra
© de la corrección: Elena López Guijarro
© diseño de cubierta: NDesign
© de la maquetación: Marta Rodríguez Parra

© 2025, Editorial Andrómeda.
https://editorialandromeda.es/

ISBN: 979-13-990596-3-2
Depósito legal: GR 1909-2025

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Para las amantes de un buen romance erótico con fake dating donde ella cae primero pero él cae más fuerte.
Günther Von Ziegler está hecho de vuestras fantasías.

PRÓLOGO

—Fuera. Lárgate de mi empresa, de mi casa y de mi vida y no regreses jamás. Maldigo el puto día en que mi padre te contrató.

Las palabras salieron disparadas de su boca en un torrente que la dejó paralizada en el sitio, sollozando. Le dolió más que si se hubiera limitado a arrearle un bofetón.

Todo había sido un malentendido. Un horrible malentendido.

En los ojos normalmente fríos e indiferentes de Günther había una ira pura y visceral que la sorprendió, al tiempo en que terminó de partirle el corazón en miles de añicos, porque ella era la culpable.

Presa de las lágrimas traicioneras, abrió la boca para tratar de decir algo, lo que fuera, que lo calmara lo suficiente como para que pudieran hablar las cosas tranquilamente.

Sin embargo, no se lo permitió.

—HE DICHO QUE TE LARGUES —bramó, estrellando un jarrón contra la pared con violencia. Los cristales se hicieron añicos y le causaron algunos rasguños en las mejillas y las manos, pero él estaba tan fuera de sí que ni se inmutó.

Candela ahogó un grito al verlo así.

Pero no se atrevió a acercarse más.

¿Entonces todo lo que habían pasado iba a terminar así?

Qué… agridulce.

Sin embargo, una cosa tenía muy clara y era que no iba a rogarle.

Así que asintió, contuvo las lágrimas y con unas crípticas palabras de despedida en las que intentaba ocultar lo destrozada que aquella decisión la había dejado, hizo lo que él le exigía: salir de su vida.

—Aunque no te lo creas, siento que esto haya acabado así. Adiós, Günther.

Depositó sobre la mesa el collar de diamantes que él le había regalado en su fiesta de compromiso y se marchó sin mirar atrás.

Él se quedó allí, temblando de pies a cabeza y destrozando todo lo que se le atravesaba. Jamás lo admitiría, pero le dolía dejarla marchar.

Y así, pensando que al otro no le importaba cómo se sentían, ambos se dieron la espalda, acabando con los restos de una relación atípica e intensa que jamás debió haberse dado.

El precio había sido dos corazones rotos. Todo por culpa de ese estúpido contrato.

CAPÍTULO 1

Candela odiaba las despedidas con toda su alma.

A pesar de tener ya sus buenos veintisiete no le avergonzaba admitir que era una sentimental sin remedio.

Y nunca había salido de su país. Al menos no tan lejos, ni durante tanto tiempo.

Pero la oferta de trabajo que acababa de presentársele era demasiado buena como para rechazarla (ni loca lo haría, era un sueño).

Es más, ni siquiera era capaz de terminar de asimilarlo todavía. Y eso que ya habían pasado meses desde que había recibido aquel correo electrónico que cambiaría radicalmente su vida. Esperaba que para bien.

Lo más duro fue darles a sus padres la noticia. Al fin y al cabo, Alemania estaba lejos de su país y sabía que los iba a extrañar terriblemente. Tanto como ellos lo harían.

A pesar de eso, la apoyaron en todo momento, mostrándoles cuán orgullosos estaban de que su pequeña pudiera realizarse y conocer mundo.

Ellos se lo habían dado todo. Gracias a su sacrificio había podido estudiar en la universidad y nunca le faltó de nada.

Eran su pilar. Y pensaba demostrarles que había merecido la pena todo su esfuerzo.

Miró el reloj, repentinamente preocupada. Su vuelo saldría dentro de una hora y por nada del mundo quería llegar tarde al aeropuerto.

Así que tomó sus maletas, escribió una nota —para que la vieran cuando llegaran del trabajo— que pegó en el frigorífico, diciéndoles que los quería y los llamaría cuando estuviera en suelo alemán.

Otra de las muchas ventajas de aquel magnífico trabajo era que le pagaban el alojamiento en un apartamento bastante lujoso en

Múnich, a veinte minutos de la empresa.

Estaba cumpliendo el sueño de su vida y no veía la hora de empezar a trabajar allí.

Lo cierto era que estaba un poco nerviosa. Otro país, compañeros nuevos, estar lejos de su familia, su timidez… sentía un cúmulo de emociones a flor de piel que no podía gestionar.

Sin embargo, no dejó que eso le estropeara el momento. Había tomado una decisión y, aunque iba a ser duro al principio, estaba resuelta a salir adelante y cumplir sus metas.

Por teléfono su jefe, el señor Von Ziegler, había sido muy amable. Así que esperaba causarle una buena primera impresión.

Llevaba poco menos de quince minutos en el autobús cuando recibió una llamada de su madre. Así que su familia ya había visto la nota…

—Hola mamá, sí, voy de camino —dijo, cuando esta le preguntó que si había salido con tiempo, si estaba yendo bien el viaje y un sinfín de cosas más—. No te preocupes, llegaré con tiempo de sobra a Málaga para coger el avión. Sí, todo muy bien. A las once en punto.

Tenía un margen de cuarenta minutos para embarcar.

—Muy bien cariño, cuídate mucho y abrígate, que en Alemania hace frío —la reconvino. Oh no, empezaba a ponerse sentimental y eso era algo que Candela quería evitar a toda costa. O acabarían las dos llorando a moco tendido.

—Claro, no os preocupéis. Dale otro de mi parte —añadió, cuando su madre le mandó un abrazo de parte de su hermano.

—Se lo daré, te paso con papá.

Y se despidió, entre lágrimas, más recomendaciones y besos.

Su padre se hizo eco de las palabras de su madre, añadiendo que tuviera cuidado con los hombres, que no saliera sola y todas esas advertencias paternas que tanta ternura le causaban.

—Descuida, papá, voy a trabajar; no a echarme novio —repuso, algo avergonzada al estar convirtiéndose en el centro de atención de los pasajeros que viajaban cerca.

Por el momento no entraba en sus planes conseguir pareja.

Debía centrarse por completo en su trabajo, porque una oportunidad así no se conseguía de la noche a la mañana y pensaba demostrarles que era digna del puesto.

No tardó en despedirse de su familia, tras prometer por activa y por pasiva que les avisaría en cuanto tocara suelo alemán.

Luego se relajó un rato en su asiento. Le esperaban unas horas intensas cuando llegara y quería disfrutar de un poco de tiempo a solas, sin preocupaciones.

Ya tendría tiempo de pensar en el trabajo después.

...

A pesar de haber durado tres horas, el vuelo se le hizo corto, tenía que admitirlo.

La experiencia había sido increíble. Echaba de menos la sensación de estar en las nubes.

No podía ocultar su emoción ante la oportunidad que se abría bajo sus pies.

Si Múnich era precioso desde las alturas, Candela ardía en deseos de comprobar cómo sería pasear por sus calles y empaparse de sus costumbres.

Para comunicarse esperaba no tener grandes problemas, pues se había pasado años estudiando el idioma y tenía un dominio bastante amplio de este. Además, si en algo se atascaba, siempre podía recurrir al inglés.

Cuando se bajó del avión, cargando con su equipaje que —por fortuna— seguía intacto y nada se había extraviado, tuvo que sentarse un momento porque le temblaban las piernas. Necesitaba aclimatarse.

Y aprovechó la ocasión para llamar a su familia y que así se quedaran tranquilos un rato.

Resultó que su mejor amiga estaba allí, pues había ido a visitarlos y así enterarse de la primicia.

Ay, Abril era incorregible.

Hacía apenas unas horas que se había ido y ya la estaba echando de menos como una loca.

Lo suyo era una amistad de toda la vida.

Había llorado como una boba cuando se enteró de su partida y ayer estuvieron juntas despidiéndose con un buen café helado, una costumbre de cada jueves.

—Abril, por favor, llevo tres minutos aquí y ni siquiera he salido del aeropuerto, ¿cómo esperas que tenga detallados ya a los alemanes para saber si están como un queso o no? —la amonestó, en voz baja por si sus padres o, lo que era peor, su hermano andaban cerca para cotillear.

Su respuesta no se hizo de rogar.

—Vaaale, es que este calor me enciende las hormonas, chica. En cuanto llegues a la empresa me das los detalles, necesito saber si vas a trabajar con algún pibón. ¿Entendido, señorita?

Tuvo que prometérselo, pues cuando a su amiga se le metía algo en la cabeza no había quien la hiciera desistir.

En cuanto se despidieron, suspiró y se puso en marcha. Cuánta falta iban a hacerle todos…

Esperaba hacer algún amigo allí, pues la estancia iba a ser bastante larga.

El taxi que tomó era tan cómodo que le dieron ganas de echar una cabezadita. Estaba rendida. Con los nervios apenas había podido dormir aquella noche y en el viaje menos todavía. Había mucho que ver.

Haciendo gala de la habitual cortesía y frialdad alemana, el hombre la saludó con modales exquisitos y en cuanto se hubo acomodado y le dio la dirección, ya no volvió a pronunciar palabra alguna. Se limitó a conducir con la vista al frente, sorteando el infernal tráfico de primera hora de la tarde. El estómago de Candela rugió en ese instante, a su pesar. Era la hora de comer y estaba hambrienta.

Decidió que iría directamente a la empresa para ponerse al día cuanto antes y así causar una buena impresión, aunque no la esperaban hasta la tarde. Ya tendría tiempo de instalarse después.

Cuando llegaron, bajó las dos pesadas maletas como buenamente pudo y le preguntó a la recepcionista si podía guardárselas allí, asegurando que solo sería un momento.

Por fortuna, era muy amable y le dijo que por supuesto. Así que salió corriendo a pagar al taxista.

—¿Te ayudo? —Se ofreció. Y aunque Candela le aseguró que no hacía falta, se empeñó en echarle una mano.

Se presentó como Suzy y no paró de hablar, con un deje inconfundiblemente latinoamericano.

Candela decidió hablarle en español, animada ante la posibilidad de encontrar a alguien que hubiera pasado por su misma situación.

—Gracias Suzy, ¿puedo hablarte en español?

Ella enseguida asintió, entusiasmada.

—¡Claro! En cuanto te he visto me he dicho, Suzy, al fin… no es por ofender, pero el humor de los alemanes es un poco agrio —soltó, tras darle un abrazo caluroso, al que correspondió de buena gana.

—Tranquila, a mí también me alegra. ¿De dónde eres? Si puedo preguntar —inquirió, para hacer conversación.

—De Puerto Rico. Me mudé gracias a una tía que vive aquí y me tendió la mano —le contó, en tono de confidencia—. Llevo ya seis años en este puesto de trabajo, todo un milagro porque con el genio que se gasta el jefe…

Candela se alarmó. ¿En serio?

—Oh, vaya, por teléfono me pareció muy amable… —comentó.

Y bajó la voz para que nadie pudiera escucharla. Lo último que quería era que la pillaran cotilleando en su primer día. Causaría una pésima primera impresión.

—Sí, bueno, yo me refiero al hijo mayor… él es el que suele estar más al pendiente, pues su padre, el señor Von Ziegler, trabaja desde casa —aclaró.

Y eso la habría aliviado de no ser por un pequeño detalle.

—Entiendo. Entonces, ¿será él quien me entreviste? —Quiso saber, para evitar males mayores.

Si tan mal carácter tenía, tendría que andar con pies de plomo. Y su defecto era que hablaba tanto cuando estaba nerviosa que no había quien la callara.

—Probablemente te entreviste su hermano menor, Elliot. Él es quien suele ocuparse de esas cosas. —Sus ojos adoptaron un tono soñador y Candela entendió que lo que Suzy sentía por el susodicho

era más que mera admiración profesional. Reprimió una risa, divertida, la chica le caía bien—. Es decir, el señor Elliot. Es bastante más amable. Y esos ojos que Diosito le dio…

Se llevó una mano a la boca, como si hubiera hablado de más y enterró el rostro en su larga y rizada melena negra.

Candela rio.

—No pasa nada Suzy, guardaré tu secreto. Creo que podríamos llevarnos bien, yo también hablo sin pensar a veces —aseguró, para tranquilizarla.

—Ay, claro, me encantaría, Candelita. ¿Te puedo decir así? —Al ver que asentía, los ojos le brillaron con entusiasmo, como una niña pequeña—. Bueno, será mejor que vayas, te estarán esperando en su despacho. Puerta número cuatro, a la derecha. Todo recto. Yo te espero aquí, si quieres podemos comer juntas —ofreció, tan emocionada que no pudo negarse.

Estaba ilusionada. Esperaba que las cosas fueran mucho más complicadas, pero de momento estaba yendo todo bien.

Solo esperaba causarle una buena primera impresión al hijo de su jefe. Se retocó el pelo disimuladamente varias veces, ajustándose la blusa violeta que acababa de estrenar y plisando su falda beige. Lista. Ya estaba frente al despacho.

Inspiró hondo. Le temblaban las manos debido a los nervios cuando tocó a la puerta. Sin embargo, nadie le abrió. Frunció el ceño, extrañada.

Suzy dijo que era ahí. ¿Existía la posibilidad de que se hubiera equivocado?

Estaba a punto de ir a preguntarle cuando le llegaron unas voces distorsionadas del despacho contiguo. Parecía una discusión… Eran un hombre y una mujer. Este parecía molesto.

No pudo evitar dejar que su curiosidad tomara las riendas y se acercó sigilosamente, tratando de escuchar bien. A fin de cuentas, alguien tendría que atenderla, ¿no?

—Cuando te doy una orden la cumples, ¿lo entiendes? O tendrás que volver a atenerte a las consecuencias —estaba diciendo una airada voz masculina, en un alemán bajo y profundo. Candela no

pudo evitar pensar que era una voz muy grave y hermosa, a pesar de la furia que destilaba su tono.

—Mmmm… no sé Günther, creo que tanto a ti como a mí nos gusta más cuando me castigas, ¿verdad? —replicó la mujer, entre… oh, Dios, entre gemidos.

¿Qué estaba pasando ahí dentro?

La respuesta era obvia, pero Candela simplemente no daba crédito. Eran las tres de la tarde. Cualquiera podría oírlos. O lo que era peor, sorprenderlos. Quiso salir corriendo de ahí, pero un impulso la llevó a quedarse hasta escuchar la respuesta de él. Se oían más gemidos y ruidos de objetos siendo volcados. Se llevó las manos a la boca. No daba crédito.

—No acabo de demostrártelo, ¿uhm?

Vale, suficiente. Tenía que irse de allí. No sabía dónde estaba el señor Elliot, pero era evidente que no andaba por allí. Y el señor Günther… estaba demasiado ocupado para atenderla. Además, tenía hambre.

Ya estaba girando sobre sus talones cuando, para su horror, la puerta se abrió de súbito mostrándole la imagen de una mujer despeinada y con el pintalabios corrido. Llevaba el vestido rosa ajustado sin abrochar y la miraba de hito en hito.

Pero su atención se la llevó el impresionante hombre que estaba de pie frente a ella, con la camisa desabotonada y una enorme erección en los vaqueros, sueltos sobre unas caderas tan marcadas que le entró un calor incontrolable solo de posar su vista ahí.

Era alto, castaño, estaba en una forma de escándalo y tenía los ojos verdes más increíbles que había visto nunca… los cuales la estaban fulminando con una mirada increíblemente torva y enfurecida.

Oh, oh.

Antes de que alguno de los dos pudiera reaccionar, hizo lo único que podía hacer.

—Oh, yo… lo siento, no… No he visto nada. Sigan, por favor.

Después, antes de que pudiera darse de bofetadas por su estupidez, salió corriendo. Literalmente voló por el pasillo.

—¡Eh!, ¿adónde crees que vas? —Oyó que le gritaba el hijo del jefe. Y sonaba a punto de explotar de la ira.

No podía dejar que la atrapara o estaría muerta. O, peor aún, despedida.

No podía dejar que eso pasara.

La mujer le gritó que la atrapara. Sentía sus pasos pisándole los talones. Mierda. Dio un resbalón por culpa de los tacones que llevaba —a los que no estaba acostumbrada— y empezó a caer.

Pero no llegó a tocar el suelo, porque unos brazos increíblemente torneados se enroscaron en torno a su cintura, atrapándola al vuelo. Levantó la vista y quiso que la tierra se la tragara. Era él.

Tenía las mejillas encendidas y la aferraba con firmeza. Pero su mirada era de todo menos amable.

—¿Creías que te ibas a escapar, *liebling*?

Su tono no augura nada bueno.

«¿Por qué me tienen que pasar estas cosas a mí?», pensó.

CAPÍTULO 2

Günther no soportaba a la gente incompetente.

Estaba que trinaba y necesitaba respuestas. Llevaba diez minutos esperando a Erika con un humor de perros, pero la rubia era muy hábil y, adivinando su estado de ánimo, se escaqueaba. Resopló, apurando su copa de *whisky*. La necesitaba para relajarse. ¿Acaso tenía que ocuparse siempre de todo?

Miró el reloj. Doce minutos sin recibir respuesta. Detestaba con todas sus fuerzas la impuntualidad.

Se llevó las manos a la sien, pues el intenso cabreo le estaba dando dolor de cabeza.

Depositó el vaso, ya vacío, sobre la mesa, de malos modos, y marcó el número de su hermano.

Si Erika no daba la cara, sería él quien tendría que darle explicaciones por cancelar el trato con los inversores. Y sin consultarle. Estaba que estallaba. ¿Con qué derecho pasaban por encima de su autoridad?

Pero Elliot tampoco contestó. Era de esperar. No tenía pelotas para enfrentarlo, pero ya lo encontraría.

Estaba a punto de llamar a su contable, Max, quien también era de sus mejores amigos. Pues si alguien sabía dónde estaba el capullo de su hermano, ese era él.

Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, la puerta de su despacho se abrió para dejar paso a una Erika bastante arreglada. Suspiró.

Siempre que la cagaba, tenía la costumbre de pensar que podía hacer que la perdonara con sexo. Eran amantes ocasionales desde hacía tiempo. Tampoco nada demasiado comprometido. Günther detestaba esa maldita palabra. No existía en su vocabulario. Hacía lo que le daba la gana. Podía permitírselo.

Se había dejado la piel para llegar hasta donde estaba. Nada le había venido regalado por ser el hijo del jefe, como muchos pensaban erróneamente, criticándolo a sus espaldas. Víboras.

—¿Estás ocupado, guapo?

Erika empleaba su tono más sugerente para engatusarlo. Empezaba a perder la paciencia.

—No me hagas preguntas obvias y cierra la puerta —exigió, soltándose la corbata sin miramientos.

—Deja que te ayude con eso —se ofreció, coqueta, tras acatar sus órdenes para asegurarse de que tenían intimidad.

La dejó hacer. Necesitaba esa distracción.

Sus dedos gráciles desabotonaban su camisa con mimo, las largas uñas acariciando su piel con diligencia. Si pensaba que con eso se iba a librar de dar explicaciones, era que no lo conocía en absoluto.

—¿Por qué mierda os habéis echado para atrás con los putos inversores, Erika? Quiero una respuesta y la quiero ahora —exigió, controlando a duras penas su temperamento.

No era un hombre paciente y no le gustaba que pasaran por encima de su cargo. Él debería haber estado en esa maldita reunión, pero nadie lo avisó.

—Günther, cielo, cálmate… —intentó tranquilizarlo ella, besando su cuello para intentar relajar la rigidez de su cuerpo.

La tomó de las muñecas con suavidad y la apartó, girando la cara.

—Vamos, no te pongas así, yo solo hice lo que me pidió tu hermano… y Max.

Su respiración empezó a acelerarse.

Esos dos… ¿qué se traían entre manos en aquella ocasión? Resopló una risa amarga, frustrado.

—Nada de "no te pongas así". ¿Qué cojones sabes? —bramó. Odiaba que la gente se anduviera con tantos rodeos y Erika lo sabía.

Ella tragó saliva. No podía lidiar con él como lo tenía previsto. Mala suerte. Debería haber sabido que a él nadie podía controlarlo. Era indomable.

Erika suspiró con dramatismo antes de hablar.

—Todo lo que sé es que hubo un malentendido desagradable entre uno de los principales accionistas y Elliot. Tu hermano te lo

contará todo, relájate, por el amor de Dios. Estás demasiado tenso…

Gruñó, fastidiado.

No le gustaba que le contaran las cosas a medias y mucho menos que le dijeran qué hacer.

Intentó zafarse, pero Erika lo retuvo con sus manos hábiles y le cogió la cara, besándolo sin parar.

—Alguien podría sorprendernos, Erika. Además, estoy cabreado contigo —le espetó, quitándosela de encima otra vez.

La rubia resopló, molesta.

—Nadie va a venir, Günther. Están todos comiendo. Anda, vamos, necesitas descargar ese mal genio que tienes y yo te necesito a ti.

Visto de aquel modo, no le faltaba razón…

Sin ceremonias, se levantó de la silla de escritorio y barrió con la mano las carpetas y documentos que reposaban sobre él, para despejarlo.

Erika parecía excitada al verlo tan desatado y no tardó en quitarse el largo abrigo que llevaba, para revelar un vestido rosa que se ajustaba a la perfección a sus curvas y mostraba sus exuberantes pechos.

La atrajo hacia sí, sujetándola de la cintura y besándola con rudeza y exigencia, demostrándole quién llevaba las riendas.

Levantó su pierna y se la enganchó al hombro, para probar ese coño empapado y listo para darle acceso a su lengua.

De inmediato, sus jadeos resonaron por todo el despacho y él resopló, con la respiración errática. Sus uñas marcaron su espalda para espolearlo a ir más rápido.

Tuvo que taparle la boca para acallar sus gritos de placer y en cuanto estuvo hecho, la levantó y la colocó sobre la mesa de madera sin ceremonias, tirando todo cuanto le estorbaba a su paso.

Estaba ansioso por follarla de una buena vez.

Sin embargo, ella se empeñaba en recrearse con estúpidos preliminares que no le interesaban.

Así que decidió divertirse un poco y fue tanteándola, presionándose en su entrada, pero sin llegar a darle lo que tanto ansiaba.

Gimió, desesperada y totalmente empapada. Lo quería dentro. Y él quería castigarla.

—Günther, por favor —suplicó al cabo, viendo que no cedía.

—¿Por favor qué, Erika?

Jugaba con ella, demostrándole quién tenía el control.

Debería recordarlo la próxima vez que se le ocurriera actuar a sus espaldas.

—Por favor, fóllame. Solo hazlo…

Una sonrisa arrogante tiró de sus comisuras al oírlo.

—Espero que recuerdes esto la próxima vez que quieras ocultarme algo. No olvides que soy tu jefe. Y no me quieres de enemigo —le susurró, tan cerca de la piel sensible de su oído que pudo sentir cómo se estremecía de pies a cabeza.

Estaba al límite, tan lista para él que apenas parecía ser capaz de soportarlo sin perder la cordura. Especialmente cuando sus ojos se posaron en su polla, completamente erecta.

La primera acometida fue brusca y la tomó por sorpresa, pero enseguida empezó a seguirle el ritmo y, nuevamente, tuvo que tapar su boca para evitar que toda la maldita empresa se enterara de lo que estaban haciendo.

Le molestaba esa estúpida necesidad de pregonar a los cuatro vientos que él se metía en sus bragas.

Günther se movió más rápido sobre ella. Podía sentir cómo el orgasmo la sobrevenía y se dejó ir. Sin embargo, él no se corrió hasta un rato después, tras entrar y salir de ella con tanta potencia que estaba empapado.

Cuando terminaron, se quitó el condón y lo tiró a la papelera, esperando que ella se vistiera y se largara para poder seguir trabajando en paz. Aquel día estaba siendo una mierda.

—¿Sigues ahí? —soltó, para romper el incómodo silencio que se había instalado.

Ella seguía sentada sobre el escritorio, con las piernas abiertas.

—Tú me has dado placer a mí y ahora me toca a mí dártelo a ti —aseveró Erika, con una sonrisa ladeada que le dejó muy claras sus intenciones.

Pero no entraba en los planes de Günther repetir.

—Hoy no. Vete, tengo mucho trabajo. —Intentaba ser amable, pero no se lo estaba poniendo fácil.

Se bajó de un salto y en lugar de irse como le había pedido, lo besó en los labios. Con insoportable lentitud.

Su genio se había calmado con el polvo, pero estaba volviendo a despertarse ante la insistencia de aquella maldita mujer.

¿Acaso no entendía un no por respuesta?

La paciencia se le agotó en décimas de segundo y la tomó por el brazo sin ceremonias, abriendo la puerta y arrastrándola al exterior sin importarle que los dos estuvieran a medio vestir.

Solo quería librarse de ella de una dichosa vez. Le iba a estallar la cabeza.

—Günther… —protestó.

—Cuando te doy una orden la cumples, ¿lo entiendes? O tendrás que volver a atenerte a las consecuencias —espetó, autoritario.

—Mmmm… no sé Günther, creo que tanto a ti como a mí nos gusta más cuando me castigas, ¿verdad?

Su tono volvía a ser juguetón y tenía que admitir que esas palabras lo calentaron, pero él no era de los que cambiaban de opinión.

—No acabo de demostrártelo, ¿uhm? —replicó, chulesco.

—Vete antes de que…

Se quedó congelado a mitad de la frase. No podía ser… Aquello no estaba pasando.

Una chica joven y atractiva estaba petrificada en el umbral de la puerta, mirando la escena que ambos estaban protagonizando con los ojos abiertos de par en par por el espanto.

Günther hervía de ira. ¿Cómo era posible que aquello hubiera sucedido? Siempre había sabido mantener la discreción y ahora se había comportado como un adolescente hormonal. La furia le burbujeaba en las venas hasta el punto de ebullición.

Si esa chica abría la boca, sería el hazmerreír de toda la empresa. Y si llegaba a oídos de sus padres… lo último que necesitaba eran más jodidos sermones.

Avanzó unos pasos hacia ella, con los puños apretados de rabia. A su espalda, oyó que Erika gritaba algo, pero ni siquiera la escuchó.

Tenía toda su atención fija en la castaña. Parecía horrorizada. Joder, lo que le faltaba… Tenía cara de querer irse de la lengua. No podía dejarla.

—Oh, yo… lo siento, no… No he visto nada. Sigan, por favor —tuvo la ocurrencia de soltarle.

Y Günther no sabía si aquello lo cabreaba hasta el punto de hacerle explotar la vena de la sien o lo divertía por su candidez. Entonces, de repente, antes de que él pudiera decirle nada, la chica echó a correr como si el diablo la persiguiera.

Frunció el ceño, ¿tanto miedo daba?

—¿A qué esperas Günther? Ve tras ella y atrápala.

El grito de Erika lo hizo volver a la realidad y salió tras ella. Afortunadamente cayó en la cuenta de que tenía los pantalones desabrochados y se subió la cremallera. No quería más malentendidos.

La divisó a pocos metros. Apenas podía correr con los zapatos que llevaba, así que no había ido muy lejos. Entonces, como si hubiera sentido su presencia pisándole los talones, dio un traspié. Y Günther supo que acabaría en el suelo si no hacía algo. Quería poner los ojos en blanco. Además de indiscreta, torpe. Bufó y en una zancada ya tenía su pequeña y esbelta cintura entre los brazos.

La sostuvo para evitar que cayera y con la inercia la chica se aferró a su cuello para estabilizarse.

Había muy poca distancia entre ambos y tenía que admitir que, así de tan cerca, era guapa.

Pero esa carita de ángel acababa de ocasionarle un montón de problemas con su inoportuna presencia.Y Günther odiaba los problemas.

Ella lo miraba con el pánico pintado en esas facciones angelicales. Sus ojos azules estaban muy abiertos, en una mueca que —si la situación hubiese sido otra— hasta le habría hecho gracia.

—¿Creías que te ibas a escapar, *liebling*? —susurró, muy cerca de su oído.

Tanto que ella se estremeció por el contacto y retrocedió. Solo entonces él se percató de que todavía la tenía sujeta entre sus

brazos. La soltó de inmediato, abotonándose la camisa con furia. Nada de aquello tendría que haber pasado.

Por el rabillo del ojo vio a una nerviosa Erika, que contemplaba la escena con inquietud.

Le dijo que se retirara. Él se encargaría. Cuando estuvieron a solas la acorraló contra la pared.

Estaba tan sofocada que parecía que la sorprendida haciendo algo indebido hubiese sido ella y no al revés. Eso lo divirtió.

—Yo… le juro que no diré nada. De verdad, déjeme ir y…

La hizo callar, posando un dedo sobre sus labios. Estaba nerviosa y quería saber por qué.

—¿Quién eres y por qué estabas espiándome? —exigió saber, sin dejarla ir. Estaba tan roja como un tomate.

—No, yo no lo espiaba —se justificó. Luego, al ver el bufido escéptico que soltó él, se apresuró a explicarse—. Solo… Mire, soy Candela Flores, la nueva…

—Tu nombre no me interesa, al grano —la cortó, perdiendo la paciencia.

No le gustaba la gente que se andaba con rodeos.

—Trato de explicarle lo que pasó —se defendió. Y esa muestra de carácter le gustó, tenía que admitirlo—. Yo soy la nueva secretaria. Su padre, el señor Von Ziegler, me contrató y acabo de llegar de España. Suzy, la recepcionista, me indicó que el señor Elliot me estaba esperando en su despacho, el número cuatro, pero no había nadie y yo… escuché voces y…

Llegados a ese punto, se interrumpió, visiblemente nerviosa.

—Y decidió cotillear detrás de la puerta. —La ayudó a terminar la frase, dejando traslucir lo molesto que estaba.

Se cruzó de brazos, a la espera de una respuesta y la liberó.

—Bueno… sí. Lo siento. No había nadie más y no sabía que era una… ah, reunión privada.

Después, como si se diera cuenta de lo que había dicho, se tapó la boca con la mano, avergonzada.

Günther no pudo evitar reír. Tenía que admitir que la chica tenía chispa.

—Ya. Dice que mi padre la contrató. Bueno, no la esperábamos hasta las seis.

Estaba contrariado. ¿Por qué había tenido que adelantarse?

—Sí, lo sé. Solo quería llegar pronto para familiarizarme con el lugar y causar una buena impresión.

No pudo evitarlo. Al oír aquello rio abiertamente.

—¿Le parece que lo ha conseguido?

No entendía por qué no lo dejaba estar. Ya le había dicho que mantendría la boca cerrada.

¿Qué más quería de ella? Ni él sabía la respuesta.

—Pues espero que todavía estemos a tiempo de solucionarlo —confesó, con una sonrisa deslumbrante.

Tenía agallas, había que reconocérselo.

—Señorita Flores, ¿verdad? —Al ver que asentía, continuó—. Está usted a prueba. En esta empresa valoramos los buenos valores por encima de todo y ponerse a cotillear en un despacho privado nada más llegar… habla muy mal de usted. Espero que demuestre que sí es merecedora de su puesto —sentenció.

Al procesar lo que le estaba diciendo, ella se llevó las manos a la boca y parpadeó para retener las lágrimas.

—¿Lo dice en serio?

—¿Perdone?

¿Estaba cuestionándolo?

—Por favor, se lo suplico. Yo… me he disculpado. No volverá a ocurrir. Y no diré nada. Pero le ruego que no me haga esto. Su padre me aseguró que…

Parecía desesperada.

Pero el último comentario le molestó.

—Yo no soy mi padre. Y le diré, ya que parece tener la necesidad de replicar a todo lo que digo, que en esta empresa yo tengo todo el poder para poner a prueba o despedir a los empleados que estime conveniente. Él solo los contrata —soltó, entre dientes.

Ella estaba bastante afectada. Pero a pesar de todo, asintió.

—Está bien. Entonces le demostraré a usted y a todo el mundo que soy digna de este puesto.

Eso ya estaba mejor.

—Bien, puede retirarse. Hasta mañana no se incorporará a su puesto. Y más le vale que sea puntual.

—Pero ¿y la entrevista?

Soltó un bufido. Esa chica no sabía cuándo callar… Abrió la boca para contestarle, pero ella lo interrumpió, azorada.

—Perdón, perdón. No se enfade, por favor. Da usted… bastante miedo cuando se enfada —soltó.

Y luego abrió los ojos, como si acabara de caer en la cuenta de lo que había dicho.

Günther no supo cómo tomarse aquello, pero presentía que esa chica solo iba a traer problemas a su empresa. Ojalá estuviera equivocado, porque lo estaba mirando con una cara que… hasta lo conmovió.

—Lo siento, de verdad. Cuando estoy nerviosa hablo sin parar y cuando hablo siempre meto la pata y cuando meto la pata…

—Señorita Flores —pronunció su apellido con firmeza, haciéndola enmudecer al instante—. Váyase a casa, por favor.

—Claro. Sí, me voy… hasta mañana.

Se dio la vuelta y lo dejó allí, mirándola alejarse por el pasillo con la cabeza gacha. Sin saber por qué, se sintió mal. Quizá por eso fue tras ella.

En el mostrador, una estupefacta Suzy los miraba. Parecía que se moría de ganas por hacer preguntas, pero su mirada asesina la detuvo en el acto.

Entonces, justo cuando Candela cogía sus enormes y pesadas maletas para arrastrarlas a la salida, Elliot y Max aparecieron por la puerta.

Por sus caras, Günther supo que se habían entretenido tomando unas copas. Quería matarlos. Por su culpa había pasado todo aquello.

Desde su posición fue testigo de la mirada de su amigo Max sobre la secretaria. Lo conocía. Era un mujeriego sin remedio, como él. Y reconocía de sobra esa mirada. La chica le interesaba.

—Hola, preciosa. Esas maletas son muy pesadas. Si quieres te acerco a tu apartamento. Debes de ser la señorita Flores, yo soy Maximiliam Von Rosenthal, tu compañero —se presentó, besándole

la mano con coquetería. Inconscientemente, Günther apretó los puños. Max y él tenían una regla: en el trabajo no.

—Max, no hará falta. Yo llevaré a la señorita Flores a su apartamento y me aseguraré de que se instale —intervino, con voz alta y clara.

Puso los ojos en blanco cuando, todos a una, cuatro pares de ojos se giraron para mirarlo con incredulidad.

CAPÍTULO 3

¿Quién entendía a ese hombre?

Parecía desesperado por perderla de vista y ahora se ofrecía a llevarla a su apartamento, en un gesto de cortesía que, dicho fuera de paso, no le pegaba nada.

Candela estaba tremendamente abochornada y triste por el incidente que había tenido con él. Además, la manera en que le había hablado… la había hecho sentir como la mala del cuento.

Y ella reconocía su parte de culpa —jamás debió dejarse llevar por la curiosidad—, pero es que en ningún momento había admitido su error.

¿Él sí podía follar con quien quisiera a la vista de todo el mundo, pero ella no podía cometer el simple error de pasar por allí en aquel momento?

Porque perfectamente podría haber ocurrido así.

Además, solo se detuvo a escuchar un momentito. Y es que no estaban siendo nada discretos.

Pero claro, era el hijo del jefe… y menudos humos tenía. Parecía un rey.

Lo cierto era que no quería pasar más vergüenza delante de él, así que declinó la oferta —bueno, más bien la imposición— con la mayor delicadeza de que fue capaz.

—No hace falta. No quiero ser una molestia…

Él resopló con irritación. Era evidente que no estaba acostumbrado a que lo contradijeran en nada.

—Si fuera una molestia no se lo estaría ofreciendo. Deme eso. —Se acercó para cargar con las maletas, levantándolas como si no pesaran nada y se encaminó hacia la salida—. ¿A qué espera para venir conmigo? —espetó, al ver que no se movía.

Resignada, obedeció. No sin antes despedirse.

—Encantada de conocerles. Nos vemos mañana, Suzy.

—Hasta mañana Candelita, ya… ya hablaremos —soltó, en una clara indirecta para que le contara el chisme.

Ella asintió con una sonrisa.

—Pero ¿a qué viene tanta prisa? Apenas he podido presentarme —protestó Max, con una mueca de desilusión en el apuesto rostro.

Elliot solo se reía, a sabiendas de lo fastidiado que estaba su hermano.

—Mañana te presentas. Ahora tenemos que irnos —espetó, de malos modos.

—Joder, vale. Qué carácter amigo, relájate.

—Tal vez si no actuarais a mis espaldas podría hacerlo, ¿no crees, *amigo*?

El sarcasmo y la irritación eran más que notorios en su expresión. Candela no entendía nada.

—Escucha, luego te lo explicaremos. Pero ha habido una razón de peso —adujo, intentando rebajar los ánimos.

Günther miraba a su hermano con fijeza.

—Más os vale. Señorita Flores, ¿por qué sigue ahí?

Parecía más enfadado que nunca.

Así que, sin otra palabra, Candela echó a andar a toda prisa tras él. Por cada zancada suya ella tenía que dar el doble.

Cargó su equipaje en el maletero sin ceremonias y le hizo un ademán para que subiera al asiento del copiloto.

Se ajustó las gafas de sol y metió la primera. Ni siquiera la miraba.

Por una vez, Candela se dio cuenta de que lo mejor era tener la boca cerrada. No quería meter más la pata.

Sin embargo, antes de que el malhumorado alemán pudiera arrancar, la misma mujer de antes —ya perfectamente arreglada— lo detuvo con un golpe en la ventanilla y le hizo señas para que bajara.

Él resopló y soltó una ristra de maldiciones que dejaron estupefacta a Candela.

—Espere aquí, ¿entendido? No tardaré —le ordenó.

—Claro…

Cualquiera le decía que no…

—¿Qué quieres, Erika?

Era notoria la tensión apenas contenida en su voz incluso desde el interior del vehículo.

Tanto así que ella no pudo evitar prestar atención hasta al más mínimo detalle.

Él tenía la mandíbula tan apretada que parecía a punto de partírsele, mientras ella le acariciaba la mejilla de manera bastante íntima.

Se preguntó si serían pareja. Si así era, Candela admiraba a la chica. Aguantar el genio endemoniado que se gastaba el señor Günther no tenía que ser tarea fácil.

—Te he dicho mil veces que en público no, joder —espetó, entre dientes, apartándola.

—Está bien, cariño… ¿lo has solucionado?

Supo que se refería a ella sin necesidad de que la mencionara.

Y efectivamente, él le echó una ojeada sin el menor reparo. Por lo que se apresuró a hacerse la disimulada. Asintió, de mala gana.

—Me voy. Ya hablaremos.

Parecía ansioso por perderla de vista.

—Espera, ¿por qué tienes que llevarla tú a su casa?

Sonaba celosa… Candela se envaró. No sabía por qué, pero ansiaba escuchar lo que iba a responderle. «Solo me faltan las palomitas», pensó.

—¿Me estás pidiendo cuentas? No olvides con quién estás hablando.

Su tono era tan agrio y autoritario que hasta ella se puso seria. Qué carácter…

—No, no, solo… que no entiendo por qué acaba de llegar y ya tiene la atención de todos los hombres de esta empresa.

Candela frunció el ceño ante la amargura que desprendían las palabras de la tal Erika. Sabía que eso no era cierto, pero aun así, no pudo evitar que le afectara su comentario por las insinuaciones que conllevaba.

La respuesta de su interlocutor fue para enmarcarla.

—Tal vez deberías preocuparte menos por entender lo que no te incumbe y más por hacer bien tu trabajo. Buenas tardes, Erika.

Y dejándola ahí plantada, se subió al coche y arrancó, derrapando e incorporándose a toda velocidad al fluido tráfico de primeras horas de la tarde.

Candela se agarró a su asiento. No se atrevía ni a parpadear. Aunque pronto él pareció calmarse y aminoró la marcha.

—Pronto llegaremos, no se preocupe —le dijo, para su sorpresa.

Creía que iba a pasarse todo el camino ignorándola, como había estado haciendo.

—No llevo prisa, descuide.

Y ahí estaba.

Ladeó la cabeza y le echó un breve vistazo que la cohibió sin saber por qué.

Iba a decir algo, pues no llevaba bien los silencios debido a su carácter parlanchín —además de que, en cierta forma, le había parado los pies a Erika cuando estaba hablando mal de ella y lo agradecía—, pero entonces su móvil empezó a sonar, rompiendo el momento.

Oh, no. Era su amiga Abril.

No podía dejar que su jefe, tan serio y formal, oyera las locuras que salían por su boca. O estaba segura de que la despediría definitivamente.

—¿No piensa contestar? No me importa, si es lo que la detiene —comentó, con una ligereza que la sorprendió.

Al menos estaba bien saber que podía ser amable de vez en cuando.

—Ah, bueno… es una amiga.

Ni siquiera sabía por qué le daba explicaciones, mucho menos por qué le importaba lo que pensara de ella. Pero lo hacía y no podía evitarlo.

—Hola, Abril.

—¿Cómo que «Hola Abril»? Te he mandado cien mensajes. —Y ahí estaba, dramática en su máximo esplendor—. Necesito que me cuentes todos los detalles, quiero saber cómo te ha ido, qué tal es tu

jefe y tus compañeros… Dime que hay alguno que te ha alegrado la vista, por favor. Necesitas pasar página después de lo del idiota de Sergio.

Oír el nombre de su ex le dolió.

La ruptura estaba demasiado reciente y aunque se esforzaba por hacer como que ya todo estaba superado no era así. La manera en que había roto con ella, nada más enterarse de que iba a tener que irse a trabajar fuera, todavía le escocía.

Se dijo, como todos los que la querían le habían asegurado, que estaba bien porque así al menos se había dado cuenta a tiempo de que no tenía los mismos sentimientos que ella por él. Pero aun así… no era fácil.

—Luego te cuento, estoy llegando al apartamento que me han asignado —repuso, lo más discretamente que pudo.

Günther le dedicaba breves miradas de soslayo, interesado en la conversación, y no quería dar demasiados detalles.

Su amiga lo captó al vuelo.

—No me digas que no estás sola. Joder, tía, así me gusta. Vale, pero llámame enseguida. Como me dejes con el chisme a medias te mato. Te quiero.

Y tras ese borbotón de palabras se despidió, no sin que Candela le prometiera que así lo haría. La adoraba.

—¿Ya la echan de menos? —inquirió Günther al poco, sorprendiéndola una vez más.

¿Estaba intentando darle conversación?

—Sí… los primeros días serán duros. Nunca he salido de mi país, y menos para tanto tiempo.

No sabía por qué se estaba abriendo con él, pero se dejó llevar por un impulso.

—Entiendo. Todo es cuestión de acostumbrarse.

—Si paso la prueba —no pudo evitar soltar, aunque después quiso morderse la lengua.

Para una vez que se relajaba un poco… no quería fastidiar el momento.

—Parece usted una chica lista, seguro que lo hará. Ya hemos llegado —anunció.

Un momento, ¿eso había sido un cumplido?

Apenas pudo reprimir una sonrisa.

—Le agradezco mucho que me haya traído, de verdad.

—No ha sido nada.

Le pareció sincero.

—Creo que no ha comido, ¿verdad? —Asintió, incrédula ante su suspicacia—. Lo imaginé, dado que ha venido directamente a la empresa. Allí, en ese restaurante, hacen unas comidas para llevar bastante buenas. Puesto que no hay nada en el apartamento, creo que le ayudará bastante el día de hoy —le recomendó, con una atención que la dejó descolocada.

¿Podía una persona pasar de ser un completo ogro enfurecido a un… caballero?

Parecía que Günther Von Ziegler sí.

—Lo haré, muchas gracias.

—La ayudo a subir las maletas —se ofreció.

—No es necesario, en serio, ya puedo yo… —Trató de disuadirlo.

Ya había hecho bastante con traerla.

—No me haga insistir —resopló. Y ahí volvió a asomarse el hombre brusco y malhumorado de antes. Lo dejó hacer.

Subió las dos enormes maletas por las escaleras sin apenas despeinarse.

Candela no pudo evitar admirar su figura. Se notaba que estaba en muy buena forma. Y esas nalgas redondeadas… no eran aptas para cardíacos.

Se obligó a quitarse esos pensamientos subidos de tono de la cabeza. Era su jefe, por Dios. Y encima la tenía a prueba. Si la pillaba mirándolo… no sabía cómo reaccionaría.

—Espero que se sienta cómoda aquí —le deseó, una vez en el interior.

—Gracias, el apartamento es precioso —aseguró. Y hablaba totalmente en serio.

Era tan grande y espacioso… poseía todas las comodidades y tenía unas vistas impresionantes. Estaba encantada.

—El trabajo me espera, me marcho. —Hizo amago de ir hacia la puerta, pero en el último momento se detuvo y añadió—: Ah,

señorita Flores, le pido disculpas si antes… he sido un poco brusco con usted. Pero entenderá que la disciplina y la discreción son dos cualidades que valoro por encima de todo en mis empleados.

Tenía que admitir que no esperaba que se disculpara con ella, con lo arrogante que parecía.

Eso la ablandó y asintió, con una gran sonrisa.

—No, si lo entiendo perfectamente, no se preocupe que a partir de ahora yo seré la más discreta. Puede usted hacer lo que quiera, como si yo no estuviera.

Supo que, nuevamente, había metido la pata por la manera en que su expresión se ensombreció.

Oh, mierda.

—Quiero decir…

—Déjelo. Hasta mañana.

Cortante y frío como un témpano de hielo, se despidió de ella. No pudo evitar que el mal sabor de boca la invadiera. Ahora que parecía que estaban empezando a llevarse mejor… la cagaba de nuevo. Era una idiota.

—Hasta mañana, señor Von Ziegler.

Cuando la puerta del apartamento se cerró tras su espalda, no pudo evitar sentirse decepcionada.

Decidió llamar a su familia para distraerse un rato y quitarse esos pensamientos de la cabeza. Había sido un día de locos… necesitaba el calor de los suyos para sentirse reconfortada.

La charla telefónica fue tan emotiva que estuvo a punto de llorar, así que no se extendió demasiado, asegurándoles que los mantendría al tanto de todo —y obviamente saltándose el marrón en que se había visto envuelta para no preocuparlos— se despidió y bajó a por algo de comer.

El estómago le rugía tanto que pensó que jamás vería su hambre saciada, así que compró comida para un regimiento.

Aunque echaba de menos los platos típicos españoles, tenía que admitir que la gastronomía alemana era una delicia.

Candela pidió *spätzle*, un plato típico de fideos con huevo que era todo un lujo para su paladar.

Después vio un rato la tele para distraerse, aunque no lo consiguió. La culpa la tenía aquel maldito alemán de metro noventa y mirada helada como el hielo.

Seguía dándole vueltas a su encontronazo y a lo sucedido después al traerla al apartamento. Y no quería seguir pensando en él.

Así que llamó a su amiga para ponerla al tanto de absolutamente todo lo sucedido. La respuesta de Abril no se hizo de rogar.

—Espera, espera un momento porque estoy flipando. ¡¿Que los encontraste follando?! Joder, ¿y qué tan bien equipado estaba?

—En primer lugar no, no lo he encontrado follando. Ya… habían terminado. Pero ¿cómo es posible que pienses en eso ahora? Te estoy diciendo que me ha puesto a prueba —se quejó, enterrando el rostro entre las manos para ocultar su rubor.

Y es que no, no estaba mal equipado. Nada mal. Pero eso no pensaba decírselo a su amiga ni bajo tortura. Si no, no habría quien la parara.

—Perdona nena, es que al decirme eso no he podido evitar que mi mente se fuera por otros derroteros. Pff, ¿para tanto ha sido? —quiso saber, solidarizándose con ella.

—No tienes ni idea. Es… es un ogro.

No había otra forma de describirlo.

Aunque al final había sido un poco amable, pero no tenía esperanzas de que la tregua durara mucho, a juzgar por la última mirada que le había dedicado. Su amiga se rio, divertida ante sus desgracias.

—Vamos, seguro que lo has pillado en un mal día. Verás cómo se le pasa, solo intenta no cagarla mientras tanto y ese puesto será tuyo. Yo tengo fe en ti, te has matado para llegar hasta donde estás.

Esas palabras le calaron hondo y le dio las gracias. Siempre la animaba hablar con ella, por muy mal que estuviera.

Hablaron durante horas. Del imbécil de Sergio, que al parecer había ido al trabajo de su amiga a sonsacarle información, pero Abril lo mandó a paseo. De lo mucho que la echaba de menos. De los cotilleos que se estaba perdiendo. Del maldito y sexy hijo de su jefe…

Al final, sin ganas de seguir hablando de él, Candela se despidió de su amiga. Todos los problemas que tenía en aquel momento llevaban escrito su nombre en letras mayúsculas. Y presentía que, si quería conservar su puesto allí, iba a tener que ganárselo.

El problema era que no tenía ni idea de cómo.

CAPÍTULO 4

Günther estaba muy molesto con aquella chica y su impulsividad. ¿Cómo era posible que en tan solo un día una misma persona le hubiera podido provocar tantas emociones contradictorias?

La señorita Flores iba a ser un dolor de cabeza, de eso estaba seguro. Pero no pudo evitar sonreír ligeramente, no sin cierta amargura, al caer en la cuenta de que —sin perder esa bonita sonrisa— había insinuado que él era un *playboy*, un tirano y un ogro.

Solo Dios sabía qué lo había detenido para no haberla despedido en ese mismo momento.

Quizá fuera su candidez. Sus ojos tenían una transparencia y una ingenuidad que hacía mucho que no veía en una persona y que en cierta forma lo enterneció. No podía truncar su sueño. Había viajado desde muy lejos y venía llena de ilusiones. Ni siquiera él era tan miserable.

Sin embargo, por su bien, la señorita Flores debía aprender pronto disciplina. Tenía que saber dónde estaban los límites y ocupar su lugar. De lo contrario no le iba a quedar más remedio que despedirla.

Y no quería hacerlo, a pesar de que si le contaba a alguien lo que había visto y se corría la voz, su imagen y su reputación se quedarían por los suelos. Y eso era algo que bajo ningún concepto podía consentir.

—¿Cuántos problemas más me darás, Candela? —pensó en voz alta, desvistiéndose con desgana para darse una ducha relajante.

Con el día que había llevado lo necesitaba.

Debía aprovechar que su madre no andaba rondando por allí para interrogarlo. Las cosas seguían tensas entre ellos, con toda su familia en realidad, desde aquel suceso. Ese que tanto odiaba mencionar, hasta recordarlo le hacía hervir la sangre.

Abrió el agua fría, dejando descansar la cabeza contra la pared y tratando de poner la mente en blanco.

Era una técnica que se había visto obligado a desarrollar para combatir tanto estrés. En un puesto como el suyo, no podía permitirse ni un segundo de respiro.

No se había matado en vano para llegar hasta donde estaba y sabía que muchos anhelaban arrebatarle el pódium.

Las empresas Von Ziegler tenían cada vez más competidores en el mercado y ello no contribuía precisamente a suavizar su mal humor.

No bastaba con sobresalir, tenían que ser los mejores. Aplastar a la competencia. No importaban los métodos.

En el mundo de los negocios, si no te dejabas la piel para llegar a la cima y demostrabas de lo que eras capaz, te comían vivo.

Y Günther jamás había sido de los que se conformaban con la mediocridad. Eso lo demostró con creces en cuanto su padre le otorgó un puesto de responsabilidad y no tuvo escrúpulos a la hora de cerrar negocios sucios que, si llegaban a salir a la luz, provocarían un escándalo mediático y los pondrían en el punto de mira de la ley.

Quitándose esos pensamientos de la cabeza, cerró el grifo y se envolvió una toalla alrededor de las caderas.

Aquella noche no tenía ganas de hacer nada, ni tan siquiera quería cenar. Solo le apetecía estar a solas, en silencio.

En ocasiones como aquella, cuando sentía que la presión era demasiada y amenazaba con superarlo, le bastaba con estar un rato en silencio para relajarse y fingir por un momento que todo estaba bien consigo mismo.

Sabía que no podía quejarse, pues tenía una buena casa, una familia prestigiosa y un trabajo y estatus social por el que muchos matarían. Pero a veces no podía evitar pensar que todo era tan vacío, tan insustancial…

—¡Günther, hijo, la cena está lista!

Mierda. Su madre como siempre fastidiándole el momento de tranquilidad.

—No tengo hambre —dijo, alzando la voz para que pudiera oírlo con claridad desde el otro lado de la puerta.

De lo contrario, volvería a insistir.

Pero al parecer Elise Von Ziegler estaba especialmente empeñada en amargarle el momento a solas; como solía ser su especialidad, no le dio tregua un solo segundo. Hasta que se vio obligado a abrir la puerta para ver qué demonios pasaba.

—Tu padre tiene algo muy importante que decirte, hijo, por favor no lo hagas esperar. Ya sabes que no le gusta que la cena se enfríe.

Günther maldijo en cuanto la mujer desapareció con remilgo.

Eso no auguraba nada bueno.

Había sonado más bien como un «Tu padre te está esperando para echarte la bronca» y sabía exactamente a qué se debía.

Seguro que el chismoso de su hermano le había contado el incidente con la dichosa secretaria.

Resopló y se encaminó hacia su habitación a toda prisa, todavía con la toalla alrededor de las caderas, para vestirse y bajar antes de que a Albert Von Ziegler se le acabara la paciencia y mandara de nuevo a su madre por él.

Le apetecía tanto tener que dar explicaciones como soportar las zalamerías excesivamente empalagosas de Erika, pero sabía que no le quedaba otra opción, así que más le valía pasar soportar aquella tortura cuanto antes.

Apenas dos minutos después ya estaba listo y bajaba a cenar, vestido con algo cómodo pero presentable.

Günther Von Ziegler nunca podía ir mal vestido. Nunca podía bajar la guardia, ni en su propia casa. Lo que lo conducía irremediablemente a la condena eterna de las apariencias.

Al llegar al salón y ocupar su lugar justo a la derecha de su padre, que se sentaba a la cabecera, se fijó en la expectación que reinaba en el rostro de sus padres y hermano. Mala señal…

¿Existía la posibilidad de que Elliot les hubiera comentado algo sobre su comportamiento con la nueva secretaria?

Cierto era que no había presenciado el incidente, por suerte… pero últimamente se estaba entendiendo cada vez más con Suzy y ella sí que tenía que haber oído algo.

Su cerebro trabajaba a toda velocidad, pero su rostro era una fría máscara de indiferencia.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme, padre? —inquirió, con toda la despreocupación que fue capaz de imprimirle a su tono.

El hombre se tomó su tiempo antes de contestar, limpiándose los labios con su servilleta mientras terminaba de masticar un bocado de su solomillo.

Günther apretó los dientes. Aquella era una de las famosas técnicas de su padre para «castigarlo» cuando estaba molesto por algo. La fría indiferencia alemana era el sello distintivo por excelencia en la familia Von Ziegler.

Se obligó a mantenerse impasible. No le demostraría cuánto le molestaba esa actitud que, tenía que reconocerlo, también solía emplear él mismo cuando algo lo hacía enfadar.

Elliot y su madre estaban muy concentrados en su cena, pero le bastó una mirada de soslayo para darse cuenta de que permanecían a la expectativa. Sin duda, Albert sabía cómo captar la atención de todos a su alrededor. Y no solo lo hacía en las múltiples reuniones y conferencias que seguía dando, a sus más de setenta y tres años, sino que también se jactaba de aplicarlo con su propia familia.

Günther había aprendido de él la mayor parte de lo que sabía. Lo admiraba, a pesar de sus constantes choques de carácter. Eso solo demostraba lo mucho que ambos se parecían. Elliot, por su parte, era Elliot. No se parecía a ninguno de sus progenitores. Lo que mejor sabía hacer era ganarse la simpatía de la gente, algo que su hermano simplemente no podía ni quería intentar. No estaba donde estaba por ser condescendiente y amable, sino un tiburón en los negocios.

Y no se quejaba. Así estaba bien. Al menos, hasta que había llegado ella…

—De tu nueva secretaria, hijo. Cuéntame, has entrevistado a la señorita Flores, ¿verdad? ¿Crees que está capacitada para el puesto? —inquirió, directo y sin paños calientes, al más puro estilo Von Ziegler.

Günther meditó cuidadosamente sus palabras. No creía que a su padre le sentara muy bien que la hubiera puesto a prueba sin que le diera más explicaciones, por lo que no se lo tragaría y solo le llevaría

a querer cuestionarlo hasta que se acabara enterando del incidente, seguramente por el chismoso de Elliot.

Se aclaró la garganta e improvisó una verdad a medias.

—No tuvimos ocasión de hablar mucho, la muchacha estaba cansada del viaje. Pero sí, me pareció muy preparada y capaz, solo le falta algo de… disciplina —confesó, con la mayor sinceridad.

A su hermano se le escapó una tos ahogada que lo hizo fulminarlo con la mirada. Como dijera una sola palabra…

—Mmm… —Albert estaba más serio de lo que había esperado—. Probablemente necesite tiempo para adaptarse. La contraté por su currículo bastante completo, además de que por correo parecía una chica competente. Así que quiero que te ocupes personalmente de hacer que se sienta bienvenida y contribuir a su buen desempeño. Porque si no… habrá que despedirla y contratar a otra que sí lo haga bien. Esta empresa no puede permitirse pérdidas —alegó, a lo que Günther asintió, conforme.

—Yo no me preocuparía, papá —intervino Elliot, sirviéndose un poco de vino—. Tuve la oportunidad de ver a la chica antes de irnos y me pareció lo bastante capacitada… para soportar el mal genio de mi hermanito —espetó, como siempre con sus bromas.

Günther tenía la mirada agria cuando lo encaró desde el otro lado de la mesa.

—Por cierto, Elliot, ¿le has contado ya a padre que esta mañana Max y tú habéis cancelado el acuerdo con los nuevos inversores sin una reunión previa? —Se la devolvió, antes de abandonar la mesa, excusándose con que había perdido el apetito y dejando a su padre muy enfadado echándole la bronca a un Elliot sediento de revancha, mientras su madre les pedía que dejaran de discutir por los malditos negocios y tuvieran una cena en sana paz.

Aquello era el pan de cada día en la mansión Von Ziegler. No pudo evitar reír al pensar en la reacción de la prensa si pudiera presenciar aquella imagen de la siempre correcta e intachable familia más cotizada de toda la capital.

A veces las apariencias engañaban. Eso él lo sabía de primera mano.

¿Sería el caso de la señorita Flores? Todavía no lo sabía, pero pensaba averiguarlo a partir del próximo día. ¿Sería puntual?

Lo cierto era que había llegado antes de lo previsto, pero nunca se sabía.

Mientras se cambiaba a una ropa más cómoda antes de dormir, decidió ponerse al día con sus correos y revisar las redes de la empresa. Erika era bastante buena en su trabajo de publicista, eso había que admitirlo, pero necesitaban algo nuevo… refrescante, que lograra darle calidez a la imagen que los usuarios tenían de ellos y confiaran en la compañía para sus proyectos. Debía pensar en algo. Y pronto.

A lo mejor, la señorita Flores podía aportar alguna idea. Estaba revisando su currículo y allí tenía un curso en Diseño y estudio de la imagen empresarial.

De repente, una idea le vino a la mente y se apuntó su número de teléfono para mandarle un mensaje. Pasaría a recogerla por la mañana y juntos acudirían a la empresa. Así podría ponerla al tanto de sus labores, ver lo que sabía y no perder ni un segundo de trabajo.

Estaba ya redactando el mensaje cuando la puerta de su cuarto se abrió de improviso para dejar paso a Elliot, que se acomodó sobre la cama —ya con el pijama puesto— sin preguntar siquiera.

Günther resopló, tratando de armarse de paciencia. ¿Qué iba a hacer con él?

—¿Qué quieres? —espetó, seco.

—Veo que sigues de buen humor —contestó, con ironía. Luego, al ver cómo lo miraba, añadió—: Vale, vengo a explicarte lo que ha pasado con los malditos inversores, ¿contento? Y, por cierto, gracias por contárselo a papá, capullo —soltó, dándole un golpe en el brazo que su hermano le devolvió enseguida.

Trató de mirar en el portátil y cotillear lo que hacía, pero Günther fue más rápido y lo cerró.

—Te lo merecías y lo sabes. Espero que al menos hubiera una razón de peso. Anda, cuéntame —pidió, poniéndose cómodo a su lado.

Candela tendría que esperar hasta que su molesto hermano se marchara.

Hablando del rey de Roma, se percató de que se había puesto más serio y sombrío de lo que era habitual. Y supo que sí que debía de haber una razón de peso para sus actos. Sobre todo porque Max lo había respaldado.

—El idiota que representa al corporativo, ese tal Frederick Doménech, le faltó gravemente al respeto a Suzy delante de mí. No podía permitir que un tipejo de esa calaña se asociara con nosotros y manchara el buen nombre de la empresa.

Había rabia en su tono. Günther negó con la cabeza.

—Ya, el buen nombre… —suspiró—. Dices que le faltó al respeto. ¿Qué le dijo? —quiso saber.

Elliot apretó la mandíbula.

—No me hagas repetirlo o juro que iré a buscar a ese imbécil y le daré la paliza que Max me impidió darle en su momento —gruñó.

Günther asintió y le puso una mano en el hombro, humedeciéndose los labios.

—Entiendo… la chica te gusta, ¿eh?

—No.

—Sí.

—Vale. —Acabó confesando—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Tan evidente es? —Quiso saber, levemente sonrojado.

Günther rio.

—¿De verdad quieres que te conteste a eso? —Lo pinchó un poco.

—Vete a la mierda —farfulló, tratando de ocultar su sonrojo.

—Sabes que no puede ser, ¿verdad?

Aunque le doliera, era mejor que se fuera haciendo a la idea. Y sabía que era su deber como hermano mayor decírselo.

—Ya, mamá pondría el grito en el cielo. —Había amargura en las palabras de Elliot, pero aquella era su realidad. Y debían asumirla.

—Como sea… ¿qué estabas haciendo con tanto secretismo? —Cambió de tema deliberadamente y, antes de que Günther pudiera impedírselo, abrió el ordenador para encontrarse con la imagen y los datos personales de la nueva secretaria.

Las muecas que le dedicó fastidiaron a Günther, que se obligó a hacerlo callar.

—Quita esa cara de tonto, solo me aseguro de que cumple con nuestros requisitos antes de hacerla venir mañana a la empresa —dijo, a sabiendas de que si no se lo aclaraba se haría ideas absurdas en la cabeza.

—Claro… ¿por eso te has guardado su número y les estabas escribiendo cuando he entrado? Nos conocemos, Günther —apostilló, risueño.

El aludido resopló. Era imposible razonar con él cuando se ponía así.

—Yo no soy Max, Elliot. Mañana iremos juntos a la empresa porque quiero enmendar mi error, ¿satisfecho? Después de eso todo dependerá de ella. Si no demuestra su valía, tendrá que volver a España —sentenció, más duro de lo que había pretendido con tal de que su hermanito terminara el interrogatorio.

—Apuesto a que la señorita Flores nos va a sorprender a todos. Max se ha quedado prendado de ella. Y tú… si quieres ganártela, más te vale dejar de ir echando polvos por ahí a la vista de cualquiera. ¿Qué diría padre…?

El comentario le molestó, precisamente porque tenía toda la razón.

—Déjame solo, tengo mucho trabajo.

Elliot se rio, sabiendo que estaba enfurruñado. Por una vez, no insistió.

—Bien, te dejo. Espero que la muchacha sea puntual…

Y tras soltar una de sus bromas mordaces se marchó, dejándolo a solas con sus pensamientos.

Cansado, terminó de escribirle el mensaje que había dejado a medias y lo envió.

Él también esperaba que lo fuera, porque no soportaba que lo hicieran esperar.

El pitido intermitente de su móvil no tardó en sonar, indicándole que ella había respondido:

«Buenas noches, señor Von Ziegler. No se preocupe, a las ocho en punto estaré lista. Soy muy puntual. Que pase buena noche.»

Günther sonrió. No sabía por qué, pero le daba que era una mentirosilla y eso de que era muy puntual lo decía para ganar puntos con él.

Pero no importaba.

Tecleó una respuesta.

«Usted también, señorita Flores.»

Al poco, decidió que era demasiado informal y añadió:

«No lo olvide: ocho en punto. Ni un minuto después.»

No tardó en irse a dormir, sin darse cuenta de que la sonrisa no se había borrado de su cara cuando ella le contestó que así sería y le mandó un emoticono sonriente.

Esa candidez que tenía… ojalá no la perdiera en aquel mar de tiburones donde se estaba metiendo.

En su mundo.

CAPÍTULO 5

Candela apenas pudo pegar ojo aquella noche.

Y es que no le había quedado otra que mentirle a Günther… mejor dicho, al señor Von Ziegler. Pero ¿qué podía decirle? ¿Que no era nada puntual porque odiaba madrugar con todas sus fuerzas?

De haberlo hecho, ahora sí que estaría de patitas en la calle, en un avión de regreso a España tan solo veinticuatro horas después de haber llegado.

De ningún modo. Si tenía que madrugar, pues ahí estaría ella, levantándose al alba con tal de causar una buena impresión, porque más valía tarde que nunca.

Así que allí estaba, con unas ojeras que le llegaban hasta el suelo y tomándose el tercer café de la mañana con la esperanza de espabilarse un poco.

Faltaban veinte minutos para las ocho y ella todavía no se había vestido. Pero es que estaban poniendo una telenovela que le encantaba y, aunque no entendía todos los diálogos, se estaba divirtiendo bastante con las peripecias de la protagonista.

De pronto tuvo una ocurrencia, y es que su estancia en Múnich había empezado de manera tan accidentada como cualquiera de esas comedias que tanto disfrutaba viendo, por lo que se sentía la protagonista de una. Esa idea la hizo sonreír, a su pesar.

No creía que acabara igual —eso de encontrar un buen trabajo y encima al amor de su vida solo pasaba en la ficción, especialmente con la suerte pésima que solía tener ella—, pero se contentaba con no ser despedida y que a sus jefes les agradara cómo se desempeñaba trabajando.

El capítulo estaba en la mejor parte, pero lamentablemente iba a tener que apagar ya la tele si quería terminar de arreglarse antes de

que llegara su jefe. Echó una fugaz ojeada a su móvil por si le había mandado algún mensaje, pero no.

Tenía más de quince de la loca de su amiga Abril, pidiéndole más detalles de lo de ayer. Y también unos cuantos de Sergio, que al parecer se había enterado de que ya estaba en Múnich y no se cansaba de fastidiar.

Pensó en bloquearlo, pero en el último momento se arrepintió. No quería darle más importancia de la que tenía y el esfuerzo no merecía la pena.

Así que pasó por la ducha, se arregló y se maquilló con esmero. Acababa de terminar cuando llamaron al timbre. Las ocho en punto. Puntualidad alemana.

Se echó perfume y corrió descalza derrapando por el pasillo, con los tacones en la mano. Si lo hacía esperar, ese ogro que tenía por jefe era capaz de armarle un escándalo y despertar a todos los vecinos.

Escuchó la puerta del edificio cerrarse. ¡Ya subía!

Intentó ponerse los zapatos, pero la hebilla estaba trabada y no la dejaba meter bien el pie, así que se agachó y empleó todas sus fuerzas, rezando por no quedar en ridículo en aquella ocasión.

Sin embargo, sus plegarias no fueron escuchadas, porque justo en aquel preciso instante, Günther Von Ziegler apareció frente al umbral, enfundado en un impecable traje de firma que relucía tanto como sus caros zapatos y su pelo bien peinado. Su loción masculina inundó sus fosas nasales y se empapó de él.

Lucía tan impresionante como siempre… y ella un desastre, para variar.

Estaba tan abochornada que ni siquiera atinó a moverse antes de que él se aclarara la garganta y señalara su postura.

—Señorita Flores, ¿siempre tiene por costumbre recibir así a las visitas? —inquirió, con las cejas enarcadas y ese tono insidioso y sarcástico que se gastaba.

Intentó incorporarse, repentinamente consciente de lo corta que era la falda que se había puesto, pero el pelo se le enganchó en el zapato y estuvo a punto de caerse. Así que se aferró a lo primero que encontró a mano, que resultó ser su corbata. Lo arrastró hasta

el interior y se fundieron en un ridículo baile, mientras él maldecía y ella se deshacía en disculpas, al borde del llanto.

Ahora sí que nadie la salvaba del despido.

Hasta que él logró soltarse y la asió de las caderas para evitar que cayera. Tenía su respiración a centímetros de distancia.

—¡Quédese quieta para que pueda ayudarla! ¡Está enganchado! —resopló, como si fuera culpa suya, intentando soltarle el cabello.

—¿Cree que no lo sé? No sé qué me ocurre que cuando usted está cerca siempre meto la pata.

—¡¿Me está culpando?! —espetó, indignándose.

Ella enrojeció todavía más si es que eso era posible y suspiró de alivio cuando él liberó el mechón rebelde de su cabello.

—¡No! No era esa mi intención, señor Günther.

Tragó saliva.

Un minuto eterno de silencio transcurrió.

Quería que la tierra se la tragara en aquel preciso instante.

Y entonces él esbozó una media sonrisa y bajó la vista hasta sus pies desnudos.

—A no ser que prefiera ir descalza al trabajo por algún motivo que desconozco, será mejor que se calce para que podamos marcharnos. Le pedí expresamente que fuera puntual y ya hemos perdido cinco minutos.

Su tono era agrio.

Se puso los zapatos a toda prisa. Cuando terminó, él le ofreció la mano y se quedó mirándolo, sorprendida por el gesto.

Eso lo hizo poner los ojos en blanco.

—Es usted demasiado torpe, señorita Flores. Temo que si no le ofrezco mi ayuda pueda ocasionar otro desastre. —Fue su cortante respuesta.

Asintió, cabizbaja. Qué tonta por haber pensado otra cosa… Salieron del apartamento y ella cerró con llave, la misma que guardó en su bolso.

El rato que pasaron esperando al ascensor en completo silencio fue el más incómodo de su vida y eso, en vista de lo que había sucedido tanto hacía un rato como el día anterior, era decir mucho.

Cuando llegaron abajo, no pudo contenerse y dijo:

—Gracias por lo de antes y disculpe mi torpeza, por favor… Ah, ¿puedo arreglarle la corbata? Antes, al tirar de ella sin querer, le he sacado un nudo.

—Y casi me estrangula —apuntó, con retintín. Justo cuando iba a volver a disculparse, él añadió—: Pero no se preocupe. Y sí, adelante. A ver si podemos irnos de una vez.

Bueno, seguía siendo un ogro con un genio horrible, pero al menos no parecía ir a despedirla. Todavía.

—Suba al coche —le pidió, abriéndole la puerta con unos modales exquisitos. Unos que al parecer solo usaba cuando le convenía.

Sus cambios de humor la descolocaban.

—Gracias —se obligó a decir, tomando asiento en el lado del copiloto y abrochándose el cinturón mientras él se ponía al volante.

A medida que se incorporaba al tráfico, ella fue relajándose y que él no volviera a comentar nada referente al incidente de hacía un rato contribuyó a distender el ambiente, cosa que agradeció.

—¿Ha desayunado? —le preguntó, para su sorpresa, rompiendo el silencio.

—Sí, hace un rato, no se preocupe por eso. —Lo tranquilizó, con una punzada de calidez al pensar que se había interesado por ella, aun a su rústica manera—. Llevaba un rato levantada, solo que los malditos zapatos…

No sabía por qué lo había dicho, ni a qué se debía esa necesidad por ganar créditos ante él, por hacerle saber que no era un caso perdido como parecía pensar. No esperó que su respuesta lo hiciera enarcar las cejas con malicia.

—¿Ah, sí? Si desea que pase a buscarla antes la próxima vez, solo dígalo…

Se habría emocionado con eso de «la próxima vez» de no ser por lo primero que había salido de su boca.

¿Más temprano? Dios no, si ya le había costado madrugar… definitivamente, cada vez que hablaba lo empeoraba todo con él. Y ahora el muy canalla se estaba riendo, como si le leyera la mente. ¿Tan transparente era?

—¿O tiene algún inconveniente con eso? —insistió. Ella se puso nerviosa y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Es que… estoy siguiendo una telenovela muy adictiva.

Luego se maldijo y quiso golpearse por ser tan estúpida, pero ya era tarde.

La expresión de Günther Von Ziegler era para enmarcarla y tuvo que aguantar la risa. Pensándolo bien, había merecido la pena.

—No me diga… —Su tono era indescifrable y no supo si estaba enfadado o demasiado sorprendido. Puede que ambos—. Así que indiscreta, torpe, que no sabe cuándo callar, tiene problemas con los zapatos de tacón y ahora… aficionada a telenovelas. ¿Algo más que deba saber de usted, señorita Flores? ¿O volverá a sorprenderme?

No supo si tomárselo como un insulto, un halago o una mezcla extraña de ambas. Con Günther nunca se sabía.

Intentó no ofenderse y se encogió de hombros, gesto que por lo visto alimentó su curiosidad, porque no dejaba de dedicarle miraditas de soslayo mientras conducía.

—Bueno, es que es demasiado interesante. A lo mejor si deja que se la cuente acaba dándome la razón —se defendió.

Y otra vez lo hizo reír, aquello estaba siendo un auténtico logro personal y no pudo evitar que una punzada de orgullo la inundara.

Pareció no saber qué decir por unos momentos, hasta que se humedeció los labios y asintió.

—¿Por qué no? Adelante…

Emocionada como una niña pequeña, empezó a detallarle la trama con pelos y señales y, de vez en cuando, él hacía gestos de diversión, o ponía los ojos en blanco, negaba con la cabeza o incluso la miraba de hito en hito, sorprendido por su entusiasmo.

Lo cierto fue que el tiempo se le pasó más rápido de lo que había creído mientras la escuchaba y por una vez no le molestó que hablara tanto. Parecía tan feliz con algo tan simple que la envidió...

Cuando ambos quisieron darse cuenta, ya estaban estacionando en el *parking* privado de la empresa.

—¿Y ella acepta hacerse pasar por su novia? —Quiso saber. Tenía que admitir que le había picado la curiosidad.

Ella le dedicó una sonrisa genuina, ilusionada porque él hubiera mostrado interés.

—¿Lo puede creer? Ahí ha terminado el capítulo.

—Una pena.

No apartaba sus ojos de ella, a pesar de que ya habían llegado y los trabajadores que pasaban por ahí no dejaban de mirarlos.

—¿Y usted cree que accederá?

Por alguna razón, le interesaba mucho su respuesta.

Ella se mordió el labio, pensativa.

—Yo creo que sí. Él le gusta, ¿sabe? Aunque intenta disimularlo fingiendo que le cae mal. En realidad a los dos les pasa lo mismo. Es inevitable —opinó, haciendo gala de su espontaneidad.

Su respuesta pareció satisfacerlo por razones que desconocía y la miraba como si quisiera analizarla. Sus ojos verdes eran tan penetrantes que tragó saliva, intimidaba demasiado.

—Es usted una romántica, por lo que veo.

No era una pregunta, sino una observación. Enrojeció, a su pesar.

—Sí, supongo que por eso me ha ido tan mal en el amor —confesó, sin filtro.

Y hubo algo en sus ojos… una chispa de empatía, que la hizo estremecer.

—Disculpe, eso está fuera de lugar —se obligó a decir, al ver que él no se movía ni decía nada.

Sin embargo, sus palabras lo hicieron reaccionar porque asintió lentamente y se bajó del coche sin añadir una palabra más.

Enseguida, le abrió la suya para que saliera y en cuanto lo hubo hecho cerró y la instó a seguirlo. Caminaba tan deprisa que ella maldijo, intentando que su torpeza no saliera a flote.

En la recepción, Suzy les dio la bienvenida con su calidez de siempre. Aquella mañana estaba radiante. Candela apostaba a que Elliot quedaría impresionado.

—Buenos días, señor Von Ziegler. Señorita Flores… —Los recibió, toda formalidad. Pero en cuanto él se dio la vuelta le hizo señas con las manos como si quisiera emparejarlos. Tuvo que reír, a su pesar.

—Buenos días, Suzy, ¿están todos en sus puestos?

—Sí, señor —confirmó ella, poniéndose seria.

—Bien, sigue trabajando —le dijo, moviéndose con seguridad y elegancia.

De nuevo, Candela se apresuró a seguirle el ritmo para no quedarse atrás.

—Hoy le presentaré a todos sus compañeros y le indicaré sus tareas, por favor… no hable a menos que sea necesario —le indicó, volviendo a ser el mismo hombre frío y cortante de siempre.

—Está bien…

Así que eso hizo.

Saludó y puso buena cara cuando él la fue presentando ante sus compañeros, todos eficientes y educados. Salvo Erika, que apenas le dirigió un quedo saludo y la miró con antipatía, dejándole en claro que su presencia no le era grata.

Eso hizo que decayera un poco su ánimo, pero se esforzó por no darle importancia.

Todo lo contrario que Max, quien era la viva imagen del entusiasmo. Incluso se levantó a besarle la mano.

Günther, molesto hasta decir basta, lo regañó.

—No te pago para que estés coqueteando en horario laboral, Von Rosenthal, así que al trabajo.

Estaba tan serio que cualquiera le replicaba…

—Uy, alguien está de mal humor. Como usted diga, jefe —bromeó este, con mucha confianza.

Candela reprimió una sonrisa al ver que Günther parecía estar a punto de echar humo.

Con una mirada mortal, siguió su camino. Ella fue tras él, por miedo a que la regañara si se quedaba rezagada. A pesar de eso, le dedicó una sonrisa amable a Max. Le había caído muy bien.

Durante media hora se dedicó a escuchar, asentir y callar, mientras él le explicaba sus labores. Se encargaría de gestionar sus reuniones, llevar al milímetro su agenda, pasarle las llamadas y, en resumen, atenderlo en todo lo que necesitara.

—¿Tiene alguna pregunta? —inquirió de pronto.

—No, lo he entendido todo.

—Qué milagro.

«Será capullo…», pensó.

En cambio, sonrió con tensión mientras lo seguía hasta su despacho.

Cuando terminó de explicárselo todo y tras responder a las preguntas que ella le formuló para cerciorarse de que le había quedado todo claro y evitar volver a meter la pata, se instaló en su puesto y empezó a trabajar.

Apenas le bastaron dos minutos para entender por qué la anterior secretaria había renunciado tan pronto —Günther le lanzó una pulla sobre que esperaba que ella aguantara un poco más, al menos, cosa que la molestó bastante y se lo tomó como un reto— y es que la agenda que llevaba el mayor de los Von Ziegler era como para volver loco a cualquiera. No le extrañaba que estuviera tan amargado.

Pero una cosa sí tenía clara, pensaba adaptarse costara lo que costara. El mero placer de hacer que ese engreído se tragara sus palabras era su gran aliciente.

CAPÍTULO 6

—Empresas Von Ziegler, ¿qué desea?

Por increíble que le pareciera, Candela había repetido aquello tantas veces durante los cuatro días que llevaba trabajando —sí, milagrosamente estaba aguantando el tirón y eso que el ogro no se lo estaba poniendo nada fácil— que la dichosa frasecita se le había grabado en la cabeza mejor que sus canciones favoritas, las cuales se encargaba de tararear cuando no había nadie cerca para regañarla.

—El señor Günther tiene una reunión en su despacho en este momento, terminará dentro de una hora aproximadamente, si quiere que le pase el recado… Sí, muy bien, sobre las doce y media lo espera. Que tenga un buen… —maldijo en español al ver que el antipático de su interlocutor le había colgado sin despedirse siquiera y resopló. ¿Tanto le costaba a la gente tener buenos modales? Al parecer sí.

Dios, necesitaba un café con urgencia. Ya empezaba a ponerse de mal humor y eso que ella era la persona más alegre y optimista del mundo —dicho por su familia y amigos—.

Quizá y solo quizá empezaba a entender mejor a Günther; con la cantidad insana de trabajo que tenía siempre era normal que estuviera tan amargado.

Cada día, sin excepción, la recogía en su apartamento y la llevaba al trabajo. Algunas veces hablaban —o bueno, más bien ella parloteaba sin cesar y él la escuchaba con atención, gruñía o ponía los ojos en blanco— y otras pasaban el trayecto en un silencio que poco a poco había dejado de ser incómodo sin que ella supiera cómo o por qué.

Realmente, debía admitir que se había acostumbrado a su nueva rutina mucho mejor de lo que esperaba y eso que seguirle el ritmo a

alguien como Günther era todo un reto. Tanto que, a veces, envidiaba a Deborah, la secretaria de Elliot, quien no tenía ni de lejos tanto trabajo como ella.

Los dos hermanos eran radicalmente opuestos; mientras que Elliot era el relajado y simpático, Günther era perfeccionista y cuadriculado hasta el punto de rayar en lo obsesivo y era un gruñón de mucho cuidado. Aunque, en muy contadas ocasiones, también le había mostrado su lado amable. Claro, que eran tan pocas que no le daba tiempo a disfrutarlas como era debido porque enseguida él la hacía levantar la guardia otra vez. Y así en un círculo vicioso.

De momento, al menos, parecía que estaba superando el ridículo periodo de prueba que le había impuesto.

Con sus compañeros también se llevaba estupendamente, con todos salvo con Erika, que ya ni se esforzaba en disimular que no podía verla ni en pintura. No sabía si se debía solo a lo que había presenciado el primer día o al hecho de que ella tuviera celos porque Günther la llevara al trabajo todos los días, pero, que Candela supiera, Erika y él ni siquiera estaban saliendo, así que no tenía derecho a ponerse así. Solo estaban trabajando, por Dios. ¿Qué pensaba que hacían?

El mero hecho de que la relaciones públicas pensara que entre ella y su jefe existía algo hacía que le entrara la risa. Un hombre como él jamás se fijaría en alguien como ella. Si la mayor parte del tiempo parecía que ni siquiera la soportaba, solo la llevaba a la empresa para mantenerla vigilada, eso era todo.

Aprovechando que la cosa estaba tranquila, salió del despacho y fue a sacarse un café de la máquina expendedora. Lo necesitaba con urgencia.

Apenas se entretuvo cinco minutos, porque ese maldito trasto funcionaba cada vez peor y se había quedado atascado con su dinero y sin darle su preciada cafeína. Menos mal que Max, muy amablemente, había acudido a ayudarla.

Le dio las gracias y charlaron durante unos minutos de temas triviales, pero cuando Candela pasó por recepción para volver a su puesto, se encontró con que Suzy la estaba esperando, muy nerviosa.

—Candelita, menos mal que te encuentro —exclamó, apurada, haciéndole aspavientos para que se acercara y hablándole en español.

—¿Qué pasa, Suzy? —inquirió ella, en el mismo tono, apurando el café de un trago porque ya se temía lo peor. Y efectivamente su amiga tenía malas noticias: la había vuelto a cagar.

—Günther te está esperando en tu despacho y está que se lo llevan los demonios. Quiere saber por qué has abandonado tu puesto sin informarlo.

—Ay Dios, solo iba a por un café y no le he dicho nada porque estaba en una reunión… —Reunión a la que él le había pedido que no asistiera porque no la necesitaba. ¿Cómo iba a imaginarse que terminaría antes de lo previsto?

La aludida se solidarizó con ella y le quitó el café vacío de las manos, antes de darle el mejor consejo que se le ocurrió:

—Corre, Candela, corre antes de que te despida.

Y no tuvo que decírselo dos veces.

...

Hizo el *sprint* de su vida —aunque algunos pensarían que exageraba un poco, ya que su despacho estaba a tan solo veinte metros de la recepción— para llegar en tiempo récord y antes de abrir la puerta se paró para tomar algo de aliento y arreglarse un poco el pelo, que se le había salido de la alta coleta que llevaba debido a la carrera.

Cuando entró, haciendo de tripas corazón, se topó con el imponente metro noventa de Günther de espaldas —y no pudo evitar quedarse unos segundos embobada admirando su físico de escándalo enfundado en ese traje de Armani— y tragó saliva, encomendándose a todos los santos que conocía.

Cerró la puerta con cuidado tras de sí y fue a hablar, pero él no le dio tregua.

—¿Sería tan amable de explicarme por qué diablos abandona su puesto sin informarme previamente, señorita Flores?

Oh, oh, alerta roja. Ese tono solo lo empleaba cuando estaba de muy mal humor. ¿Podía ser más gafe? Lo dudaba mucho.

—Lo siento, no le he informado porque estaba ocupado con su reunión y como solo iba a ser un momento… —empezó a decir, pero él la cortó sin ceremonias.

—No es excusa, para la próxima me avisa de todos modos, ¿está claro? —Al ver que asentía, añadió—: No quiero que vuelva a pasar.

—Clarísimo… digo, no volverá a pasar, no se preocupe —aseguró, poniéndose recta como si fuera una alumna traviesa a la que estaba regañando su profesor. Un profesor particularmente severo y malhumorado, pero sexy…

Cielo santo, ¿qué demonios acababa de pensar?

—Bien, he venido a hablar con usted de algo muy importante.

La seriedad de su expresión la estaba empezando a poner nerviosa.

—Lo escucho… —atinó a decir, apenas en un hilo de voz.

«Ya está, me va a despedir», pensó.

—¿Tengo algo programado para el viernes?

—Sí, un almuerzo con unos inversores y…

Para variar, ni siquiera la dejó terminar antes de interrumpirla con su voz potente y autoritaria.

—Cancela toda mi agenda hasta el próximo lunes.

—Claro, ¿puedo preguntar por qué?

Estaba a punto de entrar en pánico cuando él lo soltó sin paños calientes y casi se le cayó el mundo a los pies porque no era que la fuera a despedir, no… era algo peor.

—Tengo que salir de viaje de negocios mañana, a Canadá, y tú vendrás conmigo.

Si no hubiera temido que la tomara por loca se habría pellizcado en ese mismo momento, pero se las arregló para mantener la compostura antes de cerciorarse de que había entendido bien.

—¿Yo? ¿A un viaje de negocios con usted? ¿Todo… el fin de semana? —farfulló, a punto de entrar en pánico.

—Eso he dicho, sí. Es de vital importancia que consiga impresionar a Enterprises Davenport y convencerlos de asociarse con nuestra cadena hotelera, lo cual me llevará unos días. Ya he reservado en el mejor hotel de la ciudad, te necesito a mi lado y no

quiero fallos con los documentos y presentaciones que deberás organizarme. Hoy lo dejaremos todo listo.

Él siguió dándole algunas instrucciones más, pero Candela seguía procesándolo todo. Iba a pasar un fin de semana entero con su jefe, que no la soportaba, en Canadá, y había reservado un hotel de lujo para ambos. No pudo aguantarlo más y se pellizcó, ante su atónita mirada.

—Auch —se quejó, al ver que se le había pasado la mano.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —Pese a que su tono sonaba tan frío y cortante como siempre, Candela pudo apreciar la incredulidad en sus ojos esmeralda.

Sintió que se ponía muy roja y farfulló:

—No está bromeando, ¿verdad?

Él suspiró como si se estuviera armando de una paciencia infinita.

—¿Tengo pinta de que me guste bromear con algo así? Mañana a las ocho en punto la recogeré en su apartamento, traiga equipaje ligero. Volaremos en mi jet privado.

Y salió del despacho sin despedirse siquiera y dejándola hecha un flan.

No estaba preparada para aquello y esa noche apenas pudo dormir porque, conociéndose como lo hacía, iba a ser un milagro que no la cagara por accidente debido a su nerviosismo.

CAPÍTULO 7

Candela no conseguía pegar ojo. Llevaban poco más de una hora de vuelo y estaba exhausta porque no había podido dormir en toda la noche debido a los nervios.

Eran las nueve y cuarto de la mañana de un viernes y allí estaba ella, al lado de su jefe —tan serio e indiferente como siempre— sentada en su asiento del jet —que era superlujoso y confortable— con los auriculares puestos y sin poder dejar de admirarlo todo.

La azafata estaba por allí por si necesitaban algo, aunque solo ella había pedido un zumo y unas galletas —porque no había podido desayunar nada en su casa— mientras que él había permanecido impávido. En serio, a veces dudaba que fuera humano.

Ni siquiera parecía estar cansado. Al contrario, se lo veía más despejado y atractivo que nunca.

—¿Quiere escuchar esta canción? Aún nos queda mucho tiempo de vuelo y debe de estar aburrido… —le ofreció, porque ella era así y no podía evitarlo.

—Estoy bien, no se preocupe. —Günther declinó, tal y como había esperado que hiciera.

Candela asintió y se encogió de hombros. Él se lo perdía.

No había pasado mucho tiempo cuando la curiosidad que era innata en ella volvió a resurgir para hacer de las suyas y no pudo contenerla.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirió y al ver que él asentía, más resignado que otra cosa, prosiguió—: ¿Hace mucho que trabaja en la empresa?

No le calculaba más de treinta y cinco años y, para ser honesta, por mucho que fuera un tiburón en los negocios, llevaba el peso de demasiada responsabilidad sobre sus hombros.

Günther se giró para mirarla por primera vez a los ojos desde que hubieron subido al jet.

—Desde los veinticinco —respondió, algo escueto. Si ella supiera que empezó como becario apostaba a que se quedaría bastante sorprendida.

Su padre jamás había sido partidario de regalarles nada y todo lo que habían logrado era por méritos propios, algo que él agradecía, pues quería que lo respetaran por sí mismo y no por su apellido.

—Vaya, empezó bastante joven. Su padre tiene que confiar mucho en usted para delegarle tantas responsabilidades —comentó, con una expresión que reflejaba admiración.

Günther esbozó una sonrisa que, lejos de ser alegre, contenía cierta amargura. Porque, aunque sabía que su padre estaba orgulloso de sus logros, no terminaba de confiar en él y debía admitir que en parte eso era algo que se había ganado a pulso debido a la reputación que estaba obteniendo últimamente.

—Sí…

Ni siquiera se molestó en sonar convincente y ella se percató de que su semblante se había ensombrecido ligeramente. Por eso, como sabía que iba a seguir indagando, decidió reconducir la conversación a otro terreno.

—¿Y cómo es que usted ha venido a trabajar tan lejos de casa? Supongo que no habrá sido fácil adaptarse, ¿no echa de menos a su familia?

Los ojos de Candela se llenaron de nostalgia ante la mención de su familia y suspiró, sincerándose como jamás esperó hacerlo con aquel hombre tan desconcertante como atrayente.

—No, claro que no fue fácil y por supuesto que los echo de menos, pero… necesitaba un cambio de aires, salir de mi zona de confort y probarme a mí misma que soy capaz de conseguir todo lo que me proponga, a pesar de las dificultades —admitió, un tanto ruborizada por la manera en que él la estaba mirando, como si la viera por primera vez, con… ¿respeto? Sí, eso era.

Y no pudo evitar sonreír cuando él le dedicó el cumplido más bonito que le habían hecho en mucho tiempo.

—La entiendo, ¿y sabe una cosa? Creo que lo que ha hecho es admirable, no todo el mundo tiene la valentía de dejar atrás todo lo que conoce para perseguir sus sueños, Candela.

—Muchas gracias —respondió, emocionada. Ninguno de los dos apartaba la vista del otro y fue como si, de repente, un puente se hubiera tendido entre ambos.

—¿Puedo…? —Günther dejó la frase en el aire, señalando con la cabeza el auricular que Candela no se había puesto y que colgaba suelto por su oreja.

Ella le dedicó la sonrisa más amplia que le había visto desde que la conocía y se lo tendió, emocionada como una niña con su juguete nuevo. Al final, contra todo pronóstico, se lo había acabado llevando a su terreno y eso le gustaba, porque era la primera vez que le sucedía.

El tiempo se les pasó volando mientras escuchaban música española y Candela incluso empezó a canturrear por lo bajo, tan entregada que no se dio cuenta de que él tenía la vista clavada en sus labios y se removía en su asiento de vez en cuando, tenso…, pero no precisamente porque ella le desagradara como al principio, sino por todo lo contrario.

Aunque jamás lo admitiría.

...

Cuando llegaron por fin a suelo canadiense, Candela estuvo a punto de echarse a llorar de alivio. No estaba acostumbrada a vuelos tan largos y el tiempo se le había hecho eterno, pese a que no había parado quieta. Lo que le había valido varias miradas fulminantes por parte de su jefe, a quien la simpatía le había durado un par de canciones. Después había vuelto a ser el ogro antipático de siempre y se había limitado a ignorarla o a dedicarle gruñidos y monosílabos.

Sin embargo, estaba decidida a no dejar que eso le estropeara el viaje. Pensaba aprovechar cuanto pudiera para disfrutarlo y es que el hotel donde se iban a alojar era el más impresionante en el que ella había estado jamás.

Venía de una familia orgullosamente humilde y aquellos lujos eran algo que nunca se habían podido permitir, aunque jamás le había faltado de nada y mucho menos cariño, cosa que dudaba que fuera el caso del hombre que tenía a su lado, rígido e impecable en ese traje de diseño que le quedaba de escándalo.

—Buenas noches, señor Von Ziegler, esperamos que haya tenido un vuelo agradable —lo saludó la recepcionista, con una efusividad que a Candela le pareció que iba más allá de lo profesional, pero tampoco podía juzgarla.

—Sí, gracias —repuso, con su habitual tono cortante, para acto seguido ir directamente al grano—. ¿Han preparado las suites que les pedí?

La chica, toda eficiencia, asintió.

—Por supuesto, una para usted y otra para su acompañante. Ya está todo listo, aquí tienen sus tarjetas —le indicó y ambos se acercaron para cogerlas mientras el botones se acercaba para tomar sus maletas con modales exquisitos—. ¿Quieren que les subamos algo de cenar al cuarto? Deben de estar agotados…

Lo cierto era que ya habían comido algo en el jet, así que cuando Günther dirigió su mirada interrogante hacia ella para ver si quería algo, negó con la cabeza.

—No será necesario, ya hemos cenado, gracias.

Y sin más preámbulos la despachó y le hizo un ademán a Candela para que lo siguiera hasta el ascensor. Ella obedeció, pero no sin antes desearle una buena noche a la chica, que se había quedado visiblemente cortada.

Qué pocos modales tenía ese hombre a veces… y ella lo sabía por experiencia.

El silencio reinó entre ambos tan pronto como llegaron al segundo piso, donde se encontraban sus habitaciones —una al lado de la otra — y se hubieron quedado a solas.

Candela abrió la suya y se quedó maravillada. Soltó una exclamación al ver la enorme cama con dosel que reposaba en el centro de la estancia, una que la estaba llamando a gritos después

del día tan agotador que había tenido. La decoración era exquisita y todo estaba a la última.

Entró y abrió las cortinas, admirada con las magníficas vistas que se apreciaban a través del gran ventanal.

—Esto es increíble, ¿quiere echar un vistazo? —le preguntó a Günther, dejándose llevar por la felicidad que sentía.

Él, que no había dejado de observarla con curiosidad, negó con la cabeza.

—No es la primera vez que vengo aquí —replicó, a lo que ella asintió. Claro, debió haberlo imaginado. Seguro que un hombre como él había viajado mucho.

—Bueno, usted se lo pierde —soltó, espontánea, y siguió admirándolo todo bajo la atenta mirada de su jefe, que no entendía por qué seguía ahí parado, contemplándola como si nunca hubiera visto a una mujer. Era absurdo.

—No exagere, tampoco es para tanto —espetó, sin entender por qué estaba tan contenta con algo tan…simple.

Ella se volvió para mirarlo con una sonrisa risueña y se encogió de hombros con esa candidez que deslumbraría a cualquiera.

—Créame, para mí lo es.

Günther se encogió de hombros. Sería mejor que se fuera a su habitación a descansar, el viaje había sido largo.

—Bueno, en ese caso disfrute, pero recuerde que mañana a las diez tendremos el almuerzo con los Davenport y si todo sale como espero podré presentarles el proyecto por la tarde. Tiene los documentos y la presentación lista, ¿cierto? —Quiso asegurarse, pues de lo contrario su perfeccionismo no lo iba a dejar pegar ojo. Y aún no terminaba de confiar en ella. A fin de cuentas, todavía estaba adaptándose al trabajo.

—Sí, tal y como usted me dijo, si quiere puede revisarlos —propuso, al verlo tan serio. Aunque luego, casi al instante se arrepintió y trató de arreglarlo, temiendo haber sonado demasiado atrevida—. Bueno, si no está cansado… puedo esperar a mañana.

Su respuesta la dejó atónita.

—No, no podré dormir tranquilo si no me aseguro de que no ha metido la pata. Este negocio es demasiado importante para mí —

apostilló, como si nada.

Candela abrió la boca como pez fuera del agua, ofendida por aquel comentario. No iba a dejar de restregárselo por la cara, ¿verdad? Pues al día siguiente se encargaría de hacer que se tragara sus palabras.

—Oiga, eso no era necesario… —protestó, indignada. Pero él permaneció impasible.

—¿Ah, no? ¿Quiere que le recuerde cómo nos conocimos? —inquirió, enarcando las cejas y retándola a contradecirlo.

Ella respiró hondo y se mordió la lengua. En parte porque tenía razón, pero también porque no quería discutir. Lo mejor era acabar con aquello cuanto antes, así que se aclaró la garganta y lo invitó a entrar en su cuarto.

—Está bien, eh… pase.

Él se adentró en la estancia con su imponente uno noventa y de repente esta se le hizo minúscula. Se echó el pelo hacia atrás, agobiada al ser más consciente que nunca de que estaba a solas con su jefe en una habitación cerrada, en plena noche.

—Si quiere ponerse más cómoda puedo ir a mi habitación y volver cuando esté lista —agregó él, percatándose quizá de su nerviosismo. Sin embargo, ella negó. No tenía sentido retrasar lo inevitable.

—No, no se preocupe, estoy bien así. Después me daré un baño relajante —repuso y tomó asiento en una de las cómodas butacas de chintz que había junto a los ventanales (lo más lejos posible de la cama) mientras él hacía lo propio en el contiguo.

Extrajo el iPad del maletín que siempre llevaba consigo y abrió la presentación que ambos habían preparado para la reunión. Repasarían que toda la información estuviera en orden y las funciones de Candela, que básicamente consistirían en pasarle las diapositivas, repartir los documentos de la propuesta de asociación comercial entre los presentes y ser simpática y educada.

Mientras trabajaban, concentrados en revisar —de nuevo— hasta el más nimio de los detalles, ambos comenzaron a tener cada vez más calor. Hasta el punto en que Günther tuvo que quitarse la

chaqueta del traje y Candela se abanicó ligeramente con las manos cuando él no miraba.

La calefacción no estaba encendida, así que no entendía qué demonios le pasaba.

Era su cercanía, se dijo a sí misma. Aquel hombre la intimidaba profundamente con ese aire autoritario que se gastaba y sin darse cuenta, ambos estaban cada vez más cerca, inclinados el uno frente al otro hasta que, sin querer, ella movió la pierna y se topó con la de él, que se retiró un poco hacia atrás, rígido como una tabla.

—Háble me de los Davenport, ¿cómo son? —le pidió, en cuanto hubieron corroborado que, efectivamente, todo estaba en orden.

Él alzó la mirada y asintió cuando sus ojos se encontraron, manteniendo el contacto visual más tiempo del que era apropiado. El verde magnético de sus iris contrastaba con el marrón claro de los de ella, que sintió la garganta reseca y las piernas de gelatina.

No le extrañaba que Erika hubiera caído en sus encantos si la miraba de ese modo.

Rápidamente, desechó ese pensamiento intrusivo y se recompuso. Debía ser profesional, estaban trabajando por el amor de Dios.

—Bueno, son los típicos multimillonarios estirados. Han nacido en cuna de oro y nunca han sabido lo que es el trabajo duro. Su padre murió hace un par de años y desde entonces su patrimonio alcanza proporciones astronómicas. Tienen infinidad de contactos y están muy bien relacionados, así que como podrá imaginar firmar una sociedad con ellos nos resultaría mucho más que beneficioso. Hablamos de que podríamos cuadruplicar las ganancias anuales de la cadena hotelera y ganaríamos prestigio —le explicó, omitiendo por supuesto los métodos poco ortodoxos que estaban involucrados en buena parte de esas ganancias.

—Entiendo, pero supongo que ellos también saldrán beneficiados en esta sociedad.

Estaba claro que era un hombre que no daba puntada sin hilo y su respuesta no hizo más que confirmárselo.

—Por supuesto. Todo el mundo tiene una debilidad y la de los hermanos Davenport es que no tienen el menor autocontrol a la

hora de gastar y su gestión es… digamos que demasiado «volátil». Tienen demasiado dinero como para quedar en bancarrota, al menos de momento, pero necesitan a alguien que realmente sepa de negocios y nuestra empresa es la indicada.

—Así que nos necesitan tanto como nosotros a ellos —resumió, ganándose una mirada de apreciación por su parte.

—Exacto, veo que se va haciendo a esto.

Era lo más parecido a un cumplido que le había dedicado y se sintió realizada.

—Bueno, ya sabe lo que dicen: adaptarse o morir —bromeó, sintiéndose un poco más relajada en su presencia.

Y parecía que no era la única, porque la propuesta que él le hizo la dejó de piedra.

—Bueno, pues ya está todo. Ha hecho un buen trabajo, tengo que admitirlo, así que… ¿quiere que pida algo de beber? ¿Le gusta el champán?

Por un momento, a Candela se le pasó por la cabeza la posibilidad de aceptar aquella propuesta un tanto… indecente entre una empleada y su jefe, pero al final por suerte el sentido común le ganó la partida y rechazó la oferta educadamente.

—Ah…sí, pero no creo que sea buena idea beber alcohol, mañana tenemos que…trabajar —alegó y tragó saliva ante la intensidad de su mirada.

Él se recompuso enseguida y asintió, aclarándose la garganta.

—Claro, tiene razón. Entonces… la dejo descansar. Mañana debemos impresionar a los canadienses, así que espero que no me decepcione —dijo, poniéndose en pie con celeridad.

—No lo haré, se lo aseguro —le prometió.

—Bien, buenas noches, señorita Flores —se despidió.

—Buenas noches, señor Von Ziegler.

Y, por alguna razón, la tensión permaneció flotando en el ambiente incluso unos minutos después de que él se hubiera ido, dejándola tan confundida como satisfecha.

Decidió aprovechar para hacer una videollamada con Abril y así distraerse. Lo último que quería era seguir haciéndose ideas equivocadas acerca de lo que acababa de pasar allí dentro.

Abril descolgó al poco, pese a la diferencia horaria, pues le aseguró que estaría pendiente del teléfono, esperando a que le contara las novedades.

—Al fin llamas, nena, estaba de los nervios. ¿Qué? ¿Ha habido ya salseo con el buenorro de tu jefe? Vamos, cuéntame —exclamó, sin dejarla hablar siquiera. Candela se rio al ver que iba a mil palabras por minuto. Cuando le contara, se iba a caer redonda. — ¡Qué pasada de suite, hazme un tour mientras me cuentas!

—Vale, pero será mejor que te sientes. Tengo chisme jugoso — susurró, no sin diversión, tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada.

...

Günther salió de aquella habitación maldiciendo por lo bajo. ¿En qué demonios estaba pensando para proponerle que tomaran una copa? ¿Es que se había vuelto loco o qué?

Debía admitir que la señorita Flores era una mujer muy atractiva y su personalidad tan caótica y espontánea —que era lo opuesto a él— sacaba siempre su lado más impredecible, pero eso era todo.

Estaba cansado y aburrido después de un largo viaje y su cuerpo lo había traicionado pensando que podría relajarse con ella. Pero esa era una línea que jamás debía cruzar, había quedado más que claro que ella no era una interesada como Erika y muchas otras con las que se había cruzado desde que había vuelto a ser el soltero más cotizado de Múnich.

Se dijo a sí mismo que se distraería un rato viendo la tele y admirando las vistas y mañana sería otro día. Sin embargo, había pasado ya más de media hora y no lograba concentrarse con nada. Acababa de apagar la tele y se disponía a echarse un rato cuando un fuerte estruendo proveniente de la suite de su secretaria lo hizo frenar en seco.

Preocupado al escuchar una serie de maldiciones en español volvió sobre sus pasos y tocó a la puerta.

—Señorita Flores, ¿está bien?—inquirió y al no obtener respuesta hizo algo que jamás se imaginó: pegó la oreja a la madera para

tratar de escuchar algo.

Sin embargo, no fue necesario porque no tardó en llegarle una respuesta entrecortada.

—No… digo, sí… por favor no me despida, pero acabo de romper un jarrón por accidente —confesó, con el tono tan acongojado que por un momento Günther temió que se echara a llorar—. Es que acababa de salir de la ducha, he resbalado y sin querer me he agarrado de la cómoda para no caerme, entonces el jarrón estaba ahí y… estoy despedida, ¿verdad?

Él dejó escapar el aire contenido y negó con la cabeza, pese a que sabía que no podía verlo. ¿De verdad se ponía así por un jarrón roto? Aquella mujer era increíble.

—No, no se preocupe.

Pero ella ni siquiera pareció haberlo escuchado, porque continuó con su perorata.

—¡Lo pagaré, se lo juro! Pero no me haga esto, por favor…

—Candela, no voy a despedirla por eso, cálmese. Yo cubriré los gastos —le aseguró, cortándola antes de que le diera un ataque.

Al fin, sus palabras parecieron llegar hasta ella, porque la oyó respirar hondo y cuando habló de nuevo, sonaba más relajada.

—No, en serio, puedo hacerlo yo. Ha sido culpa mía.

—Olvídelo, un accidente lo tiene cualquiera. Vaya a descansar… —repuso, apiadándose de ella. Era tan torpe y al mismo tiempo tan tierna que… lo sacaba de quicio.

—Está bien, gracias, es usted el mejor y si alguna vez he pensado lo contrario le pido disculpas —soltó, sin filtro alguno y Günther fue incapaz de reprimir una sonrisa.

—Me doy por satisfecho si me promete una cosa.

—¿El qué?

—Que llegará de una pieza a mañana.

Su risa musical y risueña no tardó en resonar y sus comisuras se curvaron todavía más al escucharla, porque ni siquiera él podía negar que era muy bonita.

—Ah, claro, sí… lo intentaré. Que tenga dulces sueños —le dijo y esa fue la confirmación definitiva de que aquella mujer había llegado para poner su mundo del revés.

Pero todavía no tenía ni idea de hasta qué punto.

CAPÍTULO 8

Volvieron a Múnich dos días después con el contrato de asociación firmado por los Davenport y la satisfacción de haber hecho un negocio redondo.

Candela se superó a sí misma y desempeñó su labor a la perfección, tanto así que despertó el interés del menor de los Davenport, quien incluso trató de ligar con ella… algo que no le hizo la menor gracia a Günther.

Por suerte, ella supo pararle los pies haciendo gala de ese desparpajo tan maravilloso que la caracterizaba.

Para celebrarlo, su jefe le dio el resto de la tarde del sábado libre y salió a hacer turismo mientras él se quedaba bebiendo en su habitación de hotel, sin poder quitarse de la cabeza la imagen tan espectacular de ella enfundada en la ajustada falda que había elegido para la reunión.

El domingo cogieron el vuelo de vuelta a las siete y media de la mañana y pasaron la mayor parte del tiempo durmiendo o ignorándose…, pero llegados a aquel punto ya no tenía sentido negar que entre ambos había cada vez más tensión no resuelta. Y eso estaba empezando a ser un problema, sobre todo para Günther, que ya no podía concentrarse como antes por culpa de aquella secretaria torpe y dicharachera que se estaba metiendo poco a poco en su cabeza.

Aquella mañana de lunes, ambos se encontraban en su despacho preparando los informes para una reunión que tenían programada para dentro de dos días y Günther no conseguía evitar que se le fueran los ojos al escote de la blusa que lucía ella esa mañana y que no estaba poniéndole las cosas nada fáciles.

—¡Señora Von Ziegler, qué sorpresa! —Se oyó de repente la voz de Suzy, desde el vestíbulo. A Candela le llamó la atención el tono de

alarma que había empleado.

—Gracias… querida. ¿Y mi nieto? Tengo que hablar con él, lleva meses dándome largas. —Se oyó la voz autoritaria de una mujer.

Günther se quedó estático, como si lo hubieran pinchado.

¿Por qué una visita de su abuela lo alteraba así?

—Está en su despacho, pero…

—Nada de peros, ya estoy cansada de excusas. Iré a buscarlo, no te molestes —le espetó, tan directa como siempre, y sus zapatos de tacón resonaron por la estancia, provocando que Günther maldijera.

Parecía tan aterrado como fuera de sus cabales y ella fue a preguntarle qué iba mal cuando, súbitamente, la tomó de las caderas para atraerla hacía sí e hizo algo que jamás, ni en un millón de años se habría esperado.

—Sígame la corriente, Candela. Se lo pido… por favor.

Ella abrió mucho los ojos. ¿Günther Von Ziegler, el tirano y arrogante, pidiéndole algo por favor a ella?

No tuvo tiempo de replicar, porque justo en ese momento, se inclinó hasta romper la distancia que los separaba y la besó con todas sus ganas.

CAPÍTULO 9

Candela no vio venir el beso hasta que los labios de Günther estuvieron posados sobre los suyos y su lengua reclamó la de ella con determinación.

Demasiado sorprendida como para atinar siquiera a reaccionar, apenas tuvo tiempo de echarle los brazos al cuello y —por alguna extraña razón que ni siquiera ella era capaz de explicar— seguirle el ritmo. Pronto, el ruidito de alguien aclarándose la garganta a sus espaldas resonó como materialización de sus peores temores.

Enrojeció hasta la raíz del cabello cuando él la separó de sí, con una sonrisa dulce que la dejó atónita. ¿Por qué demonios no lo había apartado?

Su cerebro lo atribuyó al impacto del momento, pero su corazón era retorcido y se empeñaba en mortificarla con falsas esperanzas.

Allí, parada frente a ellos con el rictus severo e incrédulo, se hallaba una mujer mayor de porte regio y elegante que tenía los mismos ojos verdes de Günther. Su abuela.

Candela tragó en seco, acalorada. ¿Se podía pasar más vergüenza?

—Vaya, vaya, no sabía que tenía un nieto tan apasionado. ¿Esto es lo que haces en realidad cuando le dices a tu padre que trabajas tanto en la oficina?

Caray, no había sonado para nada como la ancianita adorable que Candela se esperaba. Por el contrario, su tono era sardónico e insidioso y eso, junto con la manera en que la observaba de pies a cabeza, no contribuía precisamente a tranquilizarla.

Tenía que confesar que, viendo a aquella imponente mujer, podía entender un poco mejor la reacción de Günther, aunque eso no quería decir que el beso le hubiera gustado.

Para nada.

En lo absoluto.

—Disculpa abuela, sabes que soy muy responsable…, pero mi prometida me tiene encandilado —contestó este, componiendo una sonrisa angelical.

Candela, por su parte, se quedó de piedra.

¿Su qué?

¿Su prometida?

No podía haber dicho que era su prometida, ¿verdad?

Acababa de decir que era su prometida, sí, eso había hecho.

—Vaya, así que tu prometida… —Candela estaba tan sorprendida como ella, pero la mirada cargada de intenciones de Günther encerraba una clara advertencia y se obligó a disimular, pensando que ya ajustaría cuentas con él más tarde—. No me habías contado nada…

Era un velado reproche y a nadie le pasó desapercibido. No obstante, Günther permaneció imperturbable y no tardó en preparar una réplica creíble.

—Bueno, iba a hacerlo, pero te me has adelantado.

La mujer frunció los labios y, aunque no pareció muy convencida, decidió no objetar nada más. Prefería obtener información sobre la prometida en cuestión.

—Ella es Candela Flores. Candela, te presento a mi abuela, Ingrid Von Ziegler.

Un silencio incómodo sobrevino, hasta que finalmente una ruborizada Candela le tendió la mano a la regia señora, que se la estrechó con un apretón vigoroso. No dejaba de escrutarla ni un segundo, lo cual no contribuyó precisamente a disipar sus nervios.

Menudo mal rato estaba pasando por culpa de su maldito jefe…

¿A qué venía eso de decir que era su prometida?

—Encantada de conocerla, señora Von Ziegler —atinó a decir, algo cohibida. Por muy fuera de lugar que se sintiera, no podía dejar que esa mujer la tomara por una maleducada.

Ingrid Von Ziegler no dejó de escrutarla ni un segundo, hasta que finalmente correspondió a su saludo. Sin embargo, sus ojos eran como un radar y se sintió juzgada, algo que solo acentuó todavía más su nerviosismo.

Ahora entendía de dónde le venía lo imponente a su nieto.

—Igualmente, querida. Eres extranjera, ¿no es así? ¿De dónde vienes?

Sonó bastante a un interrogatorio, pero aun así la joven se esforzó por permanecer impertérrita. Quiso pedirle ayuda a Günther, pero algo le dijo que era mejor que no. Podía sentir la tensión que emanaba de él. Estaba actuando de un modo muy extraño y no dejaba de preguntarse por qué razón.

¿Y por qué escogerla precisamente a ella de entre todas las mujeres que había en aquella empresa? Apenas llevaba allí un par de semanas, por Dios.

—No, soy de España. Recibí una oferta de trabajo y…

—Y viajó de inmediato para unirse al corporativo, abuela —la interrumpió Günther, saliendo en su defensa. Ella reprimió las ganas de dejar escapar un suspiro de alivio, pues conociéndose no habría tardado en meter la pata—. Candela es una excelente y muy cualificada profesional, cualquier empresa la querría.

Que afirmara aquello, aunque solo fuera para impresionar a su abuela, le provocó una oleada de calidez en el pecho. Era sumamente agradable oírle decir algo bueno sobre ella, para variar. Lo del viaje había sido demasiado efímero y ya había vuelto el ogro malhumorado.

Las palabras de su nieto parecieron avivar el interés de Ingrid, que siguió indagando.

—Oh, qué interesante… ¿Y en qué se especializa, señorita Flores? —inquirió, con una ceja enarcada.

—Directora de marketing.

Nuevamente, Günther contestó por ella, sacándola del apuro. Era lo menos que podía hacer después de haberla metido en aquel embrollo.

—Gracias querido, aunque le he preguntado a ella. Espero que no seas de esos novios controladores, no da buena prensa —espetó, pasándole por al lado hasta adentrarse en su despacho sin preguntar y acto seguido tomar asiento en su butaca de chintz.

Candela tuvo que reprimir el impulso de soltar una carcajada al ver cómo se le hinchaba la vena de la sien. Tenía que admitir que, a

pesar del bochorno, estaba disfrutando de lo lindo al ver cómo la anciana lo sacaba de quicio.

¿Sería por eso que la había utilizado como conejillo de indias?

¿Tanto miedo tenía de sus opiniones y comentarios mordaces? Parecía, desde luego, que quería agradarla como fuera. Aunque no parecía profesarle mucho afecto. La suya era, *a priori*, una relación fría y superficial.

De repente, la asaltó la idea de que, a pesar de ser un hombre que lo tenía todo —un buen estatus, el mejor trabajo, una fortuna cuantiosa y un atractivo innegable— estaba bastante solo.

Quizá por eso era tan antipático y amargado, pobre.

—Sígueme la corriente, prometo que te lo explico en cuanto se marche. Nunca se queda demasiado —le susurró en voz baja, con una sonrisa tensa.

No sin antes percatarse de que todos los empleados estaban tratando de echar un vistazo a través de las cristaleras de fuera para ver si lograban chismorrear acerca de lo que estaba pasando.

Oh, no, se había convertido en la comidilla de toda la empresa y eso que no había hecho más que llegar. Aquello era de locos. Cuando se lo contara a Abril iba a alucinar.

—Disculpa hijo, necesitaba estirar las piernas. Ha sido un viaje muy pesado —comentó la mujer, sirviéndose un poco de coñac de la licorera sin ningún tipo de reparo.

Günther asintió, forzando la sonrisa tanto que en cualquier momento Candela temió que le saliera humo de las orejas.

—Y cuéntame abuela, ¿qué te trae por aquí? Si me hubieras avisado podría haber enviado a alguien a buscarte al aeropuerto.

Había un velado reproche en su tono y a ninguna de las dos le pasó desapercibido.

Ingrid sonrió y su gesto se le antojó a Candela más similar que nunca a un águila acechante.

—No quería molestar, además creo que tengo permitido darle una sorpresa a mi nieto favorito, ¿no es así?

Quedaba claro que era una mujer que no estaba acostumbrada a que la contradijeran.

—Por supuesto. Aunque creí que Elliot era tu favorito —comentó este, con cierto retintín.

La mujer le restó importancia con un gesto de la cabeza.

—Y lo es, pero bueno ese no es el punto. He venido porque me preocupabas, Günther, pero lo último que me esperaba era que por fin sentaras la cabeza. Ya sabes, desde la última vez...

Candela abrió mucho los ojos. Qué mujer tan peculiar. ¿Y qué había querido decir con eso? Se interrumpió al ver la expresión furibunda del aludido.

—Suficiente, abuela. Como puedes ver, me va mejor que nunca. Estoy enamorado de Candela y no veo la hora de que sea mi mujer —aseguró, con una rotundidad que despertó a las mariposas que anidaban en su interior.

Sabía que estaba fingiendo, pero había sonado tan seguro… que no pudo evitar sonrojarse.

—Qué buena noticia. Realmente me enorgulleces. Al fin te portas como un hombre digno de tu apellido.

Hasta Candela se quedó estática. No sabía si pretendía ser un cumplido, pero desde luego si ella hubiera sido él se habría sentido más ofendida que otra cosa.

En cambio Günther parecía de hielo. Su expresión era tan neutra e ilegible que no había forma de saber lo que le estaría rondando por la mente.

—¿Quieres que le pida a Max que te lleve a casa? Imagino que estarás cansada y querrás darte un baño —sugirió y se notaba a leguas las ganas que tenía de quitársela de encima.

Por fortuna, ella se mostró conforme con la idea.

—Sí, lo cierto es que me vendrá bien descansar. Hablaremos luego, querido —concedió. Y luego, posando su mirada en Candela, agregó—: mucho gusto Candela, espero que sepas lo afortunada que eres. Mi nieto es el mejor partido.

—Sin duda —replicó, intentando morderse la lengua. De buena gana le habría respondido que su nieto era una persona de carne y hueso como todas las demás, no tenía por qué ponerlo en un pedestal.

Pero sabía que no podía, a menos que quisiera volver a España con una mano delante de la otra y renunciando a su sueño para siempre. Así que calló.

—Bien, hablamos luego. —Ingrid se despidió, yendo ella sola a buscar a Max, a quien Candela compadecía con toda su alma.

—Abuela —la llamó Günther, cuando ya estaba con medio cuerpo fuera. La aludida se giró, elegantemente, dedicándole una mirada interrogante por encima del hombro—. ¿Cuánto vas a quedarte?

Esta enarcó las cejas antes de espetar:

—Ya veremos. Mucho gusto

Y sin más, se marchó.

Candela rezó porque fuera el menor tiempo posible. De lo contrario iba a ser imposible sostener aquella farsa. En cuanto se hubieron asegurado de que se había ido, Candela no pudo aguantar más y lo acribilló a preguntas.

—¿Qué ha sido eso? ¿Su prometida? ¿Directora de marketing? ¿Que estamos muy enamorados? ¡¿Puedo saber qué está pasando?! —exigió respuestas, plantándose frente a él con los brazos en jarras.

—Señorita Flores, por favor, deme un minuto —masculló él, frotándose las sienes como si luchara contra un ingente dolor de cabeza.

Pues mala suerte para él, porque no pensaba callarse hasta que le explicara de qué demonios iba aquello.

—No, va a explicarme por qué me ha besado sin mi consentimiento y ha dicho esas barbaridades delante de su abuela o le prometo que le cuento la verdad —amenazó, lo que lo hizo reaccionar; levantó la cabeza y le disparó una mirada fulminante.

Aunque, en el fondo de sus ojos verdes brillaba una chispa de sorpresa… e interés. Así que la chica tenía carácter después de todo.

Se puso en pie, ajustándose la corbata y liberando un suspiro de frustración, antes de situarse frente a ella.

—Supongo que le debo una disculpa por mi reacción. Verá, mi abuela es… una mujer complicada. —Y aquello era quedarse muy corto—. Siempre que viene aquí se dedica a mangonearnos y a amargarnos la vida. Todo lo que le importa son las apariencias y el estatus. Y últimamente la prensa me ha estado persiguiendo…

porque soy el soltero más codiciado y les divierte hurgar en la mierda. —Su arrebato de mal genio la sorprendió, pero escuchó atentamente sin interrumpirlo—. Últimamente les ha dado por decir que soy un mujeriego, supongo que eso es lo que ha hecho venir a mi querida abuela —finalizó, con el tono rebosante de sátira y amargura. Candela sintió una punzada en el pecho, debía ser horrible vivir así.

—¿Y por qué yo? —se atrevió a preguntar, aunque le daba algo de miedo la respuesta.

—Bueno, usted parece una mujer honesta. Así que, aparte de que estaba conmigo cuando ha llegado, sé que podría proponerle esto sin que tratara de aprovecharse de algún modo. Es más, parece que no le ha gustado mucho. ¿Tan mal beso? —inquirió, algo burlón.

Había sido, con mucho, el mejor beso que nadie le había dado en toda su vida. Pero ni loca le diría algo así.

—¿Se refiere a intentar extorsionarlo con dinero? Por supuesto que no. —Candela negó categóricamente. Menos mal que él no creía que fuera así, porque se habría sentido ofendida. Después tragó saliva y añadió—: Y no, solo es que me ha tomado por sorpresa y no me gusta no saber a qué atenerme. ¿Cuándo cree que va a marcharse? Esto es una locura, podría descubrir fácilmente que ni soy directora de marketing ni mucho menos su prometida —exclamó, poniéndose histérica.

Günther posó ambas manos sobre sus hombros en un gesto tranquilizador que la dejó clavada en el sitio. Su toque era tan cálido y familiar… que se sintió confusa. ¿Cómo podía despertar esa atracción en ella con lo cascarrabias y temperamental que era?

Quizá su físico fuera de escándalo, pero no estaba segura de que su interior la atrajera mucho. Aunque, bueno, ahora estaba siendo más amable.

—Bueno, probablemente se marche hoy mismo. Nunca se queda demasiado cuando nos visita, el tiempo justo para molestar un poco —confesó, como si nada—. Además, he visto en su currículum que estudió Dirección y administración de empresas, Candela. Y tomó varios cursos de especialización. Si tuviera que disimular frente a ella lo haría de maravilla, estoy seguro.

No pudo evitar sonreír ante el cumplido.

—Gracias. Aunque sigue sin gustarme tener que mentir, pero si usted dice que se marchará pronto… vale. —Aceptó, algo cohibida.

Él la miró como nunca lo había hecho, con sincero agradecimiento.

—Soy yo quien debe agradecerle. De verdad, habría comprendido que me desmintiera frente a ella o incluso que me diera una bofetada por robarle ese beso —admitió, pasándose las manos por el pelo. No debía ser fácil para él, viendo lo orgulloso que era, admitir aquello.

Candela sonrió, imaginándose por un segundo la escena.

Lo cierto era que, con o sin bofetada, se había parecido bastante a esas telenovelas que tanto le gustaban. Y sentaba bien ser, por una vez, la protagonista, no iba a negarlo.

—Está bien. ¿Seguimos trabajando? —propuso. Necesitaba romper esa burbuja. Estar a solas con él la ponía nerviosa y se sentía como una adolescente, rememorando ese beso sin parar. ¿Habría significado algo para él? Probablemente no.

—Claro, venga conmigo. Voy a dejar un par de puntos claros ahí fuera antes de que se incorpore oficialmente, porque está contratada —dijo, volviendo a ser el hombre frío de siempre.

Candela lo siguió, intentando centrarse en el trabajo. Eso era lo único que importaba y, a fin de cuentas, la razón por la que estaba allí. La primera cara que vio fue la de Erika, que le lanzaba miradas asesinas por encima de su ordenador portátil. El puesto de Max estaba vacío, como era de esperar. Y Elliot estaba en el mostrador de Suzy con la excusa de haber ido a por un caramelo.

Candela sonrió, pensando que era fácil acostumbrarse a aquello.

Hasta que Günther se aclaró la garganta y toda la normalidad se paralizó de cuajo. De inmediato, todos y cada uno de los trabajadores se sentaron más rectos en sus sillas y alzaron la vista al frente, como si estuvieran en presencia del general de un ejército. Y eso parecía.

Derrochando poder y autoridad, Günther se paró al frente de la estancia.

—Señoras y señores, quiero que me escuchen atentamente, porque no volveré a repetirlo. Desde este momento la señorita Candela Flores pasa a ocupar formalmente el puesto de mi secretaria, pero para mi abuela y para el resto del mundo ella es la directora de marketing de esta empresa… y mi prometida. Si alguien dice lo contrario me encargaré de que sea despedido de inmediato y haré hasta lo imposible para que no encuentre trabajo ni en el centro comercial. ¿Soy lo bastante claro? —tronó, con los ojos amenazantes paseándose por todas y cada una de las caras de los presentes.

Cualquiera le decía que no…

Un coro de síes resonó en la estancia y él sonrió, satisfecho.

Hasta que Erika se levantó y lo cogió del brazo para llevárselo a parte, ignorando a Candela descaradamente.

Ella enarcó las cejas, pero se dispuso a marcharse. Sin embargo, Günther la detuvo.

—Usted se queda aquí. Y tú Erika, suéltame y deja de decir tonterías si no quieres que me cabree de verdad —advirtió, con las pupilas centelleantes.

—Pero Günther, ¿por qué a ella? Solo es una recién llegada. Podías haberme escogido a mí, tu abuela me conoce y…

—¡He dicho que basta! —bramó, perdiendo la paciencia y haciéndola enmudecer de inmediato—. No tengo por qué darte explicaciones, eso que te quede claro. Y ahora vuelve al trabajo o te despediré, maldita sea.

Cabizbaja, obedeció. No sin antes dedicarle su mejor mirada de odio a Candela al pasar por su lado. Ella se mordió el labio. En cierto modo, se sentía mal por ella.

—Si se atreve a molestarla, avíseme. Estoy harto de que no entienda cuál es su lugar —estalló, encerrándose en su despacho de un portazo.

Suspiró e hizo lo propio, esperando a que las cosas se calmaran para llevarle un café más tarde. Como aún no se había puesto al día con el papeleo, era lo poco que podía hacer.

Se recostó en la silla giratoria, admirando las impresionantes vistas que se apreciaban desde el enorme ventanal de su despacho

—y eso que no era tan grande como el de Günther— con una vista privilegiada de los rascacielos y la iluminación de la ciudad.

Estaba deseando poder hacer algo de turismo y disfrutar su estancia allí.

Sin embargo, no pudo relajarse demasiado, porque una llamada entrante interrumpió el momento de calma. Suspirando, se la pasó a Günther, que contestó. Estaba a punto de levantarse para admirar las vistas desde más cerca, cuando él entró. Llevaba el teléfono en la mano y un gesto de molestia le deformaba las facciones. Enseguida supo que algo iba mal.

—Señor Günther, ¿ha ocurrido algo malo? —atinó a decir, algo timorata ante la intensidad con que la contemplaba.

Él no contestó de inmediato, sino que se tomó su tiempo con el fin de intentar serenarse. La terquedad de su abuela lo complicaba todo, para variar.

—¿Recuerdas que he dicho que mi abuela se marcharía hoy? —Inquirió y al ver que asentía resopló, aflojándose el nudo de la corbata para poder respirar. Sabía que a ella no iba a gustarle lo que estaba a punto de proponerle, pero era la única opción que les quedaba si no quería verse descubierto y quedar en ridículo. Y eso jamás—. Pues me equivocaba, al parecer quiere quedarse una temporada. Así que he venido a hacerte una oferta. Firma un contrato para ser mi esposa, solo hasta que se marche. Te prometo que será una farsa, podrás poner tus condiciones. ¿Aceptas, Candela?

Por amor a Dios, ¿se había vuelto loco?

¿Le estaba proponiendo de verdad que fuera su prometida por contrato? Sí. Y sus ojos decían que iba muy en serio.

¿Ahora cómo salía de aquel embrollo?

CAPÍTULO 10

—¿Es esto algún tipo de broma de mal gusto? Porque honestamente espero que no lo esté diciendo en serio, señor Günther. ¡Es una completa locura! —soltó, incapaz de quedarse callada ante aquel disparate que pretendía que ella aceptara como si nada.

Sin embargo, a juzgar por la seriedad de su gesto, no se trataba de ninguna broma.

«Ay madre, está como una cabra», pensó, queriendo que la tierra se la tragara lo más lejos posible de allí. Aquellas cosas solo le pasaban a ella, definitivamente.

—¿Tengo pinta de ser un hombre al que le guste bromear con una situación tan delicada como esta, señorita Flores? —espetó, molesto tan solo por el hecho de que a ella se le ocurriera pensar que le tomaría el pelo. No era esa clase de hombre y de no estar en una situación desesperada jamás le habría propuesto una locura semejante.

Pero es que no tenía otra opción.

Porque confesar la verdad estaba descartado, o su abuela lo avergonzaría —más de lo que tenía por costumbre— durante el resto de su vida. Y eso no iba a tolerarlo.

Estaba en manos de Candela. Y eso no le gustaba en absoluto. Él siempre necesitaba tener el control, por eso estaba tan frustrado.

Y que ella mantuviera su silencio y tuviera una expresión tan hermética le molestó todavía más, aunque no tanto como lo que dijo a continuación:

—Necesito pensármelo, esto… ha sido demasiado repentino. Todavía creo que es una broma y en cualquier momento alguien sacará la cámara oculta.

Günther resopló. ¿Se creía que para él era plato de buen gusto?

—Ojalá lo fuera. Y, honestamente, no tenemos mucho tiempo para decidir, así que no puedo concederle demasiado tiempo para meditar la oferta —replicó, inflexible.

Ella enarcó las cejas y temió que se diera cuenta de que la estaba presionando indirectamente para que aceptara. En eso era experto, pues era una táctica que empleaba cada vez que tenía que cerrar un acuerdo de negocios. Pero aquello no era un negocio, maldita sea.

¿O sí? Tal vez, si lograba manejar las cosas con su característica frialdad, no tendría por qué pasar nada entre ellos más allá de algún beso protocolario en público. Y quizá de ese modo convenciera a Candela de aceptar.

—Entienda que para mí ha sido difícil de encajar, señor Von Ziegler. Así que me gustaría saber qué pasaría si… me negara —aventuró, mirándolo con ojillos de cordero.

Günther apretó la mandíbula. Admitía que la había subestimado. Claro que no quería formar parte de una patraña semejante, ¿por qué iba a hacerlo?

¿Por dinero? ¿Por estatus? ¿Para pasar un buen rato con él?

No, ella no era de esas. Eso ya le había quedado claro. Lo cual, en aquel momento era un problema para él. Y de los gordos. Por eso, fue más duro y contundente con ella de lo que lo habría sido en cualquier otra circunstancia.

Se aflojó la corbata, inclinándose hacia ella por encima del escritorio hasta que sus rostros estuvieron a escasos centímetros de distancia. El rubor escarlata que adornó sus pálidas mejillas denotó el nerviosismo que su cercanía le provocaba y sonrió como un tiburón.

—Bueno, me temo que entonces tendría que marcharse definitivamente y renunciar a su puesto en esta empresa. Solo así sería creíble una ruptura.

Leyó la indignación y la impotencia en su semblante y por un segundo se sintió mal con lo que estaba haciendo, pero fue solo un instante pues si tenía razón ese sería el empujoncito que la haría ceder.

—Me parece que eso es bastante poco ético y profesional, ¿no, señor Von Ziegler? ¿Su padre lo aprobaría si estuviera al tanto de

esto? —le soltó, sin titubear un ápice. Estaba seria y determinada, como toda una ejecutiva.

«Así que el pececito puede ser una piraña si las cosas se ponen feas ¿eh?», pensó, admitiendo que con aquella respuesta acababa de aumentar el interés que empezaba a sentir por ella.

—Ya se lo dije una vez y se lo vuelvo a repetir, señorita Flores; yo soy quien lleva esta empresa y toma las decisiones aquí, así que mi padre no la salvará de esto —sentenció, alzando el mentón cuando sus ojos se encontraron en un duelo de miradas desafiantes que a punto estuvo de provocarle una erección. Se reprendió, tenía que controlarse —. ¿Quiere pensarlo? Bien, le doy una hora.

Ella se levantó como un rayo, reprimiendo a duras penas las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos.

No debería, pero se sintió algo culpable. No obstante, ya no había nada que pudiera decir o hacer para arreglarlo. La oferta estaba sobre la mesa y le tocaba a ella decidir.

—Me está dando un ultimátum —acusó, enfadada —. Usted no tiene escrúpulos.

Y tras esa sentencia salió del despacho a grandes zancadas.

Günther dejó caer la cabeza sobre el escritorio, pasándose las manos por el pelo a la vez que un áspero gruñido de frustración salía de su garganta. Su abuela tenía un don para arruinarlo todo.

Solo esperaba que Candela fuera sensata y acabara aceptando, porque era mucho más lo que tenía que ganar que lo que perdería si por terca lo rechazaba.

Y aun así, acababa de ganarse su respeto por defender con admirable valentía sus principios.

De todos modos, estaba seguro de que acabaría aceptando. Y sonrió.

...

Suzy estaba organizando la agenda del día, intentando no mirar demasiado en la dirección donde se hallaba Elliot, quien no le quitaba los ojos de encima.

Sin embargo, todo eso pasó a un segundo plano cuando vio salir a Candela muy acelerada y con los ojos llorosos del despacho de Günther.

Y teniendo en cuenta lo reciente que estaba la tensa visita de la abuela Von Ziegler —en opinión de Suzy, una bruja total— y las palabras de Günther acerca de que Candela sería su prometida a ojos de todos y nadie debía cuestionarlo, se preocupó. Pues realmente se ponía en la piel de la chica y entendía lo incómodo que todo aquello tendría que estar resultándole. ¡Si acababa de llegar, por amor a Dios!

Tras asegurarse de que nadie más le prestaba atención, se levantó dispuesta a dejar su puesto de trabajo unos minutos para ir a ver si se encontraba bien. Desde el primer día había sentido una simpatía especial por ella, no podía explicarlo, pero quería ser una mano amiga con la que pudiera contar.

Con lo que no contó fue con que Elliot la interceptara poco antes de que llegara a la puerta, tomándola del brazo para que esperara.

Se volvió, entre exasperada y complacida. Cualquier toque de su amor platónico, por ínfimo que fuera, era para ella más que bienvenido.

—¿Qué ocurre, Elliot? Déjame ir a ver cómo está Candelita —le pidió, mirando expeditivamente su brazo y susurrando para no llamar la atención.

Su talante cohibido le arrancó una sonrisa pícara al menor de los Von Ziegler. Le encantaba ver el efecto que su contacto tenía en ella. ¿Qué diablos? Le encantaba ella por completo, solo que era un cobarde que no tenía valor para decírselo porque sabía que lo suyo nunca podría ser.

—Espera un poco. Mira, está en una llamada telefónica y me da la impresión de que necesita desahogarse con quienquiera que sea. Ya tendrás tiempo de hablar con ella cuando vuelva —apuntó, con sensatez.

Se asomó por la ventana que daba a la calle, dándose cuenta de que, como siempre, él tenía razón y bajó los hombros, resignada.

—Está bien. Es que no sé cómo se ha puesto todo patas arriba en tan poco tiempo. ¿Sabes qué le está sucediendo a tu hermano con ella? Porque está así desde que llegó.

Elliot se encogió de hombros, sin querer mojarse mucho.

—Es Günther —dijo, como si eso bastara—. Con él nunca se sabe.

En eso Suzy estaba totalmente de acuerdo.

...

Candela no hacía más que dar vueltas en círculos, como una vía de escape para liberar la adrenalina que se había apoderado de ella desde que Günther le hiciera la dichosa oferta.

Todavía no podía creer que aquello estuviera pasándole de verdad. A ella.

Se sentía inmersa en una comedia romántica de esas que tanto disfrutaba ver, solo que para ella era todo un drama. Por eso había llamado a Abril, pues estaba hecha un lío y necesitaba desesperadamente consejo de su mejor amiga para solventar aquello cuanto antes. Como era de esperar, Abril al principio creyó que le estaba tomando el pelo de tan surrealista como era su relato. Y no podía culparla, porque ella habría pensado lo mismo de estar en su lugar.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿Qué te ha pedido que te hagas pasar por su prometida?

—Sí, por desgracia hablo muy en serio, Abril.

—¿No me dijiste que estaba como un queso? ¿Por qué te lo estás pensando tanto?

Su respuesta la dejó descolocada.

Conocía a su amiga desde la más tierna infancia y sabía que su personalidad era todo lo opuesto a la suya. Donde ella era tímida y se cohibía con facilidad; Abril era espontánea, atrevida y llamaba la atención allá donde iba.

Si ella estuviera en su lugar, Candela tenía la certeza de que no habría dudado ni un instante en aceptar la propuesta del alemán.

Pero ¿de verdad era tan fácil? ¿Era ella quien veía un montón de pegas cuando solo se trataba de un acuerdo temporal sin mayor

importancia? A aquellas alturas ya no lo sabía.

—¿De verdad crees que debería? Este tipo es un creído y un arrogante de primera categoría, Abril, si lo hubieras oído… Me hizo la oferta como si estuviera comprando un kilo de carne en el supermercado, como si toda yo le perteneciera y estuviera a su disposición. —Se desahogó, dándose cuenta de que era eso lo que más le había molestado de todo. Por no hablar del ultimátum que le había dado.

Se lo contó todo y su amiga la escuchó atentamente, dejando que se desahogara.

—Bueno, ¿qué crees que debo hacer? —le preguntó, tras haberle soltado toda la perorata.

—Mira, yo que tú aprovecharía esta oportunidad de oro —aconsejó Abril, con ese tonito malicioso que reservaba para aquellas ocasiones en que se dedicaba a hacer locuras y la arrastraba consigo. Cuando le pidió que fuera más específica, aclaró—: te necesita, Candela. Lo tienes en tus manos aunque no lo sepas. ¿Por qué ibas a renunciar al trabajo de tu vida y a volver a España con la cabeza gacha como una fracasada? —soltó, sin pelos en la lengua—. Acepta, pero bajo tus condiciones.

—¿Condiciones? —repitió, no muy segura de qué quería decir con eso.

—Sí, escucha atentamente todo lo que le vas a pedir. Tú anota y sé tajante y firme, verás la cara que pone. No le quedará más remedio que ceder.

—Miedo me dan tus ideas, Abril, pero tienes razón. Espera un segundo, pediré papel y boli en recepción —dijo, apartándose un poco el móvil de la oreja y volviendo a entrar para pedirle el favor a Suzy, que nada más verla dejó de hablar con Elliot y la estudió con preocupación.

Tenía las mejillas rojas y a juzgar por la manera en que Elliot volvió a su puesto de trabajo sin mucho disimulo supuso que había interrumpido algo entre ambos. Sin embargo, no tenía tiempo para sentirse mal. Lo que tenía entre manos era mucho más importante, pues de un simple papel y de las locas, pero brillantes, ideas de su amiga dependía su futuro.

Supo en cuanto terminó de redactar cada una de las cláusulas, que Günther Von Ziegler iba a obtener una cucharada de su propia medicina.

CAPÍTULO 11

Günther estaba muriéndose de impaciencia allí sentado en su despacho esperando a Candela.

No entendía qué demonios le estaba tomando tanto tiempo decidir si le interesaba o no aceptar su oferta y hasta pensó que lo estaba manteniendo en suspenso a propósito con tal de fastidiarlo, aunque acabó por descartarlo porque eso no parecía propio de ella.

Erika había ido a molestarlo varias veces, intentando enmendar su salida de tono de antes para mantenerlo contento y limar asperezas, pero no estaba de humor para lidiar con su intensidad. Así que al final, al ver que no lo entendía por las buenas, la mandó al diablo sin muchas sutilezas.

Su frustración iba en aumento y se sentía asfixiado entre aquellas cuatro paredes. Estaba considerando seriamente la posibilidad de salir a buscar a la señorita Flores cuando ella misma entró por la puerta con papel y boli en mano y una seguridad aplastante en el rostro que lo dejó descolocado por unos segundos.

Hasta que leyó lo que allí había escrito y sintió que el rostro le ardía de furia.

Quería poner sus propias condiciones, ¿eh? Muy bien, él haría lo mismo.

Leyó en voz alta, poniéndose de pie para quedar frente a ella en toda su imponente estatura:

1. Yo tomaré mis propias decisiones y usted no impondrá su voluntad en ningún aspecto sin previo consenso.
2. No me besará a menos que yo esté de acuerdo.
3. Este contrato no incluye en ningún caso mantener relaciones sexuales a menos que yo lo consienta expresamente.

4. Puedo revocar el contrato cuando lo desee y marcharme en el momento en que esté incómoda.

5. Usted no interferirá en mi vida privada ni me dirá cómo debo comportarme o vestir.

6. Quiero un aumento de sueldo.

7. Le rogaría que dejara de ser un ogro temperamental y grosero y que me trate con amabilidad o se me podría escapar algo que no quiere oír frente a su abuela o el resto de su familia.

8. A cambio me comprometo a mantener en secreto la existencia de este contrato y emplearme a fondo en fingir para que nadie tenga la menor duda de que estamos enamorados ;)

—Vaya, veo que es usted toda una mujer de negocios —comentó, con un deje afilado como una cuchilla. Candela aguantó su mirada sin parpadear, aunque por dentro estaba muerta de nervios. Parecía muy enfadado por su osadía, pero él la había arrinconado a ello, era el colmo que se molestara porque ella quisiera tener su seguro—. Yo también añadiré una cláusula, si no tiene objeción.

Había ironía en su tono y eso la molestó.

—Adelante —dijo, sin sospechar de lo que podía tratarse.

Él se tomó su tiempo para ir hasta su escritorio y encendió su portátil. Candela puso los ojos en blanco. Por supuesto que un obseso del control como él debía pasar el contrato a limpio y redactarlo como Dios mandaba para que quedara impoluto y elegante.

¿Es que no se relajaba nunca? Suspiró, frustrada, pero al mismo tiempo intrigada acerca de cuál sería esa cláusula.

A juzgar por la forma en que sus comisuras se curvaban hacia arriba mientras pulsaba las teclas no podía ser nada bueno.

—¿Cuál es esa cláusula? —inquirió, sin poder contenerse.

La sonrisa que él le dio fue de absoluta victoria y se le asemejó más que nunca a un tiburón. ¿Cómo iba a competir con eso?

No lo sabía, pero tenía que intentarlo. Ya había llegado demasiado lejos como para tirar la toalla. Abril tenía razón, debía demostrar de

qué pasta estaba hecha.

—Exclusividad, por ambas partes.

Al oírlo, ella soltó un ruido incrédulo que podría haber sido bien una risa o bien un bufido.

Por supuesto, su ego no le permitía dejar ese tipo de detalles al azar y quería asegurarse de que nadie le disputaba el puesto de alfa.

Estuvo tentada de rehusarse solo para cabrearlo, pero puesto que ella también había puesto sus condiciones no le pareció justo negarse. Además, tampoco quería tensar demasiado la cuerda a la bestia, estaba a segundos de estallar y por mucho que eso la divirtiera seguía siendo su jefe.

De todos modos, seguro que encontraba muchas oportunidades para molestarlo sin que se diera cuenta de que lo hacía a propósito. Esa podía ser su pequeña venganza por haberla metido en aquel lío.

—Muy bien, acepto.

Su sonrisa se hizo más pronunciada al saberse con el control de la situación nuevamente e imprimió el contrato.

—Ya puede firmar —anunció al poco tiempo, indicándole que tomara asiento y depositando el papel con suavidad en su lado del escritorio.

Ella se arregló la falda con esmero antes de dejarse caer con delicadeza sobre la silla de felpa justo frente a él.

Günther no le quitó los ojos de encima en ningún momento mientras ella estaba demasiado absorta estampando su firma en el papel, tras revisarlo todo minuciosamente —detalle que le gustó bastante al alemán, pues demostraba que no era tan confiada como parecía a simple vista— y después se lo entregó. Él la examinó con curiosidad. Tenía una letra bonita.

—Bueno, pues ya está hecho —comentó, sin poder disimular lo satisfecho que estaba por el hecho de que ella hubiera acabado cediendo.

—Así es —replicó, cruzando las piernas de un modo aparentemente casual, pero que envió un vuelco de excitación que se concentró directamente en su entrepierna. Candela tenía unas piernas que no eran aptas para cardíacos y sospechaba que no eran

el mejor de sus atributos—. Tendremos que inventar una historia creíble, ¿no le parece?

Por supuesto, Günther ya había pensado en ello. Pero antes, debía solucionar algo que le estaba molestando.

—Lo haremos. Pero primero quiero que empieces a tutearme o no engañaremos a nadie, Candela.

Ella entreabrió los labios de un modo que le resultó bastante tierno y pareció azorada.

—¿Que lo tutee? ¡Pero es mi jefe!

Así que la Candela tímida estaba de vuelta. Tendría que trabajar duro para cambiar eso, la prefería atrevida y respondona.

Sospechaba que ni ella misma era consciente de todo el potencial que escondía.

—Y también tu futuro marido —soltó, indolente.

Ella se ruborizó hasta las orejas.

Sí, definitivamente tenían muchas lecciones por delante.

—¡No es mi marido! —chilló.

—Shh, baja la voz. Debemos comportarnos como si lo fuera.

—Pero solo ante los ojos de su familia, los empleados saben la verdad —rebatió. Y tenía un punto.

—Y aun así deberá disimular frente a ellos cuando mi abuela esté presente, por lo que es un buen momento para comenzar.

Ella asintió, al cabo de un rato de muchas cavilaciones.

—¿Y no le…? —suspiró y, al ver la mirada fulminante que él le dedicó, se aclaró la garganta y reformuló la frase—. ¿Y no te da miedo que alguien se vaya de la lengua y nos delate?

No la mencionó directamente, pero Günther supo que estaba pensando en Erika. Lo desechó con un gesto de la mano.

—No, sabe que le arruinaría la vida a quienquiera que se atreviera.

Sus ojos se abrieron de par en par en una mueca horrorizada.

—¿¡Y lo dices tan tranquilo?!

Él ni se inmutó.

—¿Cómo debería decirlo?

Candela resopló, como si hablaran idiomas diferentes.

—Da igual. ¿Qué historia vamos a contarles a todos?

—¿Ves? No es tan difícil —aludió Günther al hecho de que ya le hablara de tú. Paso a paso.

—Bueno, aprendo deprisa.

Oh, de eso no tenía ninguna duda.

—La historia es la siguiente, presta atención: nos conocimos en Roma, hace seis meses, yo estaba de viaje de negocios y tú de turismo. Te invité a salir y... ya sabes, nos acostamos. Pero al día siguiente decidimos repetir y estuvimos viéndonos durante toda la semana que duró mi estancia —relató, con perfecta calma.

—¿En Roma? ¿Hace seis meses? Pero...

Günther se pellizcó el puente de la nariz, intentando dominar su temperamento. No le gustaba que lo interrumpieran.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has estado allí?

—Sí que fui, una vez. En un viaje con el instituto —aclaró, azorada y sin tenerlas todas consigo—. Pero ¿en serio crees que se lo van a tragar?

—¿Y por qué no habrían de hacerlo? —cuestionó él, sin entender por qué estaba poniendo tantas trabas.

—Ah... no lo sé. Supongo que no quiero que piensen que solicité trabajo en su empresa porque me estaba viendo con su hijo en secreto —acabó confesando, haciendo que los labios de Günther se curvaran hacia arriba.

Esa inocencia y honestidad que la caracterizaban podía salirle muy cara en aquel mar de tiburones donde el interés era el motor de todo.

—¿Qué más da? No le des tanta importancia a lo que los demás piensen sobre ti o lo usarán en tu contra, es un consejo —soltó, con frialdad.

Candela se llevó las manos a la cabeza, agobiada. No estaba acostumbrada a mentir y eso podría haberle resultado adorable a Günther si no tuviera que solventar aquella historia cuanto antes.

No se fiaba un pelo de su abuela y estaba demasiado silenciosa para su gusto.

—Escucha, Candela, sé que todo esto es nuevo para ti. Pero te garantizo que si confías en mí y dices exactamente lo que acordemos, todo irá bien. ¿Lo harás? Sé que puedes con ello.

No era para halagarla. Él no era esa clase de hombre, así que aquello era lo más sincero que le había dicho a una mujer nunca, pero ella no tenía por qué saberlo.

—¿De verdad lo crees? ¿Por eso me escogiste? —aventuró, con sinceridad curiosidad reluciendo en sus pupilas.

Por eso y muchas razones, quiso decirle pero era demasiado orgulloso y desconfiado como para darle ese poder.

«Nunca muestres tus debilidades Günther o te comerán vivo».

Ese era el lema que le había enseñado su padre, con tan solo siete años.

En aquel entonces no aprendió bien la lección y más adelante le costó caro, pero eso se había acabado.

Se limitó a asentir con la cabeza y ella dejó caer los hombros con cierta decepción, como si hubiera estado esperando algo más de él. Primer error.

—Bien, como te iba diciendo les diremos eso y que cuando nos cansamos de llevar la relación a distancia decidiste pedir trabajo en la empresa, pero yo no les hablé de ti para no influenciar en la decisión de contratarte o no y que así mostrases tu valía. Diremos también que te puse a prueba para disimular —lo expresó todo de un modo tan racional y calculado que casi parecía fácil, pero Candela habría sido una mentirosa si dijera que no estaba acojonada y aun así una parte de ella de verdad quería creer que saldría bien.

—Pero ¿y Elliot? Él sabe la verdad.

—Mi hermano no dirá nada, te lo aseguro. Siempre nos cubrimos cuando las cosas se ponen difíciles

Candela enarcó las cejas.

—¿Hacéis esto a menudo o es que simplemente sois mentirosos patológicos? —espetó, sin poder contenerse.

Luego se arrepintió cuando Günther endureció el gesto, con la mandíbula tan tensa que no le habría sorprendido que se partiera.

—No veo cómo eso puede ser de tu incumbencia. Será mejor que nos centremos en lo realmente importante, a menos que lo tengas todo claro. Entonces puedes volver al trabajo.

Guau.

Un témpano de hielo habría sido más cálido que él. Y sin embargo, había una tensión en todo su cuerpo que la disuadió de entrar al trapo, a pesar de que tenía una réplica desagradable en la punta de la lengua.

—No se preocupe, está todo perfectamente claro —replicó, con el tono más cortante de que fue capaz. Por supuesto, no logró igualarlo, pero tampoco estaba nada mal. El semblante de Günther era de piedra.

Dejando escapar un bufido, se encaminó hacia la salida mientras por su mente desfilaban toda clase de insultos contra él.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar el pomo de la puerta, su voz profunda la detuvo. Se giró, interrogante.

—Ah, Candela, cuando termines espérame. Te llevaré a casa y terminaremos de discutir los pormenores del acuerdo.

—¿Es una orden?

—Soy tu jefe, ¿no? —Antes de que ella pudiera replicar, zanjó la conversación de manera tajante—. Eso es todo.

Acto seguido, le hizo un ademán para que se marchara.

¡Un ademán! Como si fuera un molesto insecto que revoloteaba a su alrededor.

Candela se enfureció tanto que quiso patearlo en la espinilla —y era la persona más pacífica del planeta tierra, según Abril—, pero en lugar de eso, respiró profundo y le dedicó una suerte de gruñido antes de marcharse a grandes zancadas.

Ella también sabía dar portazos, cuando la ocasión lo requería.

...

En el vestíbulo, se encontró con Suzy y Elliot, quienes a duras penas pudieron disimular que habían estado espiando, fingiendo haber ido a buscar unos papeles al despacho de él, que era contiguo al de su hermano.

La expresión de la puertorriqueña la delataba, pero Candela no se molestó por ello. No podía, no porque si ella estuviera en su lugar se habría visto tentada a hacer lo mismo.

Aquella historia era una completa locura. Un disparate total. Y tenía que venir a pasarle precisamente a ella.

—¿Todo bien ahí dentro? ¿Puedo pasar o crees que mi hermanito me saltará a la yugular?

Por el tono de Elliot, Candela no podría haber asegurado si estaba o no bromeando, pero decidió ser sincera.

—Eh… no está de muy buen humor, pero tampoco de tan malo. Creo —contestó, algo insegura.

Elliot se apiadó de ella y sonrió, para aliviar la tensión.

—Tranquila, ya estoy acostumbrado. ¿Por qué no os ponéis al día? Sé que lo estáis deseando y ahora mismo no hay mucho trabajo, más tarde tendremos una reunión y seguro que te necesitará —propuso, dedicándole un guiño a Suzy, que le sonrió entusiasmada y dejó escapar un pequeño gritito de júbilo.

—Gracias señor Elliot, es usted muy considerado —lo elogió. Candela no pudo evitar compartir una sonrisa cómplice con su amiga cuando el castaño curvó los labios, complacido.

—Solo Elliot, Suzy. Ya lo sabes.

Y sin más, entró en el despacho de Günther.

Candela juraría que pudo escuchar un gruñido desde el interior, pero lo descartó. Había conseguido lo que quería, así que no tenía razones para estar tan cabreado, ¿verdad?

—Candelita, ¿te apetece un café? Tienes que contármelo todo, me estaba muriendo sin saber lo que estabas platicando con el jefecito —soltó, con la espontaneidad que la caracterizaba.

La aludida asintió con vigor, pues ella también lo necesitaba desesperadamente.

—Y que lo digas, estaba deseando contártelo todo. Vamos.

Y juntas se encaminaron hacia la salida, tomadas del brazo.

No había nada como un buen chismorreo y una sesión de desahogo para arreglar un día de mierda.

CAPÍTULO 12

—¿Y en serio se inventó toda esa mentira? Caray, qué imaginación —comentó Suzy, mucho más entusiasmada con aquello que Candela. Esta pensó que sin duda se llevaría de perlas con Abril. Miedo le daban esas dos juntas.

—Sí, después de añadir la cláusula de exclusividad y de dejar bien claro que él tenía el control, como siempre. Es un obseso —lo criticó, sin poder contenerse. Si no lo soltaba, explotaría—. ¿Cómo voy a fingir que estoy enamorada de él?

—Bueno, seguro que no es tan difícil. Hazlo como en esas telenovelas que tanto nos gustan, además ¿vas a decirme que no te atrae ni un poquito? El hombre es un papi —expresó, guiñándole un ojo en ademán cómplice.

No le quedó más remedio que echarse a reír. Su amiga era incorregible. Pero sus palabras la pusieron a pensar.

—Puede que un poco, pero lo negaré ante cualquier tribunal —admitió, mordiéndose el labio inferior.

Era imposible no encontrar atractivo a ese hombre. El problema era que, aunque su exterior fuera perfecto, en lo que respectaba a su interior dejaba mucho que desear. O eso parecía.

...

—Me ha puesto condiciones. A mí —gruñó, como si la mera idea le pareciera insultante.

Günther no estaba acostumbrado a que la gente le plantara cara.

Elliot se echó a reír a carcajadas, ignorando la mirada asesina que le estaba lanzando su hermano.

—Lo siento, pero esa chica ya me tiene ganado. No muchas mujeres tienen lo que hay que tener para ponerte en tu sitio —

espetó, con toda confianza.

Günther sabía que tenía razón, pero eso no mitigó su mal humor.

—¿De qué jodido lado estás? —le recriminó, pero Elliot lo desdeñó con un gesto de la mano.

—Soy neutral, ya lo sabes. Pero me intriga cómo saldréis de esto, la abuela está más incisiva que de costumbre —comentó.

—Tú sí que sabes cómo darme ánimos. —Le echó en cara, enfurruñado.

—Joder, hoy estás imposible. ¿Qué te cabrea tanto? Eres el mejor mentiroso que he conocido, podrás con esto.

Él no lo tenía tan claro, pero se resignó a dejarlo en manos del destino.

—Uhum…

Elliot se levantó y le palmeó la espalda, en un pequeño gesto de apoyo.

Su hermano y él se peleaban casi todo el tiempo y sus caracteres eran muy diferentes, pero eso no quitaba que se quisieran y respetaran por encima de todo. Y el menor de los Von Ziegler se ponía en sus zapatos y sabía que debía de ser duro enfrentarse a una farsa de ese calibre.

—Deberíamos empezar a preparar la reunión para el presupuesto del proyecto de los hoteles, pero primero cálmate. Si entras en ese estado muchos empleados saldrán llorando —le aconsejó.

No bromeaba. Günther tenía un temperamento demasiado fuerte para su propio bien. Sin duda, compadecía a esa pobre chica.

Él resopló, aún más molesto por su comentario.

—¿Tan horrible soy?

—No he dicho eso, solo que a veces te pones muy… intransigente.

Elliot era el único que le decía las verdades a la cara. O al menos lo había sido, hasta que llegó Candela. Por alguna razón, eso solo le echó más leña al fuego.

—No ayudas. Anda, vamos. Me está empezando a dar dolor de cabeza —espetó, saliendo del despacho con su Macbook entre las manos.

Aquel día iba a ser espantosamente largo.

...

A las ocho en punto de la noche, Günther se puso por fin al volante, con Candela sentada en el copiloto. Había cumplido su palabra y lo había esperado para que la llevara a casa, aunque no parecía demasiado entusiasmada y no podía culparla.

La reunión se había extendido y él había estado de un genio terrible todo el día, así que por lo general todo el mundo huyó de él en cuanto cerraron.

Elliot se ofreció a llevar a Suzy, cosa que no le sorprendió a nadie.

Cuando se hubieron puesto de acuerdo —y no fue tarea fácil— acerca de hasta el más insignificante de los pormenores de su noviazgo falso, y tras asegurarse de que la joven entraba en el edificio sana y salva, Günther puso rumbo a su casa, deseando tumbarse en la cama y descansar por fin. Aquel día había sido infernalmente largo.

No obstante, no tuvo tanta suerte pues nada más bajar al comedor para la cena, tras tomar una ducha reconfortante, vio a la abuela Ingrid dedicarle una mirada más inquisitiva de lo que solía.

Estaba tomando una generosa copa de vino con la cena y lucía sospechosamente jovial para su habitual humor ácido. Así que las alertas de Günther se dispararon, pues cuando eso sucedía sabía que su pasatiempo favorito era meterse en la vida de todo el mundo, especialmente en la suya.

Apretó la mandíbula, cortando el filete con demasiada fuerza.

No tuvo que esperar demasiado para saber lo que estaba tramando y cuando se aclaró la garganta, él contuvo la respiración y deseó con todas sus fuerzas estar equivocado.

Por descontado, no fue así.

—Y dime, Günther ¿cuándo piensas invitar a cenar a esa novia tuya para que la conozcamos como es debido?

CAPÍTULO 13

Esa simple e insidiosa pregunta cargada de malicia bastó para terminar de arruinar el humor, ya de por sí agrio, de Günther, que trató de negarse. Sin embargo, no tuvo tiempo.

Porque solo había una cosa peor que su abuela en modo entrometida y era que se le uniera su madre. Juntas eran un dúo fatal.

Al final, insistieron tanto para que invitara a cenar a Candela la noche siguiente —y hasta su padre se mostró de acuerdo, para consternación de Günther— que, aunque Elliot trató de echarle un cable, fue inútil y no le quedó más remedio que ceder y prometerles a todos que la traería.

Solo esperaba que Candela no se opusiera, porque de lo contrario estaría en aprietos. Su familia no era de las que se daban por vencidas y no aceptarían ninguna excusa. Tenía que asegurarse de convencerla para que asistiera y, como su hermano tuvo la amabilidad de recordarle, debía ser agradable con ella.

La simpatía no era precisamente uno de sus puntos fuertes, pero estaba dispuesto a poner de su parte al cien por cien. Podía ser cariñoso si se lo proponía.

O eso esperaba.

No tenía otra opción, de todos modos.

Y si era totalmente honesto, la compañía de Candela no le desagradaba. Algo inaudito hasta el momento.

Aquella noche había dormido apenas un par de horas escasas y se levantó al alba. Salió a correr para despejarse y se tomó más tiempo del habitual en la ducha, pues necesitaba con urgencia relajarse.

Lo consiguió solo en parte, pero al menos ya se sentía con mejor predisposición para enfrentar el día de locos que le esperaba.

Sin avisarla de antemano, resolvió presentarse en el apartamento de Candela para recogerla a las ocho en punto de la mañana. Tenía que ponerla al tanto de las novedades cuanto antes.

Al llegar a la puerta de su edificio se detuvo y sonrió, a su pesar, pues se estaba haciendo costumbre aquello de ir a buscarla y eso que Candela llevaba tan solo unas pocas semanas en la capital germana.

Se preguntó si estaría preparada. Conociéndola, probablemente no. Se habría distraído con esa telenovela que tan enganchada la tenía.

Günther tuvo que reprimir la risa al recordar la manera desenfadada y apasionada con que le había contado hasta el más ínfimo detalle de la trama, como si fueran grandes amigos tomando una cerveza en un pub.

Él no era un hombre que riera a menudo y si cualquier otra persona hubiese hecho eso, probablemente habría desconectado o le habría soltado algo desagradable, pero por alguna razón a ella había querido escucharla.

Candela sentía y vivía con una intensidad abrumadora a la que él no estaba acostumbrado. Y su personalidad lo intrigaba.

Llamó al telefonillo, dispuesto a decirle que la esperaba allí abajo y que se diera prisa, pero no contó con que le abriera tras pedirle que subiera. Por supuesto, no le dio opción a réplica.

Suspiró. Pequeña impulsiva…

Subió las escaleras ya familiares —su apartamento estaba en la primera planta y no tenía sentido coger el ascensor solo para eso— y estaba a punto de tocar al timbre cuando la puerta se abrió de par en par y una Candela a punto de entrar en pánico lo arrastró hasta el interior.

Günther refunfuñó.

—Se te está haciendo costumbre esto, por lo que parece.

Solo entonces ella reparó en que le había arrugado el traje y empezó a alisarlo, en medio de disculpas atolondradas.

—Ay Dios, lo siento. Es que estaba muy nerviosa, Suzy acaba de llamarme para contármelo y cuando te he visto por la ventana he

supuesto que venías para avisarme, entonces ha empezado a entrarme el pánico y…

—¡Vale, vale, basta! Un segundo, respira. ¿Nadie te ha dicho que hablas demasiado? —La interrumpió, porque de lo contrario daba la impresión de que no terminaría con su perorata nunca.

Su rostro estaba del color de la grana debido a los nervios y a lo precipitado de su discurso apenas inteligible. Aquella chica era demasiado torpe para su propio bien.

Su firmeza y la manera en que le puso ambas manos sobre los hombros la hizo enmudecer repentinamente, sintiendo un cálido hormigueo en la zona. Günther tenía las manos grandes, de largos dedos y una suavidad inusitada para tratarse de un hombre con su temperamento.

—¿Vas a calmarte para que podamos sentarnos a hablar como personas civilizadas? —Inquirió, con severidad.

Ella asintió, derrotada, tomando asiento en el sillón e indicándole que hiciera lo mismo. Tenía *Love is in the air* —la serie turca a la que estaba enganchada— silenciada en el televisor, pero por alguna razón no quería apagarla. Le proporcionaba una distracción frente al imponente hombre que se hallaba sentado justo a su lado, con su impecable traje gris y su corbata azul cobalto, a juego con sus deslumbrantes ojos y su cuerpo grande y proporcionado que era demasiado para aquel sofá minúsculo y…

—¿Qué ocurre? ¿Tengo monos en la cara? —Al ver que no contestaba, resopló—. Vale, creo que necesitas una infusión o algo. Estás en *shock.*

A Candela se le pusieron coloradas hasta las orejas y trató de negarse, pero él ya estaba poniéndose de pie.

—Espera, de verdad que no hace falta. Además, vamos a llegar tarde al trabajo.

Puede que no lo pareciera a simple vista, pero ella era responsable y se tomaba en serio sus obligaciones, a pesar de su naturaleza despistada.

Günther se encaminó hacia la cocina y tuvo que seguirlo, teniendo prácticamente que pegar saltitos para igualar su potente y

segura zancada.

Entonces, de repente, se giró y sus cuerpos colisionaron. Ella perdió el equilibrio, pero sus manos hábiles la asieron por la cintura para estabilizarla y tuvo que echarle los brazos al cuello.

Solo entonces se percató de la asfixiante cercanía que compartían. Habría bastado un solo palmo para que sus labios se tocaran y por alguna razón la idea no le parecía tan terrible como debería haberlo sido.

—¿Qué importa que lleguemos tarde? La empresa es mía, así que nadie va a decirme una mierda. —Espetó, con ese tono crudo que lo caracterizaba. Su mano no soltó su cintura en ningún momento. Es más, parecía sorprendentemente cómodo con esa posición.

Ella, por el contrario, estaba muerta de los nervios.

Nunca un hombre la había desconcertado tanto como Günther Von Ziegler.

Por un segundo, había conseguido que hasta se olvidara de lo que estaban hablando, hasta que se centró.

—Entiendo…

—Prepararé una infusión para ti y un poco de café, para mí —alegó. No era una pregunta.

Todavía no se había movido y esta vez fue Candela quien se permitió enarcar las cejas. Dudaba que hubiera causado el mismo efecto que él —estaba segura de que si existiera algún concurso acerca de cómo fruncir el ceño y enarcar las cejas con desdén, él lo habría ganado sin esfuerzo—, pero, a juzgar por la media sonrisa que se dibujó en sus labios, tampoco estuvo mal.

—Bien, en ese caso, deberías soltarme…

Por alguna razón, no sonó tan convencida como le habría gustado.

Él puso los ojos en blanco, pero lentamente y con desgana, retiró las manos de sus caderas y retrocedió unos pasos, murmurando entre dientes algo que le resultó familiar.

—Me sacas de quicio…

Tuvieron que transcurrir algunos minutos —él ya estaba poniendo el agua a hervir con sorprendente desenvoltura— para que cayera en

cuenta de que le había hablado en español.

Abrió mucho los ojos, pues no se lo esperaba.

—Espera… ¿hablas español?

Él no se volvió mientras preparaba todo, pero le dedicó un pequeño asentimiento.

—No lo hablo tan fluido como me gustaría, pero sí —contestó, con simpleza.

Aquello tenía que ser un sueño, porque ni en sus fantasías más locas Candela se habría imaginado que su jefe, el serio y estirado Günther Von Ziegler, estaría hablando español en su cocina, con las mangas de la camisa arremangadas mientras le preparaba una infusión de manera atenta.

A veces la vida daba sorpresas.

Pensó en la reacción que tendría Abril cuando se lo contara, seguro que se ponía toda eufórica y le exigía hasta el más mínimo de los detalles. No tenía remedio, por eso la adoraba.

—Ya está listo, ¿te parece si nos sentamos?

—Claro. ¿Podrías decirme algo más, por favor? Echo… echo mucho de menos hablar en español —confesó, con un brillo nostálgico en la mirada al tiempo en que daba vueltas a su bebida para que se enfriara.

Günther, en cambio, ya le estaba dando los primeros sorbos al café y dejó escapar un pesado suspiro.

Sin embargo, para su sorpresa, accedió.

—Estás muy guapa cuando te sonrojas —pronunció el piropo remarcando cada palabra de un modo que le habría resultado muy gracioso si no acabara de quedarse muda al procesarlo.

¿Acababa de hacerle un cumplido?

Su corazón se saltó un latido y bebió un generoso trago de su infusión, sin importarle quemarse la lengua.

Cuando al fin reunió el coraje para enfrentar su mirada pícara, se rio sin saber por qué.

—Vaya, muchas gracias. Puedes ser amable cuando quieres y todo —comentó, escudándose en el humor para no admitir cuánto le había gustado.

De repente, ya ni siquiera se acordaba de por qué había entrado en pánico antes. Seguro que él encontraba una solución, siempre lo hacía.

—Será mejor que eso quede entre nosotros —replicó, aunque con tono de ligereza. ¿Se estaba relajando o eran imaginaciones suyas?

—Está bien.

Por descontado, quedaría entre ellos y Abril. Y quizá Suzy. Se lo debía por haberla advertido de lo de la cena. Claro, que técnicamente había sido Elliot quien se lo contó a ella y esta a su vez a Candela.

Casi como si le leyera el pensamiento, Günther le preguntó:

—¿Por qué estabas tan nerviosa? Has mencionado que ibas a llamarme cuando he llegado, pero no me has dicho qué pasaba…

Pillada.

Tuvo que confesar.

Y la expresión de Günther se fue volviendo más y más sombría a medida que ella hablaba.

Hasta que, apretando la mandíbula, declaró:

—Voy a matar a Elliot.

Candela tragó. No le habría gustado estar en los zapatos del susodicho cuando Günther se lo topara aquella mañana.

Intentó salvarlo, pues a fin de cuentas se suponía que era su cuñado y lo cierto era que le caía fenomenal.

—No te enfades con él, por favor. Solo quería ayudar.

El gesto de Günther se relajó un tanto, pero aun así no se veía para nada comprensivo.

—Ya. No puede resistir la tentación de meterse en mi vida, nadie de mi jodida familia puede —explotó, sorprendiéndola con ese ataque de sinceridad. Luego recobró esa calma glacial que lo caracterizaba y se pasó las manos por el pelo—. Pero sé que no tenía malas intenciones.

Ella dejó escapar el aire contenido, aliviada.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? —inquirió, tratando de no agobiarse ante la mera idea de imaginarse atrapada en medio de una cena familiar con los Von Ziegler.

Después de haber conocido a la abuela de Günther, no podía ni imaginar cómo serían sus padres. Con razón él era tan frío y controlado siempre, tenían pinta de no pasarle ni una.

Él le dedicó una mirada incrédula, como si fuera obvio.

—Vamos a ir, cenamos y en cuanto podamos nos marchamos.

Aquella idea no la seducía demasiado.

Se estrujó el cerebro, hasta que se le ocurrió algo.

—¡Inventemos algo! Diremos que estoy enferma, he contraído la gripe. De hecho, no iré ni a trabajar —propuso, pero él chasqueó la lengua, poco convencido.

—No se lo tragarán, créeme.

—Pero… puedo ser muy convincente —insistió, a la desesperada.

—No lo dudo, pero lo que viste de mi abuela no es nada comparado con lo que puede hacer. Vendría aquí mismo y te llevaría a rastras —replicó, dejándola sin opciones.

—Mierda.

Estaba claro que no tenía otra opción más que resignarse y acudir. O sería peor, mucho peor. Podría levantar sospechas. Y eso no les convenía en lo absoluto.

—Vale, de acuerdo —accedió, resignada—. Iré.

Günther asintió y juraría que le pareció detectar una pizca de respeto en sus iris de hielo. Enseguida lo descartó, seguramente se lo había imaginado.

—Esta tarde saldremos antes del trabajo, te llevaré de compras —añadió al rato, con su habitual laconismo.

Las alertas de Candela se activaron.

—¿Para qué? —le preguntó, cautelosa.

El resoplido de Günther en respuesta no se hizo de rogar.

—No lo sé, la gente habitualmente suele ir de compras para renovar su vestuario, pero si me he perdido algo, por favor, dímelo.

Qué carácter…

—Ya lo sé, muchas gracias —replicó, con retintín, antes de aclarárselo—. Lo que quiero decir es que yo ya tengo ropa de sobra.

—No lo dudo, pero si vas a simular ser mi prometida tendremos muchos eventos de etiqueta y apuesto a que de eso tu fondo de armario no va tan sobrado.

Candela se indignó. ¿La estaba insultando, acaso?

—¿Pretendes decirme que para agradar a tu familia tengo que convertirme en una señorita de la alta sociedad? ¿La buena impresión que pueda causarles depende de un puñado de tela fina? —exclamó, sin poder contener su enfado.

Günther enarcó las cejas e hizo lo más inesperado: echarse a reír.

Cuando al fin se recompuso —debió de notar que lo estaba fulminando con la mirada— se humedeció los labios y habló:

—En mi mundo son muy importantes las apariencias, pero créeme que cualquiera que piense que eso es lo único que tienes para ofrecer se equivoca. Solo quiero que les cierres la boca a todos, Candela. ¿No lo quieres tú? Conmigo lo has hecho y eso no es nada fácil —confesó, en un arranque de sinceridad que la dejó estupefacta.

—¿Lo he hecho?

De todo cuanto había dicho, aquello era lo que más había llamado su atención. Tal vez fuera demasiado infantil por ilusionarse ante algo así, pero no podía evitarlo.

—Joder y tanto. ¿Entonces, te parece bien?

Günther era la persona más desconcertante que había conocido.

Todavía no lograba entender cómo pasaba de comportarse como un capullo frío y arrogante a un perfecto caballero atento, pero ya empezaba a acostumbrarse y eso era lo que más miedo le daba.

—Sí, me parece bien. Vayamos de compras, pues.

—Vale, entonces será mejor que nos pongamos en marcha. Una cosa es que no me importe llegar tarde y otra que esté dispuesto a perder toda una mañana de trabajo —repuso, aunque con tono más distendido.

Candela no pudo reprimir su curiosidad, quería saber más sobre él. De ese modo todo sería más creíble, pues la cortesía con que se trataban no bastaba para simular una supuesta relación de amor.

—¿Nunca te cansas? Trabajas muy duro. No sé, ¿no te apetece tener un día de relax?

Era difícil saber lo que estaba pensando, pues su expresión no dejaba traslucir nada. Sin embargó, pareció sincero cuando

respondió:

—No, lo cierto es que me gusta mi trabajo y no soy un hombre que descanse mucho. Me tomo en serio mis responsabilidades.

Y ella lo entendía, de verdad, pero era como si su vida solo girara en torno al trabajo. Eso no podía ser bueno.

Un momento, ¿acaso se estaba preocupando por él?

No, imposible.

Solo era curiosidad, ya está.

—Lo comprendo, pero todo el mundo necesitaba desconectar un poco y divertirse. ¿No crees?

Quería preguntarle por qué no tenía una novia de verdad. Dios, no había más que mirarlo, con ese impresionante físico que volvería loca a cualquier mujer. Trabajaba duro para cuidarse, pues se notaba que estaba en plena forma. Tenía los labios carnosos, la nariz recta, el rostro anguloso y proporcionado, los ojos más azules que había visto nunca, esa atractiva barba castaña clara de varios días y un pelo sedoso y bien peinado. Por no hablar de cómo el traje se le ajustaba al cuerpo…

De repente, él se aclaró la garganta, sacándola de su ensimismamiento.

—Creo que deberías dejar de escanearme con la mirada como si quisieras aplicarme rayos X, llegamos tarde.

Había diversión apenas contenida en su tono y Candela quiso darse de bofetadas por haber divagado así. ¿En qué estaba pensando para comérselo con los ojos de ese modo?

Y lo peor era que ni siquiera se había dado cuenta.

Quiso que la tierra se la tragara en ese preciso momento.

Se movió a toda prisa, yendo a coger sus cosas y poniéndose un cárdigan violeta calentito. Todavía no se había acostumbrado al clima de Múnich, mucho más frío que el de España.

Intentó pasárselo por los brazos, pero al parecer el pelo se le había quedado enganchado en uno de los botones de la parte de atrás y no podía liberarse. Mierda.

Resopló, agobiada, desde el vestíbulo. Estaba peleándose con la prenda porque no quería perder aún más su orgullo y pedirle ayuda a Günther, pero no hizo falta.

—Eres imposiblemente torpe —susurró en español, situándose a su espalda y desenganchando con habilidad y delicadeza las hebras de su cabello para que quedaran libres.

Una ola de gratitud —y vergüenza— la invadió.

—En mi defensa no lo hago a propósito, muchas gracias —murmuró, mirando a cualquier parte menos a su cara.

—Por lo menos lo reconoces. —Si no supiera que era imposible, juraría que Günther acababa de bromear con ella. ¿Tendría fiebre? —. Si estás lista, nos vamos.

—Sí, eh…claro —atinó a decir, tras apagar la tele,pues casi lo había olvidado, y salió cuando sostuvo la puerta abierta para ella.

Lo que decía, era un hombre de extremos. Parecía no tener término medio…

Y sin embargo, empezaba a sentirse cómoda con él, a pesar de su carácter imposible. Lo cual era preocupante.

...

Para cuando ambos llegaron a la empresa y cruzaron las puertas giratorias de recepción, descubrieron —sin mucha sorpresa— que todos y cada uno de los trabajadores que pululaban por allí los observaban boquiabiertos, sin el menor disimulo.

A Günther pareció traerle sin cuidado —a fin de cuentas estaba acostumbrado a ser el centro de atención—, pero Candela se sintió abrumada y le costó un considerable esfuerzo no salir huyendo despavorida. Llevaba fatal ser la comidilla de la gente.

Por desgracia, en aquella ocasión no tenía escapatoria. Por eso, se obligó a mostrar una fachada impenetrable, pues si dejaba traslucir que la afectaba estaría perdida.

Fue entonces cuando sucedió, justo después de que alzara la cabeza para enfrentar la mirada venenosa que le estaba dedicando Erika en ese preciso instante; Günther entrelazó sus manos en un apretón firme que la sorprendió en grado sumo, pero que al mismo tiempo la emocionó como nada lo había hecho hacía mucho. Tal vez él no lo supiera, pero acababa de infundirle una seguridad apabullante. Y pensaba aprovecharlo.

CAPÍTULO 14

Pasó la mañana y buena parte de la tarde organizando la agenda de Günther —realmente no tenía un respiro, era el hombre más ocupado que jamás había visto— y atendiendo las llamadas que recibía, para pasarle las que él autorizaba.

Comió con Suzy, Max y unos cuantos compañeros más y realmente disfrutó de su compañía. Sentaba bien que no la juzgaran como una oportunista o pensaran mal de ella sin conocer la situación, como parecía ser el caso de otros compañeros, entre los que estaba, cómo no, Erika.

Candela no entendía por qué esa mujer la odiaba tanto sin siquiera conocerla. Sabía que tenía algo esporádico con Günther, por lo que le había contado Suzy y ella misma había tenido la mala suerte de presenciar, pero eso se había acabado. El alemán había sido muy claro.

Seguramente, ello había avivado el despecho y el rencor de la rubia. Pero era ridículo. Para Candela no había nada más tonto que dos mujeres peleando por un hombre. El amor no se podía forzar.

Sin embargo, no podía dejar de empatizar con ella. Dolía que te rechazaran. Además, ella podría demostrarle que no era su enemiga. No quería tener ningún problema con nadie, por el amor de Dios, solo quería conservar su puesto.

Todavía no eran las seis cuando Günther la llamó para avisarla de que habían terminado por hoy y que fuera a su despacho. Nerviosa, se arregló la falda y atusó un poco las ondas rebeldes de su cabello castaño.

Podía parecer infantil, pero él siempre estaba tan regio e impecable que se sentía como una desaliñada en su presencia. Aunque horas antes le hubiese parecido que estaba bastante guapa al mirarse en el espejo.

—Adelante.

La voz de Günther resonó desde el otro lado de la puerta y ella entró.

Él estaba de pie, ya preparado para salir. Tenía las llaves de su elegante Maserati en la mano izquierda y extendió la derecha para que ella pudiera tomarla.

—¿Iremos a todos lados cogidos de la mano? —preguntó, más por curiosidad que por desagrado.

—Solo cuando haya público, no te preocupes.

Por supuesto, solo lo hacía por guardar las apariencias. Había sido una ingenua al creer que era un gesto de aliento.

No hablaron mucho más. Se limitaron a despedirse del personal, que siguió trabajando y Günther condujo en silencio, sorteando el tráfico infernal con una maestría envidiable.

Candela a duras penas había podido sacarse el carnet y no le entusiasmaba demasiado conducir, así que verlo a él tan cómodo y desenvuelto al volante era todo un espectáculo. ¿Habría algo que no se le diera bien? Lo dudaba.

Se detuvo en el *parking* de unos grandes almacenes con una fachada impresionante. Candela se quedó con la boca abierta cuando vio que en la parte superior del edificio había un letrero que rezaba, en letras doradas de neón: Grandes almacenes Von Ziegler.

Parpadeó, intentando asegurarse de que había leído bien. Cuando se hizo evidente que sí, tras mirar fijamente un rato, le echó un vistazo disimulado al hombre serio e imperturbable que le sostenía abierta la puerta del coche para que bajara.

Y lo hizo, pero no pudo evitar empezar a hacer preguntas.

—¿Todo esto es de tu familia? Porque ahí pone…

Günther debió de percatarse de su incredulidad, porque se apiadó de ella.

—Sé lo que pone. Sí, estos grandes almacenes están a nombre de mi madre. Fue un regalo de mi padre cuando se casaron. —¡Y lo decía como si nada! ¡Qué fuerte! Candela estaba alucinada—. He pensado que venir aquí sería más seguro y discreto, por lo menos controlamos el acceso y quiero evitar a la prensa —explicó.

Tenía sentido.

—Entiendo. Es muy considerado de tu parte —admitió y él le dedicó una pequeña inclinación de cabeza.

—Entremos, puedes probarte y llevar todo lo que te guste. Yo cubriré cualquier gasto, así que no escatimes.

Candela se quedó atónita. Algo en su interior estaba gritando y lamentó profundamente que su amiga Abril no estuviera allí con ella para ser testigo de aquel momento. Siempre había fantaseado con la idea de encontrar a un millonario que le pagara sus caprichos, la muy loca.

Por su parte, todavía se sentía un poco abrumada y avergonzada, pues no estaba acostumbrada a que nadie le diera nada porque sí. Pero tenían un acuerdo y él estaba forrado, así que pensó que no había nada de malo en ceder.

Dejó que la guiara hasta el interior y esperó a que él hablara con la dependienta para que le trajera las mejores prendas que tenían, todo exclusivo y a la última. Ya imaginaba los precios prohibitivos que tendrían.

Tragó saliva, admirando la decoración, las luces, las escaleras mecánicas que llevaban hasta cada uno de los cinco pisos que contenía el *mall* y la elegancia que desprendía aquel lugar y sus clientes. Se sentía como si acabara de entrar en un mundo desconocido y aterrador, pero al que podría acostumbrarse sin problema.

—Puedes pasar al probador, yo te esperaré aquí y te daré mi opinión de todo —soltó, como si nada. Alguien, probablemente otra de las chicas, le había ofrecido una copa de champán y estaba dando pequeños sorbos, acomodado en un sofá de cuero frente a los probadores.

La chica llevó una cantidad enorme de montones de ropa, que colocó con un cuidado y una pericia extrema en sus respectivas perchas —era el probador más espacioso que la joven había visto en su vida— y le dijo, en un alemán rápido y entusiasta, que la llamara si necesitaba cualquier cosa. Apenas atinó a darle las gracias.

Entonces y solo entonces reparó en lo que acababa de decirle Günther. ¿¡Pretendía que le hiciera un pase de modelos!? Ni hablar,

se moriría de vergüenza.

Comenzó a desnudarse, dejando a un lado su ropa, y empezó por un vestido rojo de gala con un escote de infarto en la espalda —lo había escogido la dependienta— que, si bien le parecía precioso, temía que fuera demasiado atrevido. A fin de cuentas, no conocía a la familia de Günther todavía y temía que fueran demasiado conservadores.

Si les causaba una mala impresión, se hundiría. Era muy sensible, no podía evitar tomar las críticas como un ataque personal. Por eso tenía miedo de presentarse delante de Günther de esa guisa, era como si no fuera ella.

—¿Candela? ¿Estás lista? —inquirió él, con su voz ronca y varonil, desde el otro lado de la puerta.

Mierda. ¿Qué hacía allí?

Iba a darle algo. Sintió que le ardían las mejillas. Inspiró y expiró hondo. Podía hacerlo. No era nada del otro mundo, ni que estuviera desnuda.

Corrió la cortina a toda prisa, antes de que pudiera arrepentirse. Tuvo mala suerte, porque uno de los tacones de aguja a juego con el vestido que se había puesto —mucho más altos de lo que acostumbraba— se tropezó con su bolso y dio un traspié, estando a punto de caer al suelo.

Manoteó, desesperada por recobrar el equilibrio y no hacer un ridículo espantoso.

Unos brazos firmes y definidos la asieron en ese preciso instante por la cintura y se agarró a lo primero que pudo, que resultó ser su cuello. Günther la atrapó justo a tiempo y suspiró, a escasos milímetros de su rostro. Desde esa distancia, podía oler su aroma fuerte y masculino, muy él. Sus iris parecían más azules que nunca y sus pupilas estaban dilatadas, se pasó la lengua por los labios, recorriendo cada centímetro de su anatomía con una expresión hambrienta y ansiosa que no le había visto nunca.

Casi habría jurado que la miraba con deseo. ¿Y ella? Ella sentía una atracción inexplicable hacia él. Debía de haber perdido el juicio, porque no quería que la soltara.

Él carraspeó, como si hubiera recobrado la sensatez y retrocedió un paso.

Se recompuso, intentando ralentizar los alocados latidos de su corazón. Menudo momento, un poco más y habrían saltado chispas.

Dios, tenía que dejar de ver esas comedias románticas…

—Está impresionante, señorita Flores.

Ese matiz pícaro y sensual en su timbre envió una oleada de excitación a su bajo vientre, por mucho que después le pesó, no podía controlar las reacciones de su cuerpo cuando tenía a ese hombre tan cerca.

Y… ¿de verdad lo diría en serio? Todo parecía indicar que sí. No pudo evitar sonreír con orgullo.

—Gracias, señor Von Ziegler.

Si quería jugar a ese juego, ella estaba lista.

—Podrías usarlo en nuestra fiesta de compromiso, ¿qué te parece? —sugirió.

«Falso, es falso». Tuvo que recordárselo como un mantra, porque su cerebro lo sabía muy bien, pero su corazón… empezaba a ilusionarse. Aquel era su peor temor y se estaba haciendo realidad.

Pero podía manejarlo. Había manejado cosas peores.

—Me encantaría, es un vestido precioso.

Más exactamente era el vestido de sus sueños y no pudo evitar pensar en lo loca de contento que se pondría su madre si estuviera allí para verla. Tuvo que reprimir las lágrimas, aunque no fue lo suficientemente rápida y Günther se dio cuenta.

—Créeme, el vestido no tiene nada que ver. Todo es mérito tuyo.

La espontaneidad con que le dedicó el piropo tiñó de escarlata sus mejillas. Cuando quería podía ser un encanto, el muy…

—Guau, dos cumplidos en un día. ¿Se encuentra bien, señor Von Ziegler? —bromeó, pero él volvió a ponerse su coraza y de inmediato se maldijo por tonta. Lo había arruinado, no debería haber abierto la bocaza.

Dejó escapar un suspiro pesaroso, apesadumbrada.

—¿Continuamos? Quiero ver cómo te queda el siguiente, a ver si encontramos algo para la velada de esta noche —propuso. Y a ella le pareció que estaba ansioso por poner distancia entre ambos.

Sintió una punzada amarga en el pecho, pero asintió y continuó probándose las prendas. La dependienta —que era realmente amable— la ayudó.

Salieron de allí una hora más tarde con las manos llenas a rebosar de bolsas con toda clase de ropa y una Candela más renovada y segura de sí misma. Con el atuendo que acababa de escoger para la cena, estaba convencida de que no iba a dejar indiferente a la familia Von Ziegler.

Y especialmente a Günther.

Aquella velada prometía ser interesante.

CAPÍTULO 15

Günther estaba cada vez más y más callado y taciturno a medida que se iban acercando a su destino. Y eso solo acrecentó el nerviosismo de Candela, que, a aquellas alturas, estaba considerando seriamente la posibilidad de lanzarse del coche en marcha para salir huyendo.

Pero, por supuesto, aquello no era una opción. Ya había firmado ese contrato, así que si no era esa noche sería cualquier otra. Y cuanto antes pasara por ese trance, mejor.

Sin embargo, no podía soportar más ese silencio tenso y asfixiante que imperaba entre ambos como una barrera. Así que, como le ocurría siempre que los nervios la sobrepasaban, empezó a disparar una pregunta tras otra.

—¿Debo ser espontánea o tratar de hablar poco y asentir a todo? ¿Qué pasa si me quedo en blanco y me pillan en una mentira? O lo que es peor: ¿y si no les caigo bien?

Por fin, después de lo que le había parecido una eternidad, Günther giró la cabeza para mirarla. Tenía una expresión entre atónita, fastidiada y divertida en el apuesto rostro.

—Por el amor de Dios, te va a dar algo. Relájate, mujer. No son peores que yo y parece que has aprendido a lidiar conmigo bastante bien —aseguró, curvando los labios hacia arriba en un gesto que no supo cómo interpretar—. Tú solo contesta a lo más imprescindible y deja que hable yo, que no te afecte lo que puedan pensar de ti. Aunque estoy seguro de que les gustarás, incluso a mi abuela —dijo aquello como si fuera el mayor logro que la historia de la humanidad jamás hubiera visto y fue justo eso lo que la hizo reír, a pesar de que estaba aterrorizada.

—De acuerdo, puedo hacerlo. Aunque sigo pensando que esto es una locura. ¿Qué pasará si se dan cuenta de que todo es una farsa?

Ella lo sabía: la despedirían y la mandarían de regreso a España de una patada en el trasero y entonces a ver cómo demonios se lo explicaba a su familia.

Si sus padres supieran lo que estaba haciendo, dirían que ellos no la habían educado para que mintiera y se hiciera pasar por alguien que no era. Seguramente estarían muy decepcionados y de inmediato un dolor agudo se expandió por su pecho.

Su hermano tampoco la apoyaría en aquella ocasión, aunque siempre habían sido cómplices.

Tragó, luchando por desterrar esos pensamientos intrusivos de su mente.

Hacía aquello por su futuro, por tener un trabajo digno y alcanzar sus metas, para demostrarse que ella podía.

Y ese sería su impulso.

No pensaba permitir que la pisotearan. Así que si había que mentir, ella se convertiría en la mejor mentirosa.

Lo demás quedaba en manos del destino.

...

Candela tenía que confesar que había imaginado la propiedad de los Von Ziegler de infinitas maneras, pero que ninguna de todas ellas —ni la más ostentosa— le hacía justicia a la realidad.

Era inmensa; de estilo sobrio y victoriano, constaba de dos plantas, un enorme jardín con piscina de obra y hasta una pista de tenis, un hipódromo y un campo de golf privado. ¡Aquello era una pasada!

No pudo evitar quedarse ensimismada admirándolo todo. Günther permaneció a su lado, imperturbable. Para él ya no era nada nuevo, al haberse criado allí debía de estar acostumbrado al lujo. Pero aun así… ella se preguntó si se sentiría tan bien como parecía en su imaginación. Podría haber sido un lugar muy solitario para dos niños si sus padres se pasaban la mayor parte del tiempo trabajando.

Sin embargo, no se atrevió a preguntarle directamente, pues era algo muy personal y en su lugar decidió pedirle permiso para enviarle una foto a Abril. Se la había estado pidiendo desde que

supo que iría y ella había estado evitándola, pero ahora no podía dejar pasar el momento.

—Claro, como quieras. Cuando termines entraremos y después, si te apetece, podemos dar una vuelta para que te lo enseñe todo. O en otra ocasión. —Se ofreció, sorprendiéndola.

Estaba siendo tan agradable que no pudo evitar sentir gratitud hacia él.

—Me encantaría, gracias. —Aceptó, con una enorme sonrisa.

Cuando ya se hizo evidente que era hora de entrar y que no iba a poder postergarlo más, se resignó y, encomendándose a la suerte, lo siguió hasta el interior.

Él no volvió a dedicarle palabras tranquilizadoras, pero extrañamente ya no las necesitaba. Pronto un hombre de mediana edad los guio —tras el saludo protocolario— al interior de la mansión con ademanes ostentosos. ¿Era el mayordomo? Candela no podía creer que estuviera en una mansión con mayordomo, si alguien se lo hubiera dicho antes de mudarse a Múnich lo habría tomado por un bromista. Y sin embargo, estaba sucediendo de verdad.

—Pasen por aquí, por favor. Los están esperando —indicó, con unos modales exquisitos.

Candela le dio las gracias y sintió que un calor abrasador le recorría el cuerpo cuando Günther posó la mano en la parte baja de su espalda.

Claro, debían interpretar un papel.

Sonrió como si fuera una novia feliz y entró con él a una estancia amplia e iluminada por una lágrima de cristal enorme. Aquel debía ser el comedor, a juzgar por la mesa de doce plazas que se hallaba en el centro, ya con los Von Ziegler aguardando por ellos.

Eran a cada cual más imponente, excepto por la cara ya conocida —y amiga— de Elliot, quien sonrió a la joven para darle aliento.

La madre de Günther era una mujer de pómulos finos y rostro elegante, con un largo y voluptuoso cabello rubio ceniza y exuberantes labios pintados de carmín. Vestía un traje de Chanel negro que realzaba una figura espectacular. Le dedicó una fría mirada que desprendía tanto curiosidad como cautela. Aunque no

tan gélida como la de Ingrid Von Ziegler, la desconfiada anciana le hizo todo un escáner y Candela tragó.

Se había vestido lo más elegante que supo, incluso Günther la ayudó. Y al final se decantaron por un Valentino verde esmeralda que le llegaba por debajo del muslo y que realzó con unas botas altas de tacón y un abrigo negro de piel sintética.

No terminaba de sentirse ella misma, pero estaba cómoda con su atuendo. Y no dejaría que nadie le quitara esa seguridad recién adquirida.

El señor Von Ziegler le dedicó una breve pero atenta inclinación de cabeza desde su lugar y solo cuando se movió Candela se percató de que estaba en silla de ruedas.

Por supuesto, aquello no tenía nada de malo. Era solo que la había tomado por sorpresa, pues Günther no le había mencionado nada al respecto. Se sintió tonta por sus propios pensamientos, ya que no tenía por qué hacerlo.

Aun así, el hombre lucía regio con un esmoquin negro impecable. Y a pesar de su semblante severo —sin duda, su hijo lo había heredado de él— parecía recibir su visita mejor de lo que lo hacían su esposa y su madre.

—Estás impresionante, Candela. Porque mi hermano se me ha adelantado, que si no, no vacilaría en tirarte los tejos.

Las palabras joviales y descaradas de Elliot, lejos de incomodarla, la hicieron sentir bienvenida y sonrió con sinceridad. Elliot era un canalla, pero adorable.

—Elliot… —advirtió Günther, entre dientes. Pero ella podía hablar por sí misma y así lo demostró.

—Gracias por el cumplido, Elliot. Buenas noches a todos —saludó, intentando imprimir firmeza y calidez a su voz. A juzgar por la breve mirada de aprobación de Günther, lo consiguió. Y se apuntó un tanto mentalmente.

Correspondieron a su saludo, aunque en el caso de ambas mujeres quedó patente que fue más que por educación que por sincera afectación. Se dijo a sí misma que no pasaba nada, no iba a rendirse de buenas a primeras. Especialmente cuando el propio

Günther le había advertido que su familia era complicada. Podría con ello.

Tomaron asiento. Ella en medio de Günther y Elliot, lo que le evitó sin duda el mal trago de estar más cerca de completos extraños que no parecían quererla allí.

El mayordomo —Roger, lo había llamado Albert, el padre de Günther— se retiró para «avisar a las muchachas de que empezaran a servir la cena», palabras textuales. Y se quedaron solos.

El ambiente descendió todavía un par de grados más, si es que aquello era posible.

Candela acomodó la servilleta sobre sus piernas con delicadeza y esperó, rezando con todas sus fuerzas para que alguien se apiadase de ella y rompiera aquel silencio infernal.

Afortunadamente, sus súplicas fueron escuchadas pronto.

—Así que es usted la señorita Candela Flores de la que tanto he oído hablar, me alegra conocerla al fin —expresó el señor Albert, con deferencia.

A pesar de sus palabras amables —que agradeció sinceramente— el hecho de que hubiera oído hablar tanto de ella la aterró. ¿Qué se suponía que debía decir?

—Papá… —intervino Günther, con el rictus completamente serio.

Incómodo, todo aquello era demasiado incómodo. Pero como si el destino quisiera mostrarle a Candela que eso no era nada para cómo se podían poner las cosas, Ingrid Von Ziegler tomó la palabra. Y no lo hizo precisamente para distender el ambiente.

—Vamos, no seas tan sobreprotector, la chica sabe expresarse sola —espetó, para mortificación del aludido. Candela pudo ver el esfuerzo que tuvo que hacer por morderse la lengua y no replicarle. Había pocas personas que pudieran callarlo de esa manera y por eso respetaba a la anciana—. Ahora lo que todos queremos saber y nadie se atreve a preguntar es: ¿por qué no nos habías hablado antes de esta jovencita si tan en serio iba lo vuestro como para que le pidas matrimonio?

Dijo todo aquello con displicencia e incredulidad, como si pensara que los jóvenes de hoy en día eran unos insensatos impulsivos. Si

ella supiera…

Había un deje de escepticismo y acusación en su voz que encendió a Günther. Para colmo, su madre enseguida la secundó, tocando aquel tema prohibido.

—Es cierto hijo, no puedo entenderlo, después de lo que sucedió con Willa pensé que…

Y eso bastó para que estallara, dando un golpe en la mesa.

—¡Basta! Soy un adulto y no tengo que daros explicaciones de lo que hago o dejo de hacer en mi vida privada —exclamó, tratando de recobrar la compostura. Era evidente que la mención del nombre de esa mujer, fuera quien fuera, lo había descontrolado. Y evitó la mirada inquisitiva de Candela.

—Pero no cuando tu vida privada interfiere en la empresa —sentenció su padre, mucho más severo que antes.

—Dadle un respiro —lo defendió Elliot.

En medio del caos, llegó una chica joven portando varias bandejas con aperitivos y Candela se planteó seriamente esconderse bajo la mesa y que la tierra la tragara cuando esa tensión y rabia apenas contenida se convirtió en una calma helada y falsamente civilizada. Muchos empezaron a comer como si nada hubiera pasado, no así Günther, que tenía la mandíbula apretada y los nudillos blancos bajo la mesa.

Sin saber cómo tranquilizarlo, le puso una mano en el muslo. Esperaba que la apartara, pero para su sorpresa se la apretó con calidez. Cuando volvió a mirarlo estaba más relajado.

—Bien, es cierto que ocultamos lo nuestro. Y si no os hablé de ella fue porque no queríamos que obtuviera el puesto solo por ser mi novia.

Candela se quedó en la última frase.

Su novia.

No debería, pero esas dos palabras sonaban tan bien saliendo de sus labios que por un momento fantaseó con la idea de que todo aquello fuera real.

Hasta que obtuvo una dosis de realidad.

—Es cierto que de haber sabido que ella era tu pareja ni siquiera habría pedido que la entrevistarais para evaluar sus habilidades —

admitió el señor Von Ziegler, sin pudor alguno—. Pero ¿qué tiene eso de malo?

Candela sabía que no lo decían con mala intención, pero no pudo evitar sentirse ofendida personalmente. Era como si atribuyeran sus méritos y valía profesional en función de ser la novia de… y eso era algo que no le había gustado nunca.

No quería depender de un hombre para ser una buena profesional, siempre había soñado con ganarse la vida y conseguir un trabajo digno por sus propios medios, sin necesidad de enchufes.

Así que aquella vez no dejó que Günther interviniera en su favor. Como había señalado muy acertadamente Ingrid, no necesitaba portavoces.

—Verá señor Von Ziegler, con todo respeto, habría sido una decepción para mí que me dieran el puesto solo por salir con su hijo y no porque soy una buena profesional. No es lo que quiero, no pretendo aprovecharme de su buena voluntad. Sé separar el trabajo de mis sentimientos y quiero dejar en claro que no soy ninguna oportunista —expresó, de manera clara y educada.

Fue entonces cuando por primera vez sintió que se había ganado el respeto de todos y cada uno de los miembros de aquella familia. Y se sintió valiosa y capaz.

—Candela es una mujer excepcional y muy profesional —la alabó Günther y sonaba tan convincente que estuvo a punto de creérselo. Se recordó felicitarlo más tarde por eso—. Es una de las muchas razones por las que me he enamorado de ella —declaró, pasándole un brazo por los hombros en ademán cariñoso.

Sabía que estaba fingiendo, por supuesto. Pero aun así no pudo evitar notar mariposas en el estómago, esas traidoras…

—Sin duda la señorita Flores es extraordinaria. Debo decir que habla muy bien de usted el hecho de que no haya querido beneficiarse de la situación.

Albert también parecía complacido con ella.

—Gracias, llámeme Candela, por favor.

—Tiene razón, a fin de cuentas pronto serás mi nuera —exclamó, alegremente.

Ay Dios, se lo estaban creyendo. Se sintió fatal por engañarlos, es que no entendía cómo Günther podía estar tan tranquilo con aquella farsa. Eso sí que eran nervios de acero.

—Es un vestido precioso el que llevas, Candela —le hizo un cumplido la madre de Günther; Elise, le parecía que se llamaba.

—Muchas gracias, tuve la oportunidad de visitar sus grandes almacenes y son impresionantes.

Y no lo dijo para agradarla, sino porque era la verdad.

Elise pareció absolutamente encantada con sus palabras. Era una mujer apasionada de la moda, sin duda.

—Eres muy amable, empiezo a ver por qué mi hijo ha decidido sentar la cabeza contigo.

Candela lo estaba pasando fatal, pero tuvo que sonreír.

—Bueno, propongo un brindis por los novios —acudió al rescate Elliot. Le habría dado un abrazo de buena gana.

Todos dejaron de comer y alzaron sus copas para brindar, incluso Ingrid parecía que había bajado la guardia. Lo cual alivió profundamente a Candela.

Las chicas de servicio no tardaron en aparecer cargando con todo tipo de manjares que provocaron que a Candela se le hiciera la boca agua de inmediato.

Todavía no estaba plenamente familiarizada con la comida alemana, pero reconoció las bratwurst —salchichas— con patatas al curry, un plato con pasta rellena que emulaba los raviolis italianos y que si no estaba equivocada respondía al nombre de *Maultaschen,* croquetas, *schnitzel*; carne de ternera blanca con harina, huevo y pan rallado y de postre pastelillos llamados berlinesas y la tradicional selva negra, que no podía faltar y de la que la abuela Ingrid se confesó una gran amante.

Y lo entendía perfectamente, porque era una delicia. Comió hasta saciarse, aquello estaba exquisito. La cocinera tenía todos sus respetos.

Sin embargo, la tranquilidad duró demasiado, porque era evidente que aunque ya no se mostraran tan reacios ante ella, los Von Ziegler todavía tenían muchas preguntas.

—Günther, todavía no nos has contado cómo os conocisteis.

Era, cómo no, su abuela quien había dicho aquello en tono insidioso. Por un momento, pareció que él iba a replicar algo grosero como que no era de su incumbencia —porque Candela lo veía muy capaz—, pero al final cedió, con una media sonrisa enigmática.

—Es verdad, cariño ¿quieres hacer los honores?

No podía haber dicho lo que acababa de decir. ¿Estaba loco? ¿De verdad tenía las agallas de echarle el muerto encima en aquella situación? Oh, se iba a enterar…

Le sonrió y le puso ojitos como si estuviera locamente enamorada, pero por debajo de la mesa le soltó una patada en la espinilla que esperaba que le hubiera dolido.

Para su desencanto, ni se inmutó. Maldito alemán egocéntrico…

—Claro. Nos conocimos en Roma —empezó a relatar, tratando de que su voz sonara lo más natural posible y encomendándose a los dioses—. Yo estaba de turismo y me acerqué para pedirle indicaciones y que por favor me sacara una foto delante de la Fontana Di Trevi y él con mucha amabilidad lo hizo. —Esperaba que no se notara el retintín en eso último, porque Günther podía ser muchas cosas, pero la amabilidad no era la más destacada de sus cualidades—. Después me invitó a tomar algo y bueno, nos conocimos.

—Oh, qué romántico. ¿Entonces fue amor a primera vista? —inquirió extasiada la madre de Günther.

Elliot se rio y el aludido pareció horrorizado por un momento.

—No —se apresuró a aclarar—. Fue atracción. Nos atrajimos y decidimos volver a quedar a ver qué pasaba. Después nos enamoramos —puntualizó.

Por supuesto, un hombre tan serio y cuadriculado como él no podía creer en los flechazos. Que Dios lo librara de que hubiese algo que escapara a su control.

—Pero no seas tan frío, dale un beso a tu prometida. Este nieto mío…

Aquellas palabras provenían de Ingrid e hicieron que Candela se sintiera morir.

¿Qué pasaba con la cláusula? Era obvio que Günther estaba esperando su permiso tácito, a juzgar por la cara de circunstancias que puso.

¿Le apetecía? Probablemente habría preferido que le echaran sal en los ojos, no por el beso ni porque él la desagradara —que debería — sino porque no llevaba bien las demostraciones de afecto en público. Era demasiado tímida para su bien.

¿Tenía otra opción? No, a menos que quisiera quedar mal delante de la familia de su falso prometido y que la excelente actuación de antes se fuera por el caño, porque nadie se creería que dos personas que supuestamente estaban enamoradas se rehusaran a tener un contacto tan simple y nimio como un beso.

Podía hacerlo. Le dedicó una sonrisa con la que esperaba que interpretara el mensaje: nada de lengua.

La victoria se reflejó en sus ojos cuando se inclinó hacia ella, poniéndose de lado, hasta que sus rostros estuvieron a escasos centímetros de distancia.

Entonces, con todos mirándolos fijamente como si contemplaran algo inusual y sumamente extraordinario, le tomó el rostro entre las manos con delicadeza y la besó.

La suavidad de sus labios contra los de ella envió oleadas de nervios y placer a su sistema nervioso y le puso una mano en el pecho para frenarlo antes de que pasaran al siguiente nivel de intensidad, a lo cual él parecía más que dispuesto, porque no la soltó. Por el contrario, profundizó el contacto hasta que sus lenguas se enredaron y tuvo que echarle los brazos al cuello.

¿Qué estarían pensando de ella? Definitivamente ese hombre acababa de perder el juicio.

Elliot empezó a silbarles, Elise dejó escapar un jadeo ahogado e Ingrid hizo resonar su cuchara contra una copa.

Entonces y solo entonces —todavía a regañadientes— él se separó de ella, con la respiración entrecortada, pero una expresión triunfante.

Por su parte, Candela se sentía culpable por haberlo disfrutado tanto cuando se suponía que había sido parte del papel que debían

interpretar. Pero ¿realmente lo había sido?

Günther se había dejado llevar por completo y el beso había sido tan demandante y apasionado que todavía le flaqueaban las piernas.

—Bueno, bueno, sí que estáis enamorados —bromeó la mujer más anciana, para nada escandalizada con el espectáculo.

Aun así, Candela sintió que tenía las mejillas ardiendo. Günther se aclaró la garganta y apuró su copa de vino.

—Me disculpo, me he dejado llevar. Solo Candela tiene ese efecto en mí.

Y algo en su tono le hizo pensar que lo decía en serio. Pero no podía ser, ¿o sí?

Le envió una mirada de disculpas y ella intentó hacerle saber del mismo modo que estaba bien.

—Bueno, Elliot, ¿y qué nos dices de ti? ¿Ya has encontrado a una buena chica?

En aquella ocasión la matriarca del clan Von Ziegler dirigió su radar hacia su nieto menor, que gimió en voz casi inaudible por ser el blanco de sus preguntas incisivas.

Vaciló solo un instante antes de contestar, cuadrándose de hombros.

—No abuela, ya sabes que solo tengo tiempo para el trabajo. —Se excusó.

—Eso cuéntaselo a quien se lo crea —espetó la anciana, provocando que Candela tuviera que sofocar una risa.

Juraría que la buena mujer le guiñó un ojo en respuesta.

Disfrutaron del resto de la velada en un ambiente distendido y Candela se dio cuenta, no sin cierta sorpresa, de que contra todo pronóstico se lo estaba pasando bien.

Günther fue muy atento con ella y se comportó como si de verdad fuera un novio enamorado, motivo por el cual se le hizo muy difícil mantener sus sentimientos a raya. Era demasiado enamoradiza y se ilusionaba con facilidad. Su madre solía decirle que esa sería su perdición un día y ahora veía cuánta razón tenía.

De repente, echó de menos a su familia con todas sus fuerzas.

Los Von Ziegler le habían preguntado por ellos, naturalmente. Y fue una suerte que no pusieran caras raras ni hicieran comentarios

malintencionados después de que les dijera con orgullo que su padre era farmacéutico, su hermano tenía un pequeño bar y su madre estaba en el paro.

No pensaba avergonzarse de sus orígenes. Por el contrario, para ella era un orgullo. Le preguntaron por España y estuvieron charlando sobre sus costumbres, la diferencia de culturas y también sobre negocios, para mortificación de Elise. Aquel tema parecía ser el predilecto entre los hombres de aquella familia.

Pero cuando Ingrid decidió dar un brusco viraje en la conversación, Candela debería haberse puesto en alerta. Supo demasiado tarde que había sido un error bajar la guardia.

—Y dinos muchacho, ¿a qué estás esperando para pedirle a tu prometida que se mude a la mansión con nosotros?

El mundo pareció congelarse ante Candela después de aquello.

CAPÍTULO 16

«Debía haber una explicación lógica para todo aquello», pensó Candela. Se le ocurrieron mil y una hipótesis, a cada cual más descabellada, como que estaba sufriendo una alucinación transitoria que la hacía imaginar cosas.

Por muy poco sentido que todas ellas tuvieran, seguro que eran mucho mejores que la posibilidad de que hubiera escuchado bien y acabaran de preguntarles *eso*.

Mudarse a la mansión.

A vivir.

Con Günther.

Tendrían que compartir la misma cama y… Ni de coña.

Ni hablar.

Es que se negaba en redondo.

Pero ¿cómo hacerlo delante de ellos?¿Qué pensarían si lo rechazaba categóricamente?

Sintió que le faltaba la respiración a causa del agobio y temió seriamente la posibilidad de desmayarse delante de todos. Eso solo la convertiría todavía más en la comidilla de la noche.

¿Es que tenía que pasarle todo a ella? Ni siquiera atinó a responder como era debido, solo se limitó a farfullar como un pez fuera del agua.

—¿Mudarme… a vivir… aquí?

Günther esgrimía su mejor cara de póker y fue una suerte que reaccionara con una asombrosa resolución y seguridad, alegando que tenían que hablar de ello en privado porque era demasiado pronto.

—Enseguida volvemos —anunció él, tomándola de la cintura y sacándola prácticamente a rastras del comedor antes de que pudiera seguir metiendo la pata.

Candela no tuvo tiempo de echar un vistazo por encima de sus hombros para calibrar sus expresiones, seguro que se habían quedado bastante desconcertados. Pero es que ellos no podían imaginarse la verdad.

¿Qué iba a hacer? Estaba en una encrucijada, porque si decía que no quedaría mal con los Von Ziegler, pero si decía que sí tendría que compartir habitación —y espacio vital— con Günther y fingir las veinticuatro horas del día. ¡Y ella no era tan buena actriz!

Había ciertos límites de lo que estaba dispuesta a arriesgar y aquello sería llevar las mentiras demasiado lejos y…

—Candela, por favor, respira. Me estás preocupando.

Jamás creyó oír a Günther pronunciar esas palabras y menos que fueran dirigidas hacia ella, pero siempre había una primera vez para todo. Hizo lo que le había pedido.

Ni siquiera se había dado cuenta de que habían entrado en su habitación.

¡Estaba a solas en una habitación con Günther Von Ziegler! No, no en una habitación. En *su* habitación.

Le resultó todo un reto contener las ganas de salir corriendo, pero no podía actuar de esa forma tan inmadura. Tenían que resolver aquella situación cuanto antes, algo se les tenía que ocurrir, porque si no estarían perdidos.

—Deberías estar preocupado, pero por ver cómo salimos de este lío —casi chilló. Era evidente que no le estaba funcionando demasiado bien eso de no dejarse llevar por el pánico.

—Creo que, a menos que digas que sí y te mudes aquí, no va a haber forma de salir —soltó, quedándose más ancho que largo (como solían decir en España).

Candela abrió la boca. Luego la cerró. Después la abrió de nuevo y así hasta que fue capaz de decir algo coherente.

Estaba ahí plantado con los brazos cruzados delante del pecho, contemplándola como si no entendiera a qué venía tanto drama. ¡Era el colmo!

Se puso de pie tan deprisa que se mareó —no antes de comprobar, con horror, que había estado sentada en *su cama* y que

había estado tan sobrepasada que hasta ahora no se había dado cuenta— y, sobreponiéndose, se situó frente a él en dos zancadas y le golpeó el pecho con un dedo tieso.

Por supuesto, el gesto no podía haberle hecho más que cosquillas, porque su pecho era como un muro de granito; duro y musculoso.

Sin embargo, no pensaba permitir que eso la disuadiera.

—Escúchame bien; una cosa es que haya aceptado interpretar esta farsa y haya firmado el contrato y otra muy diferente es tener que dormir contigo todas las noches y fingir que estoy enamorada de ti las veinticuatro horas de los siete días de la semana, porque claramente no soy tan buena actriz, ni tampoco estoy dispuesta a dejarme humillar solo por tu absurdo orgullo y por tu estúpida necesidad de mentir a toda tu familia antes de…

—Eh, eh, para el carro —la interrumpió en plena perorata, horrorizado ante la cantidad insana de palabras que acababa de escupir por la boca en menos de un minuto—. Joder, eres más complicada de lo que creí.

Aquello sí que la indignó.

Volvió a amenazarlo con su dedo, pero él se lo sujetó con habilidad y le bajó la mano hasta su costado con más suavidad de la que habría esperado. Las yemas de sus dedos estaban frías al tacto y contrastaban con su respiración acelerada. La única muestra de que aquella situación le afectaba, aunque fuera un poco.

—Entonces dime cómo salimos de esta, genio —replicó. No iba a dejar que la envolviera con esa mirada intensa y un par de caricias.

—Ven a vivir a la mansión.

Candela se rio. No pudo evitarlo.

—Perdona, ¿puedes repetirlo? No debo de haberte oído bien.

Sin embargo, en vez de retractarse, lo que hizo fue remarcar cada palabra.

—He dicho que te mudes conmigo. Y no me mires así —arguyó, previendo la réplica que ella tenía en la punta de la lengua—. No te tocaré, respetaré todo lo que firmamos en el contrato. Solo… dormiremos en la misma habitación, pero tú en tu lado y yo en el

mío. Tranquila, no habrá nada de muestras de afecto a no ser que estemos en público —puntualizó y se cruzó de brazos a esperar su respuesta.

Lo cierto era que, tras todas aquellas especificaciones, si Candela se negaba iba a parecer una bruja. A fin de cuentas, había firmado ese dichoso contrato.

Y si respetaban al pie de la letra cada cláusula no podía ser tan malo, ¿verdad? Suspiró.

—Está bien, tú ganas. Acepto, pero si te pasas de la raya anulo el contrato. ¿Está claro?

Más valía dejar las cosas claras a tiempo. O eso le decía siempre su madre.

—Cristalino —dijo él, con un tono que no supo descifrar del todo. Casi parecía divertido. Pero no podía divertirle aquella situación, ¿o sí?

Entonces extendió la mano y ella se la estrechó.

De repente se echó a reír al caer en cuenta de que estaban haciendo lo más inesperado que cualquiera se podría imaginar, porque es bizarro que dos personas que están a solas en una habitación se limiten a darse la mano, hay que reconocerlo. Más si se supone que esas dos personas son pareja y están locamente enamorados.

Günther la miró como si hubiera perdido el juicio y, al cabo de un rato, al ver que no paraba, preguntó:

—¿De qué te ríes tanto? ¿De mí?

Candela se puso una mano en la boca para ahogar las carcajadas y negó, pero no tenía sentido explicárselo. Se notaba que su sentido del humor era muy distinto al de ella.

—De nada, vámonos, anda.

—Sí, les diré a todos que te mudarás y luego te llevaré a casa —repuso, volviendo a ponerse la careta de hombre serio e inescrutable. Era increíble la facilidad con que pasaba de un estado a otro. Y la intrigaba.

—De acuerdo.

Durante el escaso trayecto que les tomó ir desde la habitación al comedor, Candela estuvo ensayando mentalmente lo que debía decir

y las expresiones que tenía que adoptar para no quedar más en entredicho. Ser simpática, pero modesta parecía la mejor opción.

—Candela y yo lo hemos discutido y se mudará mañana, ahora voy a llevarla a casa —anunció Günther, rodeándole la cintura como si no pudiera esperar por el momento en que ella estuviera allí de nuevo.

Desde luego era un actor realmente bueno.

—¿Y qué os ha tomado tanto tiempo para decidirlo? —inquirió Ingrid, cómo no, queriendo controlar hasta el más mínimo detalle de lo que hacían o dejaban de hacer a solas.

Günther se aclaró la garganta y fue a responder, pero aquella vez Candela sintió que tenía que dar la cara.

—Ah, es que bueno… yo no estoy acostumbrada a ir tan rápido y necesitaba discutirlo con Günther, porque les agradezco mucho la invitación y la cena y todo, de verdad, pero tampoco quiero incomodar —expresó, con la mayor educación y tacto del mundo.

Las facciones severas de la anciana se relajaron, pero fue Elise quien respondió.

—Querida no es ninguna molestia, eres la prometida de mi hijo y este es tu lugar. Nos encantará recibirte, ¿verdad, cariño? —le preguntó a su marido, que asintió.

—Claro que sí. Günther es muy reservado con su vida privada y queremos que eso cambie.

Candela no supo cómo tomarse aquello, pero la verdad era que parecía que había pasado la prueba y se sentía bienvenida. Lo cual era un alivio.

—Bueno, pero dadle su espacio —la defendió Günther y su tono protector le arrancó una sonrisa.

—Ver para creer hermanito, sí que estás colado —bromeó Elliot, provocando que la tensión en los hombros de Candela se aligerara.

A lo mejor todo salía bien y sí que podían hacerlo, además dudaba que tuvieran que fingir aquello durante mucho tiempo. Y mientras tanto, pues… ya se las ingeniarían.

—Créelo, porque así es —afirmó Günther con rotundidad. Y lo dijo tan seguro que nadie habría podido imaginar que aquello era una farsa.

—Gracias por todo, la cena estaba deliciosa y me ha encantado conocerles —se despidió Candela, agradeciéndoles sinceramente por la velada.

Ya no entendía por qué había estado tan aterrada en un principio, si no había sido para tanto… o puede que pensara así gracias a la tranquilidad que le había infundido Günther.

—El placer es nuestro, ya sabes que ahora esta es tu casa —aseguró Elise. Elliot le guiñó el ojo y el señor Von Ziegler asintió. La abuela Ingrid estaba agenciándose una copa de vino, pero también parecía compartir aquella opinión, algo sin duda sorprendente.

Günther parecía estar todavía más ansioso por marcharse que Candela, pero se obligó a volverse hacia su padre —que se veía cansado— y en un tono asombrosamente atento, le ofreció:

—Papá, si quieres antes de irme, Elliot y yo podemos subirte a la habitación.

Albert Von Ziegler endureció la expresión y lo cortó rápidamente.

—No, no hace falta. Gracias —se obligó a añadir al final, ante las miradas de circunstancias de su esposa.

Candela pudo sentir la tensión a kilómetros. Se notaba que era un hombre orgulloso, no debía de ser fácil. No solo para él, sino tampoco para los miembros de su familia.

Günther apretó la mandíbula, pero asintió y se las arregló para mantener el semblante de piedra.

Candela descubrió entonces, alarmada, que estaba empezando a leerlo mucho mejor de lo que habría creído posible en tan poco tiempo. Y no sabía si asustarse o celebrarlo.

—Bien, entonces nos vamos. Buenas noches —se despidió.

—No me digas que te vas a ir a la cama tan temprano Candela, ¿por qué no salimos los tres a tomar algo? —propuso Elliot, quien a leguas se veía que era todo un juerguista.

—Será en otra ocasión, Elliot —rehusó Günther, tan serio que el otro no se atrevió a replicar, aunque parecía que lo estaba deseando.

Por lo bajo, murmuró algo que a todas luces sonó como: «Aguafiestas» y que acentuó la expresión asesina de su hermano mayor.

Candela tuvo que reprimir la risa, pues ella solía estar así todo el tiempo con su propio hermano; Jorge.

Antes de que quisiera darse cuenta, la mano de Günther ya estaba firmemente posada en su cintura y la conducía hacia la salida a toda prisa. O tal vez era que su zancada era demasiado larga. La cuestión fue que tuvo que caminar a toda prisa.

Apenas atinó a despedirse cuando ya estaban atravesando el jardín.

—Eh… ya puedes soltarme —se apresuró a pedirle ella, pues le dolían los pies. No estaba acostumbrada a aquellos tacones y no ayudaba que a él se le hubiese ido la olla de repente.

Enseguida recapacitó y la soltó.

—Vale, pero sube al coche. Quiero largarme ya.

Obedeció, qué remedio.

Apenas se hubo puesto el cinturón de seguridad, él arrancó.

Ya llevaban un buen trecho cuando, al fin, Candela se animó a hacerle la pregunta que llevaba rondándole la mente desde que abandonaron la mansión.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió, algo timorata.

Günther estaba tranquilo, manejando el volante con una facilidad pasmosa mientras de soslayo le lanzaba algunas miradas.

—Adelante.

No le dio oportunidad de cambiar de opinión y lo soltó sin filtros.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Los nudillos de Günther se pusieron blancos de tanto ejercer presión en torno al volante y Candela empezó a arrepentirse de haber preguntado.

Siempre metía la pata por su maldita curiosidad. Sin embargo, antes de que pudiera disculparse, él le respondió:

—Tuvo un accidente de coche —dijo, sin entrar en más detalles.

—Oh, lo siento mucho. —Y posó una mano sobre la suya para darle apoyo.

Él asintió, agradecido y sus manos se relajaron considerablemente, sin rastro de la tensión que había antes en ellas.

—Gracias. —No tardó en cambiar de tema, pero ella no lo presionó. Ya se había sincerado bastante para lo que era su carácter

—. ¿Estás muy cansada? He pensado que tal vez, si te apetece, podríamos ir a… un sitio.

Lo último que él quería era volver a su casa, pero eso era algo que prefería guardarse para sí. Candela ya había sido lo bastante comprensiva y no quería que lidiara con más de sus problemas. No era justo.

Sus ojos se iluminaron con sorpresa y emoción, le recordó más que nunca a una niña al desenvolver su regalo de Navidad. Candela era luz, era todo lo opuesto a él.

Sin embargo, por alguna razón, su compañía opacaba un poco esa oscuridad que se había adueñado de él durante los últimos años, convirtiéndolo en una persona amargada y de carácter agrio.

—¡Claro! Es decir, que no estoy cansada y me encantaría ir contigo a ese sitio misterioso. ¿Dónde es, exactamente?

No pudo evitar esbozar una media sonrisa.

No sería ella si no preguntara, naturalmente.

—Ya lo verás, impaciente.

Ella se echó a reír al darse cuenta de que su tono era burlón, pero divertido, como cuando un amigo te conoce y te toma el pelo.

¿Ya estaban en ese punto? No podía creerlo. Sería mejor no tentar a la suerte.

—Vaaale, entonces sorpréndame, señor Von Ziegler.

Ella le siguió la broma y Günther negó con la cabeza; medio frustrado, medio risueño.

—No dudes que lo haré, señorita Flores.

«Siempre lo haces», quiso decirle. Pero en su lugar, se dejó llevar.

Lo cierto era que hacía una noche preciosa y ella tampoco tenía ganas de volver a casa.

Quería… quería pasar más tiempo con él, esa era la verdad. Por muy descabellado que pareciera. No tenía sentido negar lo evidente.

Y, mientras se acomodaba en el asiento y dejaba que él la llevara adonde quisiera, no pudo evitar pensar que él también quería pasar tiempo con ella. O de lo contrario se habría limitado a dejarla en casa después de cenar.

¿Podía Günther Von Ziegler albergar sentimientos debajo de ese oscuro corazón?

Tal vez estuviera a punto de averiguarlo.

CAPÍTULO 17

—¡Me has traído a la plaza central! —exclamó Candela, a punto de dar saltos de emoción, tan pronto como reconoció el lugar.

La plaza, más conocida como Marienplatz, era el corazón de Múnich. Situada en pleno centro, albergaba toda clase de comercios, restaurantes y sitios de interés turístico.

Candela llevaba muchos años soñando con visitarla y allí estaba por fin, paseando y admirándolo todo de la mano de la última persona que jamás se habría imaginado que la acompañaría en ese momento tan especial.

Era cierto aquello de que la vida daba sorpresas.

Günther, que no se esperaba que ella se alegrara tanto, se limitó a asentir con una pequeña sonrisa enigmática y empezó a pasear.

Ella no tardó en seguirlo, todavía encandilada.

—¿Te gusta? —inquirió, aunque era obvio que sí.

—¿Bromeas? ¡Me encanta! —exclamó, con efusividad—. Llevo mucho tiempo soñando con venir. Gracias por traerme, Günther.

Y le dio un pequeño abrazo que lo tomó desprevenido. Aun así, se sobrepuso y correspondió, pasando las manos casi automáticamente por su sedoso pelo e inhalando su aroma floral.

Tuvo que obligarse a reaccionar, porque ella estaba tan cómoda entre sus brazos que parecía que no quería soltarlo. Carraspeó.

—¿Y qué lugares más te gustaría visitar? —le preguntó, por entablar una conversación. No era su fuerte, pues era un hombre de pocas palabras, pero podía hacer el intento.

—Pues… me encantaría ir a un parque de atracciones, soy muy fan de esos sitios, luego por supuesto también a la catedral, el jardín inglés, todos los museos y el palacio real, claro —enumeró, con un brillo especial en la mirada.

¿Cómo conseguía estar tan enamorada de la vida y ser tan auténtica? Aquella era una pregunta para la que seguramente Günther nunca obtendría respuesta.

Tomó nota de todos y cada uno de los lugares que mencionó.

—¿Y tú? ¿Este es tu lugar favorito? —preguntó, porque no sería ella si no empezara a hacer preguntas. Pero no le molestaba, ya no.

—No, no es este. Es solo que a ese no podemos ir de noche —contestó, enigmático.

Por un momento, se imaginó llevándola allí y la visión le arrancó una sonrisa. Porque la torpeza crónica de Candela sería un problema, y de los gordos, para ir de escalada.

—¿No vas a decírmelo?

—No.

Ella resopló, a sabiendas de que insistir era una batalla perdida.

Llevaban un buen rato paseando y estaba absorta admirando cada rincón. Él, en cambio, ya se conocía aquello de memoria.

Sin embargo, era innovador y refrescante verlo a través de sus ojos. No dejaba de hacer comentarios sobre todo lo que le llamaba la atención y hasta le pidió que le hiciera una foto delante de la puerta del ayuntamiento.

La luna llena se alzaba imponente sobre sus cabezas y él pensó que, por muy hermosa que fuera su visión, no podía compararse con la de la chica que tenía delante; con su sonrisa resplandeciente, su abrigo marrón que apenas ocultaba un vestido que le quedaba de escándalo y sus expresivos ojos.

Definitivamente aquella era una estampa que merecía ser inmortalizada.

—Está bien, ponte allí. Te la haré —accedió. Últimamente le costaba mucho decirle que no y eso empezaba a ser preocupante, teniendo en cuenta que decir que no era lo que mejor se le daba.

No tuvo que pedírselo dos veces.

Él se acercó para enfocarla bien y le dio al botón de la cámara frontal.

Se quedó unos segundos, admirándola, hasta que ella lo devolvió a la realidad.

—¿Qué tal? ¿He salido bien?

—Sí —afirmó. Y luego, para sí, añadió—: Preciosa.

—¡Ven, vamos! —lo llamó, haciéndolo fruncir el ceño porque, antes siquiera de que le diera tiempo a llegar a su altura, ella ya estaba pidiéndole a un señor que pasaba por allí que, por favor, les hiciera una foto juntos.

El anciano accedió, más contento que unas pascuas.

A Günther, en cambio, no le entusiasmó tanto la idea.

—Candela, no hace falta.

—¿Por qué no? No digas tonterías, solo es una foto.

—¿Y si la ve alguien? Sería carne de cañón para la prensa.

En su mundo tenía que andar con mil ojos si no quería darles una excusa para tergiversar las cosas.

—La prensa ya sabrá de nuestro «compromiso», así que no veo qué daño puede hacer una foto. Además, no se la enseñaré a nadie. Por Dios, ponte a mi lado y sonríe antes de que ese hombre sospeche —lo instó, tirando de la manga de su chaqueta hacia sí.

Puso los ojos en blanco, pero acabó cediendo y le rodeó la cintura con un brazo para atraerla hacia sí en una pose típica de dos personas enamoradas.

—Hacen ustedes una pareja preciosa —los halagó el hombre, en cuanto hubo hecho la foto, tendiéndole el móvil a Candela con una sonrisa bonachona.

—Muchas gracias —le dijo ella, amable. Él, sin embargo, se limitó a asentir.

—¿Te gusta? Estamos muy bien, ¿verdad? —le preguntó, echándole un vistazo.

—Ajá —se limitó a decir, encogiéndose de hombros.

Su escueta respuesta la hizo resoplar.

—¿Por qué estás tan tenso? ¿Es que nunca te relajas? Diviértase un poco, señor Von Ziegler, no estamos en horario laboral —soltó una pulla que lo hizo bufar. No obstante, le escoció que lo considerara tan aburrido.

—Ah, ¿crees que no puedo pasármelo bien? Ahora verás.

Y sin otra palabra la cogió de la mano y la arrastró hasta un puesto ambulante donde vendían dulces y chocolate caliente.

—Pide lo que te apetezca.

Candela se sintió mal.

—Oh, no, de verdad. No es necesario, puedo pagar. Llevo dinero y…

Él la detuvo cuando hizo amago de abrir su bolso para sacar el monedero. Su expresión era firme y decidida.

—Ya te he dicho que invito yo. Anda, guarda eso.

Protestó, pero era imposible discutir con Günther Von Ziegler y pronto Candela reconoció que tenía las de perder. Así que se rindió.

—Vaale cabezota, quiero un chocolate caliente y un pretzel.

—Que sean dos —convino.

Se sentaron en un banco algo más apartado del bullicio —no sin que el vendedor hiciera alusión, como el anciano, a la estupenda pareja que formaban— y comieron en silencio.

Bueno, durante unos minutos, porque Candela y el silencio no se llevaban bien.

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó, con la misma seriedad con la que alguien enunciaría una ley de física cuántica.

El ceño de Günther se frunció de manera imposible al tiempo en que daba un bocado a su dulce.

—¿Y eso ahora a qué viene? —quiso saber, entre extrañado y molesto.

—Viene a que se supone que eres mi prometido y tendría que saber esas cosas, ya sabes, que parezca que nos conocemos si sale el tema.

—¿Y crees que de entre todas las preguntas que podrían hacerte esta estaría entre las diez primeras? —espetó, sin poder contenerse. Pero al ver que ella se encogía de hombros con toda la despreocupación del mundo, no le quedó más remedio que contestar—. No tengo ninguno, todos me parecen iguales.

Ella se indignó, pero de verdad.

—¡Venga ya, eso es imposible! —lo regañó, dejándolo de piedra. ¿Le estaba echando la bronca por no tener un color favorito?—. No son iguales. Vamos, alguno tiene que haber que te guste más. Vistes mucho de azul, por ejemplo —observó.

—Sí, supongo que el azul está bien. Aunque también el negro —admitió. Y ahora por su culpa estaba indeciso.

—Escoge uno —lo instó—. Yo lo tengo claro, el mío es el violeta.

—¿Y por qué?

Ahora le tocaba a él el turno de hacer las preguntas.

Candela bebió un trago de su chocolate y se limpió la boca con su servilleta.

—Porque irradia vida, me gusta su tonalidad y su vibra —confesó, mordiéndose el labio.

Günther asintió. Meditó un poco y al final se decidió.

—Vale, pues el mío es el azul. Supongo que mi vida ya es bastante negra —soltó, en un arrebato de espontaneidad.

No esperaba, sin embargo, que ella estallara en carcajadas tan pronunciadas que su pecho vibró y se le colorearon las mejillas.

Günther bebió un sorbo de chocolate. Tenía que apartar los ojos de aquella belleza de mujer antes de hacer algo de lo que, a buen seguro, se arrepentiría después.

Sin embargo, consiguió atraer la de ella. Todavía risueña, examinó su rostro.

—Te has manchado la barbilla.

—¿Dónde? —preguntó, palpando a tientas en su rostro. Pero debía de andar muy errado, porque de repente ella detuvo sus manos y se inclinó sobre él, con el papel en mano.

—Déjame a mí, tardaremos menos.

Suspiró y se quedó muy quieto mientras ella lo limpiaba con delicadeza.

Sus dedos estaban fríos al tacto, pero sus ojos eran todo calidez y cuando terminó, acarició su mejilla levemente adornada por una capa de fina barba castaña. Ella recorrió el contorno de su mandíbula mientras la respiración de Günther se volvía rápida e inconstante y entreabría los labios.

Su cuerpo reaccionaba a los estímulos, por mucho que su mente se negara a admitirlo. Y al final, se dejó llevar y la atrajo hacia sí por las caderas en un movimiento rápido y sorpresivo que terminó con ella sentada entre sus piernas y sus bocas a escasos milímetros de distancia.

Candela tenía las mejillas arreboladas y los ojos febriles cuando le echó los brazos al cuello y él, a su vez, juntó sus frentes, emitiendo un leve gruñido de excitación que le puso el vello de punta. Su cuerpo agonizaba de anticipación.

Y entonces él por fin se apiadó de ella y venciendo todas y cada de sus reticencias estampó sus labios contra los de ella en un beso apasionado e intenso; desbordado.

Un beso que expresaba más que mil palabras.

CAPÍTULO 18

Aquel beso —el primero sincero que habían compartido— le supo a gloria a Candela.

Más tarde, arrebujada en el calor de su cama, rememoraría con lujo de detalles la suavidad de sus labios contra los de ella al unirlos en un beso achocolatado y la manera en que sus lenguas se encontraron, junto con el tacto de los largos dedos de Günther en la zona sensible de su nuca, acariciando su pelo y respirando trémulo contra su nariz cuando se separaron, por culpa del teléfono de Candela, que escogió ese preciso instante para sonar.

Y fue justo ahí cuando las cosas se torcieron inexorablemente. Porque resultó que, de entre todas las personas que podrían haber llamado en ese preciso instante, era Sergio; el capullo de su exnovio.

Debería haberlo bloqueado desde el momento en que cortaron y la trató como a la suela de su zapato, pero por alguna razón no había sido capaz. La herida estaba demasiado reciente y Candela no tuvo valor.

Ahora se arrepentía —y más se arrepintió en la soledad de su habitación—, pero ya era tarde. No supo qué hacer y Günther debió de haber leído en su cara el conflicto interno que estaba viviendo.

El problema fue que lo malinterpretó.

No había forma de decirle que era su hermano porque en la cena con sus padres ya les había dado el nombre de cada uno de los miembros de su familia. Así que, ¿qué podía hacer? ¿Cómo explicaba que su ex la estaba llamando a altas horas de la noche?

Y si le decía que era un amigo no iba a colar, porque su expresión consternada la delataba.

Así que, como le ocurría siempre que estaba nerviosa, se bloqueó y empezó a farfullar cosas sin sentido. Hasta que Günther la sujetó por los hombros con suavidad y la calmó.

—Tranquila, contesta. No lo hagas esperar —dijo. Sonaba normal, pero su tono se había vuelto más frío que el Polo Norte y todo lo despreocupado y divertido que se había mostrado hacía un rato se trocó en una mueca tensa.

—No, no es importante.

Fue todo lo que atinó a decir. Ojalá hubiera sido más específica.

—¿De verdad? Pues no deja de insistir —comentó él, con las cejas imposiblemente enarcadas.

Entonces Candela colgó, con decisión. Luego se guardó el móvil en el bolso.

—Ya está. ¿Damos una vuelta? —propuso, con la esperanza de distender el ambiente.

—Mejor te llevo a casa, es tarde —terció, lacónico. Y a ella no le quedó más remedio que ceder.

Eso sí, maldijo a Sergio con todas sus fuerzas. Había insistido dos veces más aquella noche, de hecho. Al final, tuvo que escribirle un mensaje exigiéndole que la dejara en paz o de lo contrario iba a bloquearlo.

Después de eso no insistió, así que dio por hecho que lo había entendido. Sin embargo, no se sentía aliviada. Y es que no podía dejar de darle vueltas a todo lo que podría haber dicho o hecho para paliar aquella tensión que se había instalado entre Günther y ella.

La llevó a casa y se despidió con un frío «Hasta luego» que la dejó congelada en el sitio.

Aun así, trató de no mortificarse demasiado. Se dijo a sí misma, para consolarse, que al día siguiente cuando la recogiera para ir al trabajo podrían hablarlo con calma.

No fue así.

Su sorpresa fue mayúscula cuando tocaron al timbre y, al abrir la puerta ataviada con su mejor conjunto, se encontró con un sonriente Elliot en el umbral. Ni rastro de Günther. Se le cayó el alma a los pies. ¿Tan enfadado estaba que no quería ni verla?

Solo había sido un malentendido y tampoco creía que tuviera derecho a ponerse tan celoso, no cuando ellos ni siquiera estaban saliendo de verdad.

Aunque claro, diría que ese beso que se habían dado había sido bastante real, así que era normal que le hubiera molestado. Pero si no fuera tan obstinado y temperamental podrían haber aclarado las cosas.

De repente, ella también estaba enfadada.

—Buenos días, Elliot. —Se obligó a saludar, esbozando una pequeña sonrisa.

Él no tenía la culpa de tener un hermano tan testarudo.

—Buenos días Candela, hoy mi hermano no ha podido venir a recogerte. Así que me ha pedido el favor a mí, espero que no te importe —explicó, algo azorado.

—En absoluto, espero no ser una molestia —expresó. Y era verdad, Elliot era muy agradable.

—Para nada, ¿qué dices? Eres prácticamente mi cuñada —bromeó, tan risueño que al final la hizo reír, a su pesar—. A propósito, gracias por lo que estás haciendo por Günther.

Esas últimas palabras la sorprendieron y enrojeció.

—Oh, está bien. Solo espero no meter la pata, él es… impredecible —expresó, sin entrar en demasiados detalles porque tampoco quería ponerlo en un compromiso.

No obstante, fue pasmosa la naturalidad con que Elliot respondió.

—Impredecible es quedarse corto —admitió, entre risas. Pero enseguida una expresión protectora apareció en sus facciones, dejando traslucir el cariño y admiración que sentía por su hermano —. Es complicado, es que ha tenido que endurecerse por los golpes que le ha dado la vida, pero debajo de toda esa faceta gruñona tiene muy buen corazón —declaró, dejándola atónita. Parecía que quería añadir algo más, pero en el último segundo enmudeció.

—Le quieres mucho, ¿verdad? —inquirió, a pesar de tener clara la respuesta.

Los ojos de Elliot se iluminaron.

—No se lo digas o tendré que negarlo, pero sí —confesó, con una sonrisa. Sonreía tanto que irradiaba buenas energías allá por donde pasaba; todo lo opuesto a Günther—. Cuando era niño él era mi modelo a seguir, lo admiro en muchos aspectos. Aunque a veces

quiero darle un puñetazo por tener un carácter tan fuerte, pero es mi hermano y daría la vida por él —confesó.

Sus palabras eran tan emotivas que a Candela se le saltaron las lágrimas.

—Eso es muy bonito, Elliot —aseguró y se rio cuando él le pellizcó la nariz en un gesto cariñoso.

—Guárdame el secreto, ¿eh? —Al ver que ella asentía, dijo—: ¿Te parece si vamos yendo? Günther tiene algunos asuntos que atender y llegará más tarde hoy, así que debo estar a cargo de todo.

Aquella información interesó a Candela.

¿Entonces que no hubiera ido a recogerla como las otras veces no se debía a que estuviera enfadado con ella? ¿De verdad estaba ocupado?

Quiso preguntarle qué asuntos eran, pero en el último momento se arrepintió porque no quería parecer entrometida. Así que, en su lugar, asintió.

—Claro, vamos.

Cogió su abrigo y su bolso y tras cerrar el apartamento lo siguió escaleras abajo.

Elliot conducía un flamante Volkswagen y, como todo un caballero, le abrió la puerta para que subiera.

Tras agradecerle el gesto, se acomodó en el asiento de cuero. Estaba acostumbrada a ir con Günther, quien por lo general solía preferir el silencio cuando conducía, así que se mantuvo callada para no incomodar.

Sin embargo, Elliot pronto inició una conversación, demostrando ser como ella de parlanchín. Como diría su madre, era de los que no se callaban ni debajo del agua.

Pensar en su madre apretó un nudo de nostalgia en su interior. Se recordó llamar a su familia en cuanto llegara a casa del trabajo.

Todavía le quedaría algo de tiempo antes de que Günther acudiera a recogerla para mudarse a la mansión, así que mientras hacía el equipaje —tampoco es que tuviera mucho que empacar— podía hablar con ellos.

Elliot le preguntó por sus estudios, por su familia, sus intereses y hasta por algunas curiosidades que tenía sobre España. La mayoría tenían que ver con el flamenco y los toros, cosa que hizo a Candela estallar en carcajadas antes de aclararle que eran estereotipos en su mayoría.

Menuda imagen que tenían de ellos. Aunque claro, lo mismo que en España de los alemanes. Pero no se lo dijo.

Lo cierto era que casi todo el mundo había sido amable y hospitalario con ella y estaba muy agradecida. Pensó que le costaría mucho más trabajo adaptarse o que tendría más problemas con el idioma, pero no. Las pocas veces en las que se había atascado con alguna palabra había tirado del inglés hasta que entendía lo que quería decir y entonces lo almacenaba en su mente.

Ni siquiera Günther había tenido ninguna queja de su trabajo, lo cual era todo un logro. Y ciertamente se sentía orgullosa.

—Oye Candela, ¿puedo preguntarte una cosa? —inquirió de pronto Elliot, adoptando una expresión más seria.

Ella se extrañó, pues no casaba con su carácter espontáneo.

—Claro, dime.

El castaño evitó sus ojos por todos los medios cuando, en tono bajo y algo timorato, soltó:

—Bueno, eres muy amiga de Suzy y… me preguntaba si, tal vez, te había hablado de mí —finalizó, en un tono entre dubitativo y esperanzado que casi la hizo soltar un «Oooh», porque a leguas se notaba que ese hombre estaba flechado de su amiga.

Se mordió el labio para contener una sonrisa. Era tan adorable…

—Oh, pues… me ha hablado de todos. Pero ¿alguna razón especial para que me lo preguntes?

Se hizo la loca, para intentar sonsacarle un poco más. Era lo que una buena amiga haría.

Elliot se ruborizó hasta las orejas.

Candela dejó que se tomara su tiempo antes de contestar:

—Está bien, te lo diré pero solo si prometes que no saldrá de aquí —le pidió. Ella ni se lo pensó. Siendo así, no diría absolutamente nada, ni siquiera a Suzy.

No le correspondía.

—Por supuesto, no se lo diré a nadie. Puedes confiar en mí —aseguró, dedicándole una sonrisa de aliento.

El alivio era visible en las facciones armoniosas de Elliot. Y cuando al fin se armó de valor se lo soltó todo, todo cuanto llevaba años callando.

Ni siquiera su hermano conocía la profundidad de sus sentimientos. Pero aquella chica tan cándida y noble, que no pertenecía a su mundo y que sabía que no iba a juzgarlo, le inspiraba confianza.

—Me gustó desde la primera vez que la vi, cuando empezó a trabajar en la empresa —relató y sus ojos se iluminaron al hablar de ella—. Lo recuerdo como si fuera ayer. No sabía que yo era el hijo del jefe y vino a mí después del trabajo para quejarse de Günther. Nos estuvimos riendo como locos y la invité a un café. Hubo algo especial, ¿sabes? Una química que no había sentido nunca —se sinceró.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Candela, al ver que se quedaba abstraído en sus recuerdos. Se moría de curiosidad.

—Después se enteró de quién era yo y ya no fue lo mismo —confesó Elliot, con tristeza.

Candela frunció el ceño.

—¿Por qué?

Los había visto juntos y desprendían una complicidad increíble. ¿Acaso él no se daba cuenta de cómo lo miraba? ¿Y él a ella?

—Porque ya no me trató con la misma confianza de antes. Se disculpó mil veces, estaba avergonzada y esa naturalidad suya… ya no me la dejó ver por completo. Suzy puso barreras entre nosotros y, aunque hablamos y de vez en cuando coqueteo con ella, se cohíbe. Es como si se menospreciara, creyéndose inferior a mí cuando todo eso es basura. Pero me da miedo decírselo, porque no sé expresarme muy bien y no quiero que me malinterprete. Si hasta el otro día la invité a salir, todo iba bien, y cuando traté de besarla se apartó y me trató de usted. Es muy profesional y no quiere problemas con mi familia. Pero no sé cómo decirle que no me importa con tal de estar con ella. —Se desahogó, compungido.

Y a Candela se le rompió el corazón por los dos.

Las malditas barreras sociales y sus prejuicios… siempre los había odiado.

Le dio el mejor consejo que le salió del corazón.

—¿Por qué no le dices lo que sientes como acabas de hacerlo conmigo? Declárale tus sentimientos, Elliot. —Le puso una mano en el hombro en un gesto de apoyo, al ver su indecisión. Él estaba aparcando en la entrada de la empresa y la miró con pánico. En eso se parecía a Günther, cuando había que hablar de sentimientos se bloqueaba—. Mira, a Suzy le encanta el cine. ¿Qué tal si la invitas a ver una película? Como una cita, y después le confiesas todo lo que sientes —le propuso, a lo que él sonrió ligeramente.

—¿Tú crees?

—Pues claro. Así al menos lo habrás intentado y dejarás de sufrir.

Ahogó un jadeo de sorpresa cuando la abrazó, con tanto ímpetu que le crujieron las costillas.

—¡Gracias, gracias, gracias! Joder, eres la mejor cuñada falsa del mundo. ¿Segura de que no quieres casarte con Günther de verdad? —exclamó, besándole las mejillas.

Ella se rio. Estaba loco, pero le encantaba su efusividad.

—Me temo que no le haría mucha gracia —bromeó. Aunque lo decía en serio. Günther no era como Elliot.

Sin embargo, al ver cómo él vacilaba y de repente se aclaraba la garganta, dudó.

—Escucha, sé… que llegar al corazón de hielo de mi hermano es muy difícil. Pero ayer cuando vinisteis a casa y os vi a los dos juntos, cómo te miraba y te tocaba y te besaba… no sé, nunca lo había visto de esa manera. Solo tenle paciencia, ¿vale?

Candela se quedó muda con aquella confesión, pero asintió. Claro que tenía paciencia, vaya si tenía…

Elliot quiso decirle también que la otra noche Günther no estaba enfadado con ella por la llamada que lo arruinó todo.

Solo consigo mismo, porque sabía que ella tenía una vida personal en España y que probablemente la hubiera puesto en un compromiso con su novio.

Por más que él intentó convencerlo de que se lo comunicara a Candela, porque a lo mejor lo estaba malinterpretando, él se negó.

Era muy cabezota, pero lo cierto era que entendía sus motivos. Si a Elliot le hubiera pasado lo mismo que a su hermano… él también habría endurecido su corazón.

Sin embargo, calló. Solo a él le correspondía sincerarse con Candela.

Era solo que ninguno de los dos estaba todavía preparado para admitir frente al otro que se estaban enamorando de verdad.

Pero bueno, a partir de aquella noche hasta tendrían que dormir juntos, así que esperaba que abrieran los ojos.

—Gracias por el consejo, ¿entramos? —repuso ella, deseando empezar a trabajar para dejar de darle tantas vueltas a lo sucedido. Porque empezaba a creer en las palabras de Elliot y eso la aterraba.

Aquello solo era un contrato, no era de verdad…

—Claro.

CAPÍTULO 19

Cuando entraron al corporativo, todo el mundo estaba en crisis y preguntaba por Günther.

Elliot tuvo que hacerse cargo, pero solo dijo que estaba ocupado y no la razón por la que se ausentaba. Eso tenía a Candela subiéndose por las paredes.

No lo admitiría nunca, pero empezaba a echarlo de menos. Y no ayudaba nada el hecho de que las cosas hubieran acabado tan mal la última vez que se vieron.

—¿Qué quieres decir con que van a cancelar las subvenciones? ¡Teníamos un maldito acuerdo! —gritó Elliot, más enfadado de lo que lo había visto nunca.

Max también estaba cabreado.

—Estoy seguro de que el bastardo de Frederick ha hablado con ellos para que nos retiren su apoyo. Esto es una venganza por lo que pasó, Elliot.

—Joder, debiste dejarme que le diera un puñetazo —bramó, alterado. Candela entendió que tenía que ver con la cancelación del trato con los inversores, pero poco más—. ¡Erika! Como relaciones públicas es tarea tuya encontrar nuevos socios, y lo quiero para ayer —le chilló, tenso.

La rubia dio un respingo y sorbió por la nariz.

Cuando pasó por al lado de Candela dedicándole una aviesa mirada, se percató de que tenía los ojos rojos. Como si hubiera llorado…

—Enseguida, Elliot.

Se puso a ello, con la cabeza gacha.

Hasta él frunció el ceño.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Max, quien se encogió de hombros.

—A mí no me mires, sé que soy un rompecorazones pero esta vez no he tenido nada que ver. Será cosa de Günther —apostilló, sin más. Luego se fue a su puesto de trabajo.

Elliot se aflojó la corbata.

—Tengo que avisar a Günther de esto —musitó para sí. Y salió fuera a llamarlo.

Candela suspiró. Sí que estaba la cosa tensa…

Fue al baño un momento, pues tenía una urgencia femenina.

Cuando salió se llevó un buen susto, pues se topó cara a cara con Erika. Al parecer, la estaba esperando.

A Candela no le gustó la expresión de su rostro y quiso rebasarla. Pero la rubia se lo impidió sujetándola del brazo.

—Espera, Candela. Quiero hablar contigo —demandó.

Ella sacudió el brazo y se liberó de su agarre.

—¿Qué quieres, Erika? Tengo trabajo.

Le habló con una firmeza y severidad que descolocó a la otra.

—Muy bien. —Se cruzó de brazos y le envió una mirada de falsa pena, antes de soltar su veneno—: He venido a decirte algo, porque si estuviera en tu lugar me gustaría saber que me están engañando, así que…

—¿De qué estás hablando? —inquirió Candela, sin entender adónde quería ir a parar.

—De Günther. —El tono de Erika estaba cargado de malicia—. Estuvo conmigo anoche. Me folló como un animal, como ha hecho incontables veces. Lo siento mucho cielo, pero creí que deberías saberlo antes de hacerte ilusiones erróneas… —espetó, con cinismo.

Y si Candela no hubiese estado anoche con Günther, seguramente se lo habría creído y caído así en su trampa.

Afortunadamente, no fue así. La encaró.

—¿Por qué caes tan bajo, Erika? ¿Cómo puedes inventar algo así? Yo no te he hecho nada.

Al ver que sus palabras no surtían el efecto deseado, Erika arrugó el ceño. Empezaba a frustrarse.

—¿No me crees? ¿Eres tan ilusa…?

—¡Estuve anoche con él, Erika! —chilló Candela, perdiendo los estribos también. No entendía cómo una mujer podía hacerle eso a

otra. ¿Dónde quedaba la sororidad?—. No sigas mintiendo y acepta que no te quiere. Eres guapa y lista, ¿por qué te denigras? —inquirió, tratando de hacerla entrar en razón.

Pero Erika tenía los puños cerrados y se estaba poniendo alarmantemente roja. Toda su cara, el cuello y hasta las orejas estaban del color de la grana.

La asió por los hombros con una fuerza sorprendente y le increpó:

—¿¡Qué estuviste haciendo con Günther, eh!? Vamos, dímelo. ¿Le abriste las piernas como la oportunista que eres? ¡Me dices todo esto para tener el camino libre con él, pero yo llegué a su vida mucho antes! —bramó, como una loca. Tenía los ojos desorbitados por la furia y respiraba con dificultad.

—¡Suéltame, Erika! —exigió Candela, intentando zafarse. Pero la otra la asía con mano de hierro. Le estaba haciendo daño.

—Aléjate de él o lo lamentarás —siseó, en un tono amenazante que dejó helada a Candela.

La empujó, no estaba dispuesta a dejarse amedrentar.

—¡Estás obsesionada! —le recriminó, más enfadada de lo que había estado en mucho tiempo. Quería abofetearla para que entrara en razón, pero no pensaba rebajarse a su nivel—. Abre los ojos y valórate Erika, porque es triste que montes una escena así por un hombre que no te corresponde. Y no importa lo que hagas, él no está enamorado de ti…

—¡¡¡Cállate, maldita perra!!! —explotó, cerniéndose sobre ella con el puño en alto. Sus ojos estaban chispas, estaba dispuesta a pegarle y Candela se preparó para defenderse.

Sin embargo, no hizo falta. Porque Max irrumpió en ese preciso instante, alertado por los gritos, y sujetó a la rubia justo a tiempo, alejándola de Candela.

—¡¡¡¡Suéltame, Max, déjame ponerla en su lugar!!!! —chilló, fuera de sí, retorciéndose como una serpiente y pataleando para intentar alcanzarla.

Max la tenía inmovilizada por la cintura y la aguantó contra la pared, conteniendo sus embates desquiciados. Estaba fuera de sí.

—¡Erika, cálmate! ¿Estás loca? Quieta —le ordenó, aguantando el chaparrón.

Candela se marchó de allí, todavía en *shock* por lo sucedido.

Aún se escuchaban los gritos de Erika, desde el baño, descargando su ira con el pobre Max. Gracias a que él había aparecido.

—¡¡¡No te lo mereces!!! Yo siempre he estado ahí para él —bramó. Y siguió así un rato más, con Max intentando tranquilizarla, hasta que se le pasó el arrebató. Entonces sus sollozos se oyeron con claridad meridiana desde el cubículo.

—Ay, Candelita, ¿estás bien? He oído gritos y me he imaginado que esa loca te habría acorralado, así que he avisado corriendo a Max y… ven aquí.

Suzy fue hasta ella y la abrazó, preocupada.

No se dio cuenta de que estaba llorando de impotencia hasta que su amiga le ofreció un pañuelo, dándole un apretón tan reconfortante que se sintió mejor.

—Sí, solo ha sido un momento desagradable…

Todos la estaban mirando y empezó a agobiarse. Odiaba ser el centro de atención.

Elliot entró enseguida y, al verla allí rodeada por todos sus compañeros preguntándole cómo se encontraba, acudió a ver qué había sucedido.

Cuando Suzy se lo contó puso el grito en el cielo.

—¿¡Es que ha perdido el juicio!? Verás cuando Günther se entere.

—No, por favor no quiero que se lo digas. Si lo haces la tomará más conmigo… —suplicó Candela, que no quería más problemas ni con Erika ni con nadie.

Sin embargo, Elliot no estaba por la labor de dejarlo correr.

—De ningún modo, Candela. Te ha agredido, esta vez se ha pasado de la raya y tiene que pedirte disculpas porque no toleramos un comportamiento así en esta empresa —aseveró, inflexible.

Supo enseguida que ya había tomado su decisión y era inútil insistir.

—Está bien.

Poco después, Erika salió del baño abrazada a Max. Tenía el maquillaje corrido y el rostro anegado de lágrimas, parecía derrotada y avergonzada.

Candela se puso en tensión, pero esta le susurró al pasar por su lado, sin atreverse a mirarla a los ojos:

—Lo siento…

Max la condujo hasta la salida, apiadándose de ella.

—Vete a casa y tómate el resto del día libre, mañana hablaremos de esto, Erika —le dijo Elliot, en un tono que a Candela le hizo tragar saliva.

Erika asintió, deshaciéndose en disculpas sin sentido porque se entremezclaban con sus sollozos e hipidos.

Cuando hubo desaparecido por las dobles puertas de la empresa, Candela dejó escapar el aire contenido. A pesar de todo, le daba un poco de lástima.

—Toma Candelita, bébete esta infusión caliente que te va a hacer bien. —Le ofreció Suzy.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había ido a la máquina expendedora a por ella.

Estuvo a punto de estallar en lágrimas de gratitud.

—Ven, puedes tomártela en el despacho de Günther y relajarte un poco —sugirió Elliot, amable.

—Espera, quiero darle las gracias a Max —dijo, al verlo entrar de nuevo por la puerta.

—Claro. —Se mostró conforme Elliot—. ¡Venga, los demás seguid trabajando! —ordenó a la plantilla, pues todo el mundo estaba curioseando.

Inmediatamente obedecieron, con miedo a ser despedidos.

Candela no quería ni pensar en la reacción de Günther cuando llegara y lo pusieran al tanto de todo.

—Max, muchas gracias por tu ayuda —exclamó, en cuanto llegó a su altura.

Él le restó importancia, pero la envolvió en un caluroso abrazo.

—Tranquila, es lo que cualquiera habría hecho. No sé qué le ha pasado a Erika, pero es que está colgada de Günther desde que iban juntos a la universidad. La he hecho entrar en razón, no te preocupes —soltó todo aquello muy deprisa, sin dejar de estrecharla contra sí—. ¿Cómo estás?

—Ya estoy mejor, gracias.

Iba a añadir algo, lo que fuera, pero no tuvo tiempo. Porque en ese preciso instante todo lo que pudo ver fue a Elliot y Suzy abriendo a un mismo tiempo los ojos de par en par, hasta que se les vio la pupila con claridad meridiana, justo antes de que un carraspeo resonara en la acústica de la sala.

—Ya me encargo yo. Gracias, Max.

Günther acababa de llegar y la había sorprendido abrazada a Max.

Aunque no tenía nada de malo, Candela se sintió un poco incómoda. Este se separó de ella, sin perder esa sonrisa pícara, y se enfrentó a su amigo con una mueca impasible.

—Menos mal que ya estás aquí, tío. Faltas un momento y mira la que se arma.

Günther no contestó. Estaba demasiado ocupado inspeccionando a Candela en busca de daños, a pesar de que ella ya le había dicho una decena de veces que estaba bien. Aunque le dolían los brazos ahí donde Erika la había agarrado, pero eso por descontado que no pensaba decírselo.

Todo el mundo los contemplaba de hito en hito.

—Hablaremos en mi despacho, puedes quedarte ahí conmigo si quieres y te traeré lo que necesites. Ah, y ten por seguro que Erika me va a oír.

Sus ojos no auguraban nada bueno, estaban en llamas y la furia era más que patente no solo en su tono sino en cada uno de los músculos de su cuerpo.

—De verdad que ya está, me ha pedido disculpas y…

—Con eso no basta. —Günther no gritó, pero no hacía falta. Su voz era grave y parecía una nube de tormenta. Candela nunca lo había visto así, ni siquiera cuando se conocieron—. Tiene suerte de haberse ido antes de que yo llegara. Lo que ha hecho es inadmisible —escupió, entre dientes.

Después de desahogarse la guio hacia su despacho —aunque no sin antes ordenarle a Elliot que se asegurara de que todo el mundo empezara a trabajar para resolver los inconvenientes que se habían presentado— y cerró la puerta tras de sí.

—Vamos con muchísimo retraso por mi culpa —se lamentó Candela y de inmediato él la fulminó con la mirada.

—Eh, no vuelvas a decir eso. La culpa es solo de Erika, no me puedo creer que te haya acorralado así —espetó, más que molesto —. Cuéntame exactamente todo lo que ha pasado.

«Me folló como un animal».

Las palabras se repitieron en su mente como un eco, mortificándola.

No había forma en este mundo de que ella le dijera algo así.

—Me abordó y me dijo que habías… estado con ella anoche, que lo pasasteis bien. Que tú por mí no sentías nada, que debía dejarte en paz porque eras solo suyo y cosas… que no quiero tener que repetir —soltó, escondiendo la cabeza entre los brazos para mitigar la migraña que empezaba a sentir.

Al menos la infusión la había reconfortado un poco.

Günther estaba cada vez más colérico. Tanto así que Candela temió que en cualquier momento le saliera humo por las orejas.

—No estuvimos juntos anoche.

—Lo sé —dijo ella, por razones obvias.

—Mira, yo desde el principio fui muy claro con ella. No sé a qué demonios viene este numerito y siento que hayas tenido que pasar por algo así, en cuanto la tenga en frente te juro que…

—Te quiere. —Y Dios sabía que le costaba un mundo pronunciar cada palabra, pero no podía no hacerlo—. Ha obrado mal, sí, pero está enamorada de ti desde la universidad… no seas tan duro, no le rompas el corazón —le suplicó.

A ella no le gustaría que se lo hicieran y, a pesar de todo, no podía dejar de sentir empatía. Su madre solía decirle que tenía un corazón demasiado grande.

—¿Me pides que no sea duro con ella después de lo que te ha hecho?

Günther estaba atónito.

A decir verdad, ni siquiera sabía por qué estaba tan furioso. Si no sentía nada por ella.

Había actuado bien delante de los demás, pero ahora estaban a solas.

¿O acaso…?

—Pues sí. ¿Por favor?

—Está bien —cedió, todavía mirándola como si se hubiera dado un golpe en la cabeza—. Tengo mucho trabajo, pero si quieres puedes irte a casa a descansar. Has tenido suficiente por hoy.

Estuvo tentada de hurgarse los oídos para ver si había procesado correctamente sus palabras.

¿Quién era él y qué había hecho con el ogro malhumorado?

—No, de verdad que estoy bien. Me gustaría ayudar en lo que pueda —se ofreció. Necesitaba trabajar para distraerse, porque si se iba a casa se pasaría todo el día comiéndose la cabeza con lo sucedido. Y no podía ser.

Günther se mostró gratamente sorprendido.

—Bien, pues en ese caso puedes ayudarme a redactar las condiciones y el presupuesto para el nuevo proyecto de un complejo turístico que estamos diseñando —le pidió.

—Claro. ¿Es ese en el que los inversores os han dejado tirados?

Él resopló con molestia.

—El mismo. Erika iba a llamarlos para convencerlos, pero con todo esto…

—Puedo hacerlo yo —se ofreció ella de inmediato. Necesitaba sentirse útil de algún modo y aquella era su oportunidad.

—Joder, menos mal. Ya estaba a punto de llamar al abogado para plantear una demanda formal.

El alivio de Günther era patente y Candela se sintió valiosa.

—Tranquilo, déjalo en mis manos —terció, para aligerar el ambiente.

Y Günther sonrió; una sonrisa genuina que remarcó sus facciones atractivas.

—Parece que alguien te ha enviado del cielo a resolverme la vida —comentó. Y ella se rio, porque lo decía de broma, ¿no?

Estuvieron trabajando toda la mañana, prácticamente sin levantar la cabeza y, tal y como había prometido, Candela se las ingenió para convencer a los inversores de volver al proyecto antes de que se asociaran con la empresa de Doménech.

Günther estaba de mejor humor de lo que lo había visto nunca y la alzó en volandas por toda la habitación para celebrarlo, en un arranque de euforia que después hizo que se sonrojara, probablemente por primera vez en su vida.

Comieron juntos, en la oficina, un par de sándwiches y un refresco para ella; él bebió agua.

Por la tarde, por supuesto, más trabajo. Tenían mucho que preparar ahora que contaban con el capital y el visto bueno para empezar a confeccionar los diseños.

—¿En qué te especializaste? —le preguntó Candela, con gran interés, mientras tomaban un café con Suzy, Max, Elliot y algunos compañeros más.

—Arquitectura y administración de empresas, además de estar especializado en marketing y economía —contestó, como si nada.

A Candela no le sorprendía. Había comprobado de primera mano lo inteligente que era y cuán capacitado estaba.

—Y eso no es nada, habla por lo menos ocho idiomas —saltó Max.

—Nueve —corrigió Elliot, siguiéndole el juego.

Todas las miradas recayeron en Günther. Había asombro, incredulidad y admiración.

Al final él resopló y tuvo que acceder cuando le pidieron que los enumerara.

—No exageréis, el chino mandarín y el ruso no los domino del todo —se defendió. Pero no funcionó—. Vaale. Además de los ya mencionados hablo italiano, inglés, francés, árabe, portugués, holandés y español.

¡Y lo decía como si nada!

—Sí, sé lo que estás pensando —la interpeló Max, con ese aire confianzudo que a Candela tanto le gustaba—. Te has comprometido con un robot, así que, que sepas que el trabajo siempre va a ser su primer amor. —Le tomó el pelo.

Lejos de enfadarse, Günther se echó a reír.

—Anda, déjala en paz —lo regañó, medio en broma. Y Candela no pudo evitar darse cuenta de que cada vez se entendían mejor.

CAPÍTULO 20

Candela estaba hambrienta cuando llegaron a la mansión. Había sido un día interminable y se moría por tumbarse en la cama para relajarse.

Claro que cuando recordaba que a partir de aquella noche —y Dios sabía por cuánto tiempo— no iba a dormir en su cama, sino en otra ajena en un techo que no era el suyo, y acompañada de Günther, le entraban los nervios.

Y eso le daba todavía más hambre.

—Buenas noches señor, señorita —saludó Roger, el mayordomo, con una exagerada inclinación de cabeza, nada más abrir la puerta.

—Buenas noches Roger, ¿está mi madre en casa? —inquirió Günther.

—Sí señor, está arriba con el señor Albert.

—Perfecto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Candela, algo preocupada por la seriedad de su gesto.

Günther se quitó el abrigo y la ayudó a desprenderse del suyo. Después se los dio a Roger y solo cuando estuvieron a solas le contestó:

—Mi padre se ha estado sintiendo mal hoy y hemos llamado al médico, por eso he llegado tarde —explicó, midiendo muy bien sus palabras.

—Oh, lo siento. Espero que esté mejor —expresó ella, con sinceridad.

—Sí, también ha tomado rehabilitación —contestó él, despreocupándola—. Pero se ha ido a la cama temprano. Mi madre está con él, así que voy a subir a saludar. —Y luego, tras dedicarle un vistazo cauteloso, añadió—: Si quieres puedes acompañarme para que sepan que has llegado, Roger subirá las maletas.

—Claro, voy contigo. —Aceptó, contenta de que la hubiera incluido.

La verdad era que estaba siendo mucho más amable de lo que esperaba.

—Roger, sube las maletas de mi prometida a mi cuarto, por favor. Se instalará allí —le indicó.

Y el hombre se puso manos a la obra, todo eficiencia.

—Enseguida, señor.

A su cuarto. Iba a compartir habitación —y cama— con Günther Von Ziegler. Si alguien se lo hubiera dicho hacía tan solo una semana, nunca lo habría creído posible, pero así era.

Las vueltas que daba la vida…

Tenía que poner al día a Abril lo antes posible si no quería que le colapsara el móvil a base de mensajes y audios. Podía ser muy intensa cuando quería, pero porque era como su hermana. La echaba tanto de menos…

Sin embargo, tenía otras prioridades. Como relajarse antes de sufrir un ataque cardíaco a causa de los nervios.

¿Tendría que ver a Günther desnudo?

En el contrato no ponía nada de eso, pero… ¿y si le daba por pasearse por el cuarto en bolas? Estaba divagando otra vez.

—Es muy amable por tu parte haberte quedado en casa con tu padre hasta que se sintió mejor —comentó, subiendo las escaleras detrás de él.

Iba tan rápido que las cortas piernas de Candela estaban haciendo un tremendo esfuerzo por seguirle el ritmo. Y es que aquella mansión era enorme.

Se recordó a sí misma empezar a ponerse en forma, pero aquella vez en serio. Siempre había sido demasiado vaga para su propio bien.

Günther se encogió de hombros y, aunque no podía verle el rostro porque estaba de espaldas, pareció tenso cuando dijo:

—No es para tanto, es mi deber.

Había algo en su voz que impulsó a Candela a reconfortarlo de algún modo. Sin embargo, se contuvo en el último momento, pues

eso habría estado fuera de lugar.

Sin querer presionarlo, se mantuvo callada hasta que hubieron llegado a la segunda planta, donde se encontraba la habitación de los señores Von Ziegler.

Candela se quedó extrañada y frunció el ceño.

Nunca había sido de las que se quedaban con la duda, así que decidió preguntar lo que la intrigaba:

—Esta es la segunda planta.

Günther la miró como si acabara de salirle una antena parabólica en la cabeza.

—Sí, ¿y qué?

Ella dejó escapar un resoplido de incredulidad.

—Pues que no entiendo por qué tu padre no se aloja en la primera. Me imagino que no debe de ser fácil subirle y cargar con la silla de ruedas por esas escaleras.

Por un momento, pareció que Günther estuvo a punto de dejar escapar una carcajada, pero se contuvo.

—¿Quién dice que lo haga? Normalmente usa el ascensor —comentó, sin parecer en absoluto afectado por las miradas asesinas que ella le estaba dedicando.

Incluso anduvo unos pasos hasta que el rellano quedó a la vista para señalarle que, efectivamente, ahí estaba.

—¿¡Y me has hecho subir por las escaleras a propósito!? —gruñó, indignada.

Sí, no exageraba cuando decía que odiaba el ejercicio.

Günther parecía estar pasándoselo en grande, porque no suprimió de su atractivo rostro la sonrisita burlona, ni siquiera cuando ella se le encaró hasta que quedó pegada a su barbilla —maldita diferencia de altura, parecía un gigante al lado de su triste uno sesenta—.

Él enarcó las cejas y se permitió el lujo de alargar el suspense, disfrutando con su mortificación, —porque no creía que fuera con su cercanía cuando estaba claro que apenas se soportaban— hasta que al fin le dio una explicación.

—Ya, resulta que está averiado. Ha sido esta mañana, cuando mi padre estaba dentro. Y es claustrofóbico, por eso hemos tenido que

llamar al doctor.

Ella abrió los ojos de par en par.

El pobre hombre había sufrido una crisis.

Se sintió fatal.

—Ay Dios, lo siento… yo… deberíamos ir a ver cómo se encuentra.

—Ya se le ha pasado, pero seguro que le alegra tu visita. Le caíste bien —le dijo Günther, casi al oído, de un modo tan íntimo que se estremeció antes de dar dos pasos hacia atrás.

Candela se quedó atónita y tuvo que reprimir las ganas de dar saltos de alegría.

—¿Lo dices en serio? ¿Yo le caigo bien?

—Así es —confirmó. Y luego se puso más serio—. Pero, cuando entres, no le preguntes por lo sucedido. Es… un hombre complicado y no le gusta que le tengan lástima —le aconsejó, sucinto.

Ella pensó en bromear diciéndole que de tal palo tal astilla, pero se abstuvo porque temía ofenderlo. Así que se limitó a asentir.

Debía andarse con pies de plomo con aquella familia.

—No te preocupes, no haré preguntas indiscretas.

—Bien, vamos —dijo, y entrelazando sus manos, abrió la puerta.

La estancia más exuberante y lujosa que jamás hubiera visto apareció ante sus ojos.

Una cama tamaño *king* con sábanas de satén en bordado de oro ocupaba el centro de la habitación, la más grande en la que Candela hubiera puesto un pie nunca. Tenía un balcón con vistas que daban directamente hacia el jardín y una decoración minimalista, pero preciosa, estilo resort vacacional.

Solo con verla daban ganas de quedarse a vivir allí para siempre.

El señor Albert estaba tumbado mientras su esposa le leía algo, pero se detuvo al verlos entrar y Candela enrojeció, apenada por interrumpir el momento.

Le dedicó una ojeada nerviosa a Günther, pero él lucía tan seguro e imperturbable como siempre.

—¿Es buen momento o hablamos mañana? Solo queríamos pasar a avisaros de que Candela se acaba de instalar —anunció, con tono bajo y pausado.

La mujer cerró el libro enseguida y lo depositó sobre la mesita de noche, mientras Albert esbozaba una breve sonrisa que iba dirigida a Candela.

—No digas tonterías hijo, claro que podéis pasar. ¿Necesitáis algo? Le he dicho a las chicas que se esmeraran hasta en el más pequeño detalle, aun así sé que es normal que a Candela le cueste adaptarse un poco, pero confío en que tú la ayudes con eso, cariño —comentó Elise, con toda naturalidad.

Pero Candela sintió que enrojecía hasta las orejas.

—Claro que lo haré, ¿verdad, cielo? —respondió él, dándole un pequeño beso en la comisura de la boca que la tomó por sorpresa.

Ardía de vergüenza cuando asintió.

—Sí, por supuesto, muchas gracias por todo —atinó a decir. Y de verdad estaba agradecida.

Era agradable saber que era bien recibida.

—No tienes que dar las gracias, al fin y al cabo pronto serás parte de la familia —aseguró el señor Albert, cordial.

Sonrió, disimulando el pánico que sus palabras le suscitaron.

—¿No vais a bajar a cenar? —preguntó entonces Günther y Candela no supo si por sincera curiosidad o para rescatarla.

—No hijo, yo he comido algo antes y tu padre dice que no tiene hambre. Mañana desayunamos todos en familia —se disculpó su madre, algo apenada con Candela. Esta le hizo un gesto para que se despreocupara.

Nunca lo admitiría, pero se sintió aliviada.

La cena de ayer no había sido un completo horror, pero prefería no pasar tanto tiempo con los Von Ziegler. Seguía sintiéndose incómoda con lo que estaban haciendo. Probablemente porque no eran tan malos como había imaginado.

Esa era la cuestión. Que aquello debería estar resultándole una tortura, en vez de unas vacaciones. Y Günther no ayudaba en nada comportándose como un caballero.

—Vale, el técnico llegará a primera hora. Yo me encargo, descansad —dijo, antes de rodearle la cintura con un brazo para conducirla hacia el exterior.

Y ya estaban a punto de salir cuando la voz inquisitiva de Albert los detuvo en seco. Una pregunta inofensiva, pero que estuvo a punto de dar al traste con todo.

—Esperad. Tengo una pregunta. ¿No piensas enseñarnos el anillo de compromiso, Günther?

Mierda.

Candela se puso pálida. Fue una suerte que todavía les estuvieran dando la espalda o habrían visto el pánico en su cara. Miró a Günther pidiendo, literalmente, auxilio.

Por fortuna, él ya había pensado en una mentira creíble para justificar el hecho de que no lo llevara consigo.

—Lo estoy reservando para la fiesta de compromiso, padre. Creía que tú precisamente apreciarías que hiciera las cosas bien, pero tranquilo que no tardaréis en verlo —contestó, imperturbable.

Lo suyo era de otro mundo, pero quiso abrazarlo por sacarlos del atolladero.

—Claro, no lo había pensado. Me gusta que sigas las tradiciones, estamos orgullosos —declaró y el hombre a su lado se permitió bajar un poco sus defensas y asintió.

Sus ojos ya no eran hielo, había algo de calor.

—Gracias, hasta mañana.

Candela se despidió también, dejando a una emocionada señora Von Ziegler exclamando que se encargaría de los preparativos de la fiesta desde mañana a primera hora.

No fue hasta que estuvieron lejos de oídos y miradas indiscretas que Candela soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo.

—Lo has llevado muy bien, pensé que me desmayaría ahí mismo —confesó, en voz tan baja que él tuvo que inclinarse para oírla.

—Respira, mañana antes de ir al trabajo pasaremos por la joyería. Podrás elegir el anillo que más te guste. —Y debió de malinterpretar su mutismo porque añadió—: tranquila, romperemos antes de que llegue la boda. Déjalo en mis manos, no perderás tu empleo porque me encargaré de que quede claro que ha sido culpa mía. Nadie se sorprenderá.

Había amargura en su voz y Candela se sintió mal ante la manera en que se refirió a sí mismo. Era triste lo que decía.

¿Por qué sentía el impulso tan acuciante de abrazarlo y consolarlo hasta que le regalara esa sonrisa preciosa que poseía, pero que tan pocas veces mostraba al mundo?

Por fortuna, se reprimió a tiempo. Porque ya la estaba observando con extrañeza.

Ay Dios, esperaba no haber babeado.

—¿Cenamos? —propuso él, intentando paliar la incomodidad que imaginó que ella estaría sintiendo.

Por eso se había quedado mirándolo sin saber qué hacer.

—Sí, claro. ¿Y Elliot?

Lo cierto era que le daba reparo estar a solas con él, por eso preguntaba por su hermano.

Seguro que se estaba arrepintiendo del beso que se dieron anoche.

Günther estaba preparado para ello, pero aun así se sintió ligeramente decepcionado.

—No está. Ha salido —informó, con tono neutral.

No sabía adónde había ido, aunque podía imaginárselo. Elliot era bastante fácil de leer, todo lo opuesto a él.

—Si quieres, puedes darte una ducha o cambiarte en el cuarto, yo bajaré para avisar a Gretel de que nos suban la cena a la habitación —le sugirió.

—¿En… nuestra habitación? ¿Cenaremos ahí… solos? —tartamudeó, estrujándose las manos.

Vaya, sí que le daba pavor estar a solas con él. No pudo evitar que le molestara un poco, aunque lo entendía.

Estaba siendo irracional. ¿Qué quería de ella?

Eran dos perfectos desconocidos, después de todo. Aunque dos perfectos desconocidos que se habían besado tres veces.

Solo una había sido por elección propia.

Asintió con sequedad.

Carraspeó al ver que ella no decía nada. Se había quedado muda, mirándolo de hito en hito.

—O también podemos bajar al comedor. Solo era una idea.

—No, no. —Se apresuró a rectificar ella, pues a pesar de todo prefería la comodidad del cuarto a estar los dos solos en ese comedor enorme—. Estaremos bien aquí.

—Bien, pues te dejo intimidad. Ahora vuelvo.

Y antes de que ella pudiera replicar siquiera, salió de la habitación.

—Bueno… vamos allá —dijo en voz alta, tomando un par de respiraciones profundas y soltando el aire lentamente.

Sacó su pijama de dormir y ropa interior. Luego se recogió el pelo en un moño y una vez lista decidió enviarle ese audio a Abril. Más tarde ya no tendría ocasión.

—Hola Abril, no estoy desaparecida, que no cunda el pánico. Es solo que hoy ha sido un día… difícil. Pero ya estoy en casa de los Von Ziegler y sí, es aún más impresionante por dentro. Ahora voy a ducharme, Günther ha ido a por la cena. No dormiremos juntos, no empieces. Mañana te cuento.

Y tras decir todo eso le mandó un *sticker* con besos y escribió por el grupo familiar para darle las buenas noches a sus padres y a su hermano.

Dejó el móvil encima del lavabo —enorme y abarrotado con toda clase de perfumes, loción de afeitar y demás productos masculinos que pertenecían a Günther— y entró en la ducha.

Las notificaciones no tardaron en llegar, pero hizo oídos sordos. Necesitaba relajarse un rato.

Cerró los ojos, tratando de dejar la mente en blanco. Y funcionó de maravilla. O al menos lo hacía hasta que sintió el tacto de unas manos fuertes y masculinas acariciando sus piernas.

Tragó saliva, con el corazón latiéndole en el pecho a mil revoluciones. Un calor abrasador le ascendió desde las puntas de los pies hasta el bajo vientre. Las manos se volvieron más atrevidas y ascendieron, despacio, muy suavemente, hasta rebasar sus muslos y buscar el camino hasta el centro de su liberación.

Abrió los ojos, con la respiración trémula y hecha un manojo de nervios.

¿Pero…?

¿Cómo…?

¿Günther…?

¿Qué…?

Oh, Dios.

Perdió toda capacidad de raciocinio cuando el primer dedo se coló raudo por su intimidad, arrancándole un jadeo ahogado y tiñendo sus mejillas de carmesí.

Él tenía una sonrisa perversa en el perfilado rostro, sus ojos verdes ardían de lujuria y deseo. Bombeó más rápido, haciendo una fricción deliciosa que dilató sus paredes y la hizo aferrar el pomo de la ducha al experimentar lo cerca que estaba del orgasmo.

Aquel hombre tenía unos dedos mágicos.

—Günther, por favor… —suplicó, con voz apenas audible, sin tener claro lo que decía.

Lo que quería, en cambio, era que siguiera y le diera más. Hasta que no fuera capaz ni de recordar su nombre.

Y él, como si le leyera la mente, introdujo otro.

—Córrete para mí, Candela —ordenó, con voz tan grave y demandante que la arrojó al borde.

Y no pudo resistirlo mucho más. Lo hizo.

Y él se llevó el dedo a los labios y la saboreó.

—Sabía que eras deliciosa, *liebling* —susurró, cerniéndose sobre ella en toda su gloria y…

Unos golpes resonaron bruscos contra la madera de la puerta y ella casi gritó, despertando de esa ensoñación erótica que tanto la había turbado.

Günther —el de verdad, no el de sus fantasías— estaba llamándola, le preguntaba si estaba bien.

Colorada como un pimiento, apenas atinó a decirle que sí y que salía enseguida, cuando lo que de verdad quería era quedarse a vivir en aquella bañera, donde podría esconderse para siempre y evitarse la vergüenza de mirarlo a los ojos después de la loca fantasía que su mente traidora había recreado.

Por desgracia, no parecía una opción muy viable a largo plazo. Así que, tragándose la mortificación, salió y se puso su pijama favorito.

Tuvo que esperar hasta que el rojo de sus mejillas se apagó un tanto, para no levantar sospechas.

Y apenas lo miró a los ojos cuando al fin regresó a la habitación, para descubrir que él la esperaba —con el mismo traje sobrio que había llevado todo el día— junto a varios platillos que olían de maravilla, situados en la mesita de noche que había junto a la cama.

Una cama bastante espaciosa y que, dicho fuera de paso, se veía tan cómoda que le dieron ganas de saltar sobre ella. Naturalmente, como dudaba que algo así le hiciera gracia, se contuvo.

—Al fin, has tardado una eternidad —comentó él, con el ceño fruncido.

Estaba sentado en el borde de la cama, muy rígido y dejando tanta distancia entre ambos que casi se sintió ridícula por lo que se había imaginado.

Sin embargo, algo le decía que debajo de todas esas capas de hielo se escondía un verdadero volcán. Y la sola idea por poco volvió a colorearle las mejillas.

—Sí, lo siento, no encontraba el pijama —se excusó con lo primero que se le ocurrió.

—Ya. Es... pintoresco —comentó él, con ojo crítico.

Candela se ofendió.

—Es mi favorito.

Remarcó cada palabra con énfasis. Nadie se metía con su pijama de elefantes.

—¿Por qué elefantes? —preguntó, por molestarla.

—¿Y por qué no? —rebatió ella, con las cejas enarcadas.

Él dejó escapar un suspiro que bien podía querer decir «No te aguanto» y la instó a tomar asiento a su lado.

—¿No te cambias? —inquirió, cuando ya no pudo soportarlo más.

El contraste de su traje con el pijama de pelo fucsia de Candela era de lo más estrafalario y no entendía cómo podía estar cómodo con eso.

—Más tarde —terció, empezando a comer sin darle mayor importancia.

Resignada, ella lo dejó estar.

Cenaron en un silencio sepulcral y cuando terminaron, al fin, él se metió al baño para salir tan solo diez minutos después con unos pantalones de chándal grises y una camiseta azul marino de manga larga, la cual resaltaba sus músculos y se pegaba a su torso como una segunda piel.

—¿Vas a dormir así?

No se lo podía creer. ¿Y su pijama?

¿Esa era su ropa para dormir?

Pff, claro. ¿Qué esperaba? ¿Elefantes a juego? Seguro que Günther antes prefería clavarse agujas en los ojos.

—Como todas las noches —replicó, encogiéndose de hombros.

—Ah… muy bien.

Cuando llegó la temida hora de acostarse, Candela tuvo que secarse las manos en el pantalón porque le sudaban. No había estado tan nerviosa en su vida, ni siquiera el primer día de trabajo en las empresas Von Ziegler —y eso que no pudo empezar con peor pie—.

Al final, tuvo que ser él quien diera el primer paso.

—Bueno, ¿de qué lado sueles dormir?

—De los dos, me muevo mucho —reconoció, medio tapándose la cara con las manos.

Él disparó las cejas hacia arriba, pensando en una solución.

—Entonces yo dormiré en el sofá —resolvió, aparentemente indiferente.

Pero ella no podía permitirlo. ¡Aquella era su casa! Y ella una intrusa.

¿Cómo iba a adueñarse de su cama?

Si no se tocaban, ¿tan malo era que la compartieran?

Solo tendrían que hacer un pequeño esfuerzo.

—¡No! —chilló de pronto, al ver que se levantaba.

La miró como si se le hubiera zafado un tornillo. A lo mejor era verdad.

—A ver, ¿en qué quedamos? —espetó, cruzándose de brazos.

Empezaba a enfadarse, aquello era absurdo.

Solo era una maldita cama.

—Es que... ¿Qué pasa con la asistenta? ¿Y si ve la colcha arrugada? Tu familia podría darse cuenta —aventuró Candela, paranoica.

Günther alzó los brazos al cielo. ¿Quién demonios la entendía?

—Está bien. Entonces tú dormirás en el lado derecho y yo en el izquierdo, no te tocaré —dispuso, deseando que no discutiera más.

Afortunadamente, se mostró conforme.

—Bien.

—Vale —repuso él, solo porque quería tener la última palabra.

—De acuerdo, pues buenas noches —se despidió ella, tumbándose en su lado con mucho cuidado de no rozarse con él.

Günther apagó la luz y se hizo el silencio.

Todo iba bien… hasta que ella se giró para mirarlo, soltando un gemido lastimero.

Si le hubiera salido humo por las orejas, a Candela no le habría extrañado.

—¿Y ahora qué? —gruñó. Se comportaba como una cría.

Pero ella no podría dormir tranquila sin hacerle un cuestionario básico. A fin de cuentas, iban a convivir como una pareja y eso requería cierto compromiso.

—¿Roncas? —preguntó, muy seria.

Él se quedó atónito. Lo había tomado completamente por sorpresa.

¿Pero qué…? Bufó.

—Claro que no. ¿Y tú?

Se sostuvieron la mirada de forma casi desafiante, hasta que al final ella contestó:

—No, creo que no. ¿Cómo estás tan seguro?

No se fiaba.

—Simplemente lo estoy. ¿Qué pasa? ¿Por qué no te duermes? —Günther fue al grano, a sabiendas de que si no aquella absurda conversación podía alargarse a niveles totalmente demenciales.

—Es que todavía no tengo sueño, es temprano —confesó y a continuación lo miró con ojitos de carnero, antes de pedirle —: ¿Puedo ver una serie? Por favor, normalmente me ayuda a relajarme. Le quitaré voz si te molesta y...

En aquella ocasión le costó reprimir la sonrisa. La señorita Flores era única. Era tan ella que encandilaba.

—Está bien, está bien. Puedes usar mi Netflix —cedió, porque no era tan capullo para negárselo.

Y su mirada se iluminó como la de una niña cuando le dio un pequeño abrazo de agradecimiento.

Él se levantó, ignorando la chispa de calidez que sintió con aquel gesto, que para ella era tan natural como respirar, pero al que él no estaba acostumbrado, y fue a por el portátil.

Se arrebujaron entre las mantas y ella apoyó la cabeza en su hombro, tras apenas dos escasos minutos en los que trató de aguantar —sin éxito— erguida.

—Ay esa es la telenovela que estoy siguiendo, ¿podemos verla, por favor? ¿En español? —suplicó, zalamera.

Él dejó escapar el suspiro más largo que la joven había oído nunca, pero claudicó. Aunque, claro, con sus condiciones.

—Con subtítulos. Así practicamos los dos, ¿hecho?

—Vaaale —accedió, demasiado contenta como para tratar de negociar.

Poco después los dos se hallaban sumamente concentrados en la comedia romántica que se reproducía en pantalla desde el primer capítulo —para que él se pusiera al día— y sumidos en un silencio cómodo.

—Me encanta cómo se conocen, ¿no te parece original? —comentó con él, al cabo de lo que sin duda era su récord de estar callada.

—Sí —admitió. Y no lo decía por darle la razón.

—Mira, ahora viene la mejor parte —exclamó, al llegar a los primeros treinta minutos. E instintivamente lo cogió de la mano.

Él se quedó mirándolas así, juntas, un buen rato antes de apretársela un poco. Estaba completamente relajada, sin rastro de los nervios que la habían dominado al principio.

Y contra todo pronóstico, él también se relajó.

Pasó el tiempo y otro episodio comenzó. Luego otro y perdió la cuenta de cuántos fueron los que vieron así, entrelazados,

conectando… dejando que el tiempo y todo lo que los rodeaba dejara de tener sentido. Y al final, cuando ya no pudo más, Candela se durmió reclinada en su pecho y él la tapó con delicadeza.

Pasaría un buen rato hasta que al fin, él también lograra descansar. Con ella entre sus brazos, porque no tuvo valor para apartarla. Y, sorprendentemente, tampoco quería hacerlo.

CAPÍTULO 21

Un brazo descansaba alrededor de su cintura. Apretado y cálido. Demasiado cálido.

Candela abrió los ojos, aturdida, y se topó de lleno con el pecho desnudo de Günther.

De hecho, tenía la cabeza apoyada justo encima.

Se incorporó tan rápido que se hizo daño en las cervicales y apenas pudo contener una palabrota.

Eso hizo que él se despertara y le dedicara la misma mirada confusa que seguramente tenía que tener ella.

Sin embargo, le tomó apenas una fracción de segundo recomponerse y se levantó, dándole la espalda para encaminarse al baño tras murmurar un escueto «Buenos días».

Candela parpadeó tanto que casi se le salieron las pestañas.

—Buenos… buenos días —contestó, pero para cuando lo hizo su voz se perdió a través de la puerta cerrada a cal y canto del baño de la habitación.

El agua empezó a correr y ella se dejó caer de nuevo sobre el colchón, derrotada.

Sí, había sido una tonta por pensar que lo de anoche había sido especial, por muy ridículo que sonase.

A veces no se necesitaba yacer desnudo con la otra persona para compartir ese tipo de química que solo se da cuando dos personas conectan. Tal vez, solo habían sido imaginaciones suyas. Una vez más.

Esperó a que saliera, entreteniéndose contestando los mensajes sin leer que tenía desde la noche anterior. Abril ganaba por goleada el puesto número uno en su bandeja de entrada.

Sí que estaba ansiosa por conocer los detalles. Probablemente la realidad la decepcionara.

—Ya estoy listo, puedes pasar. Yo… te esperaré abajo. —La voz de Günther desde el quicio la sobresaltó tanto que a punto estuvo de dejar caer el aparato, cosa que afortunadamente no sucedió.

Alzó la vista y le echó un repaso poco disimulado. Se había enfundado el traje de negocios y, por lo que parecía, la máscara de frialdad.

No esperó ni a que contestara, sino que rebasó la habitación con sus caros zapatos, dispuesto a marcharse.

Y ella debería haber dejado que lo hiciera, pero no pudo.

—Espera. ¿Estás…? ¿Te pasa algo? —inquirió, tratando de sonar despreocupada.

Sus ojos eran fríos, apagados… No era el hombre que la había dejado dormir en su regazo y arrebujado en las mantas para que no pasara frío. Tragó.

—En absoluto. Es solo que no quiero que lleguemos tarde, recuerda que tenemos que pasar por la joyería.

Claro. Los anillos. Casi lo había olvidado.

No insistió más. No serviría de nada cuando él se había cerrado en banda.

—Estaré lista enseguida —dijo, haciendo una imitación bastante buena de su cortesía e indiferencia helada.

Se dio la vuelta y no se quedó a ver cómo se marchaba.

Prefirió ahogar sus preocupaciones bajo el chorro de agua caliente.

Aquella sería su rutina por un tiempo. Y más le valía aprender a ocultar un poco sus emociones.

Todo era una farsa. Y si lo olvidaba, podría costarle caro.

No estaba dispuesta a dejar que su corazón saliera lastimado en aquel juego.

…

Cuando bajó al comedor, la mesa estaba dispuesta para un regimiento y los Von Ziegler al completo la esperaban.

—Buenos días —saludó, al tiempo en que tomaba asiento junto a Günther, que se levantó para echarle la silla hacia atrás y dejarle

espacio para acomodarse. Como un perfecto caballero.

Parecía que lo era según le convenía, pero le dedicó su sonrisa más resplandeciente para disimular.

Todo el mundo le dio los buenos días, menos Elliot que parecía estar sufriendo un agudo dolor de cabeza.

Günther sonrió de medio lado, como un tiburón.

—¿Una noche dura, hermano? —lo pinchó, divertido.

El aludido lo fulminó con la mirada y se contuvo de replicar algo grosero.

—Más o menos. Salí a dar una vuelta.

—Y a beber hasta casi perder la conciencia. —Se chivó la abuela, indolente.

—Madre… —intervino Albert, afligido.

Al parecer aquella mujer estaba acostumbrada a imponer su autoridad allá donde fuera.

—No es para tanto, abuela. Solo tomé unas copas con Max —se defendió Elliot. Había un claro deje de molestia en su voz y Candela se preguntó si le pasaría algo.

Se le veía apagado, casi enfermo. Dudaba que aquello se debiera únicamente a la resaca.

Casi parecía…triste.

Ay Dios, ¿lo habría rechazado Suzy?

Tenía que hablar con él apenas tuviera ocasión.

—Mmm… Max. Ese chico no tiene buena reputación, yo que tú tendría cuidado —espetó Ingrid, tajante.

Günther frunció los labios.

—Max es un excelente trabajador y un buen amigo. Todo el mundo tiene defectos, eso no lo convierte en mala persona —sentenció, saliendo en defensa de su amigo y de paso de su hermano, que le dedicó un leve asentimiento de respeto.

La anciana arrugó el ceño tanto que Candela temió que sus cejas blanquecinas desaparecieran, pero por fortuna no siguió insistiendo en el tema.

No obstante, el alivio les duró poco. Porque centró su atención en ellos.

—Voy a ayudar a tu madre a organizar la fiesta de compromiso, Günther —declaró. Y hasta la aludida puso cara de circunstancias. El propio Albert, su hijo, se tensó en anticipación.

—Ah… No es necesario, abuela. Sé que tendrás que volver a casa y no debemos apresurar los preparativos, mamá puede ocuparse, estoy seguro… —Günther intentó disuadirla, pero eso solo la alentó más.

—Oh, tonterías —espetó, provocando que enmudeciera. A juzgar por lo apretados que tenía los puños bajo la mesa, Candela dedujo que estaba a punto de estallar. ¿Tan malo era?—. Me ocupo yo. No tengo prisa, ahí solo me esperan mis plantas y Harry cuidará bien de ellas. Necesitáis mi ayuda para que todo salga bien, recuerda lo que sucedió la última vez.

La vena de la sien de Günther se hinchó de manera alarmante. Su expresión hizo tragar saliva a Candela.

Era la segunda vez que Ingrid hacía alusión a aquello y en ambas ocasiones la reacción de su nieto era de ira apenas controlada.

A Candela la mataba la curiosidad, pero no se atrevió a preguntar nada en vista de la tensión que se había adueñado del ambiente.

Günther arrastró su silla hacia atrás bruscamente, tanto que ella dio un respingo.

Tenía la mandíbula apretada cuando emitió lo que era una clara advertencia.

—Te he dicho varias veces que no quiero que vuelvas a mencionar…

Y entonces… salvados por la campana, literalmente.

Alguien llamó y de inmediato la robusta figura de Roger apareció en el vestíbulo para ir a recibir a la visita.

Günther exhaló, muy despacio. Cerró los ojos y asintió para sí, ante la mueca impasible de Ingrid y la consternación del resto.

Cuando volvió a abrirlos, lucía tan controlado como siempre.

Pero Candela había visto el fuego ardiendo en sus ojos y supo que, lo que quiera que ocultara, acabaría por salir a la superficie como un volcán en erupción si no se permitía expresar sus emociones como cualquier persona normal.

Estuvo a punto de decirle algo, cualquier cosa que sirviera para hacerle saber que estaba con él, pero entonces la voz de Roger resonó en la acústica de la sala.

—Disculpe señor Von Ziegler, el doctor Marcello está aquí para darle los resultados de la analítica.

—Dile que pase, Roger —contestó el aludido, visiblemente impaciente.

Por fin, la tensión se disipó para dar paso a esa hospitalidad e impostada cordialidad con la que aquella inusual familia solía ocultar sus problemas ante el resto del mundo.

—Buenos días, disculpen la interrupción. Está todo bien, es solo que he preferido acudir personalmente para entregarle esto.

El desconocido, un hombre joven que apenas debía de llegar a la treintena, tenía una sonrisa amable y la voz paciente y pausada. Parecía atento y un buen profesional.

Mostró una carpeta que llevaba en el regazo, con una sonrisa de disculpa.

—Por supuesto Marcello, buenos días. ¿Quieres algo? ¿Tal vez un café antes de pasar a mi despacho? Aprecio las molestias que te has tomado.

La familiaridad con que Albert trataba a aquel joven sorprendió gratamente a Candela.

—Un café entonces, por favor.

—Siéntate querido —invitó Elise, con educación. Y cuando él lo hizo, algo azorado, añadió con aire de confidencia—: ¿Ya conoces a Candela? Es la prometida de mi hijo Günther. —Los presentó, mientras Ingrid llamaba a la muchacha de servicio para que trajera el café.

Candela estrechó la mano que él le tendió, un poco cohibida.

—Encantado de conocerla, Candela. Sin duda hacen una bonita pareja, felicidades por el compromiso —alabó, regalándole una sonrisa sincera y bonita que la hizo sentir reconfortada.

Se lo agradeció de veras.

—Vamos Marcello, somos amigos, no hace falta que me trates de usted —lo reprendió este y por lo que parecía, no por primera vez.

Marcello se puso colorado, pero asintió.

Después de ponerse al día sobre cuestiones de la empresa con Elliot y Günther —y cuando hubo apurado su café— pasó al estudio con el señor y la señora Von Ziegler.

Günther se llevó a su abuela aparte, dejando a una muy intrigada Candela sola con Elliot.

—¿Estás mejor? —le preguntó, aprovechando la ocasión.

Él pareció sorprendido, como si no estuviera habituado a que la gente se interesara por él. Ciertamente, Candela había notado que Günther solía ser el centro de atención para sus padres, aunque fuera para criticarlo.

Ella, con quien sus padres nunca habían hecho distinciones a pesar de tener un hermano mayor, no pudo evitar compadecerlo.

—¿Qué? Oh, sí. Nada que una aspirina y un café no puedan resolver —contestó, restándole importancia.

—Me alegro. Y ah… ¿puedo preguntarte si te ocurre algo, además de la resaca? —Al fin se armó de valor y se lo preguntó—. Pareces decaído, ¿tiene que ver con Suzy?

A juzgar por la palidez que adoptó su rostro, supo que había dado en el clavo. Pero él se cerró en banda.

—No te ofendas por favor, pero no quiero hablar del tema —replicó, intentando no sonar demasiado brusco.

Ella lo comprendió.

—Tranquilo, lo entiendo, de verdad. Si más adelante cambias de opinión, cuenta conmigo —aseguró, dándole un leve apretón en la mano que le arrancó una pequeña sonrisa.

—Eres una gran mujer, ya entiendo lo que ha visto mi hermano en ti —declaró de súbito, dejándola atónita.

¿Lo decía en serio?

—¿Te lo ha dicho él? —Trató de sonsacarle, recelosa.

La sonrisa de Elliot era astuta y no dejaba entrever nada.

—No hace falta.

Candela se quedó igual que estaba, pero en lugar de insistir más prefirió hacer un enfoque más directo y tocar el tema espinoso que tan intrigada la había dejado.

Con un poco de suerte, Elliot podría darle un poco de información. Por mínima que fuera, era mejor que nada. ¿No?

—Esto… lo que ha mencionado tu abuela, que tanto ha disgustado a Günther, ¿a qué se refería? No he podido evitar notar que no es la primera vez que hace alusión a algo así.

Hizo de tripas corazón, esperando su respuesta.

Sin embargo, no logró su cometido. Porque Elliot no estaba dispuesto a soltar prenda.

—Me temo que no es algo que me corresponda a mí contarte. Se trata de un tema espinoso para Günther. —Fue su ambigua respuesta.

Mentiría si dijera que no era un gesto noble y fraternal por su parte.

—Claro, lo entiendo. Eres un buen hermano.

—Hago lo que puedo. Günther siempre me está cubriendo… con mi familia —le confesó. Y al ver el interés en su mirada, decidió compartir un poco más en cuanto se hubo asegurado de que nadie merodeaba cerca—. ¿Sabes? Por ser el mayor él siempre lo ha tenido más difícil, la presión a la que lo sometieron desde pequeño para que cumpliera sus expectativas habría roto a cualquiera…

Había pesar en su voz y a Candela le vino a la mente un Günther de siete u ocho años sin poder salir a jugar al jardín porque tenía que estudiar o incluso un Günther que siempre estaba serio y taciturno.

Debió de ser horrible.

—¿Y contigo no eran así? —Se interesó.

Elliot negó lentamente.

—No tanto. Supongo que te habrás dado cuenta de lo distinto que es nuestro carácter. —Y cuando ella asintió, algo avergonzada, él continuó—: Pues es porque a mí me dieron más libertad. Aunque ahora se arrepientan de ello porque soy una decepción —escupió, con amargura.

—¡No digas eso! —exclamó Candela, sin poder soportar que se expresara con tanto desprecio de sí mismo—. Elliot, eres maravilloso. Günther y tú, los dos sois como sois, ninguno mejor ni

peor. Simplemente es vuestra personalidad y nadie debería juzgaros por ello —expresó su opinión.

Quería animarlo, pero no había dicho nada que no sintiera.

Y funcionó, porque la cara de Elliot se iluminó.

—Ojalá todo el mundo fuera como tú. Tienes bondad, ves lo mejor de las personas.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó, algo insegura ante la manera en que lo había dicho.

El semblante de Elliot era inescrutable cuando contestó, con un enigmático.

—Tú solo ten cuidado.

Quiso pedirle que fuera más específico, pero entonces Günther regresó y parecía tener prisa por salir de allí.

Candela adivinó que la conversación con su abuela no había ido nada bien y se levantó, dándole una sonrisa de disculpa a Elliot.

Ya continuarían con aquella conversación en otro momento.

...

—¡Señor Günther, qué placer tenerlo por aquí de nuevo! Hacía mucho tiempo… —saludó el joyero, ante una atónita Candela y un furibundo Günther.

¿Por qué todo el mundo tenía que hablar de más? ¿Qué ganaban con recordarle *aquello*?

Seguramente no lo hiciera con mala intención, pero eso no evitó que perdiera la paciencia.

—Buenos días, iremos al grano si le parece. Buscamos los mejores anillos de compromiso que tenga —demandó, con un tono inflexible.

El hombre cuadró los hombros y se puso a la tarea, todo eficiencia.

—Por supuesto, tendrán los más exclusivos.

Y no estaba exagerando.

Después de pasar un rato probándoselos hasta que hubieron escogido los que más les convencieron, con una Candela apenada que trató de disuadir a Günther para que no gastara tanto, en vano.

Candela sintió hasta pena por tener que quitárselo después de que él pagara, pues no podría usarlo hasta la fiesta de compromiso.

Sin embargo, tenía una certeza innegable; aquello se sentía como un cuento de hadas.

Y tarde o temprano tendría que aterrizar.

Cuán dura sería la caída dependía de ella, porque no estaba segura de poder mantener a raya sus sentimientos si aquello persistía.

Y estaba aterrada, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

CAPÍTULO 22

Nada más poner un pie en la empresa, Günther le pidió a Candela que lo acompañara a su despacho y mandó llamar a Erika.

Había algo que todavía tenía pendiente y él no era de los que dejaban pasar una falta tan grave.

Tocaron a la puerta y, por más que ella trató de convencerlo para que no fuera muy duro, sus ojos eran los de un halcón esperando a su presa.

—Günther, me han dicho que querías hablar conmigo y la verdad es que yo iba a…

—Silencio, Erika —la cortó en seco él, levantando una mano para impedir que siguiera hablando.

Su expresión era tan severa que la rubia tragó saliva, intimidada. Bajó la mirada y asintió, esperando la bronca que sabía que iba a caerle.

—En esta empresa no toleramos la agresión, Erika. Y lo que tú hiciste ayer no solo es motivo más que justificado de despido, sino también denunciable. No solo mentiste para difamarme, sino que además amenazaste a mi prometida y actuaste como una mujer celosa y despechada. ¿Qué pretendías, eh? —La frialdad en el tono de Günther contrastaba con la tensión que irradiaban todos y cada uno de los poros de su cuerpo a medida que se cernía sobre Erika como un águila.

Al ver que no contestaba, acabó dando un golpe sobre la mesa y Candela le puso una mano en el hombro, intentando aplacarlo. Sabía que tenía razón, pero aun así creía que Erika ya había aprendido la lección. No era necesario atemorizarla.

—Yo… lo siento mucho —se disculpó la rubia, a punto de llorar. Pero evadió la pregunta.

—No me lo digas a mí, díselo a ella —exigió, para nada conmovido.

La rubia se sonó los mocos y musitó:

—Perdóname Candela, de verdad. No sé qué me pasó. Yo solo… supongo que llevo toda mi vida intentando que Günther se enamore de mí y soy patética, porque ahora sé que las cosas no funcionan así y… prometo que no volverá a suceder, estoy arrepentida y si sirve de algo lo siento mucho.

Se echó a llorar nada más terminar, enterrando la cara entre las manos.

Candela se acercó a ella. Sentía la necesidad de decir algo.

—Eh, está bien Erika. De verdad, te perdono.

Miró a Günther, que no se había ablandado ni un ápice.

—Voy a dejarlo correr por esta vez, solo porque ella te ha perdonado. Pero te lo advierto, Erika, otro numerito como este y te pongo de patitas en la calle. No te consentiré que maltrates a mi prometida —espetó. Su voz era como brasas al rojo vivo, un instinto fiero y protector se había apoderado de él.

Hasta Candela se percató y algo en su interior se llenó de calidez. Él no tenía por qué defenderla y aun así, lo hizo. ¿Empezaba a derretir sus capas de hielo?

—Lo entiendo, no lo haré. No te decepcionaré —prometió Erika, algo más repuesta.

—Bien, ve a lavarte la cara y vuelve a tu puesto. Tenemos mucho trabajo por delante.

Sin otra palabra, ella obedeció y abandonó el despacho.

—¿No crees que has sido un poco duro con ella? —se atrevió a preguntar Candela una vez que estuvieron a solas.

Günther no daba crédito.

—¿Querías que la felicitara por lo que te hizo?

—No, por supuesto que no —se apresuró a aclarar ella—. Es solo que... no puedo evitar ponerme en su lugar, debió de ser duro para ella que me propusieras lo del falso compromiso a mí y más teniendo en cuenta que está enamorada de ti desde la universidad... —expresó.

Él dejó escapar un bufido y se acercó un poco, lo suficiente para poder alzarle el mentón con la punta de los dedos.

—Yo siempre fui sincero con Erika, Candela. Ella sabía que no la amaba y aun así quiso que siguiéramos viéndonos ocasionalmente... no era más que una aventura y se acabó. Eso no le da derecho a ponerte una mano encima, no puedes obligar a nadie a que te quiera —razonó y ella se acordó de Sergio... de lo celoso y posesivo que había sido siempre y lo mal que se tomó que ella tuviera que mudarse.

Se estremeció con la suavidad de su toque.

—Tienes razón —musitó, tratando de sostenerle la mirada. Sus ojos quemaban, fijos en su boca.

—No permitiré que te hagan daño. Ni ella, ni nadie. No por mi culpa —sentenció, para acto seguido recomponerse y aclararse la garganta, sin saber que ella estaba reuniendo valor para besarlo—. Bueno, ahora volvamos al trabajo. Nos espera un día intenso.

Asintió, acusando la decepción que le produjo que se alejara.

«No se pueden mezclar negocios con placer, o te acabarás quemando», susurró su fuero interno.

En aquel momento no tenía forma de saberlo, pero estaba en lo cierto.

CAPÍTULO 23

La semana transcurrió con una celeridad pasmosa.

Era increíble lo bien que Candela se había acostumbrado a la rutina en la empresa y, sobre todo, a convivir con Günther.

Las primeras noches fueron las más incómodas, pero enseguida lograron establecer unas reglas tácitas de convivencia.

Cenaban todos juntos en familia, luego subían al cuarto y Candela aprovechaba para ponerse al día con los suyos, más tarde —ya preparados para irse a la cama— se sentaban a ver la serie juntos o incluso, los días en que Günther estaba de mejor humor salían a dar una vuelta por los alrededores de la mansión.

Y era... agradable. La vida a su lado no resultó tan mala como se había temido.

Tras el malentendido con los inversores —que lograron solventar convenientemente, por fortuna— no habían vuelto a tener ningún traspié y el proyecto marchaba sobre ruedas, lo cual había mejorado el humor volátil de Günther.

Sin embargo, no todo iba bien. Y es que estaba preocupada por Suzy.

Llevaba toda la semana apagada, con el ánimo decaído. Concretamente, desde la última conversación que Candela tuvo con Elliot, quien estaba de un humor sombrío.

Y ella sabía sumar dos más dos. No era muy difícil llegar a la conclusión de que debía haber sucedido algo entre ambos, lo bastante grave como para que se comportaran de ese modo poco usual. Incluso Günther le había comentado algo al respecto.

Pero Suzy se mostraba esquiva cada vez que ella intentaba sacar el tema y Elliot gruñía cuando se la mencionaban.

Así que aquel día Candela decidió tomar cartas en el asunto y abordó el tema con más tacto durante el descanso para comer.

Ambas se hallaban sentadas en su mesa habitual de Holli´s, un bar cercano a la empresa donde los trabajadores solían reunirse cuando acababa su turno.

En aquel momento, por suerte, disponían de intimidad. Candela logró deshacerse de Max, que quería acompañarlas e invitarlas a algo para —en palabras textuales— que alegraran esas caras, lo cual fue una suerte porque sabía que estando él presente su amiga no soltaría prenda.

De manera que ahí estaban, ojeando la carta meticulosamente como si no fueran allí prácticamente cada día. Candela supo que Suzy necesitaba ese espacio y no la presionó, era inminente que acabara confesándole lo que la atormentaba. Se le notaba en la cara que quería desahogarse.

—¿Cómo van las cosas con Günther, Candelita? —preguntó, para romper el hielo. Y la aludida lo meditó.

¿Cómo iban?

Bastante mejor de lo que había imaginado.

Y sin embargo… estaba confusa.

—Bien, la verdad es que no puedo quejarme. Aunque bueno, es Günther, así que cuando intento conectar un poco con él se cierra en banda. Ya lo tengo asumido —confesó, no sin cierta amargura.

Al principio pensó que era por ella, que no le inspiraba confianza. Pero enseguida se dio cuenta de que, de hecho, con el resto del mundo era mucho más hermético.

Las palabras de Elliot ayudaron bastante.

La expresión de Suzy era de pura resignación.

—Ay amiga, siento que sea tan difícil. El jefe es complicado, pero tiene sus razones —declaró y, como si le leyera las intenciones de indagar al respecto, siguió hablando más deprisa—. Elliot es más abierto, o eso pensaba yo. Claro que…

Se interrumpió, resoplando y llevándose las manos a la cabeza.

Candela estaba sorprendida. Era la primera vez que pronunciaba su nombre —que parecía haberse vuelto tabú— en toda la semana. Lo cual era sin duda buena señal.

—Eh, ¿quieres contarme qué ha pasado? Lo cierto es que no he podido evitar notar la tensión entre vosotros y me tienes preocupada, has estado muy apagada —le comentó, sin querer entrometerse demasiado.

Pero Suzy asintió compulsivamente, tratando de retener las lágrimas cuando ella le tomó la mano para darle ánimos.

—Estoy muy sola, Candelita. Echo de menos a la familia, ¿sabes? Y mi hermano lo es todo. Él es un gran bailarín, está viviendo en Nueva York con unos amigos, tienen una banda, pero… —se interrumpió para mostrarle una foto del chico en cuestión. Candela se maravilló ante lo mucho que se parecían y así se lo comentó, haciéndola reír.

—Sí, todo el mundo nos lo dice. Se llama Juan Pablo, pero le gusta que le llamen J.P porque dice que es más *cool*. —Las dos rieron. Hasta que a Suzy se le cayó una lágrima y Candela le frotó el hombro, empatizando con ella—. Nunca habíamos estado separados tanto tiempo, pero estaba tranquila porque le iba bien. Y ahora…

Le entró el llanto y ella la abrazó, dejando que se desahogara. Lo cierto era que empezaba a asustarla.

—¿Qué ha sucedido, Suzy? ¿Le ha pasado algo grave?

Tras un par de respiraciones profundas para tranquilizarse, ella se lo contó.

—Alguien ha entrado en su apartamento y les ha robado un montón de dinero, además de destrozar sus cosas. Él se gana la vida bailando y esto es... es horrible, Candelita. Necesita mi ayuda, pero es mucho dinero y con lo que yo le puedo dar no le alcanza…

—Pero Suzy, ¿cómo no me lo has dicho antes? Yo podría haberte ayudado —repuso enseguida, sintiéndose fatal por no haber insistido más. Tal vez entonces su amiga habría confiado antes en ella. Pero aún estaba a tiempo, no pensaba quedarse de brazos cruzados ante aquello.

—Me daba vergüenza, tú llevas poco tiempo aquí y aún no has ganado casi nada. Además… Elliot también me lo ofreció —terminó contándole, avergonzada.

Candela respiró, aliviada.

—Eso es genial, me alegro… —empezó a decir. Sin embargo, algo en la expresión de su amiga la hizo detenerse a media frase y cuando ya no tuvo más remedio, Suzy musitó:

—Y lo rechacé.

Candela no lo entendía.

—¿Por qué?

—Porque me aterra que piense que me quiero aprovechar de él.

—¡Él jamás pensaría eso! —aseguró Candela. Conocía a Elliot lo bastante como para tener claro que no era así.

Y Suzy estaba de acuerdo. Pero estaba claro que algo la frenaba.

—Ahora no, pero a la larga… Mira, la gente tiene muchos prejuicios con quienes no son de su misma clase social, sobre todo los ricos. He tenido que aguantar todo tipo de comentarios desagradables que… me hacen sentir mal —se sinceró, bebiendo un poco de agua antes de animarse a revelarle algo que la había destrozado anímicamente—. El otro día sin ir más lejos… ese hombre, de empresas Doménech, me insultó y me hizo sentir como alguien inferior, que estaba a su alcance para propasarse como le viniera en gana. Elliot quería partirle la cara —confesó y se detuvo para evaluar la reacción de Candela, que era de absoluta irritación.

—Ese imbécil se atrevió a denigrarte… algo me comentó Günther y siento mucho que tuvieras que aguantar algo así —expresó, apretándole la mano entre las suyas.

Suzy dejó escapar un suspiro pesaroso.

—Y no es la primera vez que me pasa. Ni será la última, Candelita. Ya me he resignado.

Oírla hablar así le rompió el corazón a Candela. Se negaba rotundamente a permitir que su amiga se sintiera de ese modo.

—No digas eso. Seguro que algo se puede hacer. ¿Y si le denuncias? —propuso, e iba muy en serio. Aquello era acoso laboral.

Sin embargo, Suzy desechó la idea enseguida.

—No me harían caso. El señor Doménech es un empresario demasiado célebre y respetado por aquí. No tanto como Günther, pero casi. ¿Y yo quién soy? —No esperó a que Candela respondiera, sino que completó la frase con tristeza—; una don nadie. No te preocupes, de verdad —añadió, al ver que ella iba a protestar para

rebatírselo—. Ya encontraré una solución para ayudar a mi hermano… y para arreglar las cosas con Elliot, si es que todavía estoy a tiempo —musitó, derrotada.

Candela la abrazó con fuerza, tanto que estuvo a punto de tirar el café.

—Eh, sabes que cuentas conmigo, ¿verdad? Juntas encontraremos una solución y…

—Vaya, vaya, ¿qué hacen estas dos preciosidades tan solas?

Se interrumpió cuando una voz desagradablemente familiar se impuso por encima de ella, dejándola descolocada.

Solo cuando alzó la vista para contemplar al hombre que se había acercado a su mesa, acompañado por otros dos, se dio cuenta de a quién pertenecía la voz. Y era la razón de que Suzy estuviera tan tensa.

Frederick Doménech estaba allí de pie, con una sonrisa lasciva en el perfilado rostro que no gustó ni un pelo a ninguna de las dos mujeres.

A leguas se veía que aquel tipo no era trigo limpio y si había acudido a su mesa no había sido precisamente para saludar.

A fin de cuentas, después del incidente Günther y Elliot habían decidido cancelar el acuerdo y eso seguro que había herido su ego.

Fue Candela la primera en plantarle cara, pues la pobre Suzy parecía haberse quedado paralizada. Y fue justamente eso lo que la llenó de indignación lo suficiente como para reunir valentía y hablar en el tono más severo y cortante que reservaba para ocasiones de extrema necesidad, como aquella.

—Disculpe mi franqueza señor, pero eso no es de su incumbencia. Le pido que se retire, estamos en una conversación privada —espetó, ante una Suzy que la contempló con notoria admiración.

El tal Doménech acusó el golpe con una astuta inclinación de cabeza y una mueca maliciosa que a leguas denotaba que no iba a tardar en verse acompañada de un comentario mordaz. Y así sucedió.

—Ahora entiendo por qué Günther te ha escogido, esa lengua afilada debe de ser un gran atractivo en la cama —soltó, provocando las carcajadas de sus amigos y la absoluta indignación de ambas.

Las mejillas de Candela se colorearon de rabia por el insulto. No daba crédito a la poca vergüenza de aquel hombre. ¿Quién se creía que era para denigrarla así?

Se puso en pie, con un montón de palabras groseras en la punta de la lengua.

Doménech enarcó las cejas con suficiencia. Su expresión era prepotente, nada afectado.

Suzy se levantó también y la asió del brazo, intentando calmarla.

—No vale la pena, vámonos, por favor —le susurró, para que lo dejara estar.

Y una parte de ella quería, pues se sentía tan humillada que le estaba costando retener las lágrimas. Pero otra parte ansiaba tener la última palabra y demostrarle a ese miserable que no pensaba consentirle que las intimidara.

—Y tú, con esos rasgos exóticos y ese culo firme… dicen que todas las latinas son unas diosas en la cama. Yo puedo pagarte mejor que Elliot, preciosa —le soltó también a Suzy, dejándola helada.

—¡No es usted más que un cerdo repugnante! —explotó Candela, temblando de rabia.

Sus gritos llamaron la atención del resto de los comensales, pero nadie intervino.

Suzy se secó las lágrimas con el pulgar, alzando el mentón con dignidad ante las risas asquerosas que brotaron de las gargantas de los tres.

—No deberías hablarme en ese tono. Un solo chasqueo de dedos por mi parte y tanto tú como tu amiguita os quedáis sin empleo —la amenazó, con tono bajo y siniestro.

Y bastó una mirada a esos ojos fríos y crueles para tener la absoluta certeza de que lo haría.

Nunca en toda su vida se había sentido tan impotente.

—El acoso es un delito, señor Doménech. Siendo usted un hombre letrado, debería saberlo —intervino una voz suave y pausada a sus espaldas.

Candela lo reconoció de inmediato y experimentó un inmenso alivio. Era Marcello, el médico del señor Albert, y su expresión

denotaba que había escuchado por lo menos la última parte de la conversación y estaba furioso.

A pesar de que Marcello era un hombre joven —además de apuesto— la autoridad y severidad que emanaba de él era francamente impresionante.

Doménech y su séquito no demostraron el menor titubeo o arrepentimiento, solo pura arrogancia. Sin embargo, no volvieron a insultarlas.

En su lugar, este se paró frente al doctor en ademán intimidatorio.

—¿Acoso? Debe ser un malentendido, solo saludaba a unas conocidas. ¿Quién es usted y por qué se entromete? —espetó, de malos modos.

Sin embargo, Marcello mantuvo la compostura de manera magistral y con ese tono sosegado que Candela envidiaba, replicó.

—Marcello Grimaldi; médico y amigo de la familia Von Ziegler y de las dos señoritas aquí presentes. La verdad es que no me gustaría tener que contarles lo que acabo de presenciar, seguro que a usted tampoco, ¿verdad?

Frederick Doménech entrecerró los ojos, conteniendo la ira. A pesar de ser un bravucón, no era estúpido.

Y sabía que aquel hombre no se estaba marcando un farol. Así que reconoció su derrota, pero si pensaban que las cosas iban a quedar así estaban equivocados.

De un modo u otro, se vengaría de los hermanos Von Ziegler. Y acababa de comprobar que esas dos mujeres eran su punto débil.

—Buenas tardes. —Se despidió, con una sonrisa repulsiva dirigida a Candela. Ella apartó la vista, abrazando por los hombros a Suzy.

En cuanto se hubieron alejado, se relajaron.

—Muchas gracias, Marcello. Ese hombre es…

Candela no encontraba las palabras para describir hasta qué punto lo aborrecía. Acababa de pasar uno de los peores tragos de su vida y se preguntó cuántas mujeres tendrían que aguantar aquello por culpa de hombres como Frederick.

La impotencia de necesitar que otro hombre las respaldara, porque hasta que no había aparecido Marcello, Frederick parecía

pensar que podía decir o hacer lo que estuviera a su antojo con total impunidad.

—Es repulsivo, sí. Lamento que os haya molestado.

Marcello parecía seriamente disgustado, al tiempo en que la preocupación por ellas surcaba su atractivo rostro.

—Podría haber sido peor de no ser por usted, muchas gracias —le dijo también Suzy, algo más repuesta.

Pero el italiano le restó importancia.

—No he hecho nada que cualquier hombre decente no haría. ¿Puedo hacer algo más? Tal vez una infusión caliente os temple los nervios. Yo invito —ofreció, solícito.

Aquel hombre era un ángel. Sin embargo, ninguna de las dos quería abusar de su buena voluntad. Además, el descanso estaba tocando a su fin y debían volver al trabajo.

Tan solo de pensar en ello se le revolvía el estómago. Candela nunca había sido buena fingiendo, ni ocultando aquello que la molestaba.

Sin embargo, en aquella ocasión no tenía otra opción. O las cosas se habrían puesto mucho peor. No merecía la pena.

—Eres muy amable, de verdad, pero tenemos que volver al trabajo. Tú ya has hecho mucho por nosotras —aseguró, dedicándole una tímida sonrisa.

Él se la devolvió, comprensivo.

—Te repito que no es nada, en serio. Pero si es así, entonces os acompaño. Yo les explicaré a Elliot y a Günther lo sucedido —terció, muy serio.

Se alisó el impecable traje de dos piezas que llevaba y se dispuso a precederlas, para absoluto horror de ambas.

¡No podían dejar que se lo contara!

Irían y le darían una paliza a Doménech y este los demandaría, llegaría a oídos de todo el mundo, causando un escándalo mediático que les daría mala reputación, lo que desembocaría en que todo el proyecto se viera comprometido y sería el fin…

Candela se obligó a respirar hondo antes de dejarse llevar todavía más por el pánico.

Sí, lo mejor era guardar silencio. Dudaba que ese impresentable volviera a molestarlas, así que pronto aquello quedaría en nada.

Pero para eso, era imprescindible que persuadieran a Marcello para que les guardara el secreto. Suzy la miró con los ojos como platos, pidiéndole ayuda.

Así que, sin pensarlo, detuvo a Marcello asiéndolo por el brazo una vez que estuvieron fuera del establecimiento y le habló con toda la convicción de que fue capaz.

—No puedes contárselo, por favor, Marcello. Si nos estimas, déjalo estar —suplicó.

Él frunció el ceño, confuso.

—Candela, no mentía cuando dije que lo que acabáis de sufrir es acoso. Es muy serio y mi ética me impide hacer la vista gorda… además, son mis amigos.

—Lo entendemos, créeme. Pero mira, precisamente porque los conoces sabes que si se lo cuentas ahora mismo irán a por Doménech y será peor —razonó con él, mientras Suzy asentía como una posesa.

Marcello se tomó su tiempo para meditarlo. No parecía muy convencido.

—Lo sé, pero aun así no sé si es lo correcto…

—Por favor —aventuró de nuevo—. Mira, si nos vuelve a molestar te prometo que yo misma se lo cuento, pero por ahora es mejor dejarlo, ¿sí?

Al final, al verlas tan desesperadas, Marcello acabó cediendo.

—Está bien, pero si vuelve a ocurrir no os calléis. Os voy a dejar mi tarjeta a cada una, llamadme con cualquier cosa.

Y le tendió un papelito con sus datos a las dos.

—Muchas gracias por todo, de verdad —le dijeron, antes de despedirse. No quiso marcharse hasta verlas entrar y le pidió que dieran recuerdos a los dos hermanos de su parte.

Así lo hicieron y, para sorpresa de Candela, Suzy le contó que la charla que habían mantenido antes de que apareciera Frederick le había ayudado mucho y que hablaría con Elliot para aclarar las cosas en cuanto pudiera.

—Estoy orgullosa —le aseguró Candela, en medio del abrazo que compartieron.

Cuando se quedó a solas con Günther en el despacho para seguir trabajando, intentó disimular lo mejor que pudo. Por eso, cuando él le preguntó si le pasaba algo hizo su mejor esfuerzo para sonreír como si todo estuviera bien y le dijo que no, que solo estaba cansada.

Él no insistió más y casi suspiró de alivio. No se había dado cuenta.

Si hubiera sabido lo que estaba por venir, habría seguido el consejo de Marcello sin dudarlo y se lo habría contado todo.

Pero no lo hizo.

CAPÍTULO 24

—Oh, Dios mío, no puedo más. Me duele todo, llevamos así horas. Necesito un descanso.

Candela jadeaba, absolutamente exhausta por todo el ejercicio físico que Günther la había hecho hacer cuando no estaba para nada acostumbrada a aquello.

Él, en cambio, lucía completamente relajado y estalló en carcajadas cuando ella empezó a quejarse.

Quiso pegarle, pero tenía las manos ocupadas asiendo cada roca con firmeza y no le apetecía nada soltarse. El riesgo de caer despeñada era demasiado alto y prefería seguir respirando.

Todavía no sabía cómo se había dejado convencer por él para hacer aquella locura.

¿Escalar? No, definitivamente aquello no era lo suyo.

Todo lo contrario que él, que parecía tan cómodo como un pez en el agua.

—Vamos, no te quejes tanto y no gastes energía hablando, hay que mantener el oxígeno. Ya casi hemos llegado arriba —la instó, a pocos metros por encima de ella.

—Sí, señor. —Le sacó burla, sin importarle parecer infantil. Después de que la hubiera liado para aquello era su forma de desquitarse.

Sin embargo, pronto comprobó que tenía razón: era mejor no gastar energía. No tenía ni idea de a cuántos metros de altitud se encontraban, pero lo que sí sabía era que si miraba abajo le iba a dar un patatús.

No tenía vértigo, pero tampoco se encontraba cómoda con el alpinismo. Y aun así… no negaba que Günther tenía razón cuando, después de que ella le preguntara por qué le gustaba escalar, le dijo que se sentía en paz cuando lo hacía.

Al principio, el sábado por la noche mientras veían *Gossip Girl* en Netflix antes de dormir como todos los días, cuando le anunció que al día siguiente en cuanto saliera el sol saldrían de escalada pensó que estaba quedándose con ella. Porque era lo último que había esperado.

Pero no, iba completamente en serio. Y eso demostraba por milésima vez su teoría acerca de lo maravillosamente impredecible y desconcertante que era aquel hombre.

Lo cierto era que cada vez se sentía más cómoda compartiendo tiempo con él y, a juzgar por sus acciones, el sentimiento era mutuo.

Al final, él aparcó su animadversión por los medios y se habían dejado ver juntos tan a menudo como les fue posible.

La fecha de la fiesta del compromiso —de la que tanto la madre como la abuela de Günther se estaban encargando con verdadero entusiasmo— cada vez se acercaba más y con ella también el nerviosismo de Candela aumentaba.

Sin embargo, ya no le provocaba la misma sensación agridulce de antaño, sino que ahora lo que sentía eran mariposas en el estómago.

Y es que para ella todo había cambiado y le aterraba confesárselo a Günther, pues no estaba segura de sus sentimientos al respecto.

En ocasiones, era verdaderamente difícil distinguir cuándo estaba siendo cortés y amable de cuando se dejaba llevar en serio por lo que *le apetecía* hacer.

Como besarla.

Y se habían besado a menudo.

Casi tanto como ella había tenido fantasías de que llegaban más lejos cuando estaba a solas en la intimidad.

Pero él había sido un caballero en todo momento, por mucho que a veces le hubiera parecido ver el deseo refulgiendo en sus pupilas cuando la miraba pensando que estaba distraída.

Abril le había aconsejado que se lanzara a la piscina y fuera a por todas.

«Espéralo desnuda en la bañera una noche con una botella de champán y zanjad la tensión sexual de una vez, nena».

Le había soltado una mañana, después de que ella le confesara lo que le estaba pasando con él.

Y la verdad era que la idea no le parecía tan descabellada como debería, pero al final siempre se echaba atrás en el último momento.

Era una cobarde.

—¿Todavía estás ahí? ¡Vamos, que es para hoy! Cuanto antes subas antes podremos almorzar —le gritó Günther, desde arriba, haciéndola volver de golpe a la amarga realidad.

Candela gruñó, reprimiendo las ganas de echarse a llorar y forzando a su vago cuerpo a ascender los escasos metros que le quedaban para llegar a la cima.

Se prometió a sí misma que si lo lograba —era así de dramática— dormiría un día entero y se premiaría con una buena sesión de cine casero y la mejor comida basura que pudiera.

Se concentró en ese aliciente con toda la determinación que poseía y pronto sus manos tocaron la cima… y los dedos cálidos de Günther, que se enroscaron en torno a los suyos para tirar de ella e impulsarla.

Cayó a plomo sobre el suelo, con el arnés y todo, gritando de pura euforia y adrenalina al ver que lo había conseguido.

Enseguida, a sus propios gritos se unieron los del alemán, que estaba guapísimo con el pelo despeinado y los ojos verdes resplandeciendo de orgullo. Se aferró a su cuello, abrazándolo al tiempo en que inhalaba ese aroma masculino de su fragancia, ese que tanto le gustaba.

Y se sintió más viva y más ella que nunca.

—Jamás pensé que diría esto, pero me alegro de que me obligaras a subir —confesó, con una sonrisa tímida.

—Eh, no te obligué. Solo te lo sugerí encarecidamente —replicó él, de buen humor.

Era tan raro verlo así de despreocupado que ella también se dejó llevar, decidida a disfrutar el momento al máximo.

—Ya veo que no bromeabas cuando dijiste que escalar te ayuda a desconectar y relajarte. ¿Llevas mucho haciéndolo? —Quiso saber.

—Sí, vengo desde que tenía dieciséis. Mi padre solía traernos a Elliot y a mí… antes del accidente —le contó, con aire nostálgico en la mirada—. Ven, todavía llevas el arnés —añadió y solo entonces Candela se dio cuenta. Se le había olvidado por completo.

Dejó que se lo desabrochara y le rodeó el cuello con los brazos instintivamente, disfrutando de la cercanía y complicidad que estaba compartiendo.

Le encantaba que se abriera con ella, que fuera sincero y transparente. Lo besó en la mejilla por instinto y él, lejos de apartarse, la asió por la cintura hasta subirla a horcajadas sobre su regazo y le rozó las comisuras con los labios.

—Tenías razón, es un sitio precioso y las vistas son… alucinantes. Merece la pena subir hasta arriba solo para verlas —aseguró, risueña.

De repente ya no se sentía cansada, solo tremendamente eufórica, llena de energía.

Una sonrisa traviesa surcó su rostro.

—Pero si todavía no las has visto bien, anda ven —la instó, ayudándola a levantarse.

Candela se dejó hacer, deseando que aquel día no se terminara jamás.

Teniendo precaución de no pegarse demasiado al borde, echó un vistazo. Günther se posicionó a su espalda, muy pegado. Anhelante de su contacto, extendió los brazos y al final él, tras un momento de duda, acabó por abrazarla desde atrás.

Una cadena montañosa cubierta de nieve se extendía por debajo de ellos, regalándoles una de las estampas más bellas que habían tenido el placer de presenciar.

El leve brillo de sol que incidía directamente sobre los picos de la montaña, dotaba de un especial encanto al paisaje. Dorado y blanco.

Había merecido la pena levantarse al alba para conducir hasta allí, Candela tenía que reconocerlo. Oberstdorf era maravilloso.

Se moría por volver a contemplarlo todo desde el teleférico. Al principio sintió un poco de vértigo, pero estaba segura de que —ahora que había perdido el miedo— lo disfrutaría mucho más.

—¡Es una pasada! —exclamó, eufórica.

La respuesta de Günther la dejó atónita.

—Grita.

—¿Qué? —inquirió, convencida de que no había oído bien.

—Vamos, grita, suelta la adrenalina —la animó, antes de compartir una confidencia—. Yo lo hago, aunque siempre a solas.

—Vaya, así que soy la primera.

No pudo evitar pincharlo un poco, aunque la verdad era que tenía curiosidad y nervios por confirmar si así era.

—Ajá. —Bufó, poniendo los ojos en blanco. Pero no lo desmintió, así que ella reprimió las ganas de gritar y ponerse a dar saltos en su fuero interno.

—¿Y me has traído aquí para gritar?

—Y para admirar las vistas —puntualizó él, siguiéndole el juego.

—Bien, gritemos juntos entonces. —Aceptó ella, extendiéndole la mano.

Günther la cogió tras apenas un segundo de vacilación.

—Vale, a la de tres.

Iniciaron la cuenta atrás juntos y Candela cerró los ojos, pues hasta ese grado había aprendido a confiar en él.

Se dejaron llevar.

Sintieron.

Y sus gargantas explosionaron al compás.

Fue maravilloso. Y el momento más íntimo que habían compartido hasta ahora, pues el roce de piel con piel y boca con boca era sin duda muy estimulante, pero si no conocían lo que había dentro de la otra persona, ¿de qué servía?

Aunque eso no quería decir que ella no quisiera dar el siguiente paso con él. Era solo que le daba miedo pensar que aquella farsa tenía fecha de caducidad y seguramente si se acostaba con él para luego tener que fingir que no sentía nada acabaría destrozada.

Eso la frenaba.

Y aunque no tenía forma de saberlo, también era lo que lo frenaba a él.

Pero no era tan bueno y no sabía cuánto tiempo más podría contenerse si ella le seguía sonriendo como si fuera lo más preciado

de su mundo.

Allí, en la cima de la montaña y con el mundo a sus pies, junto a la mujer más guapa que había visto nunca, pensó que las sonrisas de Candela podrían descongelar toda la frialdad y amargura que guardaba en su interior. Y eso lo aterraba. Así que decidió romper la conexión que estaba surgiendo entre ambos, con disimulo.

—¿Quieres que comamos algo? Necesitas recuperar energía si no estás acostumbrada a esto —propuso y ella enseguida se recuperó y disimuló la leve decepción que experimentó.

—Claro, estoy hambrienta —dijo, en cambio. Y era cierto, porque en ese preciso instante el estómago empezó a rugirle como para darle la razón.

Emprendieron el camino por la ladera hasta el teleférico —en el que Candela estaba deseando montar de nuevo, así que disfrutó cada detalle como una niña— que los llevó directamente hacia un restaurante rústico a pie de montaña que tenía un aspecto de lo más acogedor. El propietario se llamaba Hans y era amigo de Günther, a juzgar por lo que pudo deducir de la conversación —en un alemán rápido y excitado— y los gestos del hombre de mediana edad.

—¡Günther, qué alegría tenerte por aquí de nuevo! Hacía tiempo que no venías y hoy estás muy bien acompañado.

—Ya lo echaba en falta, Hans. Esta es mi prometida, la señorita Candela Flores. —Los presentó y Hans le besó la mano con unos modales exquisitos que hicieron sonrojar a Candela.

—Es un placer. Y felicidades por su compromiso, señor Günther, si me permite decirlo su prometida es preciosa.

—Gracias Hans, eres muy amable —respondió esta, con el rubor haciéndose más pronunciado en sus mejillas. La mano de Günther seguía posada sobre su espalda en un ademán muy íntimo que envió oleadas de calor a su cuerpo.

Si eso lograba con una simple caricia, ¿qué sería de ella si intimaban más?

—Es un placer, señorita. Por favor, pasen. La cocina está lista, pidan lo que les apetezca. —Los conminó, precediéndolos hacia el interior con elegancia.

Era un hombre delgado y atlético, se notaba que le gustaba mantenerse en forma. Y era muy agradable. Les dio conversación mientras ocupaban su mesa y les preparaban el servicio. Incluso salió su esposa —la cocinera— a saludarlos y se mostró muy cercana y cariñosa con Candela.

Estaba muy contenta de que por fin Günther hubiera encontrado una pareja digna de él, palabras textuales.

Y ella se sintió halagada.

Él, divertido, la fue poniendo al día contándole que el matrimonio había fundado aquel restaurante hacía casi treinta años y que eran amigos de sus padres. No tenían hijos, pero querían a Günther y Elliot como si lo fueran.

Candela estaba encantada de verlo tan relajado y feliz y ciertamente aquel matrimonio era entrañable. ¡Y la cantidad de comida que estaban sacando bien podría haber abastecido a un regimiento! Lo cierto era que la boca se le hacía agua solo con verlo, tenía una pinta estupenda.

—Madre mía, ¿todo esto es para nosotros? —Inquirió, en cuanto se hubo cerciorado de que ni Glenda ni Hans rondaban cerca, pues no quería ofenderlos ni mucho menos.

Günther asintió, inclinándose sobre ella más de lo políticamente correcto para compartir una confidencia.

—Sí y será mejor que no dejemos nada. Pueden ser muy persistentes cuando se trata de atender a sus comensales.

Ella se mordió el labio y asintió, antes de empezar a comer.

—Mmmm, Dios mío esto es una delicia —exclamó, de puro gusto.

Sin embargo, se quedó con el tenedor a medio camino de su segundo bocado al ver la intensidad y fijeza con que él la contemplaba. No estaba preparada para las palabras que salieron de su boca, en un español perfecto.

—Tú sí que eres una delicia, Candela.

De repente tenía calor. Bebió de su vino, un trago más que generoso. Y pronto se arrepintió cuando empezó a subírsele a la cabeza.

Él también bebió y se relamió los labios de un modo que la hizo apretar las piernas bajo la mesa.

—Gracias, señor Von Ziegler —atinó a decir en el mismo idioma, intentando sonar lo más natural posible a pesar de que por dentro estaba ardiendo.

—¿Te gusta el lugar? —le preguntó él, al cabo de un rato en que ambos se dedicaron a comer y beber para recuperar fuerzas.

Candela sonrió al ver a Hans y Glenda en la puerta dando la bienvenida a nuevos clientes. Allí iba mucha gente a escalar, esquiar, hacer senderismo y disfrutar de la comida.

—Me encanta, gracias por traerme. Hans y su esposa son adorables —aseguró.

—Sí, lo son. Ten cuidado, está fuerte —comentó, refiriéndose al vino que acababa de apurar casi sin darse cuenta. Estaba exquisito, se notaba que era italiano.

De repente, se sintió atrevida y se encogió de hombros.

—Bueno, no soy yo quien tiene que conducir —replicó, guiñándole un ojo.

Ella probablemente no lo percibió, pero la entrepierna de Günther cobró vida propia en respuesta. Esa mujer era condenadamente sexy y lo mejor era que ni siquiera pretendía serlo, sino que le salía de forma natural cuando estaba relajada.

Dejó a un lado su propia copa, necesitaba estar sobrio para lidiar con aquella erección. Bendito fuera el mantel que los cubría.

—Cierto. Entonces puedes emborracharte por mí.

Candela se rio. No estaba borracha, solo contenta.

Y demasiado sonrojada por los pensamientos libidinosos que no dejaban de asaltarla, como la necesidad irracional de que él la besara en aquel instante.

No tenía forma de saber que Günther se estaba conteniendo para no hacerlo.

Terminaron el almuerzo entre risas fáciles, miradas furtivas y caricias con las que se engañaron a sí mismos pretendiendo que solo tenían lugar para convencer a Hans y su esposa del amor que se profesaban. La atracción emanaba de sus poros y la tensión se palpaba en el aire.

—Gracias por todo, la comida era fantástica y me ha encantado conocerles. —Se despidió Candela, agarrada al brazo de Günther para disimular su precario equilibrio. La altitud y unas copas de más no eran una buena combinación, pero se había dado cuenta demasiado tarde.

Estaba segura de que podría haber caminado sola sin dislocarse un tobillo, pero la cercanía de Günther se sentía tan bien… que se dejó llevar.

—El placer ha sido nuestro, andad con cuidado que ya ha empezado a caer nieve —los previno Hans, que no los dejó ir hasta que les hubieron prometido a él y a su esposa que volverían pronto y traerían con ellos a Elliot.

Así lo hicieron.

Lo cierto era que Candela lo había pasado estupendamente y no le importaría regresar en breve. Pero dependía de él.

Aunque, a juzgar por lo despreocupado que parecía, había muchas posibilidades.

—¿Vas bien? Cuidado que resbala —la previno él, y al ver que perdía pie la asió por la cintura—. Agárrate a mí.

Entonces ocurrió lo que ella llevaba temiendo todo aquel tiempo: le entró la risa floja.

Fueron tan estentóreas las carcajadas que, todavía colgada de su cuello, enterró la cara en su pecho para intentar contener sin éxito aquel ataque de risa. Entretanto, él estaba entre divertido y atónito.

—¿Ya? ¿Has terminado? —Al ver que no solo seguía, sino que lo hacía con más fuerza, frunció los labios en una fina línea recta y, tratando de imponer autoridad, la regañó—: vale, bien, ríete de mí. Estaré esperando a que se te pase.

—Perdón —atinó a decir ella, sin sentirse apenada en lo absoluto. Nada como el alcohol para quitarle a una la vergüenza—. Es que estás muy gracioso con esta ropa. Estoy acostumbrada a verte en traje, siempre tan sobrio y estirado que…

Él se envaró.

—¿Qué? ¿Me queda mal?

Se echó un vistazo a los pantalones grises de deporte y el abrigo negro, que ya empezaba a impregnarse de pequeños copos de

nieve.

Menos mal que su coche ya estaba cerca, porque Candela no estaba en condiciones de seguir caminando bajo un creciente temporal.

—Noooo —se apresuró a aclarar ella, limpiándose las lágrimas que había derramado en su ataque de euforia—. Estás muy guapo. Siempre lo estás… es decir, mira esos bíceps, apuesto a que podrías levantarme sin problemas —soltó, antes de taparse la boca. Y después, como si su cerebro hubiera sido iluminado con una bombilla, añadió—: llévame a caballito.

—¿¡Cómo dices!? —inquirió él, alarmado. Incluso se giró para cerciorarse de que estaban a solas y nadie pudiera oírlos y, tal vez, para buscar la cámara oculta.

No la encontró.

—¡Vamos, no seas aburrido! Solo serán unos metros, por favor… porfi, porfi —suplicó, como una niña pequeña. Por Dios si hasta le puso ojos de cordero.

Aquella chica estaba como una cabra.

Y aun así, le encantaba su espontaneidad y que no tuviera problemas para expresar siempre lo que quería.

—Vale, sube antes de que me arrepienta, anda. —Cedió. Y hasta ella en su estado de ebriedad se quedó algo descolocada.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿De la buena?

—Siii, vamos es para hoy.

—Vale —dijo, con entusiasmo. Y en cuanto él se agachó, saltó sobre su espalda y se agarró a su cuello para no caerse.

Y madre mía, menudo cuello y menuda espalda… era fuerte y masculino, tenía todo lo que le atraía en un hombre.

—Si mi familia me viera justo ahora… pensarían que me he vuelto loco —comentó, al cabo de un rato de cargar con ella.

Aunque era tan ligera que apenas la notaba. Y ese aroma a vainilla que siempre desprendía empezaba a resultarle demasiado familiar y placentero.

—Ya hemos llegado —comentó, pero tampoco obtuvo respuesta.

Ella dejó escapar un pequeño gemido somnoliento y con suavidad la bajó y le pasó las manos por las piernas para levantarla y así meterla en el asiento del copiloto sin que se hiciera daño.

—¿Günther? —llamó, todavía con los ojos entornados.

—¿Sí?

—Me ha encantado compartir este momento.

Una simple frase, pero bastó para hacerlo sentir de todo.

¿Qué estaba haciendo aquella mujer con él?

CAPÍTULO 25

Candela se estaba quedando dormida sobre el asiento y Günther no pudo evitar sonreír al echarle un pequeño vistazo mientras conducía.

Hasta él estaba sorprendido por haber tomado la iniciativa de llevarla a escalar y, de entre todos, precisamente a aquel lugar que tan especial era para él. Pero con todo y eso se alegraba de haberlo hecho.

Y no esperaba verla tan desenvuelta en aquellos ambientes, porque al principio se había asustado y negado a subir, pero poco a poco la determinación se abrió paso en ella y luchó con uñas y dientes para llegar a la cima. Le había demostrado lo tenaz y perseverante que era.

No recordaba cuándo fue la última vez que se lo pasó así de bien, disfrutando de un día tranquilo sin trabajo ni complicaciones. Y sentaba bien desconectar.

Ojalá pudiera hacerlo más a menudo, pero la semana que viene tenían una gala a la que estaba invitada toda la empresa. Les darían un reconocimiento por el éxito rotundo del último proyecto; un resort vacacional con el que se habían embolsado millones.

Lo cierto era que a Günther no le entusiasmaba demasiado ir, pues había asistido a cientos de celebraciones como esas y siempre le aburrían. Por no hablar de que, con el compromiso en ciernes, la prensa no perdería ocasión de acosarlos a él y a Candela.

Sin embargo, estaba preparado. Se pondrían de acuerdo con las respuestas y con suerte aquella velada sería más amena gracias a su compañía.

Le echó otro vistazo a la mujer que dormía plácidamente en el asiento del copiloto, ajena a todo. Dios, estaba profunda. Iba a tener que llevarla en brazos hasta la habitación, algo que definitivamente no le importaba.

Solo de recordar cómo había trepado sobre su espalda como un koala lo hacía sonreír. Se preguntó desde cuándo sonreía tanto y aunque la respuesta estaba clara no sabía qué sentir al respecto. Era un hombre práctico, siempre lo había sido. Y más le valía recordar que aquel contrato tenía fecha de caducidad. Después de eso, volverían a ser jefe y empleada. Eso era todo.

Aunque la idea le gustara cada vez menos.

Una llamada entrante saltó en el manos libres justo a tiempo para evitar que siguiera dándole vueltas al asunto y pulsó el botón de descolgar, esperando que Candela no se despertara.

Era Max.

—Max, ¿qué pasa?

—¿Así es como saludas a tu amigo? —La voz de Max tenía un tono jocoso, pues a aquellas alturas lo conocía demasiado bien como para saber que él siempre iba al grano. Solo le estaba tomando el pelo.

—Está bien. Hola Max, ¿para qué me llamas? ¿Mejor?

Se oyó un bufido y él esbozó una media sonrisa. Era fácil sacarlo de quicio.

—Capullo. Quería saber si quieres ir a tomar una cerveza más tarde —propuso, sorprendiéndolo.

—Pero ¿tú no tenías una cita hoy? —Inquirió, con el ceño fruncido.

Max salía con una chica distinta prácticamente cada día. No podía mantenerla en los pantalones.

Lo cierto era que tenía que reconocer que sabía explotar su encanto natural. Era extrovertido y carismático y eso a las mujeres les encantaba.

Recordó entonces que quiso ligar con Candela en su primer día, por eso él intervino tan rápido. La mera idea de imaginarla con otro hombre que no fuera él encendía algo en su interior que no podía controlar… sabía que era absurdo, que no tenía derecho a comportarse como un energúmeno posesivo, pero cuando se trataba de ella no podía evitarlo.

Max estaba sin duda molesto cuando replicó:

—Tú lo has dicho; tenía. Me ha dejado plantado, ¿te lo puedes creer? —espetó, tan ofendido que él no pudo evitar reírse.

—¿Cómo se habrá atrevido? —ironizó—. Vamos, no me niegues que está bien que te lo pongan difícil de vez en cuando.

Su amigo se lo pensó.

—No sé yo, no me gusta complicarme.

Lo mismo solía decir él.

—Ya. Bueno, no puedo quedar hoy. Estoy ocupado —dijo, sin querer entrar en muchos detalles.

Por supuesto, Max no lo dejó correr. Era un cotilla nato.

—Ocupado con la española sexy, ¿eh? Dame los detalles sucios, ¿os habéis acostado ya?

Günther puso los ojos en blanco.

—No cambias, Max.

—¿Por qué iba a hacerlo? Soy increíble. Y tu mejor amigo, así que tengo derecho a saber esas cosas —apostilló.

—Ya, pues no pienso contestar a eso. Y se llama Candela.

Se puso serio de repente.

—Oooh Candela. Veo que vas en serio, ya te está saliendo la vena posesiva.

Resopló.

Max siempre lo calaba a la primera. Demasiados años conociéndose…

Sin embargo, no estaba preparado para admitirlo. Ni siquiera con sus amigos o su hermano.

Había aprendido por las malas que precipitarse al revelar tus sentimientos te puede costar muy caro. Y ni siquiera estaba seguro de que hubiera algo más que simple atracción y ganas de llevársela a la cama.

O quizá lo sabía, pero estaba en fase de negación.

¿Importaba, de todos modos? Ella se alejaría pronto de su vida.

—Vete a paseo, Max.

—Vale, vale. Ya me callo, qué carácter —se burló, para nada afectado por sus bruscas maneras.

—Habla con Elliot, a lo mejor él puede acompañarte —sugirió.

—¿Elliot? Está muy ocupado con Suzy, desde que se reconciliaron son como conejos —soltó, alegremente.

Günther bufó.

—Suficiente información, gracias. Tengo que dejarte —añadió rápidamente, temiendo que tanta charla despertara a Candela.

Sonrió al comprobar lo profundo que tenía el sueño, todo lo contrario que él. Hacía tiempo que no lograba dormir del tirón por las noches, demasiado estrés y cosas en las que pensar. Pero ella era tan inocente y despreocupada…

«El complemento perfecto», susurró una vocecita insidiosa que sin duda pertenecía a su conciencia. La silenció, cansado.

Max se despidió poco después y condujo el resto del trayecto hasta la mansión en un silencio reconfortante. Como siempre, Roger lo recibió en la entrada y guardó discreción absoluta cuando él tomó en brazos a su prometida y cargó con ella escaleras arriba hasta el cuarto.

Eso era lo que más le gustaba del mayordomo, que era silencioso y discreto como una sombra.

—¿Dónde están todos, Roger? —Quiso saber, para evitar sorpresas. No le importaba que los vieran, pero prefería guardar aquel momento solo para él. De algún modo, eso haría el recuerdo todavía más especial.

—Sus padres están en el dormitorio, señor Günther. El señor Elliot ha salido desde temprano y doña Ingrid… la última vez que la vi estaba en la biblioteca —informó.

La biblioteca.

Eso le recordó a Günther que todavía no se la había mostrado a Candela. Tomó nota para hacerlo pronto, porque sabía que a ella le encantaba leer. Aunque a menudo lo hacía en su *ebook*, de vez en cuando sacaba los que había traído en su maleta. Pero cada vez tenía menos material.

Se prometió encargarse de eso pronto. Le gustaría darle una sorpresa.

¿En qué momento se había vuelto tan jodidamente detallista? No lo sabía, pero tampoco le importaba.

Cerró la puerta con el pie, cargándola con cuidado entre sus brazos y admirado por lo frágil y hermosa que se veía en ellos, y la depositó sobre la cama. A continuación se dirigió hasta el armario para sacar un par de gruesas mantas con las que cubrirla, pues con el frío que estaba haciendo fácilmente podría coger un resfriado y no podía arriesgarse.

La gala estaba a tan solo una semana. Aunque no era solo por eso, aun si se esforzaba por convencerse de que sí.

Necesitaba una ducha con urgencia, no solo porque estaba sudoroso y exhausto, sino porque estaba seguro de que le ayudaría a despejar la mente.

Era temprano, ni siquiera la hora de cenar. Pero no la despertaría. Que recuperara el sueño. Podría pedir lo que quisiera que le subieran a la habitación.

Sonaba como un buen plan de domingo… Los dos solos en el cuarto, sin que nadie los molestara.

Y así fue como sus pensamientos fueron subiendo de tono.

Sí, definitivamente necesitaba esa ducha con urgencia.

Lamentablemente, no tardó en comprobar que para calmar esa necesidad primitiva que ardía en su cuerpo iba a necesitar mucho más que una ducha. Así que se resignó y se vistió con algo cómodo, para encontrarse a la guapa española exactamente en el mismo lugar donde la había dejado.

Dormía tan plácidamente que sintió una desconocida punzada de ternura.

Apartó esos pensamientos de inmediato. Necesitaba distraerse, así que decidió bajar él mismo a la cocina a por algo de comer.

Como no tenía mucha hambre, cogió algo de fruta para él y preparó un sándwich y una ensalada para Candela.

Puso buen cuidado en subir las escaleras para que no se le cayera la bandeja y se llevó un buen susto al toparse con una figura vestida por completo de negro al pie de las mismas, justo en el rellano de su cuarto.

Era su abuela.

—Joder abuela, pareces una aparición —espetó, ganándose una mirada de desaprobación en respuesta.

—Te estaba esperando, os oí llegar.

—¿Ah, sí? —replicó él, indiferente.

Sin embargo, su más que patente desinterés en aquella conversación no desanimó a Ingrid Von Ziegler. Siempre había sido una mujer persistente.

—Parece que lo habéis pasado muy bien, ¿adónde la has llevado? —Inquirió.

—A escalar. ¿Es esto un interrogatorio? —espetó, poniéndose a la defensiva.

Su abuela permaneció impertérrita ante las acusaciones e hizo caso omiso.

—¿Sabes? Al principio pensé que esto era solo un capricho, pero ahora veo que realmente estás enamorado de esa chica… y me preocupa eso, Günther. No querría que sufrieras de nuevo…

Al ver hacia donde se dirigía aquella conversación, Günther la cortó bruscamente. Sus puños se cerraron de forma automática.

—Candela no tiene nada que ver con Willa. Ni siquiera te permito que lo pienses.

Su tono sonó tan oscuro e intimidante que, por una vez, la anciana no lo presionó. Sabía dónde estaban sus límites. Pero no podía dejar que siguiera así.

—No es de mí de quien tienes que preocuparte, sino de ti mismo. Sabes que tarde o temprano te toparás con ella, los eventos de sociedad tienen eso, y tu novia hará preguntas.

Günther se frotó las sienes, había perdido todo el apetito. Tuvo ganas de estrellar la bandeja contra el suelo, pero se contuvo.

—No tienes de qué preocuparte, abuela. Lo tengo bajo control —masculló, entre dientes.

—¿Entonces le contarás lo que pasó?

—No hay nada de qué hablar, es el pasado. Ahora, si me disculpas…

—Ay querido, creía que eras lo suficientemente inteligente como para saber que el pasado no se deja atrás así como así, sobre todo si es tan doloroso —soltó, sin filtros.

—¿Por qué te empeñas en amargarme la vida? —estalló, tratando de contener su temperamento con un par de respiraciones

profundas.

—No lo hago. Aunque no lo creas, me preocupo por ti. Algún día lo entenderás —repuso.

Quiso rebasarla, pues estaba a punto de explotar, pero de nuevo su voz afilada lo detuvo. No dudaba de que tenía buenas intenciones, a pesar de sus maneras, pero Ingrid Von Ziegler tenía una peculiar forma de mostrarlas y no estaba de humor para lidiar con ella.

—Ya, pues hasta entonces métete en tus asuntos —gruñó, dándole la espalda un buen rato hasta que hubo recuperado la compostura lo bastante como para sostenerle la mirada.

Entonces se dio cuenta de que hablaba con la nada. Su abuela ya se había ido. Apretó los dientes.

Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no destrozar lo primero que se le pusiera enfrente. Porque en el fondo, sabía que tenía razón. Así que hizo lo único que podía hacer en aquellas circunstancias: le mandó un mensaje de voz a Max para decirle que al final sí que estaba libre para quedar.

Necesitaba tomar algo fuerte y olvidarse de sus problemas.

CAPÍTULO 26

Había periodistas y cámaras por todas partes. Y más del noventa por ciento les enfocaban a ellos; la pareja del momento, así era como los habían bautizado.

Embutida en un vestido de cóctel fucsia, unos tacones kilométricos —con los que había estado ensayando toda la semana para no matarse— y un exuberante y sofisticado maquillaje, cortesía de la estilista de Elise, Candela se sentía como una extraña en su propio cuerpo.

Y no ayudaba en nada el hecho de tener cientos de ojos posados sobre ella y vigilando hasta el más mínimo de sus movimientos. Por no hablar de que su acompañante estaba ausente y taciturno.

Günther había estado de un humor de perros durante toda la semana y ella sospechaba el motivo; se arrepentía de haberla llevado a escalar.

Desapareció por la tarde, sin siquiera despedirse y cuando ella despertó encontró una bandeja llena de comida sobre la mesilla del dormitorio y una escueta nota en que él la avisaba de que llegaría tarde y no lo esperara.

Se sintió triste, como si hubiera hecho algo mal. Pero no sabía el qué y le daba reparo preguntar cuando él actuaba como si todo estuviera normal entre ellos cuando ambos sabían que era mentira.

Pero, claro, aquel no era el mejor momento para sacar el tema. Y menos con lo tenso y a la defensiva que estaba. Por un momento, incluso Candela temió que saltara sobre los periodistas cuando le preguntaron si había dejado de lado su escandalosa vida sexual, algo que —si tenía en cuenta la manera en que lo conoció— no la sorprendió tanto como le habría gustado.

Afortunadamente, el señor Albert y su esposa se ocuparon de terminar de responder a las preguntas por ellos, disculpándolos.

Elliot y doña Ingrid fueron directamente a por una copa.

Al evento había asistido toda la alta sociedad alemana —según le dijo Suzy, que estaba radiante en un vestido de satén azul y lucía la sonrisa más deslumbrante que le había visto en mucho tiempo, debido a que había arreglado las cosas con el menor de los Von Ziegler— y aunque Candela estaba muy elegante —más de lo que nunca habría soñado con verse— se sentía inferior de algún modo. Las miraditas insidiosas y cargadas de juicio de casi cada mujer despampanante con la que se topaba influían bastante.

Y eso que Günther, a pesar de lo hosco que había estado, la había alabado varias veces asegurándole que era la mujer más preciosa de todo aquel salón, con diferencia. Palabras textuales.

De todos modos, seguía sintiendo esa extraña opresión en el pecho… que no hizo más que aumentar cuando, al ir a la mesa en busca de un refrigerio y un par de canapés, se topó de lleno con la figura sobria y arrogante de Frederick Doménech.

Se dio la vuelta con la intención de ignorarlo para evitar problemas, pero él fue astuto y la llamó antes de que pudiera escaquearse. Alzó la voz y varias personas que pululaban alrededor se giraron con curiosidad. Candela apretó los dientes, porque sabía lo que estaba haciendo. Con eso se aseguraba de que no huyera.

Lo encaró, intentando no llamar la atención y lucir lo más relajada posible, dadas las circunstancias.

Era increíble, de entre las más de trescientas personas que habría en aquel salón de celebraciones, tenía que venir a toparse precisamente con él.

—¿Qué quieres? Tengo prisa, mi prometido me está esperando —espetó, sin ganas de ser educada con un tipo de aquella calaña. No se le olvidaba el mal rato que las había hecho pasar a Suzy y a ella en el restaurante y que, de no ser por la intervención de Marcello, habría sido mucho peor.

Doménech metió las manos en los bolsillos de su embutido traje de firma, sin perder la sonrisa torcida. Una sonrisa que no auguraba nada bueno.

—¿De verdad? A mí me parece que está muy entretenido… y en buena compañía —susurró esto último con malicia, inclinándose sobre ella más de lo políticamente correcto.

Y aunque no quería entrar al trapo, no pudo reprimir su curiosidad y acabó haciendo lo que él quería; echar un vistazo en su dirección para comprobar que era cierto.

Günther estaba charlando muy animadamente con una mujer joven y guapa de despampanante cabello pelirrojo y ojos azul cielo. Una punzada de malestar la sacudió.

Llevaba sin verlo sonreír así en toda la semana y ahora lo hacía, para alguien que no era ella.

Y sabía que el pensamiento era irracional y egoísta, pero no podía evitar sentirse… celosa.

Sin embargo, se obligó a disimular. No pensaba darle a ese capullo la satisfacción de ver que había conseguido meter cizaña.

—Esta gala está llena de personalidades importantes, es natural que quiera ponerse al día con sus conocidos. No veo por qué debería molestarme —soltó, orgullosa y firme. Por dentro estaba pensando: «Chúpate esa, gilipollas».

Aun así, deseaba que el comentario insidioso no le hubiera afectado tanto como lo había hecho.

No obstante, fue muy optimista si pensó que con eso lo ahuyentaría. Frederick Doménech era persistente y estaba obcecado en desprestigiar a Günther por haberlo humillado, así que no pensaba detenerse hasta sembrar la manzana de la discordia. Y sabía exactamente qué palabras debía emplear para conseguirlo.

—Tal vez. Claro, pobrecita, no conoces a Günther como yo. No estabas aquí cuando sucedió aquel escándalo…

Tal y como esperaba, sus palabras sembraron el germen de la duda y la curiosidad le ganó la partida a Candela.

—¿De qué escándalo hablas? —exigió saber, echando miradas fugaces hacia Günther, que seguía conversando con la pelirroja y un hombre rubio de aspecto intimidante con pinta de guardaespaldas.

No miró ni una sola vez en su dirección y eso la entristeció, pero también le dio el empujoncito que necesitaba para indagar más. No le importaban los motivos mezquinos de Frederick, tenía derecho a

conocer los entresijos de su pasado y más cuando ella podía verse indirectamente afectada.

Esperaba que él se lo contara, pero no parecía tener intenciones de hacerlo. Pues bien, ella lo averiguaría por su cuenta.

Con el sentimiento de superioridad de quien se sabe vencedor de la partida, Doménech lanzó el órdago final.

—¿No te lo ha contado? Günther estuvo a punto de casarse con su novia, llevaban una larga relación de más de cinco años. Pero ella lo dejó plantado en el altar el mismo día de la boda para fugarse con su amante, que resultó ser su primo. Todo un escándalo para la prensa y un golpe mortal a su ego, el pobre todavía no se ha recuperado, que no te sorprenda si rompe vuestro compromiso por miedo a que tú puedas dejarlo —soltó, del tirón, disfrutando del *shock* que ocasionaron en la joven sus palabras cargadas de veneno.

Fue como si le hubieran tirado un cubo de agua helada por encima.

¿La novia de Günther lo había engañado con su primo y no contenta con eso se dio el lujo de plantarlo en la iglesia y humillarlo delante de todos los invitados y —lo que era peor— de la prensa? Candela se llevó las manos a la boca, impresionada.

Conociendo el sensacionalismo de los medios, tuvieron que haberlo destrozado.

Ahora comprendía su animadversión por ellos… y su carácter frío, huraño y desconfiado.

Se imaginó a una versión más joven de él; un Günther enamorado perdidamente, y de solo pensar en cómo tuvo que haberse sentido que le rompieran el corazón de ese modo le dieron ganas de llorar.

Pero también se indignó, porque ahora veía las intenciones con que Frederick le había revelado todo aquello y la impotencia bulló en sus venas. No pensaba darle lo que quería. Aquello no cambiaba nada, ni siquiera estaban comprometidos por amor.

Porque sus sentimientos no habían cambiado, ¿verdad? No le correspondía, y no pasaba nada porque no le debía nada. Al final,

ella había tomado la decisión de firmar el contrato y sabía lo que había.

—Ya, pues tranquilo que eso no va a pasar. Günther y yo estamos enamorados de verdad —declaró, con más aplomo del que sentía. Se dijo a sí misma que era una mentira piadosa y que merecía la pena con tal de cerrarle la boca a aquel indeseable.

Y ciertamente quedó claro que su reacción no era la que él esperaba, porque frunció los labios en un gesto de disgusto y pareció ir a decir algo desagradable.

Sin embargo, Candela nunca llegó a saber qué era, pues en aquel preciso momento Elise Von Ziegler acudió muy oportunamente a su rescate.

—¡Candela, cielo, aquí estás! Te estaba buscando por todas partes, quiero presentarte a unas amigas —exclamó, enganchando su brazo con el de ella y, sin perder la sonrisa deslumbrante, se dirigió a Frederick—. Un gusto saludarlo, señor Doménech, ¿nos disculpa?

—Faltaba más, señora Von Ziegler.

Y con una sonrisa falsa y una inclinación de cabeza, desapareció de la vista. Solo entonces Candela dejó escapar el aire contenido y miró con agradecimiento a la mujer que la había rescatado.

No quería ni imaginar las cosas desagradables que habría seguido soltando ese tipo de no haber aparecido ella.

—Muchas gracias, señora Von Ziegler… ya no sabía qué hacer para quitármelo de encima —confesó.

Y la aludida se echó a reír con complicidad.

—Sí, te comprendo. No le digas a nadie que te lo he dicho yo, pero Frederick Doménech siempre me ha parecido un capullo engreído —soltó en aire confidencial, dejándola tan sorprendida como maravillada—. Y llámame Elise cielo, a fin de cuentas pronto seremos familia —añadió, guiñándole un ojo.

Lo cierto era que la señora Von Ziegler era una mujer deslumbrante. Candela no pudo evitar admirarla; tenía una figura perfecta y desde luego no aparentaba la edad que tenía, sino que podría haber pasado fácilmente por su hermana mayor. Se conservaba estupendamente y tenía un gran sentido de la moda,

pero sobre todo era una persona encantadora y muy elegante. Mucho más que una cara bonita, en definitiva.

Y es que lo que más rabia le daba a la joven era ver cómo trataban algunos hombres a las mujeres en aquel círculo esnob; como si no fueran más que meros trofeos. Por desgracia, algunas cosas no cambiaban tan fácilmente en la sociedad.

—Elise, ¿puedo hacerte una pregunta? —inquirió, algo dubitativa. Le daba vergüenza sacar aquel tema con la madre de Günther, pero necesitaba una opinión de alguien que lo conociera mejor que nadie. Y suponía que esa era ella.

—Claro, dime.

Ella se mostró curiosa.

Sin embargo, en el último momento se echó atrás. Y es que no tenía valor para hacerlo, pues sentía que de algún modo estaba traicionando a Günther al sonsacarle sobre su ex a su madre.

Lo más sensato sería hablarlo con él cuando fuera el momento oportuno. Aunque seguramente él trataría de evadir el tema, como había hecho hasta entonces.

No sabía qué hacer, así que al final —por mero impulso— acabó preguntándole algo totalmente diferente.

—¿Quién es la chica con la que habla Günther?

Temió haber quedado como una celosa paranoica en cuanto las palabras salieron de su boca, pero para su alivio Elise no pareció escandalizada. Al contrario, ensanchó todavía más la sonrisa, denotando que quienquiera que fuese ella le tenía mucho aprecio.

—Oh, es Savannah Blackbourn. Una amiga de la familia y compañera de profesión.

—Oh, ¿se dedica a la moda? —Se interesó, por cortesía. Lo cierto era que su respuesta la había aliviado, por más egoísta que aquello pareciera. No tenía ningún derecho a sentir celos, ella nunca había sido así, pero al parecer no podía evitarlo.

—Ah, no. Es actriz —declaró Elise, dejándola estupefacta. La sonrisa fue reemplazada por un gesto tímido y Candela, que ató cabos, se quedó impresionada.

—¿Usted…? Dios mío, no lo sabía. Eso es fantástico.

—Sí, ahora mismo me estoy tomando un descanso. Por eso no te habías enterado, eventualmente habría salido el tema, pero es mejor así… —Los ojos le brillaban, se notaba que le encantaba actuar. Pero entonces un aire melancólico se adueñó de sus facciones y Candela se alarmó—. Es que Albert está en un momento delicado y los rodajes siempre son intensos, requieren mucho compromiso y largos viajes… así que de momento he hecho una pausa. Él me necesita —dijo, algo decaída.

Candela le tomó las manos entre las suyas. Su impulso había sido abrazarla, pero se contuvo porque no quería extralimitarse.

—Lo lamento, Elise. Seguro que se recupera pronto, pero sin duda será un consuelo para él tenerte. Eres una gran mujer —expresó, algo timorata. No quería que pareciera que la estaba adulando.

Pero Elise se emocionó y le echó los brazos al cuello, diciendo algo que acrecentó el sentimiento de culpa en su interior.

—Ay querida, eres un sol. No podría imaginar a nadie mejor para mi Günther, se nota que estáis hechos el uno para el otro.

Roja como un tomate, apenas atinó a asentir. Temía que, si hablaba, una letra escarlata aparecería en su frente para delatar todas sus mentiras. Era una persona terrible. Pero recaía en Günther la decisión de contarle la verdad a su familia, no en ella.

—Bueno, basta de sentimentalismos. Ven conmigo, te presentaré a Savannah y a Karl.

Y antes de que pudiera decir nada, su futura suegra ya la estaba arrastrando hasta allí con un entusiasmo casi infantil.

Al principio, puso buena cara solo por compromiso, pues todavía se sentía turbada. Demasiadas revelaciones…

Sin embargo, pronto descubrió que Elise no había estado exagerando respecto a Savannah. Era ese tipo de mujer que dejaba huella allá por donde pasaba.

—¡Cuánto me alegro de conocer por fin a la mujer que le ha robado el corazón al hombre de hielo! —soltó, alegremente, en cuanto se la presentaron. Y acto seguido la envolvió en un abrazo que sin saber por qué le pareció reconfortante.

Savannah sin duda había nacido para estar delante de una cámara y ser una gran estrella. Tenía carisma, una belleza hipnótica —con ese largo y voluminoso pelo rojo fuego y ondulado que le caía hasta el final de la espalda y unos ojos azul celeste insondables, por no hablar de su espectacular figura— y sobre todo una personalidad chispeante.

Hizo bromas y la trató con una familiaridad inusitada, teniendo en cuenta que se acababan de conocer. Los felicitó por su compromiso y exigió a Günther recibir la invitación a la boda la primera.

—No corras tanto velocista, que todavía falta…, pero está bien, serás la primera. —Claudicó Günther, quien le dedicó toda su atención por primera vez en la noche para regalarle una sonrisa tan genuina que hizo que a Candela le flaquearan las piernas. Luego, sin previo aviso, le robó un beso.

A duras penas atinó a corresponder, pues seguía aturdida, pero por suerte duró poco.

—Me alegra conocerte, Savannah —le dijo, con sinceridad.

Ella se lo agradeció y entonces los ojos se le iluminaron como si acabara de tener una ocurrencia. Acto seguido, se volvió y llamó al hombre rubio y serio de antes, quien se acercó con expresión imperturbable.

—Él es Karl, mi guardaespaldas. Hemos tenido un montón de problemas para venir, porque al parecer el evento no le parecía seguro. ¿Tú qué opinas, Günther? —apostilló, claramente para lanzarle una pulla.

Karl se puso todavía más tieso y apretó la mandíbula.

Y a Candela le sorprendió mucho que ella viajara con guardaespaldas. Debía ser muy reconocida si necesitaba protección. En cualquier caso, Karl parecía tan arisco como Günther, así que se compadeció de Savannah.

—Bueno, opino que él sabrá lo que hace. Es su trabajo, ¿no? Claro que a Savannah siempre le ha molestado que le digan lo que tiene que hacer —comentó, estrechando la mano con Karl, que pareció complacido porque valoraran su trabajo.

La pelirroja fingió indignación.

—¡No te pongas de su parte! Dios, si no nos conociéramos desde niños…

—¿Sois amigos de la infancia? —Se interesó Candela, que no se lo esperaba.

Günther gimió, como si estuviera horrorizado. Pero solo era para hacerla rabiar.

—Sí, íbamos juntos a clase. Hasta que me mudé con mi padre a Manhattan por… motivos personales. Pero no hemos perdido el contacto y menos ahora que Elise y yo trabajamos juntas en nuestro último papel —explicó ella, animada.

La madre de Günther y Savannah se pusieron a charlar, rememorando anécdotas, y Candela tuvo que centrar la atención en un Günther que parecía estar analizándola.

¿Tan evidente era?

Miró a cualquier parte, fingiendo estar demasiado distraída echando un vistazo a la decoración —que era magnífica— y entonces vio a Albert con su madre, quienes charlaban con unos empresarios.

Él parecía tremendamente incómodo y hastiado porque la gente se inclinaba sobre él, mirando la silla de ruedas. Candela sintió una punzada de tristeza y recordó lo que Günther le había comentado sobre que apenas asistía a eventos sociales. Ahora entendía el motivo.

—¿También eres de aquí? —Oyó que le estaba preguntando a Karl y se obligó a volver a la conversación para no parecer maleducada.

—No, nací en Hamburgo. Pero he estado viviendo en el extranjero mucho tiempo, por trabajo —contestó, algo seco.

Parecía que también era muy reservado.

—Ser guardaespaldas debe ser muy intenso, es un trabajo muy desgastante —comentó ella, pues siempre había admirado a quienes se dedicaban a proteger a otras personas a costa de su propia vida.

—Sí, lo es. Pero no me imagino haciendo otra cosa —repuso él, buscando con la mirada a Savannah. La manera en que la miraba… Candela no entendía mucho de las reglas entre guardaespaldas y cliente, pero parecía demasiado personal.

No pudo evitar sonreír.

—Ha sido un placer. —Se despidió Günther, aprovechando la distracción de todos y llevándosela aparte—. ¿Hablamos en privado un momento?

—¿Te has vuelto loco? Enseguida van a dar los premios y…

Eran excusas, por supuesto. No tenía valor para enfrentarse a él en aquel momento, porque acabaría confesándole lo que le pasaba. Y no podía arruinarle la noche.

Sin embargo, era una ilusa si había pensado que él —el hombre más obstinado que conocía— lo dejaría estar.

—Me importan una mierda los premios, quiero saber qué pasa contigo que me estás evitando.

Su tono le molestó mucho, quizá más de lo que debería, pero el caso es que no pudo evitar saltar.

—¿De verdad? Porque es la primera vez que me diriges la palabra desde que hemos llegado y hace un rato ni siquiera parecías acordarte de que existía —espetó, mordiéndose la lengua justo a tiempo. Antes de soltar una estupidez.

No obstante, a juzgar por la forma en que su expresión pasó del enfado más absoluto a la diversión en una décima de segundo, supo que se había delatado y se maldijo por ello.

—Así que de eso se trata… estás celosa.

Se envaró, clavándole una mirada desafiante.

—¿Qué? Claro que no, no estoy celosa.

—Ajá.

Ese tonito y la sonrisa torcida bastaron para terminar de enfurruñarla. Maldito fuera… ¿por qué disfrutaba sacándola de quicio?

—He dicho que no —casi gruñó, forzando una sonrisa y llevándose un canapé a la boca por si los periodistas rondaban por allí.

Günther la imitó, sin suprimir esa mueca de diversión tan irritante. Y atractiva. Y… Dios, ya estaba divagando otra vez.

—Y yo que sí. Vamos, admítelo, no pasa nada. —La pinchó, bebiendo un sorbo de champán.

Ella sintió las mejillas ardiendo.

—No hay nada que admitir —terció, obstinada. Y entonces soltó lo único que se le ocurrió para cerrarle la boca—. Pero mira, a lo mejor eres tú quien lo está, resulta que este vestido me queda de escándalo y hay muchos hombres que no han dejado de mirarme.

No contó con que aquello, lejos de disuadirlo, solo avivó su entusiasmo. Se inclinó sobre ella tanto que sus labios rozaron el lóbulo de su oreja y se le entrecortó hasta la respiración con las palabras que pronunció, en un tono deliberadamente bajo y sensual:

—Por supuesto que estoy celoso. Tienes razón, el vestido te queda de escándalo… toda tú eres la mujer más hermosa que ha pisado jamás este salón, así que dime ¿cómo no iban los hombres a babear por ti, mmm? Pero no olvides que eres mía, exclusivamente mía. —Remarcó, con énfasis y una posesividad que la hizo apretar las piernas sin poder contenerse.

Abril estaría orgullosa de ella si pudiera verla.

Abrió y cerró la boca varias veces, sin saber qué demonios responder a aquello. Nunca pensó que le hablaría con esa sinceridad, sin tapujos.

—La exclusividad es mutua —fue todo lo que logró decir, para acto seguido beberse su copa de un trago. ¿Por qué hacía tanto calor allí?

Günther se humedeció los labios. Casi podía leer los pensamientos libidinosos que atravesaban su mente a toda velocidad.

Posó una mano sobre su cintura, una mano grande y cálida. Ella tragó. Hacía rato que habían perdido la compostura, pero ¿acaso importaba?

Justo cuando él estaba a punto de besarla, unos señores en traje de esmoquin lo llamaron para que subiera al escenario, pues iban a entregar el reconocimiento a la empresa por su extraordinario trabajo y por mantenerse en el top durante los más de treinta años que habían transcurrido desde su fundación.

No era que no se alegrara por él, pero Candela no pudo evitar sentirse más que frustrada porque los hubieran interrumpido precisamente en aquel momento.

Sentía las mejillas al rojo vivo debido a todos los ojos que se posaron repentinamente en ellos.

Por supuesto, Günther se recompuso antes que ella.

—Espérame en el baño. No tardaré nada —le indicó, con la voz más grave de lo normal.

Ella frunció el ceño, convencida de no haber entendido bien.

—¿Has perdido la cabeza? No es el momento ni el lugar para hablar.

—¿Quién dice que vayamos a hablar? —rebatió, provocando que en el interior de Candela saltaran todas las alarmas. Pero no porque la idea le desagradara, sino todo lo contrario. Y ese era el problema.

Aun así, no discutió. El tono autoritario que él había empleado la había excitado más de lo que esperaba.

Esperó a que todo el mundo estuviera pendiente del escenario para escabullirse discretamente hasta los servicios.

Sin embargo, no contó con que ya habría alguien allí.

Una mujer que debía de tener más o menos su misma edad, rubia y de aspecto angelical.

Estuvieron a punto de chocarse, pues ella salía y Candela entraba.

—Perdón, venía distraída —se disculpó, con una sonrisa de cortesía.

Una que la otra no le devolvió.

Tampoco se apartó de su camino.

—Así que eres tú. Tenía mucha curiosidad por conocerte —dijo, con un tono que no terminó de gustarle. Parecía falso.

—Disculpa, no sé quién eres…

—Cierto, perdona mi falta de modales. Soy Willa, Willa Rosenberg.

¿Había dicho Willa?

Willa, como la prometida que había engañado a Günther y lo había dejado plantado el día de su boda.

Oh, joder… definitivamente había sido una suerte que se hubiera enterado de aquella historia a tiempo.

Porque si esa mujer la provocaba, desde luego que le iba a demostrar lo que se había perdido. Ya tendría tiempo de arrepentirse después, si es que lo hacía.

A aquellas alturas, se estaba cargando todas las reglas del contrato. Y no le importaba.

CAPÍTULO 27

—Así que eres tú —dijo y se tensó cuando la famosa Willa le extendió la mano sin el menor ápice de vergüenza. ¿Por qué estaba siquiera hablando con ella si sabía quién era? Y era obvio que lo sabía.

—Sí, no esperaba que Günther te hubiera hablado de mí. Solía ser muy reservado.

Que hablara como si todavía lo conociera le hizo hervir la sangre. Y, aunque sabía que estaba mal, no pensaba negar que se había enterado de lo sucedido por su propia boca. No tenía por qué darle explicaciones después de todo.

—Quizá contigo. A mí me lo cuenta todo. La confianza es el pilar de nuestra relación —espetó, sin poder contenerse. No tenía por qué ser amable con la mujer que le había hecho tanto daño a Günther.

—Oh, me alegro. Es estupendo que haya pasado página… —soltó, con desdén.

Estaba claro que no esperaba que Candela le respondiera con esa seguridad aplastante y que su intención era sembrar discordia. Pues se había equivocado, después de lo de Erika estaba más que preparada para lidiar con una encerrona así.

—Pues sí. No tardará en venir a buscarme, no podemos estar separados ni un segundo, ya sabes cómo va esto, ¿no? —Le lanzó la pulla y después imitó su sonrisa falsa.

A Willa le temblaban las mejillas. Apenas podía contener su molestia. Candela sintió pena por ella, pues dudaba que supiera siquiera lo que era sentir algo tan especial por una persona. No había sabido valorar el amor de Günther, por el contrario, había pisoteado su corazón y ahora le tocaba a ella recoger los pedazos rotos.

Y no le importaba. Porque lo quería. Ya no tenía dudas, ni podía seguir negándoselo a sí misma. Aunque fuera una locura, aunque lo tuviera todo en contra. Estaba enamorada de Günther Von Ziegler.

—Claro. —Willa se dio cuenta de que no tenía nada que hacer y acabó la conversación con la escasa dignidad que le quedaba—. Encantada de conocerte —masculló, antes de salir del baño pisando fuerte.

—Willa —llamó y la otra se giró, interrogante—. Has dejado escapar al hombre más maravilloso que existe y solo espero que tu conciencia te deje dormir por las noches después de lo que le hiciste, porque a mí el mero hecho de mirarlo a la cara me daría vergüenza —soltó, en un tono tan firme que la otra se echó hacia atrás, sorprendida. No atinó ni a replicar antes de salir de allí pisando fuerte.

Candela tuvo que contenerse para no empezar a dar saltos como una loca, no solo por haberle dado un poco de su propia medicina a Willa, sino por sus sentimientos recién admitidos.

Estaba eufórica, tan ansiosa porque su alemán gruñón entrara por esa puerta de una vez y la besara que no se dio cuenta de que una de las puertas de los cubículos se abría hasta que vislumbró a través del espejo dos siluetas —un hombre y una mujer—, se sobresaltó y dio un pequeño respingo que terminó por colorearle las mejillas cuando descubrió de quiénes se trataba.

Eran Savannah y Karl, su guardaespaldas.

Y ella acababa de sorprenderlos en pleno *affaire*.

Quiso que la tierra se la tragara. Al parecer, tenía un don para interrumpir momentos íntimos.

Así fue como conoció a Günther.

Si no hubiera estado tan avergonzada hasta se le habría escapado una carcajada al rememorar aquella escena.

—Perdón, ya me iba. No he visto nada, de verdad —farfulló, a toda prisa, tratando de escapar hacia la salida.

Tendría que inventarse algo con Günther.

—Eh, Candela, espera.

La voz de Savannah no sonaba para nada arrepentida o avergonzada, tan solo divertida y cómplice. Karl, por su parte, estaba tan rígido y serio como siempre. Se dio la vuelta, todavía cohibida, pero aliviada al ver que ellos lo gestionaron con toda naturalidad.

La pelirroja se acercó a ella con aire confidencial, mientras su guardaespaldas seguía con esa expresión inquietantemente inalterable.

—Confío en ti, sé que no vas a decir nada. Karl y yo llevamos meses aguantando esta tensión sexual y al final… tenía que pasar —soltó, como si nada—. Además, odio los discursos de celebración —bromeó, haciéndola reír.

—Entiendo, en serio, sois libres de hacer lo que os apetezca —aseguró, mucho más relajada. Lo cierto era que hacían muy buena pareja.

A Savannah pareció aliviarla que no la juzgara, dándole a entender que no estaba acostumbrada, y sintió una gran empatía hacia ella. Si algo había aprendido desde que firmó aquel contrato, era que las apariencias lo eran todo en aquel mundillo.

—Pero no hablemos de eso. Tengo que darte la enhorabuena por haberle dejado las cosas claras a la arpía de Willa —exclamó, satisfecha.

Así que ella tampoco la tragaba, lo cual no la extrañaba en lo absoluto. Sonrió.

—No pude evitarlo. Cuando vino con ese aire de superioridad a insinuar que Günther no la había olvidado simplemente tenía que pararle los pies —admitió. Incluso ella misma estaba asombrada, porque no solía buscar la confrontación, pero también orgullosa. Por él, volvería a hacerlo.

—Bien hecho, siempre he querido decirle cuatro cositas, pero me alegra que te me hayas adelantado. —La felicitó y luego, bajando considerablemente la voz, añadió—: Y si me aceptas un consejo, deja a Günther con las ganas esta noche. Conozco bien a ese cabezota y sé que eso le dará el empujoncito que necesita.

Candela se quedó atónita. Y no solo porque hubiera adivinado a qué había ido allí —ojalá la tierra se la tragara— sino por sus palabras.

—¿El empujón que necesita para qué?

La sonrisa de Savannah se ensanchó en una mueca traviesa y vio cómo, a su espalda, Karl ponía los ojos en blanco.

—Para que sea él quien te demuestre que está por ti y sufra un poquito. Créeme, nunca falla. ¿Verdad, Karl?

El aludido dejó escapar un gruñido en respuesta y Candela tuvo que contener una risa. Definitivamente le encantaba Savannah.

—Lo haré. Gracias, Savannah. Me ha gustado conocerte.

—Lo mismo digo, a ver si tomamos un café o algo un día. Los cuatro —soltó, alegremente. No se podía decir lo mismo de su guardaespaldas, a quien parecía que le apetecía más arrancarse las uñas que tener una cita doble, extrañamente a Candela le caía bien.

—Claro.

No tardaron en salir y ella esperó unos minutos para disimular. Ahí fuera todavía se escuchaban las palabras del presentador resonando por el altavoz, indicándole que, tal y como sospechaba, aquello estaba lejos de terminar. Se mezcló con el público y no tardó en distinguir a Suzy entre la multitud, así que fue a hacerle compañía. Elliot estaba en el escenario junto con su hermano y podía ver cómo los ojos de su amiga brillaban de amor. Estaban en las mismas.

—Vaya par estamos hechas, ¿eh? —comentó, entrelazando su brazo con el de ella.

Suzy suspiró y esbozó una tímida sonrisa, asintiendo.

—Sí. Estás preciosa, Candelita.

—Tú también, Suzy —aseguró ella. Y era cierto, últimamente estaba más radiante que nunca y se alegraba de verdad de que las cosas le fueran bien con Elliot.

—¿Cómo van las cosas con Günther? —Se interesó esta.

Vaciló.

Le habría gustado tener un momento para ponerla al día acerca de los recientes acontecimientos, pero por desgracia en un evento como aquel era imposible. Tendría que esperar.

—Bien —dijo y al final acabó contándole la parte en la que él le exigió que lo esperara en el baño. Como era de esperarse su amiga casi dejó escapar un grito de emoción, pero se contuvo. Había demasiadas cámaras enfocando.

—Ay mi madre, ¿y qué vas a hacer? — inquirió, con curiosidad.

Candela decidió aplicar la filosofía de Savannah.

—No hacerle caso. Que sufra un poquito y se quede con ganas de más.

Las dos empezaron a reírse con tanto disimulo como fueron capaces y entonces pasó; Günther miró en su dirección. Estaba ante el micrófono, explicando algunos detalles sobre el nuevo proyecto tras agradecer el premio y al verla allí de pie entre la multitud, sonrió.

Una sonrisa inmensa, auténtica, de las que dejan el corazón caliente y te hacen sentir querida.

Una que jamás creyó que alguien podría dedicarle y menos él. Pero así era. A veces quien menos lo esperas es quien más acaba sorprendiéndote.

Y quiso subir ahí y besarlo hasta que los dos se quedaran sin aliento, delante de los más de trescientos invitados.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Günther se aclaró la garganta y cambió totalmente el tono de su discurso.

—Y por último, quiero agradecer especialmente a mi prometida; la señorita Candela Flores, no solo por todo su trabajo y esfuerzo como la excelente profesional que es, sino por todo el apoyo moral y afectivo que ha supuesto para mí en esta época de trabajo tan convulso y extenuante. Quiero pedirle que suba al escenario conmigo, porque este reconocimiento también le pertenece.

Candela quiso morir al oírlo, especialmente cuando cientos de ojos —y las cámaras, decenas de cámaras enfocándola— se posaron sobre ella, a la expectativa. Enrojeció hasta las orejas.

No podía entender cómo hacía unos instantes había tenido aquellos pensamientos cuando ahora la mera idea de poner un pie en aquel escenario le provocaba un intenso pánico escénico.

—Candelita, vamos, sube. Todos esperan por ti. Es tu momento —la animó Suzy, dándole un poco de valentía.

No le quedaba de otra, de todos modos.

Así que se encaminó hacia el estrado, tratando de no mirar a ninguna otra parte excepto al frente.

Vio la mano extendida de alguien, creía que era Max, y la tomó, pues no confiaba en su equilibrio en momentos como aquel.

Una vez arriba le costó un momento habituarse a la altura y ver al público desde arriba, pero enseguida se recompuso y sonrió.

—Gracias, cariño —dijo, esperando que fuera apropiado. No sabía qué otra cosa alegar y empezó a retorcerse las manos.

Pero entonces, antes de que pudiera soltar alguna torpeza de las suyas, él le pasó el micro a Elliot y, sin que Candela supiera cómo o por qué, sus labios aplastaron su boca y la atrajo hacia sí con firmeza y erotismo, incrementando la intensidad del contacto.

Aturdida, le puso las manos en el pecho y trató de seguirle el ritmo entre los vítores y aplausos de todos los asistentes.

Perdió la noción del tiempo y se dejó llevar por el sabor embriagante y adictivo de los labios de Günther sobre los de ella, del jugueteo travieso de sus lenguas y lo caliente que estaba su piel al tacto, como si ansiara quitarle la ropa y tomarla allí mismo. Lo peor fue que la idea la excitó sobremanera, pero se obligó a reponerse lo bastante como para empujarlo suavemente por el pecho y conseguir que se apartara.

El serio y correcto Günther Von Ziegler perdiendo el control de sus emociones en pleno evento, nunca pensó que viviría para presenciar aquello. Mucho menos que fuera a ser la protagonista, pero allí estaba; tratando de acomodarse el pelo y el maquillaje mientras Elliot salvaba la situación bromeando acerca de lo empalagoso que estaba su hermano mayor ante el inminente compromiso.

Sus plegarias fueron escuchadas y pudieron bajar a seguir disfrutando de la fiesta poco después.

Fue entonces cuando Günther movió ficha.

—Vamos a escabullirnos, ahora no habrá nadie —le susurró al oído, con la excusa de tenderle otra copa de champán.

Estuvo tentada de aceptar, pero recordó las palabras de Savannah y se obligó a ser fuerte. Valía la pena solo para hacerlo rogar un poco. Era demasiado orgulloso.

—Ahora no es buen momento, hay mucha gente que espera para darnos la enhorabuena —replicó, sonriendo de manera angelical.

La cara de Günther era un poema, pero oscilaba entre la incredulidad y lo que parecía querer significar: «Ya me las cobraré».

Ella le guiñó un ojo y para rematar la faena añadió:

—Ah, y ocúpate tú de los periodistas, a fin de cuentas la idea de besarme delante de toda la gala ha sido tuya. Voy a charlar con Savannah.

Lo dejó allí, encendido en todos los sentidos, y al echarle un vistazo de soslayo la satisfizo demasiado comprobar que, con toda la discreción de la que fue capaz aprovechando que el ángulo de la enorme mesa de aperitivos lo tapaba, se acomodaba la erección de los pantalones de traje.

Sus ojos, en cambio, eran dos brasas incandescentes y la anticipación de lo que podía hacer para devolvérsela le aseguró un sueño plagado de fantasías aquella noche.

Si es que alguna no se hacía realidad.

CAPÍTULO 28

Günther echaba humo.

No veía la hora de que se terminara aquella pantomima para poder largarse de una buena vez. Tal vez así podría encerrarse a solas en su cuarto con Candela y follar toda la noche hasta caer rendidos.

Aquella noche su paciencia había sido puesta a prueba de formas que jamás creyó posibles, sobre todo después de toparse con Willa.

No era tan ingenuo, sabía que compartiendo los mismos círculos era inevitable que terminara pasando antes o después. Pero eso no lo hacía más fácil.

Y cuando la vio seguir a Candela hasta el baño, sin poder hacer nada porque lo estaban reteniendo en el escenario con preguntas absurdas que le apetecía una mierda contestar, le entraron ganas de ir tras ella y retorcerle el pescuezo.

Estaba a punto de hacerlo, de hecho, cuando vio salir discretamente a Savannah y tras ella, cómo no, a su guardaespaldas.

Su amiga asintió discretamente en cuanto sus miradas se cruzaron y se entendieron sin palabras. Eso fue lo único que evitó que armara un escándalo en plena gala, pues desde luego ganas no le faltaban. Sobre todo desde que se topó con su primo, que tuvo la desfachatez de sonreírle como si nada después de haberle robado a la novia.

Aunque, visto lo visto, ahora agradecía que hubiera sucedido así. Willa no valía la pena en absoluto, no se merecía lo mal que lo había pasado por su culpa cuando lo dejó plantado en el altar, convertido en el hazmerreír de todo Múnich.

Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para aguantar aquella tortura en el escenario e incluso empezó a dar su discurso.

Hasta que la vio salir a ella.

Observó la forma en que lo miraba, como si el resto de los invitados y toda la sala se hubiera pulverizado, dejándolos a los dos solos ante la infinitud de sus sentimientos convulsos.

Fue por eso que se dejó llevar por sus impulsos por primera vez en la vida e improvisó, invitándola a subir al escenario con él.

Lo del beso tampoco estaba previsto, pero acabó surgiendo. Y qué bien sentaba perder el control, para variar.

Tanto que deseó poder congelar el tiempo para quedarse para siempre anclado en aquel momento, en aquel beso que le supo a gloria.

Y de no haber sido por el codazo discreto que le dio Elliot —quien a pesar de ello lo miraba con orgullo, como si quisiera decirle «Ya era hora, hermano»— no la habría soltado en toda la noche. Pero tuvo que hacerlo.

Temió haberse pasado de la raya, pero cuando la miró solo halló felicidad, además de un leve rastro de sonrojo más que visible en sus pálidas mejillas. Estaba preciosa.

Todos los hombres en aquel maldito evento lo envidiaban, estaba seguro de ello por la forma en que la miraban. Y no pudo reprimir una punzada de celos.

Le pareció que había transcurrido una eternidad hasta que por fin pudieron bajar para continuar la fiesta y le entregó el premio a su padre, a quien los empresarios del mundillo no habían dejado en paz ni un solo segundo. De ahí su aspecto hastiado.

Albert Von Ziegler odiaba aquellos eventos precisamente por eso. No había ninguno en que alguien que creía tener buenas intenciones no le recordara que era una pena que ya no estuviera al pie del cañón.

Y Günther se sentía tan mal como él, pues a fin de cuentas el accidente había sucedido por su culpa. Algo que lo atormentaba cada día.

Se aflojó la corbata, sintiendo que le faltaba el aire de repente.

Y sin importarle una mierda si estaba siendo grosero, cogió del brazo a Candela y se la llevó aparte ante la atónita mirada de todos.

Parecía que aquella noche estaba rompiendo todas las reglas.

—Günther, ¿qué…? —empezó a decir, pero no la dejó terminar. No era de hablar precisamente de lo que tenía ganas.

—¿Qué te ha dicho? —Inquirió y al ver que ella fruncía el ceño en confusión, aclaró—: Willa. Vi que te seguía al baño.

La comprensión se dibujó en su rostro y ella le restó importancia enseguida, lo que lo alivió.

—No mucho. En cuanto ha visto que no entraba al trapo se ha quedado cortada. Sobre todo cuando le he restregado lo felices y enamorados que estamos. No estoy orgullosa —confesó, con una sonrisa de disculpa que le pareció adorable.

Con la yema del pulgar, le alzó el mentón para ejercer contacto visual.

—Pues yo sí. Y si sirve de algo siento que no te hayas enterado por mí, iba a contártelo, de verdad, pero… —Se interrumpió. La verdad era que no tenía excusa, el simple hecho de rememorar el ridículo y la humillación que sufrió le hacía hervir la sangre. Hacía demasiado que aquel tema estaba muerto en su familia, por el bien de todos, y no era fácil revivirlo.

Pero debería haber ser honesto con ella, a pesar de todo.

—Tranquilo, lo entiendo. En serio. También tuve una ruptura complicada y aunque no se puede comparar, sé que no es fácil —aseguró ella, envolviendo su mano entre las suyas, pequeñas y suaves.

Por supuesto que lo entendía. Ella era demasiado buena para él. Y si fuera mejor persona le daría allí mismo la opción de romper el contrato y asumiría la responsabilidad ante su familia, pero no lo era.

Y la quería a su lado, todavía no estaba preparado para dejar marchar a la única persona con la que había podido ser él mismo, sin sentirse asfixiado o juzgado. Sin expectativas. Simplemente feliz.

Hasta antes de conocer a la señorita Flores jamás imaginó que podría volver a serlo nunca. Pero así fue.

Y aquella vez era mucho mejor, porque era de verdad.

Willa lo engañó y manipuló con mentiras para después clavarle un puñal por la espalda, pero ella había sido sincera y desinteresada

desde el principio.

—¿Qué pasó con tu ex?

Ni siquiera fue consciente de haber hecho esa pregunta, simplemente le salió la vena posesiva. Pero no pensaba retirarlo.

Candela se echó a reír, divertida.

—¿Está celoso, señor Von Ziegler?

—No sabe cuánto, señorita Flores —admitió, robándole un beso que la tomó por sorpresa.

—Quizá deberíamos esperar a llegar a casa, todo el mundo… —intentó razonar con él, que ya tenía las manos envueltas alrededor de su cintura y una mirada hambrienta que la puso a temblar de deseo.

Su respuesta, en cambio, la dejó muda.

—Soy un egoísta, Candela. Siempre lo he sido y no estoy seguro de que vaya a cambiar.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Porque llevo toda la noche viendo cómo la mayoría de los hombres en esta gala te comen con los ojos y regodeándome de ser el maldito afortunado con el que compartes la cama, aunque todavía no lo hayamos llevado más lejos. Y ya no puedo contenerme más.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Digo que quiero follarte, cariño. Ser el único que te haga gemir de placer entre las sábanas y pedir por más hasta que los dos caigamos rendidos. Eso digo —soltó, en un arranque de sinceridad.

Ella abrió y cerró la boca repetidas veces, como pez fuera del agua.

—Te has vuelto loco —farfulló.

—Nunca he estado cuerdo. Ahora ven aquí —exigió, impetuoso, y la condujo hasta la salida con prisa. Solo se detuvo para decirles a sus padres y a Elliot que se marchaban ya y que los despidieran de todo el mundo.

Casi amenazó al chófer para que se saltara todos los límites de velocidad y así poder llegar cuanto antes a la mansión.

Aquella noche Candela Flores iba a ser suya.

CAPÍTULO 29

En cuanto el chófer hubo estacionado el flamante coche en la puerta de la mansión Von Ziegler, Günther bajó; ansioso e impaciente.

Ante la atónita mirada del pobre hombre, ayudó a Candela a salir y antes de que ella pudiera mediar palabra la alzó en volandas y la cogió en peso para conducirla directamente al dormitorio.

—Vuelve a la fiesta, Reggie. Y tú, Roger, encárgate de que nadie nos moleste. Mi prometida y yo queremos intimidad —ordenó, sin detenerse siquiera a escuchar sus réplicas.

—Sí, señor, descuide.

Subió las escaleras con Candela aferrada a su cuello y una erección cada vez más creciente en los pantalones de traje.

La joven se rio, entre excitada y avergonzada.

—Oh Dios, Günther, ¿qué va a pensar todo el mundo de nosotros? Nos hemos ido sin apenas despedirnos.

—Que piensen lo que quieran, yo solo puedo pensar en una cosa y es en ti, desnuda y gimiendo para mí —soltó, con un lenguaje cáustico al que no estaba acostumbrada y que le provocó un hormigueo de placer.

No tenía sentido engañarse, le encantaba cuando le hablaba de ese modo. Se dejó llevar cuando él la tumbó sobre su cama de matrimonio y se cernió sobre ella, imponente y sensual.

La boca se le secó, el corazón le galopaba en el pecho y el ansia la devoraba por dentro. Nunca había estado tan excitada antes por un hombre y eso que apenas la había tocado como quería. Pero eso iba a cambiar pronto. Su visión se nubló de deseo cuando él se desabrochó la camisa con agilidad y extendió las manos a ambos lados de su cabeza, enmarcando su rostro y pasándose la lengua por los labios al posar la vista en su clavícula y la curva ascendente de sus pechos.

Sus ojos eran brasas incandescentes cuando se inclinó hasta que sus rostros quedaron a un palmo escaso de distancia y con voz ronca y dominante, le susurró:

—Este vestido te queda increíble, ¿lo sabías? No sabes las veces que me he imaginado esta noche arrancándotelo y encajándome entre tus piernas para penetrarte hasta quedarme sin fuerzas.

Dejó escapar el aliento en una bocanada que iba a medio camino entre un jadeo y un suspiro. Se sentía de mantequilla, completamente hecha de sensaciones e instintos primarios. Lo necesitaba de un modo tan carnal que la abrumó. Apretó las piernas, sintiendo que estaba envuelta en llamas y anhelando que él prendiera la cerilla.

Como si adivinara el cariz que estaban tomando sus pensamientos, Günther la provocó:

—¿Te excita que te hable sucio, mm? ¿Estás imaginando cómo se sentiría que me corriera en tu boca? No tienes que hacerlo, esta noche cumpliré todas tus fantasías, señorita Flores.

—Dios, Günther —gimió, perdiendo la escasa razón que le quedaba cuando la llamó así. Estaba al borde de un precipicio insondable y solo ansiaba saltar, a sabiendas de que no había punto de retorno.

—Pídemelo, *liebling*. O te prometo que no podré contenerme —advirtió. Sus pupilas estaban febriles por el deseo que lo dominaba. Era puro instinto.

—No quiero que lo hagas —le susurró, al oído, arrancándole un gruñido bajo y profundo que empapó su intimidad.

—Entonces abre las piernas para mí —ordenó, con un timbre tan autoritario y lujurioso que sintió que en cualquier momento podría estallar por el fervor que sentía en cada poro. Nunca el sexo se había sentido como algo tan placentero. Y supo que él era el hombre que tanto tiempo llevaba esperando.

Se acabó la espera.

Hizo lo que le había pedido y su mirada se oscureció al entrever el inicio de su ropa interior.

De un brusco tirón, rasgó la tela del precioso vestido y lo tiró a un lado, impaciente.

Ella abrió mucho los ojos, muda de asombro. Aquello costaba una fortuna.

Su candidez lo hizo reír.

—No pongas esa cara, cariño, mañana te compraré otro mejor. Te compraré todo cuanto desees. Todo lo que me pidas y más será tuyo. Yo seré tuyo, si lo deseas —declaró, con una firmeza y una seriedad que le cortó la respiración.

—¿Hablas en serio? —No daba crédito. Aquellas cosas no le pasaban a ella. ¿Podía ser que la suerte le sonriera tanto, por una vez?

Günther cada vez estaba más ansioso. Sus manos apresaron sus caderas y mordisqueó el lóbulo de su oreja.

—Creí que ya me conocías lo suficiente como para saber que no bromeo con estas cosas, Candela.

Hiperventiló. La euforia se apoderaba por momentos de ella y le echó los brazos al cuello, loca de felicidad.

—Sí, sí quiero ser tu mujer de verdad —afirmó, a sabiendas de la propuesta implícita que había dejado caer Günther con esas simples palabras. Una sonrisa preciosa iluminó su rostro anguloso y la besó como nunca antes.

Fue un contacto electrizante, cargado de intensidad y pasión desbordada, pero que hablaba de unos sentimientos que empezaban a florecer, más allá de toda lógica o razón.

Boca con boca, lengua con lengua, respiración con respiración.

Trémula y jadeante, Candela se separó para tomar aliento. Günther se quitó la camisa y desabrochó su cinturón. Sus ojos esmeralda estaban llenos de promesas, a cada cual más indecente.

Cuando fue a desabrocharse los pantalones, ella lo detuvo. Una seguridad aplastante había resurgido para vencer sus miedos. Se sentía dispuesta a todo, a comerse el mundo si hacía falta.

—Déjame a mí. Quiero… quiero intentar una cosa —musitó, con las mejillas al rojo vivo, pero una resolución inquebrantable.

Al comprenderlo, la erección de Günther se hizo más notoria, si cabía. Pero también emergió un ápice de preocupación.

Le alzó el mentón con un dedo, para que sus miradas se encontraran. No quería obligarla a nada, al contrario.

—¿Estás segura? No tienes por qué, si no te apetece…

Ella le puso un dedo en los labios para callarlo, ajena a las reacciones que su mero tacto provocaba en él.

Se dejó hacer. Normalmente era él quien siempre llevaba las riendas y asumía el control en la cama, pero con ella… quería dejarse llevar y dejar que lo sorprendiera. Siempre lo hacía.

—Sí, me apetece —aseguró. Y eso bastó para que él se relajara.

Asintió y se dejó hacer.

Ella se incorporó y lo instó a tumbarse. Obedeció, sintiendo que su erección era tan contundente que bien podría haber atravesado la tela. Esa versión mandona de Candela lo estaba poniendo a mil.

Con habilidad, le quitó los pantalones y los bóxeres, que pronto hicieron compañía en el suelo a su vestido desgarrado.

Y cuando ella se sentó sobre su regazo y dejó su polla al descubierto para darle la bienvenida con los labios, sintió que explotaría en un millón de átomos.

—Joder, Candela —gruñó, aferrando el cabezal de la cama con las venas de los brazos y del cuello en plena tensión en cuanto llegó la primera succión.

Nunca había estado tan cachondo en toda su vida. Y eso que podía presumir de una vida sexual de lo más activa.

Fue despacio, introduciendo primero la punta para acoplarse a su tamaño. Era inexperta y pronto tuvo que luchar con las arcadas, alarmándolo un poco. Pero al final se repuso y continuó, deliberadamente lento para torturarlo.

Y vaya que si lo estaba consiguiendo.

No podía quedarse quieto. Gruñó y murmuró toda clase de obscenidades, aferró su pelo largo y castaño entre sus dedos y acabó por enterrar la cara en sus pechos para morderlos y chuparlos a su antojo.

Estaba al borde. Sintió cómo el orgasmo llegaba y con la voz trémula, la advirtió de ello.

—Voy a correrme, cariño —dijo, en español. Ella asintió, sus ojos reflejaban el mismo fuego que los de él. Estaba dispuesta a llegar hasta el final.ba.

—Quiero que me folles, Günther.

—Tus deseos son órdenes —le susurró al oído, estremeciéndola entera.

Sin dejar de aferrarla por las caderas, arqueó el cuerpo para invertir las posiciones y ser él quien se posicionara a horcajadas sobre ella, cual depredador cazando a su presa. Chupó, lamió y besó cada centímetro de su anatomía, asegurándose de prepararla todo lo necesario para que se relajara. Y funcionó.

Lo ayudó a ponerse el condón, lo

Así que se vino en su boca. Ella tragó, superando sus expectativas.

En cuanto salió de ella, fue hasta el baño y regresó con toallitas para limpiarla.

—Eso ha sido increíble —la alabó. Ella sonrió, todavía más sonrojada si cabía.

—Lo sé —reiteró—. Pero quiero más.

Vaciló, mordiéndose los labios.

Günther esbozó una sonrisa perversa.

—Dime lo que quieres. Pídemelo, Candela —incitó, robándole otro beso.

Al fin, se armó de valor y pronunció las palabras que más deseas dos llenos de prisa y deseosos por sentirse piel con piel, después cerró los ojos y cuando le preguntó si estaba lista, asintió.

No esperó sentir tanto cuando se introdujo en ella de un empellón, pero si existía el séptimo cielo, sin duda era aquel y ella lo estaba rozando con la punta de los dedos de tanto placer como él le estaba proporcionando con cada embestida.

Gimió, dejándole leves rastros con las uñas en la espalda y enterrando las manos en las hebras de su cabello castaño dorado.

—Me volviste loco desde que te vi por primera vez en mi oficina, ¿lo sabías? —confesó, de súbito, todavía enterrado en ella. Lo cual hizo el momento todavía más especial.

Candela estaba tan extasiada y pletórica que no supo qué decir, así que dejó escapar un ruidito de incredulidad.

—Pues tuviste una curiosa forma de demostrarlo. —Se le escapó, entre jadeos y convulsiones, meciendo las caderas al compás y arqueando la espalda, con todo el cuerpo ardiendo de placer.

Él se rio, dándole la razón.

Sintió que perdería la cordura cuando él fue depositando una estela de besos desde su clavícula hasta el ombligo, pasando por sus pechos, de los que se prendió sin gentilezas para agasajarlos con la boca.

Candela soltó un gemido que provocó que él alzara la cabeza para dedicarle una oscura mirada cargada de lujuria y promesas que la estremeció de puro gusto.

Era una llamarada de sensaciones en carne viva, sin barreras. El orgasmo la sobrevino como un maremoto y se liberó con un grito de puro éxtasis que nació desde lo más primitivo de su interior.

Günther la siguió poco después, pues la sensación que le produjo verla correrse para él fue tan indescriptible que lo condujo al borde.

Ya no había vuelta atrás, estaba atrapado por aquella increíble mujer de sonrisa fácil y mirada transparente.

—Mía —gruñó, enterrándose hasta el fondo en ella sin dejar de besarla como si no hubiera un mañana. Ella gimió, dejando surcos más pronunciados en su espalda sin ser consciente de que eso lo excitaba todavía más—. Mi mujer. Repítelo —ordenó, tan ronco y autoritario que el segundo orgasmo amenazó con devorarla.

Obedeció, sin poder contener su propia excitación. Le encantaba esa faceta dominante de él.

—Soy tu mujer.

En cuanto esas palabras se hubieron escapado de su garganta, Günther enloqueció de puro deseo primitivo y siguió embistiendo hasta que no quedó nada para entregar, acababa de darle todo lo que era.

—¿Te gusta así? ¿O lo quieres más rudo, eh? —Tentó, cegado por el deseo. Ella le mordió la boca, tan desatada que se puso duro de nuevo.

—Más rudo. Todo lo rudo que tengas para darme.

—Joder, vas a matarme, *liebling* —gruñó. Y sin más preámbulos volvió a invertir las posiciones para que fuera ella quien cabalgara sobre él.

Estaba haciendo lo que nunca antes; cederle a otra persona por completo el control. Y se sentía genial.

—Móntame —exigió, aferrando sus caderas estrechas y gráciles y atrayéndola hacia sí rudamente.

En los ojos de Candela brillaba un fuego al que podría haberse vuelto adicto cuando empezó a balancear las caderas hacia delante y hacia atrás a toda velocidad.

Esta vez fue él quien se prendió de su pelo y tiró, mientras ella pegaba su frente contra la de él para que sus jadeos se entremezclaran en la melodía más antigua y hermosa del mundo.

Aquel era el sexo más íntimo y estimulante que había compartido con una mujer en toda su vida.

Era solo sexo, ¿verdad?

Prefirió no darle demasiadas vueltas. Pensar en sus sentimientos siempre lo confundía y no quería arruinarlo. Estaban bien así, ¿no?

—Dios, Günther, yo…

—¿Qué? Dilo, cariño, dime que estás apunto de correrte para mí por segunda vez.

Ese timbre autoritario fue el empujón que necesitaba para rozar su orgasmo y se dejó ir.

—Voy a correrme. Para ti, solo para ti —atinó a decir. Y él le susurró toda clase de obscenidades al oído, sin bajar el ritmo un solo segundo.

Para cuando hubieron terminado los dos se dejaron caer sobre la cama, exhaustos ante el desenfreno experimentado.

Ella, todavía desnuda, se arrebujó en su pecho y él la estrechó, protector, contra sí.

Sabía que debían asearse. Era muy tarde y su familia no tardaría en llegar. Pero maldita sea, no quería soltarla. Nunca más.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, temiendo haber sido demasiado rudo al acabar.

Sin embargo, la sonrisa radiante que ella le dedicó bastó para disipar sus temores.

—Mejor que nunca. Ha sido increíble —aseguró, con los ojos más brillantes de lo normal. Estaba feliz. Tanto que temía despertarse y que todo hubiera sido un sueño.

Günther acarició su mejilla con una ternura inusitada que la estremeció entera. No esperaba que fuera tan cariñoso después.

Pero allí estaban, compartiendo una intimidad maravillosa que la hizo sentir querida.

—¿Quieres darte una ducha? Me ocuparé de que cambien las sábanas y… —empezó a decir, sin querer agobiarla.

Para su asombro, ella lo acalló posando un dedo sobre sus labios carnosos y negó.

—Quiero que vengas conmigo —pidió, con una sonrisa traviesa adornando sus bellas facciones. Y no hizo falta más para que él asintiera.

La noche era joven y ambos tenían hambre del otro.

—Así que la señorita Flores necesita que la ayude a enjabonarse la espalda, ¿eh? —comentó, con diversión y malicia. Ella se mordió el labio y asintió.

—Soy muy torpe, ¿recuerda, señor Von Ziegler? —terció, siguiéndole el juego.

—No tienes ni idea de lo duro que acabas de ponerme —soltó y sin previo aviso la alzó en volandas y la condujo, todavía desnuda, hasta el baño.

Lo bueno de tenerlo en el cuarto, era que les garantizaba privacidad.

Günther la dejó con cuidado sobre el plato de ducha y abrió el grifo, regulándolo. No lo puso demasiado caliente. No iba a hacer falta, pues pronto otro tipo de calor se ocuparía de ascender la temperatura hasta la estratosfera.

Candela se maravilló nuevamente con la anatomía de infarto de Günther. Esos músculos esculpidos, la v de su abdomen, sus fuertes piernas y sus brazos poderosos que eran capaces de levantarla en vilo como si no pesara nada… y esa mirada esmeralda tan intensa y explosiva que era capaz de desarmarla entera.

Él era tan impredecible que la volvía loca. Su carácter era demasiado complicado, una montaña rusa, pero desde el primer momento hubo algo que la hizo sentir atraída. Y ahora allí estaban.

La dejó muda cuando se arrodilló frente a ella, a su merced.

El aliento se le entrecortó y se aferró a la pared, dejando que el agua los empapara.

—¿Qué…?

Ni siquiera le salían las palabras.

—Me muero por probar tu coño en mi boca, *liebling*. ¿Me dejarás?

Que le pidiera permiso no hizo sino excitarla todavía más y asintió, hecha un nudo de nervios, deseo y anticipación. ¿Cómo expresar todo lo que aquel alemán gruñón y ardiente le hacía sentir? Era imposible.

Ante su aprobación, Günther esbozó una sonrisa oscura y terriblemente sensual que casi la puso a salivar y cuando su lengua le dio la bienvenida a su centro se sintió ingrávida, como si flotara en las nubes y ardiera de pies a cabeza. Una sensación mágica y poderosa.

Aquella noche Günther Von Ziegler le enseñó lo que era sentirse deseada y especial de verdad. Y ya no había vuelta atrás.

Pronto, sus gritos y gemidos de placer rompieron el silencio de la madrugada.

CAPÍTULO 30

Candela estaba agotada después de la frenética actividad que había tenido lugar entre aquellas cuatro paredes.

Llevaba puesto tan solo un fino camisón de seda blanco, mientras que Günther prefirió optar por dejar su pecho al descubierto y se puso únicamente los pantalones del pijama.

Como el sueño todavía no llegaba a pesar del agotamiento, pusieron un rato Netflix. Sin embargo, ella no podía concentrarse como siempre lo hacía. Y eso que era su serie favorita.

Pero es que había tantas cosas de las que quería hablar con él que no pudo contenerse y empezó a hacer preguntas.

—Günther —llamó, algo timorata. Él apartó la vista de la pantalla y lo miró, interrogante. Ella tenía la cabeza apoyada en su pecho, por lo que tuvo que alzar la cabeza para que sus ojos se encontraran y dejó salir las palabras a toda velocidad—. ¿Ha habido muchas mujeres? Ya sabes, antes de mí.

Tras decir esto, se puso roja como un pimiento y a él se le escapó una sonrisa. Era adorable cuando se sonrojaba.

Y es que no tenía forma de estar seguro, pero intuía que ella se comparaba demasiado y tenía miedo de no cumplir sus expectativas. Lo cual era absurdo, porque las había superado con creces.

—¿Vamos a tener la conversación de los ex? —bromeó, porque le daba reparo abrirse. Eso siempre lo hacía salir huyendo. Pero con ella no.

—¿Por favor? Me gustaría que supiéramos más el uno del otro, si quieres —aventuró, cohibida. Ese gesto lo ablandó, sin saber por qué.

—Está bien, pregunta lo que quieras. —Cedió, intentando relajarse. Era ella, no tenía que ponerse a la defensiva. No usaría sus debilidades en su contra—. Y no, no hubo muchas. Willa fue mi

relación más duradera, antes de eso solo hubo algún rollo esporádico —aclaró.

Mencionarla todavía lo enfurecía, pero intentó dejar a un lado su ira para sincerarse con Candela. Ella merecía saberlo todo.

—¿Estabas enamorado de ella?

—Empezamos a salir a los dieciocho años, cuando estábamos en el instituto. Sus padres y los míos eran socios y parecía lo lógico, ¿sabes? Con el tiempo sentí cosas por ella, pero ahora en retrospectiva creo que fue más el apego por todos aquellos años que un sentimiento verdadero. Y después de que me plantara… lo poco que pude sentir murió. Ahora solo me provoca desprecio y lástima —confesó, intentando relajar los puños. Sin darse cuenta los había apretado hasta hacerse daño.

Ella, al darse cuenta, le besó los nudillos, calmándolo de inmediato. Tenía un efecto sumamente tranquilizador en él.

—Entiendo. ¿Sabes qué? Ella se lo ha perdido —soltó, muy ufana. Su seguridad era aplastante y al final, acabó por creérselo. No estaba acostumbrado a recibir halagos sinceros, de esos que se hacían sin pedir nada a cambio, y no sabía cómo debía responder.

Así que desvió el tema.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia con tu ex?

Tenía ganas de traer aquello a colación desde que ese imbécil la llamó aquel día, cuando estaban juntos.

Sabía que no tenía derecho, pero tan solo de imaginarla con otro hombre que no fuera él, hervía de celos y le daban ganas de buscar a ese idiota y partirle la cara por hacerle daño. Porque era evidente, por su expresión de abatimiento, que la había lastimado emocionalmente.

Permaneció a la escucha mientras ella se desahogaba.

—Sergio y yo teníamos amigos en común y empezamos a coincidir. Era agradable y me gustaba, así que cuando me pidió salir dije que sí. Todo iba bien en la relación, o eso pensaba, hasta que se volvió demasiado posesivo y controlador. Le molestaba que hablara con cualquier hombre que se me acercara, aunque fueran mis amigos, hasta tuvo celos de mi hermano y un día… se sobrepasó y le dejé, pero siguió insistiendo. Hasta que supo que me mudaba,

entonces se presentó en mi trabajo para insultarme y… bueno, no quedamos en buenos términos —concluyó, con la cabeza gacha.

Verla así provocó una rabia salvaje y descontrolada en él. Tuvo que respirar hondo varias veces. Le alzó el mentón para que lo mirara y en el tono más calmado y diplomático que pudo, le preguntó:

—¿Te pegó o te hizo daño de algún modo? Dímelo, porque te juro que si es así cojo un vuelo ahora mismo y me presento en España para darle lo que se merece.

No fue consciente de que había empezado a respirar con más fuerza, fruto de la ira que sentía, hasta que ella abrió mucho los ojos y se apresuró a negarlo.

—No, no, tranquilo. No llegó a eso, por suerte.

Esas palabras lo aplacaron un poco, aunque no tanto como los besos y abrazos con que lo recompensó después, a sabiendas de que su temperamento amenazaba con desbordarse.

—Mejor. No pienso permitir que nadie te haga daño —afirmó, con los ojos en llamas y un sentimiento de protección y algo mucho más intenso surgiéndole de dentro.

Ella sonrió y se lanzó a hacer la pregunta que llevaba rondándole por la mente desde hacía tiempo.

—¿Qué tenemos? Me refiero a nosotros… ¿qué somos en realidad?

Ya estaba, ya lo había soltado. Estaba tan nerviosa que el tiempo que él tardó en contestarle, más serio de lo que habría esperado, le pareció una eternidad.

—¿Hace falta ponerle una etiqueta? Estamos bien así, ¿no?

—Claro…

No pudo evitar sentir una punzada de decepción. Había esperado que le dijera que la quería, por eso ella misma no se atrevió a pronunciar las palabras antes.

Pero no lo había hecho y quizá lo había malinterpretado todo y aquello había sido simple desahogo carnal, a pesar de las confidencias íntimas que estaban compartiendo.

—Yo conducía —dijo Günther de pronto, sacándola de sus sombríos pensamientos y confundiéndola de nuevo con su sinceridad

abrumadora.

—¿Qué? —preguntó, confusa.

—Cuando mi padre… tuvo el accidente, yo conducía el coche.

Al fin se había sacado esa espina de dentro. Para él, confesarle algo así era como abrirse el pecho y sacarse el corazón para ponerlo en sus manos. Y en cambio, por ridículo que pareciera, le había costado menos que responder a su pregunta anterior.

Porque sí, había mentido y eso lo hacía un capullo. Pero no podía… simplemente no podía pronunciar esas dos malditas palabras.

Así que pensó que si se lo demostraba compartiendo lo más personal y doloroso para él, a lo mejor podría arreglarlo.

Y ella no lo juzgó en ningún momento. Al contrario, sus ojos estaban llenos de lágrimas de empatía y lo abrazó más fuerte, dejando que se lo sacara todo de dentro cuando estuviera preparado.

Las palabras le salieron a borbotones, liberándose de una pesada carga que llevaba demasiado tiempo guardándose.

—Fue el día de la boda… yo me volví loco al enterarme del engaño de Willa y destrocé todo lo que se puso a mi paso. La mesa de invitados, la decoración, todo. Cogí el coche. Sabía que no debía, pero necesitaba salir de allí, sentía que no podía respirar y quería estar solo. Mis padres y mi hermano intentaron detenerme, pero les di esquinazo.

»Sin embargo, mi padre no se dio por vencido. No quería que hiciera una tontería, así que se puso delante del coche en marcha y tuve que permitir que se montara en el copiloto, porque es como yo; a testarudo no le gana nadie. Así que cedí.

»Te juro que iba todo bien. Hablamos y ya me había calmado lo suficiente como para razonar. Aminoré la velocidad. Pero… vino una curva cerrada y me distraje un solo segundo. Eso fue suficiente para que otro vehículo impactara contra nosotros. Mi padre se llevó la peor parte… y ya te sabes el resto. Lo condené a una silla de ruedas de por vida.

Terminó su relato, haciéndola estremecer por el hondo sufrimiento que destilaba su mirada. Se secó las lágrimas que caían

en cascada por sus ojos. No había podido evitar echarse a llorar ante aquella tragedia. Su corazón sangraba por el hombre que amaba.

—¿Y el otro conductor? —Se atrevió a preguntar.

Günther suspiró.

—Murió en el acto. Se había saltado un semáforo en rojo. Los análisis toxicológicos confirmaron que había consumido drogas —reveló, con la mandíbula tensa.

—Entonces no fue culpa tuya —exclamó ella, aliviada. Aunque luego se sintió fatal.

Günther dejó escapar una risa sin alegría, cargada de sufrimiento.

—¿Entonces por qué siento que sí cada día? ¿¡Por qué a pesar de que mi padre y toda mi familia me asegura siempre que fue algo circunstancial que podría haberle pasado a cualquiera sigo pensando que ojalá fuera yo el que estuviera en esa puta silla de ruedas!? —acabó explotando, gritando a pleno pulmón, con la respiración acelerada y las venas del cuello tensas.

Por eso evitaba siempre hablar del tema. Lo descontrolaba demasiado y él no podía permitirse perder el control. Nunca.

Candela dejó escapar un grito ahogado y le acunó el rostro entre las manos, obligándolo a mirarla.

—No vuelvas a decir una cosa así, nunca. Si te pasara algo tu familia se muere. *Yo* me muero —soltó, importándole una mierda mostrarse tan expuesta y vulnerable ante él. Cuando quería a alguien se entregaba con todo lo que tenía.

Günther tuvo que contener las lágrimas que no había derramado desde aquel fatídico accidente y que ahora, por primera vez en tantos años, pugnaban por salir ante la confesión de aquella extraordinaria mujer. Era demasiado buena para él, para cualquiera en realidad.

Incapaz de pronunciar palabra, se limitó a besarla en la frente una última vez y a darle las gracias por escucharlo, dejando que lo abrazara hasta que los dos se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 31

Despertó abrazada a un pecho cálido y fuerte. Las manos de Günther rodeaban su cintura, acaparándola en un abrazo. Sonrió, enternecida.

Él dormía plácidamente, más tranquilo de lo que lo había visto nunca.

Intentó levantarse sin hacer ruido para no despertarlo, pero estaba atrapada entre su cuerpo. Sonrió.

De buena gana se habría quedado en la cama con él todo el día. A fin de cuentas era domingo.

Pero necesitaba ir al baño y comprobar su móvil. Anoche ni siquiera lo miró, de tan ocupada como estuvo. Y se sentía mal por haberse ido de la fiesta sin despedirse de nadie.

Por no hablar de que su familia debía estar preocupada. Hacía más de veinticuatro horas que no daba señales de vida.

Y Abril… conociéndola estaría a punto de tomar un vuelo hasta Múnich para cantarle las cuarenta.

Sin embargo, antes de que pudiera levantarse, unos fuertes brazos la asieron desde atrás y sintió mariposas cuando Günther empezó a besar la zona sensible de su cuello. De inmediato, sintió un bulto presionándose contra sus nalgas y se rio.

Qué gran forma de darle los buenos días.

—Madre mía, ¿todavía te quedan energías después de anoche? —Inquirió, dejándose mimar y besar por todas partes.

—¿Contigo desnuda sobre mi cama? Bromeas, ¿verdad? Nunca podría cansarme de eso —murmuró, con la cara enterrada entre sus senos y dos de sus dedos introduciéndose raudos en su núcleo.

De inmediato, Candela dejó escapar un leve jadeo, encendida de nuevo.

—Definitivamente yo tampoco —alegó, para dejarse llevar por el placer en su máxima expresión.

Todo lo demás podía esperar.

...

—Vaya, qué madrugadores.

Las palabras de doña Ingrid provocaron que ambos frenaran en seco. Acababan de darse una ducha matutina después de otra sesión de sexo desenfrenado y topársela así, de sopetón, en medio del pasillo y a oscuras, fue como un jarro de agua fría.

—Este… buenos días, abuela —saludó Günther, divertido. Candela, en cambio, estaba muerta de vergüenza.

Y su rubor no hizo sino acrecentarse en cuanto la buena mujer volvió a abrir la boca.

—Buenos días. Ya veo que el vuestro empieza de maravilla. Anoche os fuisteis muy deprisa —apostilló y luego, acercándose con aire de confidencia, espetó—: Claro que, ¿quién querría aguantar semejante tedio pudiendo aprovechar para pasarlo bien? —Candela enrojeció hasta las orejas y abrió la boca como pez fuera del agua. Hasta Günther había empalidecido un poco. La anciana, indolente, puso la guinda al pastel con un último comentario—. Tengo el sueño ligero. Anda, bajad, el desayuno está listo y tendréis hambre.

Y con un guiño, se encaminó escaleras abajo dejándolos a los dos ahí plantados y debatiéndose entre si echarse a reír o llorar.

Al final, se decantaron por la primera opción y todavía abrazados y entre carcajadas bajaron a reunirse con el resto de la familia para el desayuno.

—¿Quién necesita un deporte de riesgo pudiendo convivir con tu familia? —bromeó Candela, todavía con las mejillas escarlata.

—Ahí te doy la razón. Más vale que te prepares para esquivar las preguntas cotillas de mi madre y Elliot —advirtió y, sin más preámbulos ambos tomaron asiento, compartiendo una mirada cómplice.

—Buenos días a todos —anunció Günther, antes de empezar a comer con toda naturalidad, ajeno a las miradas de sus padres, que

oscilaban entre la curiosidad y la incredulidad más absoluta.

Candela, más roja que un pimiento, apenas atinó a murmurar un saludo y se llevó a la boca lo primero que vio.

Necesitaba desviar la atención sobre ella. Pero Elliot no parecía muy por la labor. No dejaba de mirarla con las cejas enarcadas y una expresión insinuante que no daba lugar a equívocos; todos estaban al tanto de lo que había sucedido la noche anterior entre ellos.

—Los socios de industrias textiles me pidieron que te diera recuerdos, Günther. Les habría gustado mucho saludarte —comunicó Albert, con un deje de desaprobación en la voz.

Su hijo, en cambio, se mantuvo impasible.

—Ya será en otra ocasión, padre, no te preocupes. Tenemos programado un almuerzo para finales de mes.

El hombre asintió, aplacado. Elise, en cambio, estaba radiante.

—Savannah me pidió que te avisara de que te escribiría antes de marcharse de vuelta a casa para tomar un café. Quiere conocer mejor a Candela, si ella está de acuerdo, claro —comentó, entusiasmada.

La aludida se apresuró a asentir ante la mirada dubitativa de Günther. Le encantaba que no tomara decisiones sin consultarle, en ese sentido habían avanzado mucho.

—Sí, me gustaría mucho, Savannah me cayó muy bien —admitió, con una sonrisa auténtica al recordar los consejos de la pelirroja.

Estaba haciendo tan buenos amigos en Múnich que no podía creérselo. Todo iba tan bien… que parecía irreal.

—Excelente. Es una chica estupenda —aseguró la mujer, con sincero afecto.

Se notaba que le tenían mucho aprecio en aquella familia y eso era bueno.

Disfrutaron de un agradable desayuno en familia y una conversación distendida.

—No sabes la envidia que me dais, yo tuve que aguantar ese coñazo toda la noche cuando todo lo que quería hacer era coger a Suzy y llevármela lejos. —Oyó Candela que Elliot le decía a su hermano, en tono quejumbroso.

Este se solidarizó con él.

—Deberías haberlo hecho. De todos modos, es a mí a quien van a sacar en la primera plana de los periódicos por mi arrebato sobre el escenario —replicó, sin el más mínimo indicio de arrepentimiento.

Candela sonrió.

—*Touché*. Te has vuelto un rebelde, hermanito —bromeó Elliot, haciendo reír al aludido.

—Bueno, ya tocaba.

—Deberíais ver cómo arden las redes después de ese beso apasionado, hijo, no se habla de otra cosa —lo informó su madre, que lo había oído todo.

Parecía emocionada, todo lo contrario que su esposo, que frunció los labios con desagrado.

Candela se puso pálida y los dos hermanos compartieron una mirada tensa.

—Las revistas de chismorreos nos persiguen desde hace años y por fin han encontrado con qué sacar jugo. Haré unas llamadas y lo solucionaré, ni mi futura esposa ni yo somos sus payasos de entretenimiento —zanjó, autoritario, aflojándose la corbata del traje. Lo hacía siempre que estaba molesto.

Hasta ese punto había interiorizado sus gestos y tics.

—¿Puedes hacerlo? —se asombró ella, ignorando cómo iba aquello.

Günther asintió.

—No es sencillo que cedan, pero podemos acallarlos con una exclusiva. Así, si hablan al menos será con fundamentos. ¿Te parece bien? Si no, no lo hacemos —aseguró, queriendo que ella estuviera cómoda por encima de todo.

Las mariposas de su estómago aleteaban a toda máquina.

—Sí, creo que será lo mejor —accedió.

No le entusiasmaba, pero si lo preparaban a conciencia podía salir bien. Además, eso les daría margen para ganar tiempo.

Menos mal que sus padres, desde España, no eran muy propensos a los cotilleos ni usaban redes sociales. Y sabía que Abril no les diría nada, antes muerta, pero sí que pondría el grito en el cielo como no la llamara pronto. Tenían la regla no establecida de contarse todas sus cosas antes que a nadie, era como su hermana.

Y ya no podía seguir postergándolo más. No se sentía cómoda.

Así que se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Tengo que subir un momento arriba a hacer unas llamadas, ahora vuelvo —anunció. Y tras hacerle saber con un asentimiento a Günther que no era nada malo, se encaminó hasta su habitación.

¿Cómo resumir en palabras todo lo que estaba viviendo? A veces ni ella misma se lo creía, pero era más feliz que nunca y se moría de ganas por compartir esa dicha con su amiga del alma.

Sin embargo, nada más desbloquear el móvil que se hallaba encima de su cama, supo que algo no iba bien.

La avalancha de notificaciones que la recibió bastó para ponerla en alerta; tenía doce llamadas perdidas de sus padres, casi cuarenta mensajes de voz de Abril y tres de su hermano. Le entró el pánico.

Empezó por su mejor amiga y tuvo que sentarse en cuanto el primer audio empezó a reproducirse. Abril estaba histérica y hablaba tan deprisa que hasta se comía algunas palabras. No era para menos.

—Candela, ¿por qué no contestas los mensajes? No sé si estás ocupada, pero tienes que escucharlos en cuanto puedas. Ese cabrón de Sergio te ha fastidiado pero bien. ¡Se ha enterado de lo del compromiso por los medios y ni corto ni perezoso se ha presentado en el bar de tu hermano para contárselo todo!

Ella se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo. ¿¡Que esa sabandija había hecho qué!?

¿Pero cómo demonios un tipo como Sergio estaba al corriente de las noticias y cotilleos germanos? Seguro que la estaba acosando por ahí ahora que lo había bloqueado en todas partes.

Al parecer, eso no era impedimento para él. A saber lo que le había contado.

Su hermano estaría que echaba humo, siempre se lo contaban todo y era muy protector.

Siguió escuchando y la cosa cada vez pintaba peor.

—Jorge se puso como loco, con decirte que casi le parte la cara… Pilar me avisó enseguida. —Pilar era su cuñada, la mujer de su hermano, y era muy amiga de Abril también—. Cuando fui me interrogó. No atendía a razones, nena, dijo que era tu cómplice y

que seguro que te estaba encubriendo todo. Le pedí que te llamara para aclarar las cosas cuando se calmara, no quise hablarle del falso contrato porque con el genio de tu hermano es capaz de presentarse en Múnich y liar la de Dios.

Oh, de eso estaba más que segura.

El resto de audios iban desde la congoja, hasta los exabruptos e incluso Abril, llevada por la ira, se ofreció a partirle las piernas con su bate de béisbol al cretino de Sergio.

No era que no le resultara tentadora la idea, pero no merecía la pena. No se iba a salir con la suya.

Decidió enviarle también unos audios a su amiga para agradecerle que la avisara y tranquilizarla asegurándole que se encargaría de hablar con su familia y aclararlo todo —omitiendo lo del contrato, por supuesto, pues no quería que se sintieran más decepcionados de lo que ya estaban— y después le pidió disculpas por tardar tanto en contestar, prometiéndole que la llamaría en cuanto pudiera.

Tuvo que llevarse las manos a la cabeza, afectada por el inicio de lo que parecía una persistente jaqueca fruto del disgusto.

Marcó el número de su madre y esperó a que contestara, comiéndose las uñas y a punto de llorar. Se sentía como la peor de las hijas. Ella nunca había hecho algo así y aunque sabía que ellos no se creerían las calumnias del resentido de Sergio, deberían haberse enterado por ella y no por terceros.

Al final, Julia Flores cogió el teléfono y mantener la compostura nunca le había costado tanto a la joven.

—Mamá, lo siento mucho. Me acabo de enterar de lo que ha pasado y no sabes cuánto lamento que os hayáis tenido que enterar así, iba a contároslo, te lo prometo, pero…

Su madre la interrumpió, temiendo que le diera algo por la congoja y a ella le regresó el alma al cuerpo al ver que no había rastro de enfado en su tono, sino que se mostró dulce y serena como siempre.

—Tranquila hija, me conoces y sabes que no voy a sacar conclusiones hasta que no escuche de tus labios tu versión. Pero admito que me sorprende, llevas poco tiempo allí, ¿cómo que ya te

has comprometido? ¿Quién es ese guapo joven con el que sales en la revista?

Su padre, en cambio, era un hombre algo más chapado a la antigua y lo oyó protestar desde el otro lado del auricular.

—Eso, eso, tú dile que no se preocupe. Aquí a nosotros casi nos da un infarto. Mi niña comprometiéndose con un milloneti estirado así por las buenas, ahora sí que lo he visto todo. Dile que se ponga, Julia, que me lo explique porque yo no lo entiendo.

—Pon el manos libres mamá, que papá se quede tranquilo, que os lo voy a explicar todo. ¿Está Jorge en casa también? —Inquirió. Lo mejor era aprovechar y pasar el mal trago del tirón.

—No cariño, Pilar y él han salido a comprar. El pobre está que se lo llevan los demonios. Ayer casi le da una paliza al tipo ese, Sergio… sabes que nunca ha sido santo de nuestra devoción, pero caer tan bajo como lo hizo anoche hablando mal de ti…

—¡No, no, su hermano hizo muy bien! ¡A ese me lo tenían que dejar a mí que de una hostia lo mandaba volando a Rusia! —bramó su padre, encendido.

De no haber estado tan preocupada, Candela se habría reído. Sabía que hablaba en serio. Su padre era un poco bruto, pero tenía un gran corazón. Igual que su hermano. Esperaba poder hablar después con él y aclarar las cosas.

—Sergio lo ha hecho porque estaba despechado y pienso ocuparme de ponerlo en su lugar, no os preocupéis, y vosotros si lo veis ni caso, no caigáis en sus provocaciones. En cuanto a Günther… —Se mordió el labio. Le dolía en el alma seguir con aquella mentira, pero la opción de confesarles lo del contrato quedaba totalmente descartada. Sabía que no lo entenderían y no quería que se desilusionaran más. Tal y como estaban las cosas entre ellos, viento en popa, era lo más viable porque ya no estaban fingiendo—. Es mi jefe y sí, es verdad que me he enamorado. Y sé que es una locura porque lo he conocido hace muy poco, pero ha pasado sin más. Me… me hace feliz —resumió, con simpleza.

Y en aquel momento, como si lo hubiera invocado, Günther apareció en el umbral, con semblante preocupado.

No había podido contenerse al ver que demoraba tanto y subió a comprobar si estaba bien. Por eso, al ver la humedad en sus mejillas se puso en alerta.

Su mujer estaba llorando, ¿por qué?

Se acercó con cautela y ella le devolvió una mirada pesarosa. Permaneció a la escucha, dándole su espacio.

No le tomó mucho tiempo deducir lo que pasaba, a juzgar por los retazos de la conversación que fue captando. Y sintió que le hervía la sangre.

Iba a estrangular a ese bastardo, era capaz de coger un vuelo aquel mismo día si era preciso. Había hecho llorar a su preciosa mujer y eso tenía un precio.

Ella entrelazó su mano pequeña y delicada entre la de él y se calmó, involuntariamente. Lo tenía comiendo de su mano, aquello era inaudito.

Haría lo que fuera por esa mujer y eso le daba miedo, porque era un sentimiento desconocido y puro, nunca pensó que pudiera sentir algo así por nadie. Pero había empezado con una mentira y eso nunca era buena señal.

Ella ya estaba sufriendo las consecuencias de su egoísmo. ¿Sería demasiado tarde para enmendarlo? Solo el tiempo lo diría.

Dejó que ella terminara de explicarles a sus padres lo sucedido y ellos, pese a algunas amenazas bien audibles y gráficas que el señor Flores lanzó contra él y que pudo oír con claridad meridiana, acabaron comprendiéndolo y no la juzgaron.

Günther no se apartó de su lado en ningún momento, ni soltó su mano. Lo más peliagudo vino cuando le tocó explicárselo a su hermano, que no se mostró tan comprensivo.

Incluso exigió que Candela le pasara a Günther y cuando ella se negó, avergonzada, exclamó que le cortaría los huevos como le hiciera daño y que él no confiaba en un tío que de la noche a la mañana iba por ahí tirándole los trastos a su empleada.

—Es algo muy poco profesional. ¿Tú has visto la cara de mujeriego que tiene, joder? Que yo no me fío un pelo de los cabezas cuadradas esos, ¿eh?, como te haga daño lo mato —bramó, a pleno

pulmón. Desde luego que con esa voz podría haber sido tenor, fácilmente podrían haberlo oído hasta en China.

Candela se tapó la cara, roja como un pimiento, y de fondo se oyó una voz suave de mujer pidiéndole calma. Era Pilar, que tenía el cielo ganado.

—Jorge, tranquilo, te aseguro que Günther no es así. Confía en mí, ¿vale? —Intentó tranquilizarlo Candela, sin mucho éxito.

—Con el gusto de mierda que tienes, no sé yo… si no mira cómo ha resultado el Sergio de los cojones. Si no me llegan a sujetar anoche duermo en el calabozo, a ese le cambio hasta el DNI... —soltó, escandalizando a Candela.

Günther, por el contrario, se rio.

Le caía bien su cuñado. Aunque le daba que iba a tener que ganárselo. Y era lógico.

—Por Dios, no seas tan bestia. Quédate tranquilo, en serio, yo estoy bien. —Vaciló, un poco avergonzada por lo que iba a decir con el alemán delante, pero ya no quería ni podía callarlo más—. Estoy enamorada —confesó, con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes.

Al oírlo, Günther se quedó mudo. La boca se le secó, el corazón empezó a latirle como un tambor y la entrepierna se le endureció.

¿Candela acababa de decir que estaba enamorada de él?

Algo bueno debía haber hecho en la vida para que un ángel como ella se enamorara de él, pero no pensaba dejarla escapar. No cuando la correspondía con el mismo fervor.

Solo tenía que encontrar el modo de poder expresarle sus sentimientos. ¿Por qué le costaba tanto? Solo eran dos palabras.

Hasta Jorge se aplacó con aquella confesión. En opinión de Candela, aquello era todo un milagro.

—Bueno, bueno, no te pongas moñas que lo creeré cuando lo vea. A ver si lo traes aquí para que lo conozcamos. Ya te diré yo entonces lo que me parece. Cuídate, hermanita, y más te vale que me tengas informado —le advirtió, mucho más suave.

—Lo haré, descuida. Un beso —aseguró y se despidió, ya más tranquila.

Se sentía en cierto modo aliviada, a pesar del mal trago que había pasado.

—Tengo que llamar a Abril y ya termino, ¿vale? Siento haberme levantado así de la mesa, si quieres vuelve abajo… —intentó seguir hablando, pero no pudo porque él la acalló con un beso que hizo que le flaquearan las piernas.

No se esperaba esa reacción tan expresiva por su parte, pero la alegró.

—Quiero estar contigo —aseguró, en cuanto se hubieron separado para tomar aliento.

Ella se sonrojó otra vez y asintió, arreglándose el pelo con una sonrisa.

CAPÍTULO 32

Abril descolgó al segundo, señal inequívoca de que estaba pendiente del teléfono. Lo primero que salió de su boca hizo que Candela deseara que se la tragara la tierra en aquel instante.

—¡Al fin me llamas, mujer! Me tenías muerta de nervios. ¿Qué? Seguro que tu alemán buenorro te ha estado follando a base de bien, ¿eh, suertuda?

Günther no pudo contenerse y se echó a reír a carcajadas, para nada afectado. Todo lo contrario que Candela, que no sabía dónde meterse.

—Abril, está aquí a mi lado… —advirtió, entre dientes.

Pero lejos de sentirse abochornada, su amiga reaccionó como si nada y lo saludó con total confianza. Era incorregible.

—¡Anda, qué bien! Así aprovecho para conocerlo por fin. Hola, Günther, encantada. Soy Abril, la mejor amiga de Candela. Me ha hablado mucho de ti, como habrás comprobado —soltó, con desparpajo.

—Encantado de conocerte también, Abril. Espero que más cosas buenas que malas —dijo él, risueño.

—Mmm… sí, de momento vas aprobando, pero te voy a estar vigilando a ver cómo te portas —espetó, quedándose tan a gusto. Candela emitió un ruidito de consternación. Y eso que ambos parecían haberse caído bien.

—Me parece justo, ahora os dejo hablar tranquilas —comentó él, dedicándole a su chica una mirada de «No pasa nada». Ella se relajó un poco, pero seguía dándole vergüenza.

—Bueno, pues ya he hablado con mis padres y Jorge… ha costado, pero lo han entendido. ¿Que has hecho qué? No, Abril, no gastes energía con ese imbécil. La puede emprender contra ti… Ya, yo tampoco sabía que estaba acosándome. Pues se habrá enterado

buscando por la prensa, pero es que apenas fue anoche. Bueno, ya está… Sí, fue maravilloso pero no seas cotilla.

Ahí Günther sonrió. Definitivamente Abril le caía muy bien por ir a enfrentar a ese imbécil.

Y ahora seguro que le estaba sonsacando sobre el sexo que mantuvieron. Al parecer, a todo el mundo le interesaba sobremanera la intimidad que ambos compartían.

A él no le importaba que lo supiera el mundo entero, eso por descontado.

Esperó pacientemente a que terminaran de hablar y cuando al fin colgó el teléfono —no sin antes prometerle que no volvería a pasar más de veinticuatro horas sin dar señales de vida— Candela se le echó a los brazos, tomándolo ligeramente por sorpresa.

Antes de ella, podía contar con los dedos de una mano las muestras de afecto que había recibido y ahora le encantaba que lo abrazara y besara como a un peluche.

A regañadientes, bajaron a terminar el desayuno, pues estaban seguros de que si tardaban mucho más doña Ingrid subiría a buscarlos y los llevaría de la oreja. Esa mujer tenía una energía que ya la quisieran muchos jóvenes. Ahora entendía Candela por qué le tenían tanto respeto.

Afortunadamente, nadie le preguntó nada acerca de su ausencia y eso le ahorró tener que darles los bochornosos detalles.

Al terminar, como hacía un día estupendo y era domingo, Günther le propuso salir a montar por los alrededores de la propiedad para despejarse por lo acontecido, a lo que ella accedió entusiasmada.

Le encantaban los caballos, a pesar de que solo había montado un par de veces en toda su vida. No podría habérsele ocurrido un plan mejor.

Los padres de Günther subieron a su cuarto a adelantar trabajo —realmente eran adictos— y doña Ingrid a descansar. Elliot, por su parte, se levantó de la mesa sospechosamente absorto en su móvil. A buen seguro, hablaba con Suzy.

Así que, después de pasar por el cuarto para ponerse ropa más cómoda, Candela dejó que Günther la guiara por aquella vasta

extensión de terreno hasta las caballerizas para elegir a su montura. Ella estaba tan emocionada que parecía una niña, dando saltitos y exclamando lo contenta que estaba.

—Así quiero que estés siempre; feliz —le dijo él, robándole un beso rápido—. Mira, ella es Dulce. —Señaló a una preciosa yegua blanca con un par de manchas negras que parecía de lo más dócil—. Es perfecta para ti.

—Es preciosa —comentó, acariciando su grupa con mimo. El animal relinchó de gusto y ella se rio.

—Ven, te ayudo a montar. —La asió de las caderas y la levantó para que subiera a lomos de Dulce, a quien uno de los mozos ya había ensillado. Estaba lista para ella.

Candela tomó las riendas, al principio algo insegura, pero enseguida se relajó y cuadró los hombros, disfrutando de la experiencia.

—¿Has montado alguna vez antes? —preguntó él, para saber a qué atenerse.

—Un par de veces en un campamento, cuando era pequeña —contestó, sabiendo que estaba lejos de catalogarse como una amazona experimentada.

Él asintió y montó tras ella. Ahogó un jadeo por la sorpresa, pero debía admitir que le gustaba que él estuviera con ella por si surgían complicaciones y tenerlo pegado a sí por completo… hacía todavía más estimulante la experiencia.

—Relájate y no tengas miedo, los caballos se guían por los estados de ánimo de su jinete. Haz como que yo no estoy y espoléala un poco con el pie en el flanco para que avance. Irá al ritmo que le marques —le indicó, transmitiéndole calma y seguridad.

Ella hizo lo que le había dicho y cuando Dulce empezó a trotar suavemente se giró hacia Günther y le sonrió.

—Vas muy bien.

—¡Es maravilloso!

Se sentía libre y despreocupada, como si el peso de todos sus problemas se hubiera disipado. Aquella era una sensación indescriptible y se dio cuenta de que juntos estaban construyendo recuerdos llenos de magia.

Poco a poco, sin que se diera cuenta, Dulce había acelerado el paso —no llegaba al galope, pues ella era demasiado principiante, pero sí podía sentir el viento en la cara al recorrer la verde extensión de terreno que se abría paso a sus pies— y dejó escapar un grito de júbilo al que Günther se unió tiempo después.

Las horas pasaron volando y cuando ya las piernas empezaron a cansársele decidieron desmontar para descansar un rato y se tumbaron sobre el pasto. Él la estrechó contra sí y la tumbó sobre su pecho, mientras que ella le acarició la áspera barba castaña que le había crecido en aquellos días y que tendría que afeitarse pronto. Aunque le gustaba, le daba un aire todavía más sexy y desenfadado.

—¿Te ha gustado? —Inquirió él.

—¿Bromeas? Ha sido la sensación más increíble de mi vida y…

Se interrumpió en mitad de la frase, con la sonrisa muriendo en sus labios al ver a un hombre que se dirigía a todo galope hacia ellos. Era uno de los trabajadores y de inmediato Candela alertó a Günther y se levantaron para salirle al encuentro.

A ella la invadió un mal presentimiento.

—Espera aquí —le indicó él, alcanzándolo justo cuando el pobre desmontaba y se paraba a recuperar aliento. Se le veía francamente agitado e inquieto.

—¿Qué pasa, Jakob?

El hombre tragó saliva, tratando de suavizar el impacto que iba a suponer la noticia para Günther.

—Siento interrumpirles, señor Günther, pero su madre estaba muy mal y como no contestaba el teléfono he venido a avisarle…

—¿Qué? ¿Qué demonios está pasando? ¡Ve al grano! —exigió él, impacientándose. Estaba cada vez más nervioso. No debería haber dejado el móvil dentro de casa.

—Es su padre, ha sufrido un infarto y lo han tenido que trasladar al hospital.

Günther se derrumbó.

CAPÍTULO 33

Fue apenas un instante, pero Candela vio el caleidoscopio de emociones que afloró en su rostro como en un libro abierto.

Sin embargo, aquel hombre era mucho más fuerte de lo que había imaginado y se recompuso prácticamente al instante, manteniendo la sangre fría para actuar con la premura que requerían las circunstancias.

Y Candela lo admiró todavía más por eso.

De haber estado en su lugar, le habría entrado un ataque de pánico. Pero él se mantenía estoico para cuidar de su familia.

—¿Cuánto hace que se lo han llevado al hospital? —Inquirió, montando en la yegua con una rapidez de reflejos envidiable. Candela no vaciló un segundo cuando él le tendió la mano para que subiera tras él.

—Hace más de media hora, señor.

Una vez estuvo bien aferrada a su espalda y mientras el hombre que había acudido a avisarlos se colocaba también en su cansada montura, él espoleó a Dulce para que fuera al galope.

Si a él le molestó la tardanza con que lo habían avisado, tampoco lo demostró. Quizá porque se sentía culpable por no haber estado allí.

Aquella solo era una razón más con la que fustigarse cuando estuviera a solas y pudiera permitirse el lujo de desmoronarse.

Espoleó a su montura al límite y cuando llegaron al jardín apenas se detuvo para avisarla de que iría a por las llaves del coche para conducir hasta el hospital.

Solo entonces Candela cayó en la cuenta de que no sabían a cuál de todos se lo habían llevado y así se lo hizo saber, entrelazando las yemas de sus dedos con suavidad.

—Cierto… llamaré a Elliot. Espérame aquí, por favor —pidió, con una calma tan helada como desconcertante.

Ella asintió. Se sentía inútil e insignificante.

Por alguna razón, el hecho de que Günther estuviera tan tranquilo e impasible después de haberle dado aquella terrible noticia la inquietó más que si hubiera estallado en un ataque de furia.

Es decir, sabía que él era muy frío y mantenía el autocontrol hasta en las situaciones más inusitadas, pero en aquella ocasión se trataba de su padre.

Podría haber muerto.

Tal vez estaba en *shock*, eso era. Pero hablaba tan calmado y en control con Elliot por teléfono que Candela no supo qué hacer, ni cómo ayudarlo.

Aguardó a que terminara y acudió a su lado.

—Está en el Rechts der Isar —le informó y ella respiró aliviada, pues por lo poco que pudo deducir, era de los mejores. Allí le ofrecerían los cuidados que precisara hasta recuperarse, porque a Candela no le cabía duda de que saldría de aquella.

—Voy contigo —resolvió, tajante. Quería estar a su lado y darle apoyo en aquel duro momento donde necesitaba más consuelo que nunca.

Lo conocía lo suficiente como para saber que se sentía culpable, aun cuando no era nada más lejos de la realidad.

—Bien, sube al coche —indicó, en el mismo tono.

Roger se ofreció a llevarlos, pues era su trabajo, pero él lo desechó con un gesto y ya estaba arrancando cuando ella ocupó su lugar y se abrochó el cinturón a toda prisa.

—¿Quieres que conduzca yo? No deberías... someterte a más estrés —aventuró, algo insegura. Era hora punta, así que el tráfico era infernal.

Sin embargo, sabía cuál iba a ser su respuesta.

Él contestó de inmediato, rechazando el gesto.

—No hace falta, estoy bien. Vamos.

Salió derrapando segundos después.

Lo observó de reojo.

Nuevamente, sin signos de afectación. ¿Cómo lo hacía? Era imposible que no estuviera preocupado, lo conocía lo suficiente como para saber que quería a su padre, aunque no fuera muy dado a las demostraciones de afecto. Así lo habían educado, así que no era culpa suya.

Guardó silencio mientras ocupaba su asiento habitual en el copiloto.

Él sabría cómo gestionar sus emociones, pero no pensaba moverse de su lado hasta que todo aquello pasara.

Ojalá que el señor Von Ziegler estuviera bien.

...

El trayecto fue mucho más corto de lo usual debido a la conducción temeraria de Günther y Candela se agarró a su asiento, temerosa de salir volando por los aires.

Habían puesto el manos libres y un Elliot que, pese a hallarse afectado por encontrarse junto a su padre en el momento del infarto —su rápida reacción y la RCP que le practicó fueron cruciales para salvarle la vida— los había estado informando de todo, puesto que su madre había sufrido un vahído fruto de la impresión y la abuela estaba en estado de *shock*.

Afortunadamente, lo peor ya había pasado y lo estaban examinando. Él estaba consciente y no presentaba signos de afectación.

Aun así, Günther y Candela corrieron por el parking hasta llegar a Cardiología.

Allí se encontraron a doña Ingrid, que regresaba del brazo de una enfermera. Al parecer, había tenido que examinarla.

—Abuela, ¿qué te ha pasado?

—Solo ha sido un mareo, no te preocupes por mí —contestó, restándole importancia.

—Su abuela se ha desmayado. Ha sido el susto, pero debería asegurarse de que coma algo y descanse, está muy afectada —indicó la enfermera, a lo que la anciana la miró mal.

—Bah, no exageres niña. Ahora lo que importa es mi hijo y no pienso moverme de su lado —declaró, tajante.

Günter y Candela se sentaron junto a ella.

—¿Están con Marcello? —Quiso saber él.

—Sí, en cuanto nos ha visto llegar ha hecho pasar a Albert. Han dicho que le harían unas pruebas y… es que ha sido tan de repente… —Se le quebró la voz y se llevó las manos a la cabeza.

De inmediato, Günther la sostuvo por miedo a que volviera a desplomarse y Candela hizo lo propio, preocupada.

—Abuela, tienes que descansar… —insistió, pero doña Ingrid no quería ni oír una palabra de eso.

—Ya te he dicho que no es nada, lo haré cuando mi hijo vuelva a casa y me aseguren que todo va bien. Anda, ¿por qué no pasas antes de que le hagan las pruebas y te pones al día de su diagnóstico? Aquí solo me pones más nerviosa, id los dos, vamos. —Los despachó, sin contemplaciones.

Günther se quedó con la boca entreabierta.

—Pero abuela…

—Nada de peros, muchacho. Andando.

Y cualquiera le llevaba la contraria…

—Tome al menos una infusión, doña Ingrid. Le templará los nervios. Déjeme que se la traiga, por favor.

Era Candela, que le habló con un cariño y ternura que dejaron a Günther sobrecogido, admirando a la mujer que amaba.

Incluso la terca señora Von Ziegler se ablandó y asintió.

Günther permaneció inseguro en la puerta y ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora para animarlo.

—Anda, entra, ahora voy yo.

Obedeció, a sabiendas de que no podía dejar a su abuela en mejores manos.

Cuando entró en la consulta, lo primero que hizo fue echar un vistazo a la silla donde su padre se hallaba sentado, para asegurarse de que estuviera bien.

Y se le veía como siempre, algo más pálido y tenso, pero bien. Aun así, no se permitió relajarse. Tenía la camisa desabotonada y Marcello lo estaba reconociendo.

Su especialidad era la Cardiología, de ahí que fuera el encargado de las revisiones periódicas que tenía programadas. No era la primera vez que se veía aquejado del corazón, pero hasta entonces nunca les había dado un susto como aquel.

Günther le estrechó la mano y el doctor lo puso al tanto. Elliot abrazaba a su madre, que tenía los ojos rojos e hinchados.

Él mismo estaba bastante afectado y no era para menos. Pero como el propio Marcello remarcó, su intervención fue crucial para salvarle la vida a su padre.

—Como le decía a tu padre, tiene que cuidarse más. Llevar una dieta saludable y dejar el tabaco no basta si se somete a esas cantidades ingentes de estrés que ponen su salud en riesgo. Su corazón podría no resistir un tercer asalto.

—Joder, papá, te dije que aflojaras el ritmo. Sabes que Elliot y yo podemos encargarnos de todo, ¿por qué no disminuyes la carga de trabajo? —lo regañó, sin poder contenerse.

—Porque no puedo permitírmelo. ¿Crees que habríamos llegado a ser una empresa líder a nivel mundial si me hubiera andado con remilgos? No. El éxito requiere sacrificios y ya tengo bastante con ser un puto inválido. No pienso ser un inútil —espetó, inflexible incluso en su estado.

—Papá vamos, sé razonable. Tu vida es más importante que el éxito —intervino Elliot, intentó razonar con él.

Günther, en cambio, se había quedado paralizado ante las palabras de su padre. Y aunque Candela sabía que no había pretendido dañarlo, él no podía evitar sentirse responsable.

Quiso tanto abrazarlo que le dolía físicamente, pero también entendió que necesitaba espacio.

—¿Cuántas probabilidades hay de que vuelva a ocurrir, Marcello? —Inquirió, yendo directo al grano.

—Las probabilidades son bastante altas. A menos que rebaje el estrés y lleve una vida tranquila.

Günther apretó la mandíbula y asintió. De súbito, abandonó la consulta como un vendaval.

Candela echó a correr tras él, mientras los gritos de su madre llamándolo resonaban. Incluso Elliot y la abuela se le unieron. Pero

él no se detuvo.

Necesitaba salir de allí con urgencia. Sentía que no podía respirar y todo se le venía encima. Y ni siquiera se detuvo a esperar a Candela, que iba tras él.

No podía. Simplemente, no podía.

Entretanto, Candela corría infatigable en su busca. El corazón le latía a toda velocidad por la carrera, pero no pensaba detenerse hasta alcanzarlo. No pensaba abandonarlo en su momento más vulnerable.

Pudo alcanzarlo en las escaleras del parking.

Había salido como una exhalación del hospital, probablemente para que nadie lo viera en su momento más vulnerable, y ni siquiera se había acordado de ella. Pero no podía reprochárselo.

Tenía el cuerpo rígido como una tabla y sus nudillos se pusieron blancos cuando se aferró al poste de una farola cercana. Hizo tanta fuerza que Candela tragó saliva, insegura acerca de si debía acercarse más. Parecía como si quisiera arrancarlo de cuajo.

Al final no pudo soportarlo más y le puso una mano en el hombro con suavidad.

—Günther... tranquilo, tu padre es fuerte y saldrá de esta —dijo y no solo porque quisiera reconfortarlo, sino porque de verdad lo creía.

Él asintió, todavía sin volverse.

Vaciló un poco, pero al final tiró de sus hombros hasta que consiguió que se volviera para mirarla. Sus ojos ardían con un fuego desconocido, lo que confirmó sus sospechas: Günther se lo guardaba todo dentro y cuando finalmente explotaba... era como un volcán.

Probablemente estuviera a segundos de estallar. Pero ella no pensaba marcharse.

—Eh, no hay nada de malo en que te desahogues.

—¿Tú crees?

Habló al fin, con la voz ronca y visceral, con un matiz incluso vulnerable.

Candela asintió, pero no esperaba la reacción explosiva que él tuvo.

Lentamente, se separó de ella y le dio la espalda, para acabar asestándole un tremendo puñetazo a la pared. El golpe fue tan fuerte que sus nudillos restallaron, pero él estaba ciego de ira y ni siquiera sintió el dolor.

Candela ahogó un grito, pero antes de que pudiera detenerlo él estaba propinando un segundo golpe y todavía pudo dar un tercero con la otra mano hasta que ella logró reaccionar y corrió a sujetarlo, envolviendo los brazos alrededor de su cintura y tirando de él hacia atrás.

Era muy fuerte y sabía que nunca habría conseguido calmarlo si él no la hubiera dejado. Todo su cuerpo temblaba y su respiración era un desastre.

Ella siguió conteniéndolo, por miedo a que volviera a explotar. Pero parecía que toda esa adrenalina y fuerza desatada nacida de la ira y la impotencia se había esfumado y en su lugar quedaba el Günther más humano que hubiera visto nunca.

Tenía los ojos húmedos y eso la impactó. La estaba dejando ser testigo de su lado más vulnerable y eso les confirió otro tipo de intimidad.

—Shh, tranquilo, estoy aquí —susurró, para calmarlo, acariciando su cabello. Él se dejó hacer y para su sorpresa reaccionó abrazándola con intensidad, con todas sus fuerzas.

Ella correspondió al gesto, dejándose llevar por aquella muestra de cariño.

—Gracias —musitó y cuando se separaron la impactó comprobar que él tenía los ojos húmedos. Sintió que se le encogía el corazón al verlo así y no ser capaz de ayudarlo.

—No digas tonterías. En las buenas y en las malas, aquí voy a estar —aseguró.

Y entonces…

—Te quiero.

Lo dijo así, sin más, con toda naturalidad y sin el menor ápice de arrepentimiento. Incluso él se sorprendió ante la facilidad con que aquellas dos palabras habían salido de su boca, pues en las ocasiones anteriores en que trató de pronunciarlas simplemente se había bloqueado.

Y ahora entendía por qué. No era el momento.

No lo había sido hasta aquel instante.

Candela estaba tan emocionada que le costó un poco que le salieran las palabras. Pero enseguida se recompuso y pasó los dedos por su perfecto rostro, desde la nariz recta, hasta los pómulos angulosos, para posarse en su boca carnosa.

—Yo también te quiero —aseveró, antes de besarlo en los labios con premura.

Él la estrechó contra sí y se permitieron el lujo de disfrutar del momento como si las manecillas del reloj se hubieran detenido por un glorioso instante en el que solo existían ellos dos y la fuerza de aquella confesión arrolladora que lo volvía todo mucho más real y estimulante.

—Será mejor que volvamos, tienen que curarte eso —dijo, haciendo un esfuerzo supremo para mantener la distancia que los separaba y no volver a sucumbir. No era el momento.

—Está bien. —Claudicó él.

Juntos emprendieron el camino de vuelta al hospital.

En el pasillo, deambulando como un león enjaulado, se encontraron con Elliot.

De inmediato, Günther se acercó hasta su hermano —quien enarcó las cejas al ver las heridas de sus nudillos sangrantes, pero no hizo ningún comentario— y le preguntó por su padre.

—Están haciéndole las pruebas, tardará un poco. Mamá y la abuela se han quedado en la sala de espera, pero yo… no puedo. Hay algo que debes ver.

Aquello los tomó por sorpresa a ambos.

—¿De qué se trata? —Inquirió el mayor, pinzándose el puente de la nariz.

Sin más preámbulos, Elliot se sacó un sobre del bolsillo de la americana y se lo tendió, con el rostro contraído de rabia.

Con el ceño fruncido, Günther lo abrió. Candela se situó a su lado para poder vislumbrar su contenido, mientras Elliot se sinceraba.

—Cuando ocurrió… el infarto, yo estaba con padre en el despacho. Estábamos discutiendo —se interrumpió

momentáneamente para inspirar hondo y recobrar la serenidad perdida. No era para menos, eso pudieron comprobarlo pronto—. Alguien le envió estas fotos íntimas mías… con Suzy. Se enteró de la peor forma y no tengo ni idea de quién ha sido el bastardo que ha hecho esto.

Efectivamente, allí estaban; cuatro fotos de la pareja en situaciones comprometidas. Cada una se había tomado en un lugar distinto. Desde el beso que compartieron a dos calles de la oficina, hasta una instantánea de ellos paseando por el parque tomados de las manos y otras dos haciendo el amor… en la habitación de un hotel.

—¿Pero qué diablos? —exclamó Günther, tan confuso como enfurecido por las implicaciones que ello conllevaba.

Elliot estaba igual o peor.

Y Candela ahogó un grito, sintiéndose fatal por su amiga, quien todavía no sabía nada de aquello.

Alguien los estaba espiando, pero ¿con qué fin?

CAPÍTULO 34

Günther y Candela no daban crédito a lo que acababan de ver. Simplemente no podían concebir que algo así estuviera sucediendo.

Y ni hablar de Elliot, que se sentía fatal por todo lo que aquellas malditas fotografías habían desencadenado sin que él hubiese podido evitarlo.

¡Ni siquiera tenía constancia de que se las habían hecho!

Mucho menos de que los seguían.

Y por más que se había roto la cabeza tratando de averiguar quién podía estar detrás de algo tan ruin, no se le ocurría nadie.

—Esto es muy grave Elliot, ¿cómo coño pudieron fotografiaros en la habitación de un hotel? ¿Quién estaría tan enfermo como para hacer algo así?

La indignación de Günther era más que palpable en su tono.

Elliot resopló una risa malhumorada y se revolvió el pelo, al borde del colapso.

—Ya lo sé y no tengo ni idea, joder. Ojalá supiera quién ha sido el hijo de puta que está detrás de todo para darle su merecido, pero estoy en un callejón sin salida y lo peor es que todo esto ha sido por mi culpa y Suzy… ella ni siquiera sabe nada. ¡Todo esto es una puta mierda! —explotó, revolviéndose como una pantera cuando Günther trató de calmarlo.

—Eh, eh, sé que es una putada. Pero necesito que entiendas que nada de esto ha sido culpa tuya, ¿vale? Encontraremos una solución, confía en mí —le dijo y esas palabras bastaron para que el menor se aquietara entre sus brazos.

Los dos hermanos se envolvieron en un abrazo tan emotivo que Candela no pudo contener las lágrimas.

—Está bien, en cuanto pueda hablaré con ella y se lo contaré todo —afirmó Elliot, separándose de su hermano para recomponerse,

algo avergonzado.

Él le palmeó los hombros, orgulloso.

—Sabes que cuentas conmigo.

—Y conmigo —reiteró Candela, fundiéndose con él en otro abrazo.

—Lo sé —aseguró Elliot, a quien le costaba un poco gestionar tantas emociones de un golpe. Pero al final lo hizo—. Gracias por apoyarme. Cuando vi que papá empezaba a ahogarse… pensé que…

Se le rompió la voz y Günther lo acalló, atrayéndolo hacia su pecho por la nuca. Candela se sintió una privilegiada por poder ser testigo del amor fraternal que ambos se estaban regalando.

No tardaron en subir a planta a Albert, en silla de ruedas, acompañado de Elise —que ya tenía mejor aspecto— y de doña Ingrid, que se desvivía por su hijo.

Aquella mujer que siempre parecía de hierro se mostraba más humana que nunca y eso no dejó indiferente a nadie.

Marcello los seguía a una prudente distancia para darles privacidad. Günther hizo contacto visual con él para calibrar cómo había ido y su amigo le dedicó un asentimiento que se le antojó tranquilizador.

Aun así, no se quedaría tranquilo hasta que no escuchara de sus propios labios los resultados que arrojaban las pruebas.

—Todavía tiene la tensión alta y necesita reposo y sobre todo tranquilidad. Pero más allá de eso, actualmente todo está normal. Has tenido suerte, Albert; el infarto de miocardio que has sufrido ha sido leve, pero tendrás que hacerte exámenes periódicos para cerciorarnos de que todo marche bien —informó Marcello, con una pequeña sonrisa de aliento que Candela le devolvió.

El señor Von Ziegler, sin embargo, no ocultaba las ganas imperantes que tenía de marcharse cuanto antes.

—¿Con más frecuencia todavía? —Renegó como un infante y Elliot le dedicó una mirada torva. Aunque no tanto como la de Günther, que lo hizo recular un poco.

—Albert, es por tu bien. Obedece a Marcello, él es un profesional y sabe lo que hace —adujo sensatamente su esposa, que le dio las gracias al italiano, quien le restó importancia.

—No por favor, señora Von Ziegler, faltaba más. Es mi trabajo. No duden en acudir ante cualquier eventualidad —aseguró, brindándoles una sonrisa a pesar de su aspecto cansado.

—¿Entonces ya nos podemos ir a casa? —quiso asegurarse Elise, con una mano en el hombro de su esposo.

—Sí, ya podéis marcharos a descansar. Pero antes me gustaría hablar un momento con Günther, si es posible —dijo, a lo que el aludido asintió.

Ambos se apartaron hacia un rincón del pasillo dejando a Candela en ascuas. Por un momento, temió que el doctor pudiera contarle aquel incidente desagradable con Doménech, pero a juzgar por el gesto relajado de Günther, lo dudaba.

Elliot aprovechó para acercarse a ella discretamente. Todavía se lo veía bastante tenso.

—No les cuentes nada a mi madre ni a la abuela de lo que pasó, por favor. Ni siquiera mi padre ha dicho nada del asunto, así que es mejor no alterarlas más… —aventuró, pasándose las manos por la cara con evidente agobio y desespero.

Le pedía que callara… y ella se lo concedió, aunque se sentía cada vez peor por todos los secretos y mentiras que guardaba. Habían hecho las cosas mal desde el principio y aquel parecía ser el precio a pagar.

—Vale, no diré nada. Pero Elliot, si ocurriera algo más… —Dejó la frase en el aire, preocupada por que alguien pudiera oírlos.

El menor de los Von Ziegler entendió. Le había dado muchas vueltas y tenía la decisión tomada.

—En ese caso se lo contaré, no te preocupes. En cuanto a Suzy, mañana mismo la pondré al tanto. Hoy… quisiera estar con mi padre. Pensé que lo perdía, Candela y cuando cayó desplomado al suelo, yo…

Colapsó entre sus brazos y ella solo pudo estrecharlo con todas sus fuerzas, intentando transmitirle un poco de aliento. Las palabras estaban de más.

—Por suerte está bien y tiene la oportunidad de empezar a cuidarse. Debéis arreglar las cosas, Elliot —le aconsejó. Empezaba a

quererlo como a un hermano y sabía que el sentimiento era mutuo.

—Ya has visto cómo me evita —repuso, compungido—. Desde que era niño me he estado preguntando cuál es la necesidad de tanta represión. ¿Por qué no podía jugar o hablar con quien quisiera como los demás niños? ¿Por qué a mi hermano y a mí se nos trataba como a adultos y se nos exigía tanto? ¿Qué importancia pueden tener las clases sociales? ¿Acaso no somos todos personas? ¿Puede el cochino dinero comprarlo todo? Todavía a día de hoy no consigo entenderlo. —Se desahogó, con la rabia y la frustración brillando en sus pupilas.

Y Candela lo entendió y sintió que se le contraía el corazón de pena por aquel hombre que nunca había podido ser un niño. Al igual que Günther.

Recordó el día en que lo conoció. La tiranía y el despotismo que había mostrado.

Y comprendió tantas cosas que no pudo evitar sentir la misma impotencia que Elliot. Porque había tenido la oportunidad de conocer y convivir con los Von Ziegler lo suficiente como para saber que no eran malas personas. Si tan solo dejaran a un lado sus prejuicios… todo sería más fácil.

Sin embargo, ella no era quien para hacérselo ver. Solo sus hijos podían. Y ni siquiera eso garantizaba que sirviera de algo.

Quiso añadir algo más, pero en aquel momento Elliot se separó de ella al ver que su hermano se dirigía a su encuentro. Ya había terminado de hablar con Marcello, quien se despidió de ellos con su habitual sonrisa.

No, definitivamente no se lo había contado.

—¿Está todo bien? —le preguntó, intrigada.

A lo que él asintió.

—Sí, ya podemos irnos. Solo quiero que este día infernal acabe de una vez —clamó y echó a andar dejándolos algo descolocados.

Al final, lo siguieron y abandonaron el hospital. Günther empujaba la silla de ruedas para que su madre descansara un poco. Elliot estaba con ella, preguntándole cómo se encontraba.

Y entonces, aprovechando que iban rezagadas, doña Ingrid la sorprendió tomándola del brazo y dedicándole unas palabras que nunca habría esperado recibir de ella.

—No me iré por las ramas, niña. Al principio dudé que pudieras ser la mujer adecuada para mi nieto, pero ahora ya no tengo la menor duda de que eres exactamente la compañera que necesita. Gracias por cuidar de esta familia desastrosa.

No dejó siquiera que contestara, se subió al coche dedicándole un breve guiño.

Aquella mujer era una caja de sorpresas.

Pero Candela no pudo evitar sonreír ante aquel sincero elogio.

...

—¡Albert, túmbate un rato por el amor de Dios, el médico te ha mandado reposo! —clamaba una exasperada Elise.

—Ya te he dicho que no estoy cansado y me encuentro bien, no seas necia. Mañana tenemos una junta y…

—¡¡Deja ya de hablar del puto trabajo, no ves que casi te mueres!!

La discusión no hacía sino caldearse y Candela, oyéndolo todo desde su cuarto, miró a Günther con la preocupación patente en su gesto. Estaba tan tenso que parecía que en cualquier momento reventaría.

No hacía ni media hora que habían llegado a casa y sus padres ya estaban peleando. La abuela había tenido que encerrarse en su habitación, aquejada por una migraña, y Elliot estaba bebiendo como un descosido luego de que su padre se negara a hablar con él para arreglar las cosas.

La mansión era un auténtico caos y ella no sabía qué hacer para paliar las tensiones. Günther estaba de un humor de perros, así que no le había hablado para que se calmara. Pero no estaba funcionando y ella no podía seguir así.

—¿Y si intervenimos? Debe entender que es por su bien… —se atrevió a preguntar, insegura.

Él resopló, con mal genio.

—No va a entender, ni mucho menos a ceder, Candela. Y prefiero mantenerme al margen ahora mismo, o acabaré diciendo muchas

cosas de las que me arrepentiré —espetó, con los puños apretados. Le dolía verlo tan furioso.

—Está bien. Pero no puedes seguir dándole vueltas, mira cómo estás —indicó, notando que empezaba a respirar con demasiada celeridad.

Él suspiró, cansado de sentirse así. No estaba acostumbrado. Porque siempre se lo guardaba todo y ahora que ya no podía más era como una bomba.

Lo último que quería era pagarlo con ella.

—Tú… solo abrázame —le pidió. Le daba vergüenza confesarle que ella era la única capaz de calmarlo. Pero supo que no hacía falta verbalizarlo, ella estaba ahí siempre que lo necesitaba y ni siquiera la merecía.

Eso era lo que más lo torturaba. ¿Y si la estaba privando de conocer a alguien mejor, ahí fuera?

¿Estaba siendo egoísta al no darle la opción de romper el compromiso?

¿Por qué sentía que lo tenían todo en contra?

—Ven aquí —pidió, abriendo los brazos para que se refugiara en su regazo como si fuera un niño. Y él se acurrucó allí y dejó que pasara las manos por su pelo castaño dorado y lo masajeara hasta que la presión de su cabeza se alivió.

Y cuando depositó un beso tierno en su frente creyó que no podría contener las lágrimas, pero lo hizo. Quizá porque había repetido mecánicamente ese gesto tantas veces que le salía de manera natural, quizá porque ya estaba cansado de tener las emociones a flor de piel.

CAPÍTULO 35

Tuvieron un instante para ellos. Solo disfrutando del silencio y del consuelo mutuo que se proporcionaban, hasta que el timbre resonó fuera, indicándoles que tenían visita.

Él se incorporó de mala gana para ver de quién se trataba y ella lo acompañó, pues no quería quedarse con la duda ni permanecer encerrada en aquellas cuatro paredes.

Aquel día se le estaba haciendo insoportablemente largo.

Allí, en el umbral de la puerta, aguardaba una impaciente Savannah —junto a un crispado Karl— que, apenas los vio bajar, corrió a su encuentro, rebasando a Roger.

—¡Günther! Me acabo de enterar y hemos venido corriendo, ¿cómo está Albert? —Inquirió, preocupada. Era evidente el afecto que le profesaba a aquella familia.

El aludido suspiró y los invitó a pasar.

—Pasad y tomad asiento para que podamos hablar. —Invitó, a lo que Roger se marchó discretamente a la cocina para pedir que prepararan té y pastas para la visita.

No tuvo que pedirlo dos veces, porque Savannah arrastró a Karl dentro. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero Candela percibió cierta tensión entre ellos.

—Mi padre está bien, el infarto fue leve y por suerte Elliot pudo reanimarlo a tiempo. Le han hecho pruebas en el hospital y el médico le aconseja rebajar la carga de trabajo y estrés, pero… ya lo conoces —Günther dijo esto último tan frustrado como hastiado.

La pelirroja dejó escapar un suspiro que delataba su inconformidad y pareció que le costaba elegir las palabras oportunas.

—Siempre ha sido tan terco… siento mucho que hayáis pasado ese mal trago, si hay algo que pueda hacer…

Dejó la frase en el aire, insegura.

—Te lo agradezco. Que hayas venido a apoyarnos es suficiente, pero si quieres subir y hablar con él, está en su cuarto. —Ofreció, a lo que enseguida ella asintió y se puso en pie.

—Sí, me gustaría mucho. Así podré consolar también a Elise y saludar a Elliot —añadió.

—A ver si consigues que deje de beber, yo no tengo la paciencia ahora mismo —apostilló, tenso. Candela le puso una mano en el hombro y él cerró los ojos, apaciguado con el contacto. Siempre se calmaba con ella.

—Ya sabes que soy persuasiva. Karl, espérame aquí, no tardaré —le pidió a su guardaespaldas, que la fulminó con la mirada y dio varios pasos en su dirección.

—No va a ser posible. Me pagan por estar pendiente de ti las veinticuatro horas y no conozco esta casa, así que no voy a dejarte sola —repuso, con tanta firmeza que dejaba en claro que no admitía réplica.

Pero eso no le importó a Savannah a la hora de plantarle cara.

Poco a poco, se habían ido acercando tanto que estaban prácticamente pegados y se retaban con la mirada, ante el asombro de Günther y Candela.

—Y yo te aseguro que he estado aquí cientos de veces y me la conozco como la palma de mi mano, así que no va a pasarme nada. Por lo tanto, me esperarás aquí sin rechistar, ¿he sido clara? Demándame cuando dejes de trabajar para mi padre, que será pronto, ¿no? —espetó, dándole en el pecho con un dedo tieso que no le movió ni un centímetro.

Por toda respuesta él soltó un gruñido y se alejó, con la mandíbula tensa.

—¿Ves como nos entendemos? —soltó ella, como si nada e ignorando que el grandullón le lanzaba dagas con los ojos—. Bajo enseguida.

Y dicho lo cual, desapareció escaleras arriba.

Candela miró a Günther, haciéndole gestos para que se sentara. La estaba poniendo nerviosa con su deambular frenético, que bien se asemejaba al de un león enjaulado.

Al final, al ver que él no estaba por la labor —pues se limitó a encogerse de hombros como si la cosa no fuera con él— fue ella misma la que tomó la iniciativa.

—Esto… Karl—llamó y el aludido se giró, interrogante—. ¿Por qué no te sientas y tomas algo? Las galletas están deliciosas.

A su lado, Günther dejó escapar una risita y ella le dio un codazo por sus pocos modales.

Karl se lo pensó un rato, pero al final terminó cediendo —más por no hacerle el feo a ella, porque no le entraba nada en el estómago con el cabreo que tenía— y se sentó en el sofá de enfrente, sintiéndose como un elefante en una cacharrería.

—Gracias, con eso está bien —le indicó a Candela, que le sirvió un poco de té y al menos tres galletas en el plato.

Ella le sonrió con amabilidad. A Karl no le caía bien casi nadie, pero ella desprendía tanta bondad que no podía no simpatizarle aunque fuera un poco.

—¿Es cierto que vas a renunciar, Karl? —Inquirió entonces Günther, mucho menos cordial y sí bastante más receloso. No podía evitar que le saliese la vena protectora, pues aunque no compartían sangre consideraba a Savannah como una hermana.

La pregunta puso aún más tenso al rubio, que se cuadró de hombros y asintió, pero no dio más detalles.

Y eso solo hizo que Günther presionara más, como solía hacer con sus acuerdos de negocios. No por nada le decían que era todo un tiburón.

—¿Y eso por qué? Si se puede saber, claro —repuso, con tono irónico que provocó que Karl rechinara los dientes.

Candela le dio un pisotón esta vez, pero él ni se inmutó. Los dos siguieron con su particular duelo de miradas en el que no parecía que fuera a haber un claro ganador y Candela no sabía cuánto habrían seguido así de no haber sido por el timbre, que sonó en ese preciso instante anunciando que tenían otra visita.

—¿Y ahora qué? —gruñó Günther, dejando su taza sobre la mesa con brusquedad para ver de quién se trataba.

Candela supo que algo iba mal en cuanto vio su expresión; tensa y desencajada. Y la manera en que apretó los puños y se puso en pie a la velocidad del rayo.

—Ya le he dicho que su presencia no es grata aquí, retírese por favor —le estaba diciendo Roger a un hombre que Candela no había visto antes, con tono autoritario. Al parecer, había accedido sin permiso.

—Déjalo Roger —le pidió un Günther más y más tenso a cada minuto que pasaba. El recién llegado guardaba cierto parecido con él, aunque nadie se le podía comparar a sus ojos, y estaba francamente intrigada por saber quién era para provocar tal reacción en su futuro esposo.

Lo cogió del brazo. Fue un acto instintivo al ver que parecía a segundos de perder el control. Incluso Karl estaba alerta.

—No sé cómo tienes los cojones de presentarte aquí Roderick, pero será mejor que salgas de mi casa ahora. O las cosas se pondrán feas —gruñó, en un tono grave y amenazante que daba escalofríos.

El aludido tragó con disimulo, pero no se marchó.

—Comprendo que no te agrade mi presencia, pero he venido a ver cómo está mi tío —repuso. Y eso bastó para que Günther perdiera los nervios.

Se soltó de Candela y avanzó hacia él como un depredador.

—¿A tu tío dices? Dejaste de ser de nuestra familia el día que decidiste revolcarte con Willa, así que será mejor que te largues ahora mismo antes de que te parta la cara —bramó, parecía listo para saltarle encima.

—Si sirve de algo, me arrepiento de lo que hice —confesó, con la cabeza gacha.

—¿Te arrepientes, eh? ¿¡Crees que me sirve de una mierda que te arrepientas!? Eras de mi familia, sangre de mi sangre. Me decías a la cara lo buena pareja que hacíamos y lo que te alegrabas por mi matrimonio mientras a escondidas te tirabas a mi novia. Y estuviste riéndote en mi cara tres jodidos años. ¿Crees que me importa una mierda que tengas remordimientos ahora? —explotó, cargando hacia delante.

Karl lo sujetó justo a tiempo de evitar que lo alcanzara y lo retuvo por el cuello, inmovilizándolo a la perfección. Candela ahogó un grito al verlo así.

—Tranquilo. —Lo aplacó Karl. Y luego se dirigió a un Roderick que había reculado varios pasos—. Será mejor que te vayas.

—Solo quiero ver a mi tío, después me marcharé. No pretendo nada más que disculparme por lo que hice, aunque sé que no tengo excusa y no espero que me perdonéis.

—¡Lárgate! —bramó Günther, sin dejar de forcejear con Karl. Entretanto, Candela contemplaba la escena sin saber qué hacer y muerta de nervios.

Y justo en aquel momento la voz de Albert Von Ziegler resonó en la sala, revelando que el escándalo lo había hecho salir de su habitación y se encontraba en el rellano, con Savannah sosteniendo su silla de ruedas.

Elliot, Elise y la abuela no tardaron en salir a ver qué estaba pasando.

—¿Se puede saber qué diablos ocurre aquí? —clamó el hombre, molesto porque le hubieran interrumpido su charla con Savannah. Esa niña era encantadora.

Enseguida obtuvo su respuesta al ver allí parado en el umbral de la puerta a su sobrino Roderick. Acto seguido, sus ojos recorrieron la estancia en busca de su hijo y experimentó cierto alivio al ver que el guardaespaldas lo contenía.

—Esto era ya lo que faltaba —soltó la abuela, dando voz a los pensamientos de todos.

—Tío, yo… sé que no me queréis aquí y ya me voy. Solo quería decirte que siento mucho lo que pasó aquel día. —Se refería a su accidente y se detuvo antes de seguir hablando, evitando la mirada asesina de Günther—. Me siento fatal y si no he venido antes es porque me daba vergüenza, pero después de enterarme de lo que te ha pasado tenía que venir… para pedirte perdón. Para pediros perdón a todos.

No fueron fáciles de digerir aquellas palabras que tantos sentimientos encontrados provocaron, no solamente al hombre, sino a todos los presentes.

Al final, cuando Roderick estaba a punto de marcharse, Albert habló. Y no pudo evitar que la emoción le rompiera la voz.

—Lo que hiciste fue terrible, eso ya lo sabes de sobra. Y te hemos guardado mucho rencor por haber traicionado a tu primo, no lo niego. Pero estoy cansado de odiar, así que te perdono. Espero que eso alivie un poco tu conciencia, por mí no te preocupes que estoy bien —contestó y el aludido no pudo contener algunas lágrimas de alivio. Asintió repetidas veces con la cabeza.

—Gracias —dijo y tras dedicarle una última mirada atormentada a un Günther que no se había calmado un ápice, se fue.

Nadie intentó hablar con Günther, sabían que necesitaba tiempo para digerir aquello y poder poner en orden sus convulsas emociones.

—Günther…

Candela quiso hablarle, tocarle la mano o por lo menos mostrarle algo de apoyo, pero él la rehuyó, con la mandíbula tensa.

—Ahora no —fue todo lo que dijo. Y ella asintió, tragándose el nudo que se le había formado en la garganta.

Después de eso, cuando todos se marcharon, se encerró en su despacho alegando que quería estar solo y que nadie lo molestara.

Ni siquiera quiso cenar, ver una serie o hablar con ella por más que lo intentó.

Se acostó sola, resignada a no esperarlo despierta por si volvía a la cama. Dudaba que lo hiciera.

Aquella fue la primera vez en un tiempo que sintió que algo se interponía entre ambos. Y se sintió desdichada.

CAPÍTULO 36

Habían transcurrido apenas dos días desde que el señor Albert recibiera el alta y lo trasladaran a la mansión para que guardara reposo, pero tanto para Candela como para Günther se sentía como si hubieran sido meses.

Naturalmente, la fiesta de compromiso se había pospuesto hasta que el señor Albert estuviera mejor y tanto doña Ingrid como Elise se estaban encargando de reajustar los detalles y la nueva planificación.

Por su parte y de mutuo acuerdo, Günther y Candela decidieron llevarse el trabajo a casa para así poder vigilar que el enfermo cumpliera a rajatabla con las prescripciones médicas, pues era tan cabezota que no le hacía caso a nadie excepto a Günther y eso porque cuando se ponía serio daba miedo.

Elliot se estaba ocupando de llevar la empresa en su ausencia y lo estaba haciendo muy bien, pero al igual que su hermano mayor cada vez estaba más estresado y malhumorado.

Aquella tarde, sin embargo, había vuelto a la mansión antes de lo previsto y lo había hecho acompañado de Suzy.

Ya que, en palabras textuales del señor Albert, si no podía resolver nada más al menos se iba a ocupar de aclarar el desagradable incidente de aquellas fotografías que le habían enviado a su hijo y, sobre todo, de averiguar exactamente hasta dónde llegaban las intenciones de la recepcionista.

Candela se alegró mucho de ver a su amiga allí, pues apenas habían podido hablar desde lo sucedido. No había tenido un segundo de respiro. Así que aprovecharía la ocasión para que se pusieran al día.

—Suzy, bienvenida, ¿cómo estás? —La saludó, yendo a su encuentro. Ambas se fundieron en un caluroso abrazo.

—Gracias, Candelita, me alegra verte. No te voy a mentir… estoy algo nerviosa —admitió, intentando enmascarar su preocupación con una sonrisa que no le llegó a los ojos. Candela la entendía bien, a fin de cuentas también tuvo que pasar por lo mismo.

—Sabes que todavía estás a tiempo de arrepentirte y que podemos irnos cuando quieras, ¿verdad, amor? —intervino Elliot, pasándole un brazo por los hombros. Candela lo conocía lo suficiente como para notar que estaba inquieto, no las tenía todas consigo. Y lo cierto era que, conociendo al señor Albert, no podía culparlo.

—Elliot, así no me ayudas —protestó la aludida, con tono admonitorio. Candela no pudo contener una sonrisa al ver cómo este levantaba las manos, poniendo cara de inocente. Eran adorables juntos.

—Está bien, está bien, era una idea. —Cedió y poco después centró la atención en ella para preguntarle por Günther—. Oye Candela, ¿dónde está mi hermano?

—Creo que sigue arriba en su despacho —contestó, pues se había encerrado allí hacía un rato, alegando que tenía mucho trabajo que adelantar. Lo cierto era que llevaba unos días más taciturno de lo habitual y empezaba a preocuparle.

—Vale, subiré a hablar con él un momento y así mientras os dejo para que charléis un rato —resolvió este y sin más se marchó. Ellas aprovecharon y fueron hasta el salón para ponerse al día. Les vendría bien relajarse.

—¿Habéis conseguido averiguar quién hizo las fotos? —Inquirió Candela, tras darle un sorbo a su taza de café. Gretel acababa de traerles las bebidas.

Suzy hizo un mohín antes de negar con la cabeza, apesadumbrada.

—No, Elliot ha movido todos sus hilos, pero no ha encontrado absolutamente nada. Parece que quien fuera era un profesional. —Chasqueó la lengua sin enmascarar su decepción.

Instintivamente, se le erizó el vello de la nuca, pero trató de disimularlo para no ponerla más nerviosa. Bastante tenía ya la pobre.

—Dios, es una locura. No me imagino por lo que estarás pasando… ya sabes que cuentas conmigo. —Le cogió la mano entre las suyas y le dio un apretón reconfortante.

—Lo sé, amiga, no sabes cuánto te lo agradezco —aseguró ella, con emoción en la voz. Candela se había convertido en un apoyo incondicional desde que la conoció.

—¿Y le has hablado de Doménech? Tal vez sea él quien está detrás de todo —aventuró, su mente no podía dejar de maquinar.

—No lo sé… lo he pensado, pero es ir demasiado lejos incluso para un baboso como él. —Sonaba insegura. Lo cierto era que aunque también sospechaba y mucho de él, en el fondo temía que estuviera detrás de todo por las implicaciones que ello conllevaba—. Además, no tenemos pruebas. Elliot lo mataría, Candelita.

La aludida se mordió las uñas, intentando combatir el nerviosismo que se había adueñado de ella. Sí, no le cabía duda. Si él o Günther tuvieran la más mínima sospecha de que estaba detrás de todo irían a por él sin importarles nada.

—Sí, tienes razón, tal vez lo mejor sea esperar. ¿No sospechas de nadie más? —Quiso saber, pues, a fin de cuentas, Suzy llevaba trabajando para la empresa mucho más tiempo que ella y habría visto y oído de todo.

Parece que dio en el clavo, porque en cuanto le formuló la pregunta dejó su taza de té en el plato de nuevo en vez de llevársela a los labios y tragó saliva, mirando hacia todos lados antes de farfullar:

—Bueno, yo… no sé si tú estás al tanto, pero… esta familia tiene muchos enemigos.

—Ya, supongo que la competencia. Esto de los negocios es muy duro…

La verdad era que a Candela sí que le habían llamado la atención ciertas cosas desde que había llegado, pero supuso que los ricos eran así de raros y que no tenían escrúpulos a la hora de pisar a la competencia para triunfar. No se imaginaba que podía haber algo mucho más turbio detrás.

Suzy suspiró. Su amiga era demasiado inocente para aquel mundo en el que se había metido y no sabía si haría bien en intentar

abrirle los ojos un poco. Pero la apreciaba demasiado como para mantenerla en la ignorancia.

—No es solo eso. Verás, no quiero meterme donde no me llaman, pero en la empresa corren algunos rumores… —Calló, para calibrar su reacción.

—Suzy, por favor ve al grano. ¿Qué rumores? ¿Qué intentas decirme? —La instó a continuar, inquieta. ¿Realmente lo estaba entendiendo bien? ¿Qué pretendía insinuar su amiga? ¿Acaso había algo más turbio detrás de todo? No entendía nada, aquello era una locura.

Como no hablara pronto le iba a dar algo.

Su amiga fue a abrir la boca para contestar, más nerviosa todavía si cabía, pero en ese preciso momento Roger irrumpió en el salón acompañado de dos hombres de traje y aspecto severo que a Candela no le sonaban de nada, pero que extrañamente no le dieron buena espina. Uno de ellos llevaba barba y tatuajes en las manos y les dedicó una sonrisa torcida al pasar.

Roger los estaba conduciendo al despacho de Günther.

—¿Quiénes serán esos? —se preguntó, en voz alta. Suzy negó con la cabeza, pues sabía tan poco como ella, y Candela intentó quitarse esa sensación tan rara que la había recorrido al verlos. Tuvo como una especie de mal presentimiento, pero lo dejó estar. Lo cierto era que estaba muy alterada por todo lo ocurrido—. Bueno, sigue por favor, ¿qué me estabas diciendo?

No obstante, no pudo contestar porque nuevamente alguien eligió ese preciso instante para interrumpirlas.

Era Ingrid Von Ziegler, quien examinaba a la recién llegada con exhaustividad, de la misma forma en que lo hizo con Candela la primera vez que se vieron.

—Disculpa, ¿cuál era tu nombre? —Inquirió, directa al grano y sin molestarse en ser cortés.

—Suzy, señora. Bueno, en realidad es Susana, pero nadie me llama así. —Rectificó, haciendo un gran esfuerzo por mantenerse impertérrita. Aquella mujer imponía respeto.

—Bien, pasa, por favor. —La invitó a entrar al despacho, donde aguardaba el matrimonio Von Ziegler, con un ademán impaciente—.

Nos gustaría mantener una conversación contigo en privado.

Se notaba que querían solventar aquel asunto cuanto antes.

Candela le dedicó una mirada de aliento a su amiga, cuya resolución estaba empezando a flaquear.

—Claro, sí…, pero Elliot ha subido a hablar con Günther y…

—Por eso he dicho en privado, querida. —La cortó, enarcando las cejas—. No lo necesitas como portavoz, ¿o sí?

Aquel tonito lleno de retintín cumplió su objetivo y la joven se envaró.

—No, claro que no —soltó, emitiendo una risa nerviosa. Sus ojos buscaron los de Candela para pedirle ayuda y ella asintió discretamente. Tenía que echarle un cable. Sabía que probablemente los dos hermanos estuvieran ocupados con los misteriosos hombres que habían llegado de visita, pero aquel era un asunto de vida o muerte.

Se retiró escaleras arriba mientras veía cómo la anciana conducía con mano de hierro a su amiga hasta el interior del despacho y subió a toda prisa hasta el despacho de Günther. Sabía que estaban ocupados, pero iba a tener que interrumpir; Elliot necesitaba saber lo que estaba pasando.

Llegó a la carrera —todavía no se acostumbraba a lo enorme que era aquella mansión, así que era una suerte que tuviera tan buena memoria— y se tomó unos minutos para recomponerse antes de llamar a la puerta.

Sin embargo, se quedó congelada al oír gritos acalorados en lo que sin duda era una discusión. Distinguió la voz de Günther y por encima dos más que le eran desconocidas, debían de pertenecer a los tipos raros que habían llegado.

Vaciló, inquieta. No quería cotillear lo que no le incumbía, pero por alguna razón tampoco se atrevía a interrumpir. Así que aguardó, atenta.

Günther maldecía en alemán ante algo que habían dicho los otros, algo como que se le habían acabado las excusas y que eso no era parte del acuerdo, que estaban en un lío y gordo. Elliot hacía de mediador.

Candela frunció el ceño. Todo aquello le olía muy mal.

Se asomó ligeramente, pues la puerta del despacho estaba entreabierta y lo que vio no le gustó ni un pelo. Los dos tipos estaban frente a Günther en actitud amenazante, rodeándolo. Pero él no tenía miedo y los encaró, mientras que Elliot estaba en medio intentando rebajar los ánimos. Sugería una compensación, cosa que el de los tatuajes desestimó con desprecio.

—Creo que hemos sido muy claros, Günther, por mucho que estéis pasando por una mala racha familiar eso no te exime de cumplir con tu parte del trato. Quiero esos cinco millones encima de mi mesa mañana a primera hora, de lo contrario… me temo que no te gustarán las consecuencias. Ya sabes que mi jefe tiene muy mal temperamento, no queremos que tengas un accidente, ¿verdad?

Candela se quedó helada. ¿Pero qué era todo aquello?

¿Estaba… amenazando con hacerle daño abiertamente? ¿Y todo por dinero? La recorrió un escalofrío. No había más que ver sus pintas para saber que eran capaces de lo peor.

—Maldito hijo de puta, ¿cómo te atreves a amenazarme? —lo increpó Günther, enfurecido—. Ya os he dicho que cumpliré con mi parte joder, llevo haciéndolo más de ocho años.

¿Haciendo qué? Candela no entendía nada. ¿A qué venía tanto secretismo? Algo muy extraño estaba pasando.

—Tranquilo hermano, son peligrosos. —Oyó que le susurraba Elliot, poniéndole una mano en el hombro para calmarlo. Este respiró hondo y asintió, pasándose las manos por el pelo como hacía siempre que estaba exasperado.

—Bien, más te vale. Creo que tu familia ya ha tenido suficientes tragedias por el momento. Cuídate, ¿quieres? Tienes un aspecto horrible —apostilló el otro, en el mismo tono chulesco.

Eso bastó para que Günther saltara.

—Te voy a… —arremetió, pero su hermano lo sujetó.

Los dos desconocidos se rieron y tras echarle una última mirada despectiva salieron del despacho. Candela tuvo el tiempo justo de retirarse y fingir que acababa de llegar.

Sintió náuseas ante la forma en que se quedaron mirándola de arriba abajo con total descaro.

—Que tenga una buena tarde, señora. Bonito vestido —le dijo el de los tatuajes, escaneándola con esa mueca lasciva.

Günther salió entonces, echando humo, y le rodeó la cintura con sus brazos, atrayéndola hacia sí en un gesto posesivo.

—Buenas tardes —atinó a decir y dejó escapar el aire contenido al ver cómo se marchaban por fin.

—Candela, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has subido? —Inquirió él, en cuanto se hubieron alejado de su vista. Estaba muy tenso, demasiado. ¿Le molestaba que estuviera allí? ¿Qué ocultaban?

—Quería avisar a Elliot de que la abuela está interrogando a Suzy junto con tus padres, ¿quienes eran esos hombres y qué querían? Parecían enfadados, te reclamaban algo… sobre un dinero.

No pudo quedarse callada y se lo soltó todo. Ambos se tensaron todavía más y compartieron una mirada de circunstancias.

—¿Cuánto has oído? —Tanteó Günther, con la mandíbula apretada.

Elliot carraspeó.

—Bueno, yo os dejo. Será mejor que vaya a rescatar a la pobre Suzy.

Ambos se limitaron a asentir y él se marchó sin otra palabra, dejándolos a solas. La tensión era tal que se podía cortar con un cuchillo.

Al ver que no decía nada, Candela insistió:

—Günther, ¿estás bien? Te noto muy alterado, ¿es que no piensas responderme?

Sus palabras parecieron hacerlo reaccionar y respiró hondo antes de contestar, restándole importancia.

—Estoy bien, es solo que estos imbéciles me ponen de malas. No es nada de lo que debas preocuparte, tenemos negocios en común y les debemos dinero —explicó—. Con todo esto… no había podido ponerme al día, pero lo solucionaré mañana.

Tenía sentido, pero aun así había algo que no terminaba de cuadrarle.

—Pero Elliot ha dicho que eran peligrosos, no me han dado buena espina. Ten cuidado, ¿vale? —le pidió, preocupada. No soportaba

pensar que pudiera pasarle algo malo y esos hombres no habían tenido el menor reparo en amenazarlo.

Sin embargo, él no parecía tener miedo.

—Claro, mi hermano exagera. Todo está bien —aseguró, depositando un beso en su frente antes de cambiar deliberadamente de tema—. Anda, bajemos antes de que nos perdamos el tercer grado.

—De acuerdo… —Aceptó, aunque no estaba muy convencida. Su sexto sentido le decía que allí había algo más de lo que le estaban contando. Pero por el momento lo dejaría estar.

CAPÍTULO 37

La rutina nunca había resultado tan anodina e insufrible como en aquella agónica semana que transcurrió después de aquella aciaga visita que agrió el humor de Günther, el cual todavía no se había suavizado demasiado, más que en contadas ocasiones.

Y aquello se notó especialmente en la empresa, pues repercutió en su trabajo y provocó que, tras la reprimenda de dimensiones épicas que se llevaron todos por un error en el informe de ventas, nadie levantara la cabeza de su puesto cuando lo veía pasar. Estaba a la que saltaba. Se encerraba en su despacho y en alguna ocasión Candela lo había oído gritar en medio de una discusión con quienquiera que estuviera al otro lado del teléfono. Cuando le preguntaba con quién hablaba, él respondía que no era nada…, pero ella no le creía.

En casa, se las habían ingeniado para que Albert estuviera lo bastante distraído como para que apenas le quedara tiempo de trabajar. Y, aunque a regañadientes, se dejó hacer y siguió las indicaciones de Marcello.

Candela, que estaba absolutamente maravillada con la biblioteca de la mansión e iba siempre que podía, había tenido un buen día la iniciativa de leerle un poco por las tardes mientras estaba en cama reposando y el hombre se encontró a sí mismo absorto ante la magnífica voz de la joven, que conseguía inculcarle un interés por la literatura que hacía tiempo creía dormido.

Incluso Günther se quedaba ensimismado escuchándola y era uno de los pocos momentos del día en que se permitía relajarse, pues entre tantas reuniones, documentos por revisar y proyectos que sacar adelante, prácticamente no les quedaba tiempo para pasar juntos que no fueran esos escasos momentos robados y su habitual maratón seriéfilo, que era casi una suerte de ritual.

Y, para más inri, los preparativos de la fiesta de compromiso se sumaban a la lista de asuntos pendientes. Y es que solo faltaban dos días.

Candela apenas podía conciliar el sueño debido a los nervios. Pero también la invadía la emoción. Había estado segura de pocas cosas en su vida; que quería ser la esposa de Günther era una de ellas.

Y era plenamente correspondida porque, por muy pesado que hubiera sido su día y aunque tuviera el humor agrio, siempre tenía algún gesto con ella. A su manera, pero lo tenía.

Quienes parecían estar igual de entusiasmados con la fiesta eran Elliot y sus amigos. Max era el que más revolucionado se mostraba —pues decía que tenía ganas de una buena juerga y de ver a su amigo comprometiéndose por fin porque, palabras textuales, ya pensaba que se iba a morir sin que llegara el día— e incluso apareció el lunes en la oficina con un confeti y lo esparció sobre ellos al grito de «¡Vivan los novios!».

Hasta Günther estalló en carcajadas con aquella ocurrencia. Su amigo era un caso serio. Pero así lo quería.

Elliot se unió a sus cánticos, más que dispuesto a armar un poco de jaleo. Y fue allí mismo donde anunció que estaba saliendo con Suzy, besándola delante de todos sin importarle nada. Ella, aunque estaba del color de la grana, se dejó hacer. A fin de cuentas, si alguien iba por ahí ventilando sus intimidades era cuestión de tiempo que se enteraran y estaban hartos de seguir escondiéndose.

Más tarde, cuando fueron a tomar un café juntas y aprovecharon para ponerse al día, Candela le transmitió a su amiga lo orgullosa que estaba porque hubieran dado el paso tan importante de hacerlo público pese a que la charla con los Von Ziegler no fue todo lo bien que esperaban. Sin embargo, no pensaban dejar que eso los frenara. Si lo aceptaban bien y si no, peor para ellos.

Eso sí, se habían acabado los encuentros fuera del trabajo, al menos hasta que las aguas se calmaran.

Y si de algo estaban seguros era de que no importaban los obstáculos que se presentaran: su amor podría con todos.

—Es que es de locos. De verdad que no entiendo cómo o por qué alguien haría… —Tuvo que interrumpir su diatriba al ver que Erika se acercaba hacia la máquina de los cafés, que estaba justo tras ellas.

Aunque su relación con la rubia había cambiado radicalmente desde el incidente —y el rapapolvo que le echó Günther— y ahora su relación era cordial y agradable, no quería que las escuchara. Era algo demasiado privado.

Erika pareció no darse cuenta de nada y las saludó a ambas con una sonrisa.

Respondieron con la misma cordialidad, pero sin caer en la hipocresía. Tampoco iban a pretender ser mejores amigas de repente, pues lo que había hecho seguía demasiado reciente.

—Günther estaba preguntando por ti, Candela —la informó, tras el saludo protocolario, y la aludida asintió. Pero antes de que pudiera levantarse, la rubia se acercó a ellas con aire de confidencia y susurró en voz baja—, pero te aviso que está de un humor de perros. A mí ya me ha echado la bronca.

—¿Sigue molesto por la filtración? —Quiso saber Candela, imaginándose la respuesta. La rubia asintió, con pesadumbre, y se marchó a seguir cumpliendo con sus obligaciones, resignada.

Y es que a Erika la habían hackeado —ella aseguraba que no sabía cómo— y la persona que lo había hecho —presumiblemente alguien dentro de la competencia; empresas Doménech— se había enterado de todas sus estrategias de marketing y sus campañas para los proyectos apalabrados y los había borrado. Lo peor no era eso, sino que no tenían forma de saber si los guardaron para usarlos en su propio beneficio, opción que parecía sin duda lo más lógico.

¿Quién en su sano juicio desaprovecharía una oportunidad así? Frederick desde luego que no. Era un sucio tramposo sin escrúpulos. Se podía esperar cualquier cosa de él.

Sin embargo, Günther le había gritado a Erika porque no se fiaba de ella y no le cuadraba el hecho de que su dispositivo fuera el único hackeado. Por eso mismo, palabras textuales, no la despedía. Porque pensaba mantenerla vigilada personalmente.

Y si descubría que ella lo había hecho, se encargaría de que no volviera a encontrar trabajo ni en un supermercado. La haría pagar caro aquella traición.

Aun así, en el fondo, no quería creerlo. Conocía a Erika desde hacía mucho, había sido su amiga y lo había apoyado en los malos momentos. No la consideraba una persona capaz de caer tan bajo. Su único pecado era haberse enamorado y no ser correspondida y parecía que ya lo estaba superando.

Pero luego afloraba su lado desconfiado, ese que le habían inculcado toda la vida y que solo se había intensificado desde la traición de Willa, volviéndolo implacable y duro… y por eso mismo no pensaba quitarle ojo de encima.

Estaba tan sumido en sus cavilaciones que no se dio cuenta de que alguien entraba en su despacho hasta que sintió unos brazos rodeándolo desde atrás en un abrazo cariñoso. No tuvo ni que volverse para saber que se trataba de ella, su olor a vainilla era inconfundible.

Esbozó una sonrisa y le cogió las manos entre las suyas, permitiéndose cerrar los ojos unos segundos y así disfrutar del abrazo. Todavía no podía creer la facilidad con que se había enamorado de aquella extraordinaria mujer, pero es que, ¿quién en su sano juicio no lo haría? Si ella era preciosa; tanto por dentro como por fuera. Lista, divertida, bondadosa, paciente, amable y perseverante.

Y menos mal, porque cualquier otra lo habría mandado al diablo hacía tiempo. Pero Candela sacaba la mejor versión que tenía para ofrecer al mundo. Ya no se imaginaba una mañana en la que ella no estuviera a su lado al amanecer, desnuda y con el pelo revuelto tras hacer el amor, con las mejillas sonrojadas y esa sonrisa entre tímida y atrevida que lo volvía loco.

No concebía tampoco sus rutinas sin ese café cargado que ella siempre le llevaba en el momento oportuno, ni sin esos masajes que le hacía cuando notaba que la tensión estaba a punto de acabar con él, ni sin sus risas ante las ocurrencias de Max, o la complicidad que tenía con Elliot y Suzy. Y una serie de sencillos momentos que se habían convertido en suyos.

Salió de su trance cuando ella se puso frente a él y le tomó el rostro entre las manos para darle un pequeño beso que hizo que la sangre se le concentrara en un punto muy específico del cuerpo.

—¿Estás mejor? Erika me ha dicho que le has echado la bronca del siglo —Inquirió, fingiendo que no se estremecía cuando él se inclinó sobre ella y coló las manos por debajo de la falda gris marengo que llevaba y estas ascendían hábilmente hasta su culo para amasarlo entre sus palmas con fruición.

—No me lo recuerdes. Me he pasado una hora al teléfono con los inversores, están cabreadísimos y con razón. Este error supondrá la pérdida de miles de euros y si alguien llega a filtrar la información que le robaron a Erika a la prensa… la competencia nos hundirá por completo —se quejó, con el tono rebosante de rabia.

—Es horrible, de verdad, no sé cómo ha podido pasar y…

No pudo terminar la frase porque Günther posó un dedo sobre sus labios y se inclinó sobre ella con movimientos lentos y eróticos.

—Shh… basta ya de hablar de trabajo. Se me ocurren cosas mucho más interesantes que podemos hacer —sugirió, con un tono tan ronco y cargado de lascivia que la estremeció de pies a cabeza.

—¿Aquí? ¿Pero y si entra alguien? Además, nos pueden oír —argumentó, intentando apelar a la sensatez.

Sin embargo, otra parte de ella se moría porque lo hiciera sucio y salvaje. Estaba loca por aquel hombre.

Y cuando él la acorraló contra la pared y se coló entre sus piernas para susurrarle, a un palmo de la boca, creyó que explotaría de deseo.

—Eres mi mujer. Si quiero follarte sobre la mesa de mi escritorio, lo hago. Y si me da la gana de hacerte gritar hasta que tiemble el puto edificio, lo hago. —Lo ayudó a deshacerse de sus bóxeres y no tardó en volver a cernirse sobre ella, que lo contemplaba todavía tendida sobre la mesa del escritorio, deleitándose con su virilidad.

—¿Has visto lo duro que estoy por ti, *liebling*? No he podido concentrarme en toda la puta mañana, solo podía pensar en las ganas que tenía de arrancarte esa falda y hacerte gritar de placer entre mis brazos —siseó, acercándose hasta acomodarse entre sus

piernas con la descomunal erección a escasos centímetros de su pelvis.

Jadeó de anticipación, maldiciéndolo para sus adentros por recrearse tanto. Sabía de sobra que a Günther le gustaba tener el control —aunque se lo cediera en algunas ocasiones— y sacar a la luz esa faceta dominante y posesiva que tanto la excitaba.

—Te necesito dentro de mí, Günther —no tuvo problema en suplicarle, estaba tan mojada que temió empapar toda la mesa. Era un charco de necesidad, arcilla moldeada en sus manos expertas y él, a sabiendas, esbozó una sonrisa torcida. Necesitaba aquello.

—¿Así es como le hablas a tu jefe, eh? Será mejor que me ruegues como es debido o tendré que disciplinarte —espetó, con firmeza. Sabía que eso la llevaría al borde del precipicio y no se equivocaba. La voz de Candela salía entrecortada, demasiado afectada por la necesidad que la embargaba.

Jamás había necesitado tan desesperadamente estar con alguien, pero Günther tenía ese efecto en ella: anulaba su cordura y sacaba a la luz sus instintos más primarios.

—Necesito que me folle, jefe. Puede usted hacer conmigo lo que quiera —musito, con total sumisión. Era la primera vez que hacía algo como aquello y curiosamente no se sintió rebajada, sino todo lo contrario.

Las pupilas de Günther estaban dilatadas de deseo e inclinó la cabeza, complacido.

—Buena chica —la elogió, introduciendo la punta de su polla mojada y venosa en su centro, deliberadamente despacio.

Candela liberó un gemido y arqueó las caderas, intentando incrementar el ritmo. Sin embargo, Günther le asió las muñecas, sujetándola sobre el escritorio y acoplando su peso al de ella.

—Aquí mando yo, nena. Esta es mi oficina, mi empresa… y tú eres mía para complacerte o castigarte a mi antojo, ¿está claro? —recalcó, en su versión más autoritaria. Candela estaba ardiendo, más excitada que nunca, y él lo sabía. Por eso actuaba así. La conocía mejor que ella misma.

Asintió, estaba tan húmeda, tan necesitada que habría hecho cualquier cosa. Pero no hizo falta.

Günther buscó su boca y la atrajo hacia sí en un beso rudo y posesivo que le arrancó un gemido. Sus labios se fundieron al tiempo en que, de un empellón, se introducía en ella y gruñía sin dejar de besarla.

Sus frentes estaban perladas de sudor, ella tenías las piernas enganchadas a sus caderas y se arqueaba desesperadamente, presa del placer, mientras que él se descargaba dentro de ella, entrando y saliendo a toda potencia.

Se separaron para tomar aliento. Candela tenía los ojos vidriosos y respiraba con dificultad, estaba a punto.

—Dámelo todo, *liebling* —le ordenó.

Y con un grito, ella se corrió para él.

Con un último gruñido, Günther salió de su interior y la estrechó entre sus brazos, buscando sus labios de nuevo.

Trémulos y jadeantes, permanecieron así un rato, sintiendo el latido del corazón del otro.

—Ha sido increíble —confesó ella, mordiéndose el labio ante la repentina preocupación que la invadió al pensar que por fuerza tendrían que haberlos oído ahí fuera.

Günther, en cambio, estaba impertérrito.

Había sacado unas toallitas de uno de los compartimentos de sus cajones y empezó a limpiarla con cuidado.

Era tan dominante y tan tierno al mismo tiempo que la volvía loca.

—¿Puedo intentar una cosa? —Inquirió, tímida y atrevida al mismo tiempo, con los ojos fijos en su erección; más que visible a través de su traje azul oscuro, cuya tela parecía a punto de reventar por la tensión.

A Günther la polla le dio una sacudida en los pantalones con tan solo oírla y sintió que toda la sangre se le concentraba allí.

No había imagen más placentera en el mundo que la de ella arrodillada para él y con sus labios rodeando su dureza.

—Si te apetece, claro que puedes, *liebling* —dijo y ella sonrió, exultante. Le encantaba ese apodo.

Las manos de ella volaron raudas a su cinturón, con el que emprendió una lucha para poder quitárselo, y ya le estaba bajando la cremallera cuando unos golpes resonaron en la puerta, cortando de cuajo el íntimo momento que ambos estaban compartiendo y provocando que Günther empezara a maldecir como un demente al oír la voz de Max al otro lado.

—Creedme que siento interrumpiros la fiesta que tenéis montada, pero han llegado los arquitectos para revisar el proyecto y están esperando en la sala de juntas —exclamó, sin poder contener un atisbo de diversión en el tono.

Candela, en cambio, estaba muerta de la vergüenza y quiso que la tierra se la tragara. Mientras que Günther todavía trataba de recomponerse —seguía erecto— y con un cabreo de narices.

Le echó el pestillo a la puerta.

Con eso bastó para vencer las escasas reticencias que pudiera haber albergado y le echó los brazos al cuello, ansiosa por sentirlo en su plenitud.

—Entonces hazlo —le pidió, casi le suplicó que acabara con aquella tortura.

Una sonrisa triunfal se perfiló en los carnosos labios de él y con habilidad le impulsó las piernas para que las enganchara en sus caderas y así, fundidos en un apasionado beso, se encaminaron a trompicones hacia el escritorio, del que Günther no tardó en barrer con la palma todo cuanto le estorbaba para poder depositarla sobre él.

Candela abrió las piernas y se desabrochó la falda, que él le quitó sin ceremonias. Con sus bragas, en cambio, prefirió recrearse un poco más y se las bajó lentamente. Ella arqueó la espalda, espoleándolo para que fuera más rápido, pues ya no aguantaba más, y ese gesto lo hizo enarcar las cejas con perversión.

Candela lo maldijo en silencio.

Estaba desnuda, mojada y caliente como el infierno sobre aquella mesa, lista para él.

—Vamos a ver cuán húmeda estás para mí, cariño —siseó, con las venas del cuello tensas.

Las terminaciones nerviosas de Candela ardían y su zona íntima estaba hipersensible, más que preparada.

Cuando él introdujo el primer dedo, no pudo contener un gemido y echó la cabeza hacia atrás, pidiendo por más.

Quería todo lo que tuviera para darle. Con él siempre quería más y nunca se cansaba.

No tardó en complacer sus peticiones e introdujo otro dedo, dejándola extasiada y hecha un manojo de nervios y placer.

Pero eso no fue todo, porque enseguida remató la faena con su lengua, lamiendo su intimidad con deleite. Candela estaba extasiada de gozo, enrojecida y trémula por el placer que la hacía sentir.

Y la anticipación del orgasmo no tardó en sacudirla conforme la trabajaba con su experta boca.

—Me voy a correr —advirtió, creyendo que él se apartaría.

Nada más lejos de la realidad, porque quería saborearla a su antojo. Y eso hizo.

—Es usted deliciosa, señorita Flores —le susurró al oído, depositando un beso en su frente. Ella se humedeció los labios, haciendo ese gesto que tan loco lo volvía y abrió más las piernas para él en una tácita invitación para terminar lo que habían empezado. No tuvo que pedirlo dos veces.

Con impaciencia, Günther se quitó los pantalones y se deshizo de su cinturón, con el que emprendió una lucha encarnizada para poder quitárselo, y ya le estaba bajando la cremallera cuando unos golpes resonaron en la puerta, cortando de cuajo el íntimo momento que ambos estaban compartiendo y provocando que Günther empezara a maldecir como un demente al oír la voz de Max al otro lado.

—Creedme que siento interrumpiros la fiesta que tenéis montada, pero han llegado los arquitectos para revisar el proyecto y están esperando en la sala de juntas — exclamó, sin poder contener un atisbo de diversión en el tono.

Candela, en cambio, estaba muerta de la vergüenza y quiso que la tierra se la tragara. Mientras que Günther todavía trataba de recomponerse –seguía erecto– y con un cabreo de narices.

—Vale, Max. Enseguida vamos, que Elliot se ocupe de atenderlos un momento —replicó, todavía tenso.

Y Candela estaba convencida de que el mal humor que se filtraba en su voz fue lo único que disuadió al gamberro de su amigo de tomarle el pelo debido a la situación comprometida en que los había sorprendido.

Por fortuna, se marchó sin rechistar.

Todavía roja como un tomate, Candela terminó de vestirse.

Günther aún necesitó unos minutos para volver a la normalidad y enseguida volvió a ser el hombre de negocios frío e implacable. Nunca dejaría de admirar esa versatilidad que poseía.

—Esto no quedará así. Ahora tenemos trabajo, pero prometo compensarte. ¿Te gustaría que pasáramos la noche fuera? Conozco varios hoteles de confianza —le propuso, robándole un último beso antes de abrir la puerta para ella. Como un caballero. Aunque lo era cuando quería.

—Me gustaría mucho. ¿Iremos juntos?

—Depende de cuánto se alargue la reunión. Hoy tenemos que dejarlo todo ultimado y no quiero tenerte esperando en vano. Te enviaré la dirección, así puedes adelantarte y descansar —aseguró.

—Está bien —dijo, fantaseando con la idea de esperarlo desnuda sobre la cama de alguna suite.

Salieron juntos de la mano y sintió que estaban más compenetrados que nunca y que su amor se fortalecía.

Si hubiera sabido lo que estaba por venir… se habría encerrado con él en aquel despacho para disfrutar a fondo las horas de paz que les quedaban.

CAPÍTULO 38

Tal y como Günther había predicho, la reunión se alargó hasta altas horas de la noche y Candela se adelantó rumbo a la dirección que él le había enviado.

Se había llevado su coche, pues él le aseguró que Elliot —quien pasaría la noche con Suzy, que vivía cerca de la empresa— lo llevaría y después regresaría con su chica.

A Candela le pareció bien.

Sin embargo, se extrañó un poco cuando —estando ya de camino — recibió otro mensaje de Günther, con un repentino cambio de planes al que en ese momento no dio demasiada importancia.

«**Cambio de planes. Hemos tenido un problema con la reserva del hotel, te envío la dirección de otro. No está lejos. Está todo pagado, solo dales mi nombre.**

Te quiero».

Tras leer el mensaje, retomó la marcha —se había detenido en el arcén, pues era muy cuidadosa cuando conducía— e introdujo la nueva dirección en el GPS.

Menos mal que la había avisado con tiempo. Esperaba que no tardara demasiado, pues temía quedarse dormida y quería disfrutar de aquella noche al máximo.

Se dijo que ya le respondería cuando estuviera en la habitación y siguió conduciendo, ajena a la desagradable sorpresa que la aguardaba en su destino.

...

El hotel era de lo más lujoso y nada más llegar, el *valet* se ofreció a estacionarle el coche. Le retiraron el abrigo y les faltó tiempo para atenderla en recepción.

Apenas les dio el nombre de su prometido, le aseguraron que la estaban esperando y una joven muy agradable la acompañó hasta su suite, situada en la segunda planta y recargada de pompa y boato.

Candela se quedó ensimismada ante tanto lujo y lo primero que hizo fue tumbarse sobre la enorme cama de matrimonio tamaño king.

Encendió la tele —estaban pasando una comedia romántica que le llamó la atención— y se dispuso a escribirle a Günther para que supiera que había llegado bien y lo estaba esperando.

Sin embargo, antes de que pudiera siquiera desbloquear el teléfono, alguien tocó a la puerta.

¿Sería él? ¿Tan rápido había terminado la reunión?

Una sonrisa extasiada se dibujó en su rostro al plantearse que quizá él no había podido aguantar más y había despachado a todo el mundo para salir corriendo en su busca.

Pero también podía ser que se estuviera montando películas y solo se tratara del servicio de habitaciones, aunque nadie se había anunciado.

Fue a abrir para salir de dudas. Pero nada podría haberla preparado para la impresión que se llevó al descubrir quién se hallaba en el umbral de la puerta.

Frederick Doménech.

Nada más verla y al percatarse de su estupor, le dedicó una sonrisa taimada que le dio escalofríos.

Trató de cerrarle la puerta en la cara, sin pararse a racionalizar nada —y eso que no entendía qué diablos hacía allí—, pero él fue más hábil y la detuvo con el pie, abriéndose paso en la estancia antes siquiera de que ella pudiera moverse para evitarlo.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Márchate ahora mismo! He quedado con Günther y si te ve te meterás en problemas —lo encaró, creyendo que eso bastaría para disuadirlo.

No fue así.

Frederick derrochaba pura condescendencia y se permitió recrearse en su desconcierto e impotencia antes de dar el golpe de

gracia. No sin antes cerrar la puerta para procurarse la intimidad que requería.

Aquel plan estaba trazado al milímetro y no lo había ejecutado solo.

—Por favor… te creía más inteligente, nena. Él no va a venir, te cité yo haciéndome pasar por él. Te puse una trampa y has caído redondita. Ahora… estamos aquí los dos, ¿por qué no disfrutamos la velada? ¿Hmm? ¿Qué me dices?

Se permitió el lujo de ser irónico y vulgar, a sabiendas de que la había dejado en *shock* con su revelación.

Candela no podía asimilar, ni mucho menos aceptar así como así, aquellas palabras. Porque hacerlo supondría que estaba a su merced.

Así que se envalentonó, sacando fuerzas de flaqueza.

—¡Ni en tus sueños, cerdo! No te me acerques. Déjame salir —chilló, echando a correr hacia la puerta como si le fuera la vida en ello.

Pero él le bloqueó la salida con su cuerpo, acorralándola sin perder la sonrisa maquiavélica.

Empezó a agobiarse al ver que, sin darse cuenta, había retrocedido tanto que se chocó con el cabezal de la cama y él la atrapó, pegándose tanto a ella que sintió náuseas.

—De eso nada, bonita. No tan rápido, primero dame un beso.

No pudo reprimir un par de lágrimas de pura impotencia que cayeron en cascada de sus ojos. Lágrimas con las que aquel canalla se regodeó. Estaba disfrutando con aquello, se lo decían sus ojos.

No pudo evitar que la besara, porque sujetó sus manos para que se estuviera quieta y ella tuvo que cerrar los ojos, deseando fervientemente que aquello fuera una pesadilla de la que pudiera despertarse pronto.

Pero no. Era real, para su desgracia.

Cuando ya no pudo soportarlo más le mordió, logrando que se separara de ella y se desgañitó, pidiendo ayuda.

—¡¡Ayuda, por favor!! ¡Seguridad!

Por toda respuesta, las carcajadas de Frederick resonaron de fondo, poniéndole la piel como escarpias.

—Grita cuanto quieras, nadie te ayudará. Este hotel es mío, todos trabajan para mí y hacen lo que yo digo —sentenció, con un despotismo increíble. Y la joven se sintió abandonada a su suerte. Nadie movería ni un dedo para ayudarla.

¿Pero dónde se había metido?

¿Cómo había caído en aquella trampa sin siquiera sospechar que lo era?

Trató de llegar hasta la mesita de noche, donde había dejado el móvil, para llamar a Günther. Pero antes de que pudiera dar un paso siquiera, Doménech la retuvo con saña.

—Nada de eso, querida. No te esfuerces en vano. Me he asegurado de crear la distracción perfecta para que tu Günther no nos moleste —aseguró, con maldad, y a Candela se le cayó el alma a los pies. Pero las sorpresas no habían terminado y no tardó en comprobarlo cuando la potente voz de aquel tirano resonó de nuevo, desviando la vista hacia la puerta entreabierta del baño para dirigirse a una tercera persona que había estado aguardando impaciente su turno—. Ya puedes salir, Erika.

Al oír aquello, los ojos de Candela se abrieron desmesuradamente y soltó un jadeo de estupor e incredulidad.

No podía haber oído bien. Y sin embargo…

La aludida no tardó en revelar su presencia, mostrando por fin su verdadera cara —aquella que había tenido que disimular todos aquellos días para evitar levantar sospechas. Y lo había hecho a la perfección— y portando una cámara fotográfica de gran calidad. Una que acababa de emplear para hacerles unas fotos comprometidas, sacando provecho de la situación.

Desde aquel ángulo, con el enorme cuerpo de Frederick tapando el rostro de Candela, parecía que lo que allí estaba sucediendo era fruto del consentimiento, en lugar de un vil chantaje y un abuso.

Y Candela temió con toda su alma que sus suposiciones estuvieran en lo cierto. Porque si pretendían enviarle esas fotos a Günther fácilmente podría creer aquellas mentiras y estaría perdida.

Aun con todo y eso, se enfrentó a la rubia con una rabia creciente.

—¿Erika? ¿Pero qué…? ¡Tú eres su cómplice! ¿Cómo has podido llegar tan lejos? ¿Cómo puedes hacerle esto a Günther? —le recriminó, intentando llegar hasta ella en vano. Los fuertes brazos de aquel detestable hombre eran como tenazas que no la dejaban moverse.

La aludida rio como una desequilibrada, incluso aplaudió.

—Mírate. Tan patética. Te has creído todo mi teatrito estas semanas. No podías imaginarte la sorpresa que te teníamos preparada —se burló, con los ojos desmesuradamente abiertos como una demente—. Pero ya ves, te tenemos en nuestras manos, Candelita. ¿Preguntas por qué lo hago? Porque Günther siempre ha sido mío y tú te atreviste a tratar de arrebatarme lo que me pertenecía. Pero después de la manera en que le vas a romper el corazón volverá derecho a mis brazos, como siempre debió ser. De eso me encargo yo —escupió todo su veneno, demostrando que no tenía límites ni moral.

Aquellos dos eran un par de monstruos sin escrúpulos que no se detendrían hasta obtener su venganza. Ni siquiera supo en qué momento se habían aliado. Probablemente poco después de su enfrentamiento con Erika en el baño. El caso es que estaba en una encrucijada de la que no creía poder salir victoriosa y eso le hizo imposible contener el llanto.

Se recompuso como pudo, secándose las lágrimas. No quería darles la satisfacción de verla hundida.

—Así que nunca te hackearon. Todo este tiempo has sido tú, has colaborado con él —espetó, señalando con un gesto despectivo a Frederick, que se mostraba encantado con la escena que estaba teniendo lugar. Era un enfermo.

—Sí. Yo lo he hecho. Porque no podía soportar cómo te regodeabas en mi cara por estar con el hombre al que amo. Incluso te lo has follado en su despacho, sin pudor alguno, como una ramera —la insultó, con los ojos febriles. Y al poco compuso una sonrisa llena de maldad—. Pero tengo que darte las gracias, porque gracias a eso hemos podido orquestar esta maravillosa sorpresa hoy.

—Se lo contaré todo a Günther —clamó, a la desesperada.

Sin embargo, no sirvió de nada. Habían previsto eso y mucho más.

—Hazlo y no solo llevaremos a la quiebra a la empresa, sino que tu querido suegro se irá al otro barrio. El pobre está muy delicado del corazón, ¿cómo crees que reaccionaría si le hago llegar estas fotos y le cuento que todo eso del compromiso no era más que una patraña? —soltó Frederick, exultante. Había ansiado tanto aquel momento… no veía la hora de destruir a Günther Von Ziegler.

Y en cuanto vio a Candela lo supo: era su único punto débil. Ese que había estado ansiando hallar durante años, desde que le hizo aquella afrenta imperdonable que todavía al recordarla le hervía la sangre.

Pero pagaría muy pronto. Y lo haría con creces.

—¿Qué? ¿Cómo? No podéis… —Candela boqueaba como un pez fuera del agua, presa de la ansiedad y la desesperación. Aquello no podía estar pasando, simplemente no podía...

—Podemos y lo haremos. A menos que hagas exactamente lo que te digamos. Puedes evitarles mucho sufrimiento no solo a Günther, sino a todos los Von Ziegler. De lo contrario, los hundiré sin contemplaciones. —Sonreía cada vez más a medida que hablaba y sus ojos refulgían de deleite. Estaba disfrutando de lo lindo con aquello y pensaba dar el golpe de gracia con su siguiente revelación —. Ya he empezado, ¿recuerdas el viaje a Canadá? ¿De verdad crees que los Davenport son simples empresarios? No. Hay una palabra mucho más grande para todo lo que rodea a tu querido prometido. ¿O quiénes crees que eran los hombres que se presentaron en la mansión a reclamarle? ¿Inversores? —espetó, con un tono cargado de burla y desdén.

—¿De qué estás hablando? No entiendo nada —farfulló, sin saber cómo escapar de aquella pesadilla.

—Por Dios, eres tan ingenua… —resopló—, te lo mostraré para que tú misma lo veas con tus propios ojos. Günther no es el hombre que tú crees, está metido en cosas tan turbias… ni siquiera te haces una idea.

Eran fotos de Günther en situaciones comprometidas.

Primero se le veía en una nave abandonada, de madrugada, sosteniendo un maletín abierto que estaba repleto de fajos de billetes en cantidades obscenas. En otra de ellas eran esos matones los que le entregaban las joyas.

Había muchas y en todas se lo veía haciendo trapicheos, siempre con los mismos tipos.

—¿Sabes quiénes son estos dos? —Ni siquiera esperó a que ella contestara antes de continuar—. Trabajan para la mafia italiana, la misma organización que dirige la hermana de tu querido amigo el doctor Marcello, por cierto. Hace años que los Von Ziegler lavan dinero para ellos. Incluso han estado involucrados con el contrabando de joyas de alta gama y de armas.

Se llevó las manos a la boca para ahogar un grito. No podía ser cierto, Frederick tenía que estar mintiendo para separarlos, pero entonces ¿cómo explicaba lo que estaba viendo con sus propios ojos?

Günther… ¿estaba involucrado con la mafia?

Una parte de ella no quería creerlo, pero sabía que era cierto. Eso explicaba la visita que esos dos hombres que salían en las fotografías le habían hecho el otro día y lo tenso que se había puesto él.

—No puedo hacer lo que me pedís. Seguro que hay una explicación. No, no lo haré. No dejaré a Günther, me da igual que me chantajeéis —se negó categóricamente, pues aunque le hubiera ocultado algo tan grave como aquello sabía que la quería y estaba dispuesta a escuchar su versión. Sí, no los dejaría salirse con la suya.

Sin embargo, había subestimado la maldad de aquellos dos, que estaban dispuestos a todo con tal de lograr sus objetivos.

Frederick le cogió la cara entre las manos a la fuerza y le susurró una velada amenaza al oído que le puso la piel de gallina.

—¿Prefieres tener un matrimonio infeliz con él, arruinada y cargando con la muerte de Albert en tu conciencia? Eso cuando no vayan a ajustar cuentas con él los de la mafia y te quedes viuda. ¿O por el contrario, tener que separarte de él, pero saber que podrá tener su nivel de vida y a su familia completa a su lado? La elección

es tuya —arguyó, jocoso, a sabiendas de que sus juegos psicológicos estaban surtiendo el efecto deseado.

Candela se soltó de su agarre y reculó, sintiéndose en un callejón sin salida. Era demasiado para asimilar en tan poco tiempo y estaba abrumada, acorralada. Justo lo que Doménech quería. Aquel tipo era despreciable. Tanto como Erika.

¿Cómo podía hacer aquello? Ella no quería a Günther, si lo quisiera jamás lo lastimaría así.

Estaba perturbada y obsesionada y se lamentó por no haberse dado cuenta antes.

Pero jamás habría imaginado que algo así podría suceder, ni en su peor pesadilla.

—¿Qué queréis de mí? —Inquirió, derrotada. Tenía unas ganas inmensas de llorar y no sabía qué hacer.

La estaban poniendo entre la espada y la pared. Jamás pensó que se vería envuelta en una situación así. Era de locos.

—Muy sencillo. Tienes que romperle el corazón a Günther de la peor manera posible, frente a todo el mundo. Le darás un golpe que nadie le ha dado nunca. Un golpe del que jamás podrá recuperarse. Y confesarás frente a todos la farsa del compromiso.

Al escuchar aquellas palabras Candela sintió que el mundo se le venía encima.

CAPÍTULO 39

Günther no veía la hora de que aquella maldita reunión tocara a su fin.

Pese a estar físicamente allí sentado en una butaca de la sala de juntas, su corazón se encontraba extrañando a Candela como un loco y deseando estar a su lado en aquella habitación de hotel, con toda una noche por delante para hacerla gemir de placer.

Lamentablemente, aquello aún no tenía pinta de terminar. Había muchos asuntos pendientes que solucionar y ya iban a contrarreloj. Todo el mundo estaba tenso y malhumorado, pues a nadie le apetecía estar todavía en la empresa a altas horas de la noche.

—Günther, te están hablando —cuchicheó Elliot, en voz baja, al tiempo en que le daba una patada por debajo de la mesa para llamar su atención.

Eso bastó para que volviera de golpe a la realidad, para encontrarse con que doce pares de ojos lo miraban con expectación. Se recompuso de inmediato, demostrando que no ocupaba la silla presidencial por su cara bonita, e intervino con una seguridad aplastante, como si no hubiera perdido detalle de todo cuanto allí se había dicho:

—Es cierto que este incidente lamentable nos ha puesto en serios aprietos, porque contamos con un margen de error cero —dijo, todavía molesto. Menos mal que Erika se había ido ya a su casa, porque si la tuviera en frente volvería a gritarle por su descuido delante de todos. Se aclaró la garganta antes de proseguir—. Sin embargo, en esta empresa tenemos al mejor equipo, dispuesto a trabajar las veinticuatro horas de los siete días de la semana si es preciso. En estos documentos he reelaborado las tareas de cada uno de los trabajadores junto con su número de horas laborales para que

todo quede a punto. La inauguración no se aplazará —indicó, con una seguridad aplastante.

Pese a que algunos de los ejecutivos tenían sus reservas, la mayoría parecieron relajarse tras las palabras de Günther. Sabían que era un hombre de palabra y siempre había trabajado duro para ganarse sus propios méritos, al margen de su apellido.

En tanto que discutían los pros y los contras en caso de que algo fallara, el mayor de los Von Ziegler se inclinó para hablar con su hermano en susurros.

—Proyecta la presentación que elaboramos con las estrategias de mercado, a ver si terminamos de una vez —le pidió, a lo que el aludido mostró su conformidad enseguida. Él también quería irse cuanto antes, pues Suzy lo estaba esperando.

Sin embargo, parecía que aquella noche alguien confabulaba en su contra, porque cuando introdujo el USB en el servidor la carpeta con el archivo apareció en blanco. Y eso era imposible, a menos que…

—¿Pero qué diablos? ¡Estaba aquí!

Elliot estaba tan incrédulo como enfadado y perdió los papeles.

Günther se levantó de su silla, impetuoso, y empezó a trastear el ordenador, extrayendo el USB para volverlo a introducir, con los mismos resultados. De fondo se oían los susurros de indignación de los asistentes a la reunión, a quienes un circunspecto Max trataba de aplacar sin mucho éxito.

—Alguien los ha borrado, maldita sea —masculló Günther, entre dientes, y luego se pasó las manos por la barba, pensando en una posible solución—. ¿Tienes una copia aquí con la que podamos probar? —aventuró.

Con pesadumbre, Elliot negó con la cabeza. Nunca habría imaginado que algo así podría suceder.

Günther resopló, exasperado.

—¿Max?

El rubio tragó saliva y negó con la cabeza, alicaído.

Günther tuvo que contener una ristra de maldiciones y asintió, tratando de mantener la compostura.

—Yo tengo en casa una copia, la guardo en mi despacho. Puedo ir en un momento y traerla, la reunión no puede terminar así o corremos el riesgo de que este tropiezo haga que nos retiren su apoyo.

Y si eso pasaba estaban perdidos. Una mala impresión como aquella podía ser fatal. No eran ningunos principiantes, ¿cómo había sucedido algo así?

Elliot lo descartó, a sabiendas de que su hermano era el más indicado para volver a llevarse a aquellos huesos duros de roer a su terreno. Pero para ello tenía que quedarse allí.

—Iré yo. Max y tú os encargaréis de solucionar ese inconveniente. Podemos incluir un vale gratis en uno de los mejores spas del hotel a los primeros cincuenta clientes o algo así, joder lo que sea —espetó. Y al final Günther le dio el visto bueno, pues tenía razón.

—Vale, ve tú. Pero date prisa, Candela me está esperando —gruñó, entre dientes. Ni siquiera podía enviarle un mensaje, porque había puesto el móvil en silencio para evitar interrupciones.

Elliot se puso en marcha sin perder un segundo y él tomó las riendas junto con Max, saliendo del paso como pudieron y pidiéndoles disculpas a los presentes.

Afortunadamente, nadie se marchó. Significaba que todavía tenían otra oportunidad.

Günther solo pudo desear que aquella tortura terminara pronto, pues no veía la hora de volver a reunirse con su mujer y hacerle el amor toda la noche.

No tenía forma de saber lo que estaba pasando con ella en esos precisos instantes.

...

Elliot se estaba demorando más de lo normal en volver y eso tenía a Günther a punto de subirse por las paredes.

¿Qué demonios le tomaba tanto tiempo?

No sabía por qué, pero tenía un mal presentimiento.

Uno que no dejaba de acrecentarse a medida que transcurrían los minutos.

Se palpaba una crispación generalizada en el ambiente y él no aguantó más y lo llamó.

Sin embargo, la llamada se fue directa al buzón de voz. Günther blasfemó.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir esperando, Günther? Francamente no esperaba esta falta de organización por tu parte —le recriminó uno de los accionistas; amigo de toda la vida de su padre.

Él acusó el golpe con elegancia. Entendía que estuvieran molestos.

—Siento mucho lo que ha pasado. No entiendo cómo ha podido darse este imprevisto ajeno a nuestro control y…

Se vio interrumpido súbitamente cuando la luz de toda la planta se fue, dejándolos sumidos en una inquietante penumbra que fue motivo de quejas generalizadas.

Günther se pellizcó el puente de la nariz. ¿Podía esa noche empeorar más?

Desde luego que podía.

—Lo siento mucho. Realmente no sé qué demonios está pasando esta noche —se disculpó.

Entretanto, Max tomó la iniciativa para intentar resolver aquello y así echarle un cable.

—Quizá hayan saltado los fusibles, voy a mirar abajo —repuso, y encendió la linterna de su móvil.

Los demás no tardaron en imitarlo y ahí se quedaron mirándose las caras en un silencio lúgubre.

Por mucho que le pesara a Günther, no le iba a quedar más remedio que posponer la reunión para otro día.

Y eso hizo. Se disculpó de nuevo con todos los asistentes y los citó para el día siguiente a primera hora de la mañana.

—Espero que no se presente otro inconveniente de este calibre, Günther… —murmuró el hombre que le había reprochado lo ocurrido antes, a lo que el aludido le contestó con una sonrisa tensa.

En cuanto se hubieron marchado todos acudió a ayudar a Max, pero todo parecía estar en orden. El fallo tenía que estar pues en otra parte.

Y tan de repente como se había ido, la luz volvió.

Günther dejó escapar un suspiro a medio camino entre el alivio y el cabreo.

Pero al menos ahora que estaba solucionado podrían marcharse de una buena vez.

Elliot seguía sin dar señales de vida y eso ya no era normal. Empezaba a preocuparse.

En cuanto salieron a la calle se encontró con que tenía una llamada perdida suya, de hacía exactamente diez minutos y lo llamó de nuevo.

En aquella ocasión sí que respondió.

Sin embargo, no tenía buenas noticias; más bien todo lo contrario. Y es que cuando el menor —con el tono rebosante de vergüenza y arrepentimiento— le contó lo sucedido, Günther puso el grito en el cielo.

—¿¡¡Cómo que estás en el puto calabozo!!? —bramó, sobresaltando a Max con su arrebato. Pero es que de todas las cosas que había imaginado que podían haberle pasado al necio de su hermano, aquella era la última que le habría pasado por la mente.

Resopló, mientras escuchaba las explicaciones de Elliot. De fondo se oía un partido de fútbol que al parecer los guardias tenían puesto en comisaría.

Joder.

Si su padre se enteraba de aquello sí que le iba a dar algo.

No podía permitirlo.

Tenía que sacarlo de ahí como fuera.

—Muy bien, voy para allá —espetó y colgó, con una vena latiéndole en la sien.

—¿Han detenido a Elliot? ¿Por qué? —Inquirió Max, con cierta cautela al ver lo alterado que estaba Günther.

Este resopló y lo puso al tanto brevemente al tiempo en que abría su coche y se sentaba al volante, invitándolo a acompañarlo con un gesto de la cabeza. Max, por supuesto, no se hizo de rogar y ocupó el asiento del copiloto.

Normalmente era él el que acababa liándola parda, pero esta vez Elliot se le había adelantado.

—Al parecer cuando volvía a la empresa con el USB, se cruzó con Paul Doménech. —Era el hermano de Frederick—. Y él lo provocó insultando a Suzy… con calificativos que ya te puedes imaginar. Al final consiguió que Elliot perdiera los estribos y lo golpeara. Se metieron en una pelea y alguien llamó a la policía. El resto ya te lo sabes —finalizó, pellizcándose el puente de la nariz.

—No voy a juzgarlo, porque esos dos hacen que le hierva la sangre a cualquiera —opinó Max, y a regañadientes Günther tuvo que darle la razón. Frederick siempre lo había envidiado y odiado. Nunca terminó de entender por qué—. Anda, vamos, seguro que puedes pagar su fianza y aquí no ha pasado nada.

—Sí, pero te puedo asegurar que me va a oír en cuanto estemos fuera —masculló entre dientes y aceleró tanto que Max tuvo que abrocharse el cinturón, cosa que rara vez hacía.

Realmente no querría estar en el pellejo de Elliot por nada del mundo.

…

—Günther, joder, escúchame… lo siento, ¿vale? Perdí el control, pero si hubieras oído lo que ese hijo de puta dijo de Suzy… —Despotricaba Elliot, que trataba de alcanzar a Günther a las puertas de la comisaría.

Pero él lo cortó, con hosquedad.

—Cállate. No digas nada más, Elliot. Voy a llevarte a casa y no le vas a contar nada a nadie de esto. Pero si vuelve a ocurrir algo como esto, la próxima vez dejo que te pases la noche entre rejas. ¿Queda claro? —gruñó, entre dientes. Tenía la mandíbula contraída y le lanzaba dagas con los ojos.

Elliot resopló, poniéndose de mal humor también.

Y Max, en medio de ambas líneas de fuego, intentaba rebajar la tensión sin éxito.

—Cristalino —replicó, enfurruñado.

...

Entre unas cosas y las otras, Günther acabó llegando al hotel pasada la una de la madrugada.

Estaba de un humor de perros.

No podía creer hasta qué punto se le había fastidiado la noche.

Pese a que le había mandado un mensaje para avisarla de que iba a retrasarse más de lo previsto, Candela no le había contestado y eso lo tenía inquieto.

Tal vez se había enfadado con él por darle plantón. Y si era así lo entendía, pero es que no había podido evitarlo. Las circunstancias se habían escapado de su control.

Al preguntar por ella en recepción, le confirmaron que se encontraba en la habitación y subió, aflojándose la corbata en el ascensor.

Estaba cansado. Había sido un día agotador y solo quería dormir, cosa que seguro que ella estaba haciendo ya.

Cerró la puerta con el pie y empezó a desvestirse, contemplando al ángel que yacía sobre la cama, bocabajo. Se había acostado vestida y la imagen le arrancó una sonrisa cargada de ternura.

Esa imagen lo llenó de paz y, tras despojarse de la ropa y quedarse en bóxeres para estar más cómodo, se tumbó junto a ella.

Tuvo el impulso de darle un beso en la frente, pero se refrenó y se contentó con abrazarla por la cintura.

Pensó que estaba dormida y no quiso despertarla, aunque no le pasó desapercibido el hecho de que su rostro estaba enrojecido, como si hubiese llorado.

Lo atribuyó al disgusto y la desilusión que tenía que haberse llevado porque él la hubiera dejado tirada y se sintió fatal. Por la mañana se disculparía y se lo explicaría todo, seguro que lo entendía.

No tenía manera de saber que en realidad ella estaba despierta —intentando contener el llanto por todo lo vivido, que no dejaba de repetirse en su cabeza para torturarla— ni lo que estaba pasando realmente.

Porque de haberlo hecho, su historia habría sido bien distinta.

CAPÍTULO 40

Tomar esa decisión no había sido nada fácil para Candela. Le dolía el alma tan solo de pensar en lo que estaba por venir.

Pero por más que había tratado de buscar una solución, no la había hallado. Y es que la tenían entre la espada y la pared. Habían sabido darle justo donde más le dolía, presionando todos los límites para chantajearla y llevarla a su terreno.

No había tenido paz un solo día de todos cuantos pasaron tras aquel suceso.

Por las noches, le costaba conciliar el sueño y se veía obligada a fingir que dormía a pierna suelta para no preocupar a Günther y no levantar así sospechas.

Sin embargo, sabía que no era una buena actriz y su comportamiento errático y apagado no había pasado desapercibido para nadie, por mucho que se excusó alegando que se debía al estrés y a los nervios por la fiesta de compromiso, que ya estaba a la vuelta de la esquina.

Lo había pensado todo; desde contárselo a Günther hasta delatar a Erika y Frederick delante de él. Pero no tenía forma de probarlo, era su palabra contra la de ellos. Y aunque él la creyera —que lo haría— se irían de rositas sin pagar por lo que habían hecho y, lo que era peor, era seguro que en represalia tirarían de sus contactos para que Elise no pudiera obtener ningún papel en sus películas, llevarían la empresa a la bancarrota y hasta amenazarían la integridad de Albert.

Y no podía arriesgarse a que algo de eso ocurriera, porque su conciencia nunca se lo perdonaría. No podría soportar los remordimientos.

Si el precio a pagar era renunciar a Günther, entonces lo haría. Aunque le rompiera el corazón en mil pedazos, lo haría. Para no

arruinar su vida ni su familia.

A duras penas había sido capaz de conducir hasta el hotel donde se suponía que debía haber ido desde el principio, lamentándose por haber caído en aquella trampa. Y cuando él llegó fingió que estaba plácidamente dormida, cuando la realidad era que le daba vergüenza hasta mirarlo.

Si tan solo hubiese hecho caso a su instinto…

Ahora ya era tarde.

El día del compromiso había llegado, la fiesta estaba en marcha y ella no podía sentirse más desdichada. Tanto que temía que Günther se diera cuenta. Ya le había preguntado un par de veces qué le ocurría y aunque se había excusado con el trabajo, podía ver en sus ojos que no terminaba de creérselo.

Ella no era como él, no sabía mentir.

—¿En qué estás pensando? Estás muy callada.

La pregunta de Günther la hizo volver bruscamente a la realidad y simuló una sonrisa azorada.

—Perdona, es que no puedo creer que haya llegado el día. ¿Qué me decías? —Se excusó, rezando porque no notara nada raro.

—Me pasa lo mismo. Te preguntaba si prefieres celebrar la recepción dentro o fuera de la mansión. Pronostican buen clima, así que ambas opciones son viables —comentó, ajeno a su debacle interna.

Aunque Günther no era ningún tonto y se había percatado de lo decaída que estaba últimamente, pero prefería no darle demasiada importancia… porque tenía miedo de que se estuviera arrepintiendo de casarse con él.

Lo cierto era que no creía poder soportar que lo plantaran dos veces.

Pero eso era absurdo, se dijo a sí mismo, Candela no era como Willa. Jamás haría algo así. Ella lo amaba y todos los días daba gracias por haber encontrado a una mujer como ella. No la merecía.

—Oh, pues… creo que en ese caso prefiero al aire libre —respondió, intentando parecer entusiasmada.

—Así será entonces, tus deseos son órdenes, *liebling* —aseguró, recompensándola con un tierno beso que la tomó algo desprevenida.

En aquella ocasión la sonrisa que esbozó contra sus labios fue auténtica. Eran aquellos momentos en que se besaban, se abrazaban y se dejaban llevar por la pasión cuando Candela podía tener un respiro y dejar de lado las preocupaciones para simplemente sentir.

Los remordimientos llegaban luego, pero durante esos gloriosos instantes su cuerpo y su mente se perdían en el limbo del placer. Ojalá todo fuera más fácil. Pero su tiempo se había agotado, sabía lo que pasaría después de aquella fiesta.

Ella tendría que volver a casa, con el sabor amargo de la derrota en los labios y el corazón roto.

Y él… se quedaría allí, odiando a la mujer que vería como una traidora.

Pero todavía tenía la esperanza de poder parar aquello.

Había considerado muchas cosas en aquellas semanas. Incluso contárselo a Savannah, que parecía ser una persona práctica y resolutiva, además de una amiga incondicional para Günther. Pero no la había visto.

Tampoco a Marcello, pues él fue testigo de su encontronazo con Doménech en aquel pub. Ni siquiera tuvo valor para confesárselo a Suzy, porque no quería ponerla en un compromiso.

Y Abril… su loca y divertida amiga estaba a demasiados kilómetros de distancia y dudaba que, aunque quisiera, supiera cómo ayudarla. Decir la verdad no era una opción cuando el hombre al que amaba y su familia podían perderlo todo.

Desesperada, había intentado pillarlos in fraganti, pero no se encontraban ni coincidían nunca y la rubia —recelosa de que pudiera intentar algo para obtener evidencias de su juego sucio y grabar la conversación, que era exactamente lo que Candela pretendía— nunca coincidía con ella en la empresa y si lo hacía era siempre con otras personas de por medio.

Sin embargo, la joven española estaba decidida a pillarla por banda antes de la ceremonia y a hacer lo que fuera para que detuviera aquella locura. Por lo menos lo intentaría con sus últimas fuerzas. Tenía que haber una salida, aquel no podía ser el final de

todo. Se negaba a que sus sueños se hicieran añicos frente a sus ojos cuando estaba a punto de alcanzarlos.

—Me consientes demasiado —atinó a decir, con los labios hinchados y las mejillas arreboladas luego de que se separaran para tomar aliento.

Él le acunó el rostro entre las manos y negó.

—Nunca es demasiado cuando se trata de ti.

Candela tuvo que contener las lágrimas y Günther lo atribuyó a la emoción del momento.

Pero por dentro, ella solo pensaba: «Por favor, no me digas esas cosas. No me lo pongas más difícil».

—No estés nerviosa, será una reunión privada entre amigos —la tranquilizó, creyendo que a eso se debían sus tribulaciones.

—Tenemos definiciones distintas de lo que es una reunión privada entre amigos —dijo, no sin cierta diversión.

Él se echó a reír y sus ojos se iluminaron como si acabara de tener una ocurrencia.

—¿Cómo era tu vida en España? Háblame de tu familia —pidió, dejándola atónita y despertando su lado más emocional.

Echaba tanto de menos a su familia…, pero al mismo tiempo había aprendido a acoplarse a la perfección a la vida en Múnich. Y después de lo que estaba a punto de hacer, tendría que despedirse de ella. Probablemente para siempre.

Sintió una punzada en el pecho. Le habría gustado tenerlos a su lado en la fiesta de compromiso, de hecho los mismos Von Ziegler se ofrecieron a enviarles las invitaciones y a costear el vuelo, pero mintió alegando que les iba a resultar imposible viajar dado que no podían ausentarse del trabajo y que ya asistirían a la boda. No podía decir que la razón de su negativa se debía a que de ningún modo permitiría que estuvieran presentes y fueran testigos de la manera tan ruin en que se vería obligada a destrozar el corazón de Günther. Eso acabaría con ella.

—Pues… nunca paraba quieta. Siempre estaba rodeada de mi familia o mis amigos, siempre tenía algo que hacer. ¿Sabes? Los domingos solíamos hacer una barbacoa y me sentaba en el porche a imaginar cómo sería mi vida cuando por fin pudiera dedicarme al

trabajo de mis sueños —confesó, algo cohibida. No estaba acostumbrada a hablar de algo tan personal con nadie, pero él no era cualquiera.

—¿Eras una buena estudiante? —se interesó. Günther quería conocer a fondo a la mujer con quien se iba a casar, saber de sus gustos, de sus aficiones… que no quedara nada de ella que le fuera ajeno.

—Sí, por lo general sí. Solía ser un poco vaga y me costaba sentarme a estudiar, pero al final siempre ganaba mi lado responsable y sacaba buenas notas. Aunque seguro que no tanto como tú —alegó, adoptando un rubor adorable.

—Eh, no te compares con nadie. Ni siquiera conmigo. Eres inteligente, creativa y preciosa en todos los sentidos, ¿estamos? —replicó, dejándola sin aliento.

No importaba cuánto de ese lado tierno le mostraba, siempre la maravillaba la devoción y el amor que tenía guardado solo para ella. Y no lo merecía…

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se lanzó a sus brazos. Él creyó que solo estaba sensible, porque si supiera la verdad la odiaría.

En ese momento, doña Ingrid irrumpió en el salón y se aclaró la garganta al verlos tan acaramelados.

—Algo me decía que estaríais aquí. Siento ser aguafiestas, pero os necesitamos en la cocina para elegir el menú antes de que los del catering empiecen a trabajar —informó.

Y eso que faltaban más de cinco horas para la fiesta.

Günther suspiró, sin poder disimular su irritación, pero no le llevó la contraria a su abuela. Sabía que sería inútil.

—Está bien, abuela —cedió, precediendo a ambas mujeres hasta la cocina. Allí los esperaba su madre.

Entretanto, doña Ingrid aprovechó para coger a Candela del brazo y sonsacarla. No había pasado por alto lo nerviosa y apagada que había estado todos aquellos días y ella podía ser más persuasiva que su nieto.

—¿Vas a decirme realmente qué te ocurre?

Directa al grano; no era una mujer acostumbrada a irse por las ramas y eso quedó más que patente. Candela se tensó, aunque lo disimuló enseguida.

—¿A qué se refiere, doña Ingrid?

—Vamos niña, que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Habría que ser ciego para no darse cuenta que te pasa algo y no me digas que son los nervios porque te atizo con el bastón —advirtió y su gesto severo indicaba que hablaba en serio.

La joven tragó, viéndose en un aprieto.

Su desesperación la llevó a imaginarse a sí misma confesándole toda la verdad, pero ¿entonces qué?

Erika estaba invitada a la ceremonia, no podían armar un escándalo y sin duda si no hacía aquello a lo que la habían coaccionado, la respuesta de Doménech sería inmediata. ¡Maldito fuera, disponía de toda la documentación confidencial de sus proyectos! Llevar la empresa a quiebre le resultaría un juego de niños y lo que era peor, sabía que sería capaz de atentar contra la vida de Günther y entregar las evidencias que tenía a la policía.

No podía arriesgarse. Aquello le quedaba grande. Así que puso su mejor cara de póker y lanzó una verdad a medias.

—Es cierto. Lo que pasa es que son demasiados cambios repentinos en mi vida y… me siento abrumada. Temo no estar a la altura de lo que se espera de mí.

Los sabios ojos de la anciana la escrutaron como si pudiera ver en su alma y, por muy irracional que fuera, Candela temió que pudiera descubrir la verdad.

—¿Te han entrado dudas? Lo preguntaré de otro modo, ¿amas a Günther?

—Sí, claro que sí —aseguró, sin un ápice de vacilación.

El alivio en los ojos de doña Ingrid fue más que notable y Candela tuvo la rara sensación de que sabía más de lo que decía.

Le dio unas palmaditas y sonrió.

—Bien, eso es lo que importa. Lo harás bien, querida, ya lo verás.

Ojalá fuera cierto, pero ya no existía la posibilidad de un final feliz para ellos.

Se tragó las lágrimas y entró en la cocina sonriendo como si su corazón no se estuviera rompiendo en mil pedazos.

...

—Elise, no puedo aceptarlos… —Intentó rehusarse por enésima vez al precioso regalo que le había comprado la madre de Günther, pero esta no quería ni oír hablar de ello.

—No digas tonterías, cielo, en cuanto los vi supe que eran perfectos para ti. ¿Y qué mejor momento para lucirlos que en la fiesta de compromiso? ¿Verdad, cariño? —Le pidió opinión a su hijo, que se mostró de acuerdo.

—Claro. Además, hemos pensado lo mismo porque yo también tengo un regalo para mi prometida —coincidió y Candela quiso que la tierra se la tragara.

Después de elegir el menú y ultimar todos los preparativos, Günther y ella subieron a descansar un poco y ahora, a tan solo un par de horas de la fiesta, allí estaban; llenándola de obsequios que no merecía, como tampoco merecía el amor de aquella familia.

—No, por favor, ya me has dado suficiente. Además… yo no te he comprado nada —acabó confesando, muerta de vergüenza.

—No digas tonterías y acéptalo, anda.

Su tono no admitía réplica y reconoció su derrota.

—Está bien, gracias. Y gracias por los pendientes, Elise, son preciosos —le aseguró a su suegra, que estaba más entusiasmada que ella si cabía. Se notaba que le encantaban aquellas cosas.

—Vamos al cuarto, te ayudaré a ponértelo —indicó Günther, con el tono ronco y cargado de segundas intenciones que provocaron una oleada de calor en su cuerpo.

—Id tranquilos, os avisaré cuando empiecen a llegar los invitados —intervino Elise, con complicidad y una nota de picardía. Günther asintió, con una sonrisa deslumbrante y le ofreció su mano, que ella tomó sin vacilar.

Le encantaba lo bien que encajaban ambas cada vez que se entrelazaban, como si estuvieran diseñadas para acoplarse.

Pero muy pronto ya no podría hacer algo tan cotidiano como cogerlo de la mano, o acurrucarse en su pecho cada vez que vieran una película, ni disfrutar del tacto aterciopelado de sus labios sobre los de ella. ¿Y qué haría entonces? Se sintió vacía y estúpida, como si fuera una hormiguita muy pequeña a la que cualquiera podría aplastar, porque eso era lo que había hecho Doménech. Y ni siquiera lo vio venir.

Si tan solo no hubiera sido tan confiada y estúpida… ahora no sentiría que todo su mundo estaba a punto de venirse abajo en el que se suponía que debería ser un día feliz.

Günther cerró la puerta tras de sí, toda su atención se la robó de nuevo el precioso vestido de cóctel rojo con abertura en la pierna y escote en pico que había escogido —con ayuda de Elise— para la ocasión.

La primera vez que se lo probó se sintió como una princesa de cuento y, aunque seguía sin terminar de acostumbrarse a tanta opulencia, ya no le pareció tan fuera de lugar como la primera vez… sino que había empezado a sentirse a gusto. Pero pronto, todo aquello también quedaría atrás. Volvería al punto de partida; sola y desempleada, pero además con el corazón roto.

Se enfundó el vestido, intentando desechar esos pensamientos antes de que empezara a llorar y no pudiese parar.

—Deja que te ayude.

La voz de Günther fue apenas un susurro grave contra su piel que estremeció cada poro de su cuerpo. Tenía sus manos en la parte baja de sus caderas y su toque era como fuego.

Asintió despacio y se retiró el cabello para que él pudiera subir la cremallera de su vestido.

Lo hizo lentamente, con cuidado, y a la vez de un modo sensual que la maravilló. Solo Günther Von Ziegler era capaz de convertir en un espectáculo erótico algo tan cotidiano como subir una cremallera.

Pero aquello no fue nada, comparado con lo que sintió cuando se llevó las manos al bolsillo de su pantalón de traje y sacó una caja mediana de terciopelo, que abrió delante de sus ojos. Era el obsequio que le había comprado.

La joven dejó escapar una exclamación, admirando el collar de pequeños rubíes que debía de costar una fortuna y que el alemán depositó sobre su mano con una delicadeza exquisita.

—Dios mío, esto tiene que haberte costado una barbaridad. No tenías por qué gastar tanto dinero en mí —se lamentó.

—Lo mío ahora también es tuyo. Así que no te preocupes por el dinero —rebatió él, echando más sal en la herida sin saberlo.

«Ojalá fuera cierto», pensó Candela.

—Es precioso, gracias. De verdad —exclamó y tuvo que contenerse para no añadir un «Te quiero». No quería hacerle más daño después.

—Tú eres preciosa —aseguró, poniéndole el collar con cuidado y abrochando el cierre mientras ella mantenía sujeta su larga melena. Se había dejado el pelo liso, salvo por un par de hondas de su rizo natural en el flequillo, que le daban un aspecto más juvenil y cándido a su rostro ya de por sí aniñado.

Candela se dio la vuelta y le echó los brazos al cuello, presionando sus labios sobre los de él en un beso entregado y pasional.

Si era el último, quería que fuera inolvidable.

Sus lenguas se buscaron, coquetearon y se enredaron en un contacto intenso y visceral que no hizo sino intensificarse a medida que se tocaron y acariciaron con más fervor, hasta que él la tumbó sobre la cama y se inclinó sobre ella dispuesto a hacerla suya antes de que llegaran los invitados y tuvieran que bajar a saludar.

Sin embargo, unos tímidos golpes en la puerta los avisaron de que sin darse cuenta habían exprimido todo el tiempo que podían pasar a solas.

—Los invitados están llegando chicos, id bajando —avisó Elise, con tono cantarín. Definitivamente era como una adolescente encerrada en el cuerpo de una adulta, pensó Candela.

Todavía sobre ella, Günther resopló de exasperación y se levantó para darle espacio. Ambos se retocaron para asegurarse de estar presentables.

—Ya vamos, mamá —contestó, de mala gana.

Su único consuelo era que ya tendrían tiempo para seguir donde lo habían dejado después de la fiesta. No imaginaba lo que estaba por venir. Y si hubiera prestado más atención a su sexto sentido se habría fijado en que la sonrisa de su prometida flaqueaba cuando pensaba que nadie la miraba.

Pero estaba enamorado por primera vez en la vida y bajó la guardia. Tal vez, ese fue su error.

CAPÍTULO 41

Faltaban todavía la mitad de los asistentes por llegar y a Candela ya le dolían las mejillas de tanto sonreír y los brazos de tanto estrechar manos y compartir abrazos con los presentes. Todo el mundo parecía competir por felicitarlos y empaparse de paso de una jugosa cantidad de chismes.

Menos mal que estaban empezando a aparecer algunas caras amigas, de modo que pudieron tomarse un respiro.

Max estaba arrasando entre las mujeres con esa picardía innata y su carácter ligón, así que estaba radiante.

El contraste con Marcello, que permanecía serio y comedido —pero siempre amable— era tan notorio que Elliot estaba de lo más divertido, además de hallarse pletórico porque Suzy había aceptado ser su acompañante formal y había decidido que era el momento de presentarla como su novia formal frente a todos No le importaba lo que pensaran, Günther le había dado con sus acciones la seguridad que necesitaba para enfrentarlos. A ellos y a quien fuera.

Estaba harto de pensar siempre en agradar a los demás e ignorar sus propios deseos. De ahora en adelante iba a vivir su propia vida como le diera la gana.

—¡Amiga, estás espectacular! Pareces una reina —la piropeó Suzy y Candela prácticamente se lanzó a sus brazos. De algún modo, se sintió reconfortada.

—Y tú no te quedas atrás, el noviazgo te sienta muy bien —le devolvió el cumplido, pero era cierto. Sabía de las intenciones de Elliot porque la propia Suzy se lo había contado y solo esperaba que los Von Ziegler pudieran aceptarlo. Se merecían ser felices.

—Y más con un novio como este —bromeó Elliot, en parte para enmascarar los nervios que sentía.

Todos se echaron a reír. Su hermano le palmeó la espalda en señal de apoyo. Últimamente estaban más unidos que nunca y eso le gustaba. Era como si con la presencia de Candela, toda la frialdad y el distanciamiento fruto de la diferencia de caracteres se hubiera paliado. En opinión de Elliot, ella era lo mejor que le había pasado a su familia y la mejor compañera que pudiera imaginar para su hermano.

—Y no te olvides del padrino de bodas. —Saltó Max, fiel a su humor de siempre.

—¿Sigues con esas? ¿No te basta con querer ser el de mi hermano? —Le tomó el pelo Elliot, a lo que el otro le replicó enseguida.

—¿Tú me has visto? Soy el alma de la fiesta, tío, ¿quién iba a ser si no? Me necesitáis —Soltó, con total desparpajo.

A Candela le dolía la barriga de tanto reírse y por un momento se olvidó de todas sus preocupaciones y solo disfrutó de aquella agradable conversación.

Savannah no tardó en llegar pisando fuerte con un vestido negro semitransparente que puso a salivar a más de uno. Los gruñidos de Karl eran audibles hasta donde ellos estaban y Candela temió que le disparara a cualquiera de los que competían por llamar la atención de su protegida, que parecía disfrutar provocándolo.

Corrió directamente a abrazarla, dejando a Günther con los brazos extendidos y cara larga. Se echó a reír.

—Lo siento guapo, primero las damas. ¡Estás fantástica, Candela! Menudo bombón, sé de uno al que se le habrá caído la baba —apostilló, refiriéndose a Günther, a quien fue a saludar.

Este fingió que seguía enfurruñado, pero enseguida desistió. La pelirroja era como un terremoto; arrasaba allá por donde pasaba.

—Sentar cabeza te sienta bien, pareces diez años más joven. —Le soltó y Max estuvo a punto de atragantarse con su copa de champán. A Candela no le pasó por alto que se la estaba comiendo con los ojos, pero mucho menos a Karl, que ya lo estaba fulminando con la mirada.

Luego fue a por Elliot y Suzy, a quienes felicitó por hacer oficial la relación.

—Menuda parejaza hacéis, ¿se lo has dicho ya a Albert? —indagó.

—No, aún no. Estoy esperando a que baje —contestó, buscándolo entre la multitud.

—Si necesitas que te eche un cable avísame, siempre he sido su debilidad —adujo, con gracia. Y no exageraba, pues su padre era como un hermano para Albert, así que a ella la consideraba otra hija.

—¿Y tu padre, por cierto? —Se interesó Günther, a lo que el rostro de su amiga se ensombreció ligeramente.

—Hemos tenido algunas diferencias, así que se ha ido en otro coche. No tardará en llegar, supongo.

Günther asintió, sin insistir más. La relación de Savannah con su padre siempre había estado llena de altibajos.

—¿A mí no me vas a saludar? —Saltó entonces Max, meneando las cejas arriba y abajo.

La pelirroja sonrió.

—No cambias, ¿eh? Anda, ven aquí. Pero no te emociones —advirtió, al notar su excesivo entusiasmo.

—Demasiado tarde, pelirroja —replicó, sin cortarse un pelo.

Karl parecía a punto de echar humo por las orejas y eso espoleó aún más a Savannah.

Sin embargo, Candela dejó de prestar atención en cuanto vio una cabellera rubia entre la multitud que le resultó desagradablemente familiar.

Era Erika, que se acercó pavoneándose.

Cuánto debía estar disfrutando a su costa…

Candela nunca había odiado a nadie en su vida, pero por primera vez supo lo que era ese sentimiento corrosivo cuando vio la superioridad con que la contemplaba. Doménech no estaba con ella, pero el odio era extensible a ambos.

—Todavía estás a tiempo de detener esto, Erika —le dijo, en susurros, tan pronto como estuvieron frente a frente. Pero la rubia curvó los labios con desprecio y negó sutilmente.

Luego saludó con la mano, supuso que a Günther. Por lo tanto, las estaba mirando. Debía volver a su lado si no quería llamar la atención.

—Ni lo sueñes. Te advertí que no te metieras con lo que era mío y no me escuchaste, pero ahora vas a saber lo que se siente que te lo arrebaten —escupió, con desprecio. Luego, su expresión cambió radicalmente y la asió del brazo para ir a reunirse con el grupo.

¿Se podía ser más hipócrita? Candela tuvo que contenerse para no estrangularla.

...

No había pasado ni una hora y ya estaba rezando para que el suplicio terminara. Por suerte, Erika se había alejado a saludar a algunos conocidos y pudo respirar un poco.

Incluso comió y bebió de todo cuanto le ofrecieron, más para calmar los nervios que porque tuviera hambre.

—Mira, ahora tu padre está libre. Es tu momento —avisó Savannah a Elliot, que había estado esperando con impaciencia a que terminara de hablar con unos antiguos compañeros de trabajo.

Él asintió, resuelto, aunque Suzy parecía estar deseando que se la tragara la tierra y Candela le apretó la mano para darle ánimos.

—¿Y si lo dejamos para otro momento? No quiero que vayan a montar un escándalo y me echen de aquí —confesó, notoriamente preocupada.

El semblante de Elliot se endureció.

—Eh, nadie va a echarte de aquí. Antes me voy yo contigo, pero eso no va a pasar. Confía en mí —La tranquilizó, acariciando su mejilla con cariño.

Candela y Savannah suspiraron a la vez.

—Está bien…

—¡Papá, mamá, abuela, tengo algo que contaros! —clamó él, haciéndose oír por encima de la música.

El «Ay madre» de Suzy también fue más que audible, así como el comentario de Max.

—Creo que a tu hermano se le han pasado las copas —le dijo a Günther, que lo hizo callar con una mirada imponente.

La fiesta continuó, pero atrajeron varias miradas que indicaban que la gente estaba pendiente. Eso no disuadió a Elliot, que aguardó

a que sus padres los alcanzaran. La abuela empujaba la silla de ruedas de su hijo, ataviada con un vestido precioso de lunares blancos y negros y los labios pintados de rojo.

Aquella mujer era una caja de bombas.

—¿De qué se trata, muchacho? Habla ya, que me están esperando para bailar —soltó, dejándolos a todos de piedra cuando se giró para guiñarle un ojo a un hombre que tendría más o menos su edad y que se puso colorado al percatarse de la atención que estaba recibiendo.

—Abuela… no sé si quiero saber qué…

Pero también interrumpió a Günther.

—¿Qué te creías? ¿Que eras el único que tenía derecho a divertirse?

—Soy fan de tu abuela. —Soltó Max y Marcello le dio un codazo disimulado para que se callara.

Suzy no sabía si reír o llorar y Candela estaba en las mismas.

Elliot lo soltó del tirón.

—Quiero presentaros formalmente a mi novia, Susana María Díaz Hernández. Podéis llamarla Suzy.

Se hizo un silencio incómodo en el jardín.

Albert frunció los labios en un mohín reprobatorio, la abuela estaba impertérrita y Elise… miraba a su esposo como si de su reacción dependiera la de ella.

A Elliot empezó a latirle una vena en la sien. Günther se percató y le puso una mano en el hombro para que se controlara.

—No puedes soltar una bomba como esa y esperar que lo tome como si nada. Siempre has sido bastante… liberal. ¿Cómo sabemos que va en serio? —Albert hablaba en susurros, tratando de no llamar la atención de los invitados. Como siempre, se preocupaba más por salvaguardar las apariencias que por aquellos a quienes decía querer.

No obstante, Elliot sabía que su padre tenía razón en parte, pues no era como su hermano; nunca había tenido una relación seria, ni les había presentado a nadie. Además, siempre que le preguntaban decía que no tenía tiempo para el amor.

Pero eso había cambiado. Era solo que… estaban tan enfrascados en el negocio y en que nada escapara de su control, que ni siquiera se habían molestado en conocerlo un poco, o interesarse por sus sentimientos.

Nunca le preguntaban, no. Le daban órdenes y él tenía que limitarse a acatarlas. Y estaba harto.

—Nunca os habéis molestado en preguntarme, papá. ¿Cómo ibais a saber algo sobre mí? No me conocéis, ninguno de los dos habéis hecho siquiera el mínimo esfuerzo de preguntaros alguna vez qué queríamos mi hermano o yo, os limitabais a imponer vuestra voluntad. —Ahora que había empezado a hablar, no podía detenerse. Sentía la necesidad de desahogarse y soltarlo todo, de liberarse de la carga que había estado aguantando todos aquellos años. Ya no estaba dispuesto a seguir callando para contentarlos—. Cuando era pequeño y veía a los demás niños jugando en la calle o paseando con sus padres, haciendo actividades en familia… yo me preguntaba por qué nosotros no teníamos eso, a pesar de que nuestra holgura económica nos habría permitido disfrutar de tantos caprichos como pudiéramos. Pero incluso cuando nos íbamos de vacaciones, siempre estabais pendientes del trabajo. No sabéis cómo soy cuándo me enamoro, ni siquiera yo pensé que algún día lo descubriría y es lo mismo que le ha pasado a mi hermano. Pero os puedo asegurar que amo a Suzy y que es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. Y nadie, ni siquiera vosotros, va a poder impedírmelo. —Soltó, de carrerilla, dejándolos mudos de la impresión.

Y es que nunca lo habían visto de ese modo. Siempre pensaron que Elliot estaba bien así, sin sentar la cabeza, y cuando les llegaron los rumores de sus escarceos con esa chica creyeron que se trataba de un capricho.

Elliot siempre quería imitar a su hermano, por tanto era lógico pensar que si él estaba saliendo con su secretaria, el menor hubiera estado tonteando con una compañera de trabajo.

Pero estaban equivocados. Porque Elliot ya no era un niño que se fijaba en cada cosa que hacía Günther para llamar la atención, sino que era un hombre hecho y derecho que tenía muy claras las cosas. Y eso los enorgulleció.

—Tiene razón, Albert.

Doña Ingrid fue la primera en admitirlo. Su esposa, avergonzada y cabizbaja, asintió. Y él, que solo pedía disculpas en muy contadas ocasiones, reconoció su error. Pues aquella era una de ellas.

—Sí, la tiene. Te debemos una disculpa, Elliot. Y más tarde, si a ti y a tu novia os parece, nos sentaremos a hablarlo con calma todos juntos como una familia. Solo quiero que sepas que siento no haberme dado cuenta antes… y tenéis mi bendición.

Elliot se mostró tan sorprendido como emocionado ante las palabras de su padre, pues no se esperaba que lo reconociera tan abiertamente. A su lado, Günther le palmeó la espalda con orgullo y sonrió, estrechando a Suzy contra sí. Ella también estaba aliviada y, sobre todo, feliz, porque sabía lo importante que era para él contar con la aprobación de su familia.

El arranque de valentía de su hermano había inspirado a Günther, quien decidió que no podía esperar más para anunciar formalmente su compromiso con Candela y se llevó las manos al bolsillo de su traje, donde guardaba la cajita con el anillo.

—Bueno, yo también tengo algo que anunciaros a todos —empezó a decir, en voz lo suficientemente alta como para ganarse la atención de todos los presentes.

Sin embargo, no contó con que Candela —viéndose superada por las circunstancias y sin querer prolongar más aquella agonía— se le adelantara y pronunciara unas palabras que lo cambiarían todo.

—Yo… tengo que decir algo antes de nada. Lo siento mucho Günther, pero… no puedo casarme contigo.

La conmoción se adueñó de todos y cada uno de los presentes.

CAPÍTULO 42

Por absurdo que pudiera parecer visto desde fuera, la reacción que tuvo Günther ante las palabras de Candela fue a echarse a reír.

Reía porque no podía ser, porque tenía que tratarse de una broma de mal gusto.

Era imposible que no quisiera casarse, se dijo a sí mismo. Ella lo quería. Además, en el improbable caso de que le hubiesen entrado dudas, se lo habría dicho. ¿Verdad?

La miró.

A duras penas podía sostenerle la mirada y parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

Tragó saliva.

El silencio y la tensión que reinaba entre los presentes podría haberse cortado con un cuchillo. Nadie daba crédito a lo que estaba sucediendo.

—¿Qué? No. No hablas en serio, ¿verdad? No puedes estar hablando en serio —farfulló, sin ser consciente de la vulnerabilidad que dejaron traslucir sus palabras.

Candela quiso morir por dentro. No podía soportar el dolor en su mirada y casi sintió cómo se le rompía el corazón en miles de fragmentos cuando la revelación deformó sus facciones en un rictus pétreo que enmascaraba que esa herida que creyó que estaba cicatrizada, sangraba de nuevo. Solo que aquella vez era mil veces peor.

—Lo siento… —musitó, con la visión borrosa por culpa de las lágrimas que pugnaban por salir. Lo que no estaba dispuesta a hacer era revelar lo del contrato, ya le había hecho suficiente daño y jamás se perdonaría por ello.

Günther resopló. Se había quedado paralizado y no parecía ser capaz de hilvanar una frase coherente siquiera.

Elliot estuvo a punto de intervenir para sugerir que pasaran a la sala a hablarlo en privado, cuando la llegada de un mensaje al móvil de Günther lo detuvo en seco.

Como si intuyera que fuera lo que fuera, se trataba de algo importante, lo sacó con las manos temblorosas por la rabia que empezaba a hormiguearle en las venas y abrió el mensaje.

Pero nada, ni en un millón de años, podría haberlo preparado para lo que vio en aquellas imágenes que había recibido de parte de un número anónimo.

Era Candela —*su* Candela— a solas en una habitación de hotel… nada más y nada menos que con el canalla de Frederick Doménech. Y se les veía a ambos en una posición bastante comprometida que provocó que le hirviera la sangre.

Pero la cosa no terminó ahí, porque había otra instantánea de los dos. En un pub que solían frecuentar en los descansos del trabajo.

Günther no pudo soportar seguir mirando las pruebas del delito por más tiempo y lo apagó. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlarse y no estrellar el teléfono contra la pared.

Le temblaban las manos cuando la asió con brusquedad por el brazo y sin mediar palabra, la condujo de malas maneras hacia el interior de la casa. Tenía mucho que explicarle y más le valía que tuviera una muy buena excusa. O la cosa se iba a poner fea.

Porque acababa de romperle el corazón y humillarlo de la peor manera posible frente a todos. Luego, no contenta con eso, lo había pisoteado.

Nadie osó meterse, ni tratar de detenerlo. Aquel era un asunto de pareja, bastante serio por cierto, y debían resolverlo entre ellos.

El portazo que dio Günther fue tan fuerte que tenía que haberse escuchado hasta en España.

Resoplando como un toro, la soltó y empezó a pasearse por la estancia como un león enjaulado.

—¿Las fotos son auténticas? —preguntó, haciendo un esfuerzo titánico para controlar el tono de voz. Pero al ver que ella no

contestaba, acabó estallando—. ¡Contéstame! ¿Son auténticas o no? —bramó, dando un golpe en la mesa que la hizo dar un respingo.

—Sí… lo son —confesó, preparada para aguantar el chaparrón.

Sin embargo, la calma sobrenatural que lo invadió le resultó más peligrosa que cualquier ataque de ira repentina que hubiera sufrido.

Günther se tiró del pelo, esbozó una risa sin humor y se quitó la corbata, tirándola a un lado con violencia. Sus mejillas estaban empezando a adoptar un rojo alarmante.

Y Candela, arrinconada en una esquina, solo quiso desaparecer.

Pero no había escapatoria. No iba a resultar tan sencillo después de lo que había hecho.

—Todo este tiempo sabías que ibas a decir que no y aun así seguiste adelante. Dime, ¿por qué me has hecho esto? Hacerme creer que me querías —le exigió una explicación y al ver que rehuía, avanzó en dos zancadas hasta colocarse frente a ella y la sujetó por los hombros para obligarla a mirarlo.

Y ella… se rompió.

Por un momento, le dieron igual las amenazas que había recibido. Incluso las consecuencias.

Solo quería aclararlo todo y que los dos dejaran de sufrir.

—No, no es así Günther. Yo...

Pero él no la dejó terminar. Y su valentía se desinfló como un globo.

—¿Tú qué, eh? ¿Te lo has pasado bien humillándome ahí fuera delante de todos?

—No, claro que no. No quería que las cosas fueran así —confesó, con total sinceridad y las lágrimas resbalando por sus mejillas a causa de la congoja. Había destruido todo lo bueno que tenían, lo veía en sus ojos. Nunca la perdonaría, ni siquiera si le confesaba la verdad.

—¿Desde cuándo eres su amante? —exigió saber, con el tono oscuro y aterrador como nunca lo había escuchado.

Candela estaba en blanco, en *shock* por todo lo vivido. Su visión empezó a empañarse por el agobio y pensó que se desmayaría, pero milagrosamente logró mantenerse en pie.

Günther era implacable. No pensaba parar hasta que no le dijera por qué lo había destrozado de esa manera cuando le había entregado todo lo bueno que tenía para ofrecer.

—¡Contesta, joder! Habla o te juro por Dios que perderé la escasa paciencia que me queda —bramó, desquiciado.

La respuesta se escapó de los labios de Candela en un susurro tembloroso.

—Sí.

Una simple afirmación de la que sabía que se iba a arrepentir el resto de su vida, pero ya no había marcha atrás.

Al tener la confirmación de sus peores temores, Günther soltó un rugido seguido de una ristra de maldiciones y volcó la mesa de su escritorio, tirando varias sillas a su paso.

Candela ahogó un grito ante su explosión de ira y retrocedió unos pasos, por instinto, aunque sabía que, a pesar de todo, él nunca le haría daño físico. Pero el odio en su mirada le dolió más que cualquier golpe que pudiera haber recibido, porque se lo merecía.

Era un mar de contradicciones y no pudo resistirlo más. Tal vez había perdido la cabeza, pero quiso contarle la verdad a pesar de todo lo que acababa de decirle. Incluso si eso ponía en peligro sus vidas. Así de desesperada estaba.

—Pero no es como crees. Frederick... él hizo que yo…

Sin embargo, él estaba tan cegado por la ira que creyó que trataría de justificarse con excusas baratas y no la dejó continuar.

—¡¡Cállate!! No lo menciones. No quiero escuchar una puta palabra más que salga de esa boca de embustera —bramó, con todos los músculos tensos.

Estaba tan furioso que ella empezó a temblar, presa del nerviosismo.

—Escúchame, Günther…

Le cogió el brazo, pero él le dio una mirada de muerte y se soltó como si su contacto le escociera.

—No me toques —gruñó, entre dientes. Echaba fuego por los ojos —. Pensé que eras diferente, pero eres igual que Willa. Igual de mentirosa y traicionera que todas.

—No es así…

Le tendió las fotos con brusquedad.

—La de las fotos eres tú, son auténticas. Me engañaste y te reíste en mi cara, apuesto a que ese hijo de puta de Doménech y tú debisteis celebrarlo a lo grande —escupió, envenenado de ira y despecho.

—Estás equivocado. Sé que es difícil, pero…

Levantó la mano en un gesto despectivo y la cortó en seco.

—Fuera. Lárgate de mi empresa, de mi casa y de mi vida y no regreses jamás. Maldigo el puto día en que mi padre te contrató.

Las palabras salían disparadas de su boca en un torrente que la dejó paralizada en el sitio, sollozando. Le dolió más que si se hubiera limitado a arrearle un bofetón.

Todo había sido un malentendido. Un horrible malentendido.

En los ojos normalmente fríos e indiferentes de Günther había una ira pura y visceral que la sorprendió, al tiempo en que terminó de partirle el corazón en miles de añicos.

Porque ella era la culpable.

Presa de las lágrimas traicioneras, abrió la boca para tratar de decir algo, lo que fuera, que lo calmara lo suficiente como para que pudieran hablar las cosas con calma.

Sin embargo, no se lo permitió.

—HE DICHO QUE TE LARGUES —rugió, estrellando un jarrón contra la pared con violencia. Los cristales se hicieron añicos y le causaron algunos rasguños en las mejillas y las manos, pero él estaba tan fuera de sí que ni se inmutó.

Candela ahogó un grito al verlo de ese modo.

Pero no se atrevió a acercarse más.

Entonces, ¿todo lo que habían pasado iba a terminar así?

Qué... agridulce.

Sin embargo, una cosa tenía muy clara y era que no iba a rogarle. No serviría de nada, después de todo. Ella misma se había metido en aquel callejón sin salida.

Así que asintió, contuvo las lágrimas y con unas crípticas palabras de despedida en las que intentaba ocultar lo destrozada que aquella decisión la había dejado, hizo lo que él le exigía: salir de su vida.

—Aunque no te lo creas siento que esto haya acabado así. Adiós, Günther.

Depositó el collar de diamantes que él le había regalado en su fiesta de compromiso sobre la mesa y se marchó sin mirar atrás.

Él se quedó allí, temblando de pies a cabeza y destrozando todo lo que se le atravesaba. Jamás lo admitiría, pero le dolía dejarla marchar.

Y así, pensando que al otro no le importaba cómo se sentían, ambos se dieron la espalda, acabando con los restos de una relación atípica e intensa que jamás debió haberse dado.

El precio había sido dos corazones rotos.

Todo por culpa de ese estúpido contrato.

CAPÍTULO 43

Cuando Candela abandonó aquel despacho, lo hizo con el corazón roto y el rostro arrasado en unas lágrimas que no la dejaban siquiera ver por dónde andaba. Tuvo que detenerse y apoyar su cuerpo contra la pared más cercana, porque temblaba e hiperventilaba sin control.

Los golpes y los gritos de un Günther fuera de sí, que arrasaba con todo lo que se le ponía por delante, eran más que audibles desde la escasa distancia que los separaba y no pudo soportarlo más.

Se tapó las manos con los oídos, deseando volverse invisible, desaparecer del mapa. Y así, hecha un ovillo y en un estado deplorable, fue como Elliot y Suzy la encontraron.

—Dios mío, Candela. —Oyó que exclamaba Suzy, corriendo hacia ella—. Ayúdame a levantarla, Elliot.

Este enseguida acudió a echarle una mano y con delicadeza la asió de los brazos para ayudarla a ponerse en pie.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Mi hermano te ha...? —Se interrumpió, incapaz de terminar la frase. No concebía que Günther pudiera ponerle la mano encima a ninguna mujer, mucho menos a la que amaba, pero los golpes y los gritos desaforados que se escuchaban lo hicieron vacilar ligeramente.

No obstante, la joven se apresuró a negar con la cabeza, rechazando categóricamente aquella posibilidad. No pudo evitar dejar escapar un suspiro de alivio.

—No… claro que no. Es culpa mía, Elliot. ¡Todo esto ha sido culpa mía! —terminó sollozando, enterrando la cara en su pecho y echándose a llorar con desconsuelo.

Suzy también lloró al verla en aquel estado. Siempre había sido muy emocional y lo pasaba francamente mal con el sufrimiento de

otras personas.

Elliot, apesadumbrado, la estrechó contra sí con la intención de reconfortarla.

—Shh, tranquila. Intenta respirar hondo… —le indicó, tratando de que remitiera el ataque de pánico. Suzy le daba suaves pasadas en la espalda y le retiró el pelo para que pudiera respirar mejor.

—Mis cosas… ¿podéis traer mis cosas? Tengo que… irme —atinó a decir, entre hipidos y sollozos. Era un desastre lloroso, pero no podía parar.

Parecía que Günther se había calmado un poco, porque ya no se oía el estruendo de antes.

—Iré a decirle a Roger que prepare tu equipaje y te llevamos al aeropuerto si es lo que quieres, ¿pero estás segura? —Inquirió él, sintiéndose en medio de dos fuegos cruzados.

Asintió con la cabeza, porque estaba convencida de que si abría la boca para decir una palabra se ahogaría con sus propias lágrimas.

Suzy se quedó con ella mientras Elliot iba en busca del mayordomo, quien se marchó solícito a cumplir con lo encomendado.

Sin embargo, antes de volver con ellas —estaba convencido de que Candela se sentiría menos incómoda desahogándose con su amiga— decidió echar un vistazo para ver cómo estaba Günther y tantear el terreno.

Algo muy gordo debía haber pasado para que todo se torciera de ese modo, porque Elliot los había visto juntos; él más que nadie había sido testigo de cómo un simple acuerdo se convertía en una bonita historia de romance. Y aquellos sentimientos no se podían fingir, ni veía a Candela capaz de jugar con su hermano de aquel modo tan ruin.

Pegó la oreja a la puerta.

Silencio sepulcral.

Entró, sin más preámbulos. Y se quedó de piedra ante la imagen que le dio la bienvenida.

El despacho era un desastre, como si hubiera pasado un huracán y lo hubiese arrasado todo. Y en medio del caos, se hallaba Günther

tirado en el suelo —cubierto de cristales rotos y muebles volcados— bebiendo de una botella de *whisky* como si le fuera la vida en ello.

Elliot contempló la desoladora escena con profundo abatimiento. Su hermano, que iba siempre tan impecable y estaba tan controlado, ahora tenía el traje arrugado y se había hecho heridas en las manos y la cara. Ni siquiera parecía ser consciente de su presencia, estaba ido.

Se las arregló para atravesar aquel campo de batalla y se acuclilló frente a él, inseguro acerca de cómo abordar el tema sin echar sal en la herida.

Entonces él reparó en su presencia y esbozó la sonrisa más triste que le había visto nunca. Elliot esperó a que hablara. Lo último que quería era presionarlo.

—Me ha engañado, hermano. Todo este tiempo se ha estado riendo de mí en mi cara y con Doménech… ese hijo de puta. —La sorpresa se adueñó de Elliot. ¿Estaba hablando en serio? ¿Candela… había engañado a Günther con el cerdo de Frederick? No podía ser. Pero por otra parte, si lo era… ahora entendía el estado de su hermano. Aquello habría sido peor que una puñalada en la espalda para él, especialmente porque era la segunda vez que le ocurría—. ¿Qué es lo que he hecho mal, Elliot? ¿Por qué nunca puedo ser feliz?

Se quebró, como nunca antes. La botella se le resbaló de la mano y se hizo añicos en el suelo, pero él ni siquiera se dio cuenta.

Se echó a llorar como un niño y Elliot lo atrajo hacia sí, sobrecogido. No supo cuánto tiempo estuvieron los dos así, abrazados, hasta que se calmó lo suficiente como para recomponerse, algo avergonzado.

—Estoy aquí, pase lo que pase, ¿de acuerdo? —aseguró, con ferocidad.

Günther asintió.

—Gracias, hermano.

Elliot le dio una palmada en el hombro y se aclaró la garganta. A aquellas alturas, ya todo estaría listo y ambas mujeres se preguntarían qué le tomaba tanto tiempo.

Menos mal que desalojaron a todo el mundo en cuanto Günther y Candela entraron en la mansión, porque no quería que nadie ajeno a la familia fuera testigo de aquello.

—Ah… Ella está recogiendo sus cosas. Suzy y yo vamos a acompañarla al aeropuerto —le explicó, con tacto.

Él asintió, sin fuerzas.

—Está bien —dijo y lo sobresaltó al echarse a reír—. ¿Sabes? Soy tan imbécil que a pesar de todo prefiero que la acompañes y te asegures de que llega bien a tomar su vuelo.

Elliot tragó saliva. Aquellas palabras le habían calado hondo.

Lo ayudó a levantarse y negó, muy serio.

—No eres imbécil, Günther. Eso demuestra que, por mucho que te hayas empeñado en convencerte de lo contrario, tienes un gran corazón.

Aquellas palabras emocionaron al mayor y ambos se envolvieron en otro abrazo, esta vez más sentido.

—Volveré enseguida. Intenta descansar un poco, por favor, todos están muy preocupados. Ya se ocuparán de limpiar esto después —le pidió, rezando para que fuera razonable.

Günther cedió. Estaba tan cansado que no tenía fuerzas para discutir. Ni para nada. Solo quería que aquel día se terminara pronto.

Pero sabía que tendría que pasar mucho más tiempo para olvidarse de Candela Flores, si es que lo lograba alguna vez.

¿Y su corazón? Nunca se recuperaría de aquel golpe.

Ahora ya no tenía dudas, pensó mientras su hermano se marchaba, tenía que ser de hielo para que nadie pudiera volver a hacerle daño nunca más.

La última vez no lo consiguió, pero ahora sí. Porque lo que quedaba de bueno en él, ella acababa de matarlo.

...

Candela no dejó de llorar ni un segundo durante todo el camino desde la mansión hasta el aeropuerto. Y abandonar la que había sido su casa todo aquel tiempo… dolió.

Pero eso no fue lo peor, sino las miradas de decepción que recibió por parte de los Von Ziegler. Y no podía culparlos, pues después de todo nadie salvo ella sabía la verdad.

Sin embargo, Suzy no la había juzgado en ningún momento. Ni siquiera le hizo preguntas o la presionó de ningún modo. Y Candela la quiso todavía más por eso.

Elliot también se esforzó por mantenerse neutral y la trató con amabilidad, aunque de vez en cuando se apreciaba en su rostro el dilema que tenía; a fin de cuentas, Günther era su hermano.

—No tenéis que esperar conmigo, de verdad. Ya habéis hecho demasiado por mí —dijo, azorada.

No obstante, no sirvió de nada porque no pudo disuadirlos. Ella estaba tan mal que ninguno de los dos se habría sentido tranquilo dejándola a su suerte en aquel estado. Además, una parte de ellos todavía mantenía la esperanza de que todo hubiera sido un malentendido y se arreglara pronto.

No era justo que terminara de ese modo.

—No tenemos nada mejor que hacer —replicó Elliot, intentando tirar de humor para distender el ambiente. Y funcionó un poco, porque ella no pudo evitar dejar escapar una pequeña sonrisa.

—¿Puedo abusar un poco más de tu amabilidad y pedirte un último favor? —aventuró, siguiendo una corazonada.

Elliot asintió, intrigado.

—Dile a Günther que lo siento mucho… y que nada es lo que parece.

El menor de los Von Ziegler estaba confuso.

—¿Por qué no se lo dices tú? Quédate, espera a que las aguas se calmen y así podréis hablar con calma. No tienes por qué irte así —apuntó, cabal. Pero había demasiado que ignoraba… y así debías seguir siendo, por su bien.

—No puedo. Cuidad de él por mí —atinó a decir, antes de que se le quebrara la voz.

Por megafonía anunciaron que los pasajeros estaban a punto de embarcar, así que se despidió.

—Y tú también cuídate mucho, Candelita, sabes que estoy aquí para cualquier cosa. Llámame cuando llegues por favor. Me quedo

preocupada —le rogó Suzy, cuando ambas se fundieron en un emotivo abrazo.

—Lo haré, lo prometo.

Luego abrazó a Elliot y, maleta en mano se despidió por última vez antes de subir al avión.

No miró atrás, pues no estaba segura de poder mantener la escasa entereza que le quedaba si lo hacía. Sabía que los Von Ziegler no correrían peligro después de su partida, a fin de cuentas lo que les interesaba era separarlos y ya lo habían conseguido. No tenía sentido que intentaran nada más, no. Y eso la tranquilizaba, tenía el consuelo de que al menos su sacrificio habría servido para algo y estarían todos bien. La olvidarían tarde o temprano, un día para Günther ella no sería más que un lejano recuerdo y esa idea terminó por romperle el corazón.

Más tarde, cuando pensara en el viaje solo recordaría retazos borrosos de ella llorando desconsolada en su asiento y a una simpática anciana que le ofreció pañuelos y le estuvo contando algo acerca de sus rupturas amorosas de juventud.

Fue un leve consuelo.

Aun así, cuando aterrizaron en el aeropuerto, parecía un espectro moviéndose entre el bullicio de la gente yendo y viniendo, abrazando a sus familiares y con una sonrisa en la cara.

Ella, por el contrario, tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar y se sentía mareada. Apenas si tuvo fuerzas para coger su maleta y encaminarse hasta la zona de los taxis.

Pero… no podía volver a casa. ¿Cómo iba a explicar lo sucedido sin sentir que se moría por dentro? Volver implicaba contarles todo lo que había vivido desde su partida y no se sentía con fuerzas para afrontar aquel trago amargo.

Aquella noche no.

Además, era tarde y estaba agotada.

De inmediato, pensó en Abril.

Abril, que siempre estaba para ella y que sabía que no la juzgaría y la entendería.

No lo pensó demasiado antes de darle al taxista su dirección. Mañana lidiaría con el mundo, esa noche solo quería meter la cabeza

bajo las sábanas e hibernar hasta la próxima glaciación.

Ya de camino, se lamentó por no haberle enviado primero un mensaje para avisarla. ¿Y si no estaba en casa? ¿Y si había salido? O algo peor, ¿y si estaba con alguien?

Afortunadamente, la suerte le sonrió por una vez, porque al poco de llamar al telefonillo su amiga se asomó por el balcón para ver quién era —como tenía por costumbre— y pegó tal grito al verla allí de pie y maleta en mano que el pobre taxista las miró mal.

Candela le pagó y esperó a que Abril bajara, en zapatillas y ropa de andar por casa.

Su amiga era un torbellino y a la joven se le escapó una sonrisa al ver la efusividad que se apoderó de ella al verla.

—¡Candela! Esto sí que es una sorpresa. Pero ¿cómo no me has avisado de que venías? —exclamó, en voz tan alta que algunos vecinos empezaron a asomarse por la ventana, para curiosear.

Aquellas eran sus calles, estaba en la ciudad que la vio nacer, en su casa… y aun así, se sentía fuera de lugar. La sonrisa se borró de su rostro de un plumazo.

—Ha pasado algo horrible y… siento haberme presentado sin avisar —se disculpó, cabizbaja.

Tanto su tono como su expresión alarmaron a Abril, que se apresuró a reconfortarla.

—Eh, no digas tonterías. Sabes que puedes venir cuando quieras, me alegra que hayas acudido a mí. ¿Sabe tu familia que has vuelto? —Inquirió, por si tenía que avisarlos. Estaba muy preocupada.

Aquella no era la Candela risueña a la que estaba acostumbrada, sino una versión apagada de ella.

La aludida negó, apesadumbrada.

—No he sido capaz de ir a casa de mis padres, ni de avisarlos siquiera. ¿Puedo quedarme contigo por esta noche? —aventuró, con un hilo de voz.

Abril prácticamente no la dejó terminar la frase antes de responder.

—Claro que sí, sabes que eso no tienes ni que preguntarlo. Anda ven, voy a por un poco de helado, lo necesitamos. ¿Quieres

desahogarte?

Asintió. Abril sabía mejor que nadie lo que le hacía falta.

La rubia le cogió la maleta y la entró, pese a sus protestas, luego ambas se pusieron cómodas y con un plato de pizza y unos refrescos se tiraron en la cama —Candela no tenía apetito pero Abril se puso en plan madre y no paró hasta que comió algo, el lugar escogido para tener aquella charla.

Candela se lo contó todo, punto por punto, sin dejarse ni un detalle.

Y Abril, que siempre tenía una réplica para todo, por primera vez se limitó a escucharla en silencio y a reconfortarla con su abrazo. En ocasiones como aquella, las palabras estaban de más.

Pero su apoyo era incondicional y lo tendría siempre.

CAPÍTULO 44

Günther jamás pensó que llegaría el día en que odiara tener que ir a trabajar, porque prácticamente vivía por y para el trabajo —al menos antes de conocerla—, pero así era.

Su estado anímico era una montaña rusa que oscilaba entre la ira y la depresión y todo lo que quería hacer era encerrarse en su cuarto a rumiar su frustración y no ver a nadie.

Por desgracia, como director ejecutivo, no podía permitirse ese lujo. Aunque estaba seguro de que muchos de sus empleados lo estaban deseando, porque su carácter se había agriado tanto que ni siquiera él mismo se aguantaba.

Por mucho que se había esforzado para olvidarla, no lo había logrado. Y estaba lejos de conseguirlo.

Aunque su mente estuviera ocupada y pudiera pensar con su característica frialdad de antaño, su corazón seguía sangrando por la herida abierta que la española de ojos verdes le había dejado. Y que no creía que se curara nunca.

Tanto era así que empezó a odiar de verdad todos y cada uno de los recuerdos que le quedaron, hasta el punto de que les prohibió a todos que se la mencionaran siquiera. No quería saber nada más de la mujer que lo había engañado y traicionado como si el amor que sentía por ella no valiera nada.

Elliot intentó hablar con él en más de una ocasión —a fin de cuentas le había dado a Candela su palabra de que le transmitiría su mensaje y pensaba cumplirla, antes o después—, pero él no entraba en razón.

No fue el único que vio todos sus esfuerzos caer en saco roto. Su madre y hasta su padre, que nunca había hablado con él de otra cosa que no tuviera que ver con los negocios, e incluso la abuela —quien había prolongado su estancia en la mansión bastante más de

lo esperado— trataron de mantener una conversación con él y aconsejarlo, incapaces de seguir siendo testigos de cómo se consumía día tras día en su amargura.

Sin embargo, bastaba con que le mencionaran su nombre para que cortara bruscamente la conversación y adoptara una actitud hostil que los disuadía de seguir intentándolo. Supusieron que, con el tiempo, cuando sus heridas se cerraran un poco, se calmaría. Pero estaba siendo una agonía para todos.

Y aquella mañana de miércoles, su abuela decidió que ya había tenido suficiente y —como no se caracterizaba precisamente por su sutileza— decidió abordarlo antes de que se marchara a la empresa.

De tal modo que, cuando estaba cogiendo las llaves de su coche en la penumbra del salón, su voz lo sobresaltó porque no había reparado en que estaba allí de pie, fundiéndose con la oscuridad.

—¿Ya te vas? —Inquirió, con tono casual.

Él se giró, entre incrédulo e irritado por la encerrona. Aquello empezaba a volverse una costumbre y no le gustaba demasiado. Había hablado más con su abuela en aquellas semanas que en los últimos treinta años.

—Pues sí, ¿qué haces ahí a oscuras, abuela? ¿Me estabas esperando?

—Desde luego —admitió, sin el menor atisbo de pudor—. Ya no puedo aguantarlo más. Si tengo que seguir viéndote pulular por esta casa como un alma en pena voy a estirar la pata antes de lo previsto. Y no tengo ninguna intención de que eso pase —espetó.

—¿De qué estás hablando?

Por toda respuesta, la mujer se llevó la mano al bolsillo de su gabardina negra y extrajo un sobre minúsculo de su interior, que le tendió con sumo cuidado.

Günther lo abrió bajo su atenta mirada, con franca curiosidad. No tenía remite y era anónimo, así que no tenía forma de saber quién se lo había mandado a su abuela ni por qué.

No obstante, la información que contenía era tan impactante como reveladora. Aquello sí que no se lo esperaba y a la vez… explicaba muchas cosas. Pero también daba pie a muchos

interrogantes que necesitaba resolver. ¿Y si estaba equivocado, después de todo?

—Supiste la verdad todo este tiempo.

No era una pregunta, sino una afirmación. Y doña Ingrid asintió, impertérrita. Günther resopló, pasándose las manos por el pelo.

Alguien le había enviado una carta a su abuela contándole todos los pormenores de su acuerdo con Candela para fingir que estaban prometidos mediante un contrato —que, dicho fuera de paso, él se había encargado de destruir tan pronto como la hubo echado de su vida— del que solo ellos dos y Elliot tenían constancia. Confiaba a ojos cerrados en su hermano y sabía que preferiría que le amputaran un brazo antes que delatarlo, así que por fuerza tenía que haber sido otra persona. Pero ¿quién? ¿Y cómo se había enterado?

Su cerebro no paraba de cavilar, pero en aquel momento estaba más interesado en lo que quiera que tuviera que decir su abuela. La conocía lo bastante como para saber que si había decidido revelárselo ahora, sus motivos debía de tener.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no me lo dijiste en su momento? —cuestionó, molesto.

Su respuesta lo dejó todavía más sorprendido.

—¿Habría cambiado en algo las cosas?

—¿A qué te refieres?

—Tengo ochenta y nueve años. He vivido demasiado como para no reconocer el amor cuando lo tengo delante y lo que transmitíais vosotros dos esa primera noche en que ella vino a cenar… era auténtico. Creíais que estabais fingiendo, pero no era así. No hacía falta. Así que, cuando al día siguiente recibí ese sobre, reflexioné mucho sobre el tema y decidí que para mí no significaba nada si tú estabas feliz. Aunque no me creas, regresé porque me preocupaba que lo que pasó con Willa te impidiera volver a rehacer tu vida. Por eso te presionaba tanto —se sinceró, dejándolo atónito.

Doña Ingrid había pensado mucho en ello. Varias veces trató de abordar a su nieto y revelarle que sabía la verdad, pedirle explicaciones incluso. Pero siempre había sido una mujer intuitiva y

pragmática, así que prefirió tantear el terreno. Y las reacciones de ambos bastaron para confirmar sus sospechas: de una mentira también podía surgir el amor.

Fue por eso que calló.

—¿Entonces no estás enfadada? —Quiso saber Günther.

—Oh sí, no vas a librarte de una buena colleja. Pero por encima de todo estoy orgullosa de que, a pesar de todo, le hayas dado a tu corazón otra oportunidad para amar de nuevo.

—Y mira cómo ha acabado —espetó, con acidez.

Sin embargo, la abuela discrepaba.

—No estoy tan segura. Esa chica siempre fue tan transparente a pesar de vuestro acuerdo… no la veo haciéndote algo tan bajo. Pero este asunto de los anónimos y las conspiraciones, yo que tú me enfocaría en investigar eso. ¿Sabes por dónde voy? —Inquirió, tan sagaz como siempre.

Günther tuvo que reconocer, a su pesar, que cada vez que pensaba en esa posibilidad se le antojaba más plausible. Pero seguían quedando demasiado interrogantes en el aire.

—Doménech. Una parte de mí se negaba a aceptar la verdad, pero Candela lo confirmó, ¿por qué demonios asumiría la culpa de una traición tan horrible si era inocente? ¿Por qué no confesarme la verdad? Estábamos solos, abuela —se lamentó, con amargura.

«Estábamos solos cuando me miró a los ojos y me dijo que me había engañado con él, a sabiendas de que me rompería el corazón», pensó.

—Quizá no tuvo opción. Ya sabes cómo es ese cerdo, toda su familia está cortada por la misma tijera —Repuso.

—Si la amenazó…

—Sé que lo averiguarás y harás lo correcto —aseguró, dejándolo sorprendido. Cada vez que su abuela le hacía un cumplido el pecho se le contraía de orgullo. Pues precisamente por hacerlo tan pocas veces, sabía que cuando pasaba era porque lo sentía de corazón.

—Gracias, abuela.

Le dio un beso en la frente y se despidió.

Iba a hacer lo que debió haber hecho desde el principio.

...

Para cuando hubo llegado a la empresa tan solo media hora después, Günther ya había ideado un plan para desenmascarar a Doménech en caso de que sus sospechas fueran acertadas y estuviera detrás de todo lo sucedido con Candela.

Pero para eso iba a necesitar ayuda de las únicas personas que nunca le fallaban. Primero llamó a Savannah, que había estado yendo a visitarlo prácticamente cada día con cualquier pretexto para levantarle el ánimo. La pelirroja había demostrado que seguía siendo una amiga incondicional, como pocas quedaban, y descolgó al segundo tono. En cuanto Günther le explicó la situación accedió de inmediato y le aseguró que tardaría quince minutos a lo sumo en llegar a la empresa.

Luego le tocó a Marcello. Con él lo tendría un poco más complicado por sus turnos en el hospital. Y es que además se sentía fatal por no haber querido escucharlo cuando fue a verle dos días después de lo sucedido, asegurando que tenía algo importante que contarle referente a Doménech y Candela.

El dolor de la traición todavía estaba demasiado reciente y él no quiso ni oír hablar del tema, creyendo que confirmaría la historia. Así que el doctor se marchó, apesadumbrado.

Günther pensó que si lo mandaba al diablo le estaría bien empleado, pero una vez más el italiano le demostró que era un amigo leal y de buen corazón. Le aseguró que se ocuparía del asunto tan pronto terminara su consulta, en un par de horas.

Era perfecto, pues para entonces Günther ya lo tendría todo listo. Le explicó lo que tenía que hacer y él se mostró conforme.

Solo quedaba esperar. Y quemar un último cartucho que, esperaba, le proporcionara la baza necesaria para ganar la partida.

CAPÍTULO 45

Erika interpretó como una señal del destino el hecho de que Günther la llamara a su despacho a solas para discutir un asunto de negocios.

Se retocó la blusa celeste que llevaba para remarcar sus pechos, atusó su melena rubia y entró contorneando las caderas. Aquella era su oportunidad de oro para reconquistarlo ahora que por fin se había deshecho de Candela y no pensaba desaprovechar la ocasión.

Llamó a la puerta, esperando a que le permitiera entrar y maquinando las mejores formas de seducción que conocía. Aquel era su momento de gloria. A fin de cuentas, ¿quién mejor que ella para consolarlo?

—Adelante —indicó, con voz ronca.

Erika se abrió paso a través del despacho y, con voz melosa, susurró:

—¿En qué puedo ayudarte, Günther?

Él levantó ligeramente la vista de los papeles que estaba revisando y se tomó su tiempo antes de contestar:

—¿Te importaría ayudarme a revisar este presupuesto que tengo que aprobar? Elliot está ocupado, así que he pensado en ti. Antes solías echarme una mano con estas cosas —recalcó, a sabiendas de que ella se vanagloriaría por el cumplido.

Y, efectivamente, así fue.

—Claro, déjame ver. —Aceptó de inmediato y con la excusa de inclinarse para echar un vistazo expuso su generoso escote a escasos centímetros de su rostro.

Günther esbozó una sonrisa de medio lado, pensando que estaba siendo más fácil de lo previsto.

—Está todo en orden —aseguró ella, al poco. Eso solo confirmó sus sospechas.

El presupuesto que le había presentado era el que tenían antes de conocerse la filtración, pero lo que muy pocos sabían era que Günther se había tomado el trabajo de modificarlo desde cero para anticiparse a la jugada de Doménech.

Era imposible que a Erika le pareciera correcto y que no notara nada extraño… si fuera inocente en aquella historia.

Por suerte, acababa de delatarse a sí misma. Pero con eso no bastaba, ni mucho menos.

—Excelente, sabía que serías de ayuda.

Pudo sentir cómo su ego se inflaba.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo, he estado ahí para ti en las buenas y en las malas —aventuró, melosa—. Estás muy tenso, déjame que te alivie —ronroneó, a lo que él asintió como si fuera todo cuanto hubiera estado esperando.

Y lo era, pero por razones bien distintas. Se quitó la corbata y ella le posó ambas manos sobre los hombros, aplicándole uno de sus masajes estrella para aliviar la tensión.

Cerró los ojos, fingiendo que lo estaba disfrutando cuando en realidad su mero toque le daba repulsión. Porque ahora sabía lo que había hecho. Y solo estaba esperando el momento propicio para que se delatara.

A juzgar por lo confiada que se veía, no tendría que esperar demasiado.

—¿Sabes? Esa tal Candela fue una estúpida al engañarte como lo hizo. De haber estado en su lugar… nunca te habría traicionado de esa manera.

—La odio. Fue una suerte que me diera cuenta de cómo era en realidad antes de que fuera demasiado tarde —mintió, preparándose para dar el golpe de gracia—. Pero hay cosas que todavía no me cuadran. ¿En qué momento empezó a verse con Doménech? Por más que he pensado en ello no logro entenderlo.

—Seguramente esa furcia aprovechó cualquier ocasión como la trepadora que es. Si me lo preguntas, vi varias veces que coincidía con él durante los descansos para almorzar en el Holli´s y su actitud era sospechosa. Claro que no te dije nada porque estabas demasiado encandilado y no me habrías creído. —Soltó todo el

discursito dándose aires y Günther tuvo que echar mano de autocontrol para mantenerse impasible.

—Lo cierto es que ahora que hago memoria sí que hubo un día en que tardó más de la cuenta y no estaba con Suzy. Veintitrés de mayo si no recuerdo mal. ¿Te suena haberla visto con él allí?

Tal y como esperaba, Erika cayó redondita y asintió.

—Sí, ahora que lo dices sí que los vi juntos ese día. Ella le estaba coqueteando sin ningún pudor, ¿puedes creerlo? Es el colmo del descaro. Menos mal que te has librado de ella…

No pudo terminar la frase, porque sin previo aviso Günther se levantó de la silla como un huracán y la sujetó por el cuello, arrinconándola contra la pared y conteniéndose a duras penas para no estrangularla.

—¿Me has visto la cara de estúpido? ¿Creías que no me iba a dar cuenta de tus sucias mentiras, eh? —escupió, con desprecio, mientras ella boqueaba con desesperación y se aferraba a sus manos para que la soltara. Aflojó un poco, pero no cedió—. ¿Cuándo lo planeasteis todo? ¿Fue idea tuya o de Doménech? ¡Habla o te arrepentirás! —bramó, provocando que se encogiera.

No le daba la menor lástima. Lo que había hecho era imperdonable y lo peor es que estuvieron a punto de salirse con la suya. Y todo por su maldita obsesión con él.

Aun en la situación en que se encontraba, Erika tuvo la cobardía de negarlo todo.

—Günther, no… no sé de qué me hablas. Suél-tame.

—No sabes de qué hablo ¿eh? El veintitrés de mayo Candela estuvo todo el día conmigo, íbamos hasta el cuello de trabajo y ni siquiera almorzó. —Al verse acorralada, Erika trató de justificarse, pero Günther no le permitió abrir la boca siquiera y continuó, implacable—. El presupuesto que te he enseñado es antiguo. Si de verdad hubieras estado haciendo tu trabajo en lugar de conspirar con la competencia, te habrías dado cuenta enseguida. Pero claro, ¿cómo ibas a hacerlo? No hubo ningún hackeo en tus dispositivos, sino que desde el principio fuiste tú quien le facilitó a Doménech toda la información necesaria para hundirnos —remató la faena,

dejándola muda de la impresión. Era evidente que no se esperaba aquello.

Se había puesto pálida y solo farfullaba incoherencias para tratar de hacerse la inocente. Como si eso fuera a funcionar con él, después de todo.

—Günther, te juro que yo no he hecho nada… no tengo nada que ver en lo que estás diciendo. Tiene que ser una equivocación, yo te quiero… —siguió justificándose.

Este dejó escapar un bufido y le clavó tal mirada de desprecio que ella se encogió. La soltó, asqueado, pero se aseguró de que no pudiera escabullirse. Iba a asumir las consecuencias de sus actos, de eso se encargaba él.

—No me hagas reír, Erika. Si me quisieras jamás te habrías prestado a semejante bajeza. Ahora dime, ¿estas pruebas que tengo en mi poder también son falsas? —apostilló, mostrándole las grabaciones que había conseguido, gracias a la ayuda de un amigo de Karl, de ella viéndose en reiteradas ocasiones con Frederick en su apartamento y en situaciones bastante comprometidas.

Al verse descubierta, Erika se puso todavía más pálida y se echó a temblar, temerosa de su ira.

—Vale sé lo que estás pensando, pero te juro que no es lo que parece, Günther. Él me obligó y…

Se interrumpió ante la carcajada que este soltó.

—No sigas cayendo más bajo y admítelo de una vez o será peor para ti —le advirtió, muy serio.

—¿Cómo has conseguido esas grabaciones? —Inquirió, a la desesperada.

—Tengo mis contactos. Ahora si no quieres que las filtre a la prensa rosa, empieza a hablar de una vez. Me queda muy poca paciencia. Si mi contacto se mete en tu ordenador encontrará más pruebas y sabes que puedo hundiros la vida a ti y a tu cómplice —gruñó, entre dientes.

Eso bastó para desarmarla.

Erika podía ser una mujer narcisista y sin escrúpulos que jugaba sucio para conseguir lo que quería, pero no era tonta y desde luego sabía de lo que Günther sería capaz si no le daba lo que quería.

Así que, entre lágrimas de cocodrilo para darle pena, soltó su confesión a borbotones:

—Está bien, te lo contaré. Frederick y yo nos veíamos a veces, cuando tú me rechazabas… siempre estaba dispuesto a complacerme y después de todos tus desaires por culpa de Candela, me desahogué con él. Resulta que estaba interesado en ella, pero también se dio el lujo de despreciarlo, así que tuvo la idea de… tenderle aquella trampa en el hotel y chantajearla. La amenazó con llevar a la empresa a la bancarrota y con enviarle las fotos que yo hice a tu padre… y a ti.

Günther apretó tanto los puños que se le pusieron los nudillos blancos y aun así a duras penas podía contenerse. Estaba lívido de ira.

Erika tragó saliva, amedrentada.

—Continúa. —Ladró, con todos los músculos en tensión.

—No sufrí ningún hackeo, le filtré a empresas Doménech información confidencial de nuestro proyecto de manera voluntaria.

A aquellas alturas, Günther no estaba seguro de poder seguir conteniéndose por mucho tiempo. Quería estrangularla.

—¿Y las amenazas y fotos enviadas a Elliot y a mi padre?

—Lo hizo Frederick —confirmó, acrecentando así las ganas que tenía de romperle la cara.

—Bien —pronunció, entre dientes, con la mandíbula tan tensa que estaba a punto de resquebrajársele.

Aquella era la señal que había convenido con Karl y Savannah, que habían permanecido ocultos en el baño contiguo, grabándolo todo.

Cuando la puerta se abrió de súbito y la rubia los vio aparecer se quedó de piedra. Su expresión fue digna de grabarse en vídeo y Günther lo disfrutó.

Especialmente cuando una furibunda Savannah trató de saltar sobre ella con las uñas por delante. Su guardaespaldas lo impidió inmovilizándola por la cintura hasta que logró calmarla.

Siempre había sido una mujer de carácter explosivo.

—Tienes suerte de que me estén sujetando, porque te dejaría calva —gruñó, enseñándole los dientes.

Erika retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared, pero allí estaba Günther que se cernió sobre ella como un depredador.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Todavía no he terminado contigo, Erika. Pero cuando lo haga, te aseguro que te arrepentirás durante el resto de tu vida de lo que has hecho.

La rubia no pudo contener las lágrimas. Sabía que no iba a de farol, lo que significaba que estaba acabada.

CAPÍTULO 46

Frederick Doménech estaba repantigado en la silla de su escritorio, masturbándose mientras veía un poco de porno para relajarse por el estrés que llevaba arrastrando toda la mañana debido al trabajo acumulado, cuando llamaron reiteradas veces a la puerta de su despacho.

Siseó una maldición y se la guardó en los pantalones, irritado. Le había dado a su secretaria órdenes expresas de que nadie lo molestara, ¿quién demonios sería?

—Adelante. —Ladró, esperando que quienquiera que fuese se largara pronto.

Sin embargo, su sorpresa fue genuina al ver a Erika Erlic en el umbral. ¿Es que esa mujer se había vuelto loca o qué? Le había repetido cien veces que se mantuviera alejada de él para no levantar sospechas.

Lo de Günther estaba demasiado reciente y lo último que le convenía era que alguien empezara a hacerse preguntas incómodas.

—¿Qué mierda estás haciendo tú aquí? Te dije claramente que no vinieras, nunca. Cierra la puerta, deprisa —espetó de malos modos.

Ella obedeció, luciendo realmente acongojada. Eso empezó a inquietar a Frederick, que no dejaba de preguntarse qué demonios iba mal.

—Lo sé, pero necesitaba hablar contigo. Estoy muy preocupada, Frederick —Teatralizó, repitiendo todo lo que Günther le había indicado que dijera.

El aludido se levantó de la silla de su escritorio y se acercó a ella, amenazante.

—¿Y eso por qué? ¿Has hablado con alguien? Explícate y no me hagas perder el tiempo —espetó, alzándole la barbilla con agresividad.

—Es solo que… Günther está a la defensiva conmigo. Las cosas no están yendo como esperábamos, ¿sabes? Me ha hecho varias preguntas sobre la empresa y… es como si no se terminara de creer lo del hackeo —comentó, en voz baja, casi como si le diera miedo pronunciar siquiera esa palabra.

Desde su coche, Günther estaba escuchándolo todo por el micro que Karl le había instalado a Erika para así tenderle la trampa a Doménech y tuvo que reconocer que al menos la rubia era buena actriz. Ese imbécil iba a caer redondito y él lo estaría esperando.

Por toda respuesta, Frederick resopló con desdén.

—¿Eso es todo? Lo que tienes que hacer es dedicarte a seducirlo, que de pensar ya me encargo yo. No importa que pregunte una o cien veces, nunca podrá demostrarlo. Mi hombre es demasiado bueno y sabe ocultar su rastro, así que lo que tiene son meras especulaciones —sentenció y se podía palpar la satisfacción en su tono ante lo que había hecho.

Aquel tipo era sin duda despreciable.

—Lo sé, pero no es tan fácil. Lo que pasó con Candela todavía está muy reciente. —Günther se puso tenso como el arco de un violín y le costó todo su autocontrol no entrar ahí y fastidiarlo todo solo para atizar a Doménech—. ¿A ti no te preocupa que le cuente la verdad sobre lo que hicimos? Todavía puede advertirlo del chantaje y eso sería nuestro fin. —Aduce Erika, siguiendo su papel.

Menos mal que no había intentado jugársela. Después de todo, aún le quedaba algo de instinto de autoconservación.

Frederick permaneció callado lo que pareció una eternidad y eso crispó todavía más los nervios de Günther, llevándolo al límite.

«Vamos, canta de una puta vez», pensó.

—¿Después de amenazarla con matar a su amorcito, hundir la empresa y la reputación de su familia al revelar que está involucrado en tratos con la mafia y provocarle un ataque al corazón al viejo Von Ziegler? Esa tonta enamorada jamás nos delatará, de lo contrario nunca habría aceptado —replicó, con tal despotismo y tiranía que puso a hervir la sangre de Günther al punto de ebullición.

Y ya no tenía que contenerse más, porque el muy imbécil lo había confesado todo sin saber que Erika llevaba un dispositivo de escucha

y que Karl lo estaba grabando todo.

Se bajó del coche, impetuoso, y atravesó las puertas de la empresa encaminándose directamente hacia su despacho y haciendo caso omiso de los intentos de la secretaria de Frederick por detenerlo.

Ni siquiera podía ya prestar atención a la réplica de Erika ni a los intentos de Marcello y su hermano por convencerlo de que los esperara y no hiciera tonterías.

—¡Oiga, no puede entrar así! —estaba gritando la secretaria, tras él.

Le cerró la puerta en las narices e irrumpió en el despacho echando humo.

La cara de Frederick al verlo fue todo un poema y le habría encantado poder regodearse más si no hubiera estado tan colérico. Antes de que el otro pudiera abrir la boca siquiera ya le había asestado un puñetazo tan fuerte en la cara que lo tumbó de espaldas y esperaba que le hubiera dislocado la mandíbula.

Erika gritó y retrocedió hasta la puerta. Günther volvió a la carga y se agachó frente a él, sujetándolo de la corbata para levantarlo. Lo acorraló contra la pared y lo cogió del cuello.

—¿Cómo…? ¿De dónde has salido tú? —Graznó Doménech, que no se lo podía creer.

Günther le enseñó los dientes.

—No deberías ser tan confiado cuando revelas tus sucias tretas, cualquiera podría llevar un micro. —Soltó, con regocijo.

Entonces la comprensión inundó el rostro de Frederick y se puso pálido al entender las implicaciones que ello conllevaba. Günther se había dado cuenta de todo y ahora las tornas habían cambiado: era él quien lo tenía en sus manos.

Apretó la mandíbula y lo miró con desprecio, aun en la situación en que se encontraba. Quiso limpiarse la sangre del rostro, pero Günther no se lo permitió.

—¿Por qué lo has hecho, eh? ¿Cuál ha sido siempre tu problema conmigo? Déjame adivinar, te sentías inferior.

Lo cierto era que nunca había entendido el odio desmedido que sentía por él, pues siempre se esforzaba en sabotearlo.

—No tienes ni idea ¿verdad? —Frederick bufó, dejando salir todo el rencor que lo había reconcomido durante aquellos años, desde que estaban en el instituto—. Te acostaste con mi novia —acusó y al ver el ceño fruncido de Günther, añadió—: Elizabeth. La quería de verdad. Y tú tuviste que estropearlo.

Su voz estaba llena de odio.

Günther era la viva imagen de la incredulidad. Tuvo que hacer memoria para recordar a la chica en cuestión.

—¿Me estás diciendo que todos estos años has sido la piedra en mi zapato por eso? —Inquirió, sin dar crédito—. Joder, ni siquiera sabía que era tu novia. Ella no me dijo nada y en todo caso fue quien tomó la decisión de engañarte, no yo. Así que supéralo, porque estás enfermo si has orquestado todo esto por algo que pasó hace doce años —espetó.

—¿Sabes? Ha merecido la pena ver cómo pasabas de ser el hombre más feliz a perderlo todo en cuestión de horas. Ella estaba tan asustada… lloró y suplicó que no le hiciera eso, que no la obligara a romperte el corazón —escupió. Y eso bastó para que Günther perdiera el escaso autocontrol que le quedaba.

Le propinó un brutal rodillazo en el estómago y luego un cabezazo que lo mandó trastabillando hacia atrás, chocando con la mesa de su escritorio y volcándola en el proceso.

En ese momento, justo cuando le daba un puñetazo, entraron Elliot y Marcello, seguidos por la secretaria, que amenazaba con llamar a seguridad, y por Max, que nadie sabía de dónde había salido, pero que aseguraba que no quería perderse la fiesta.

Entre los tres consiguieron quitarle a Günther de encima, quien forcejeaba. No había tenido suficiente, quería matarlo.

Por su culpa había perdido a la mujer que amaba, para siempre.

Aunque… pensándolo bien, tal vez no era demasiado tarde. Quizá todavía había esperanza para ellos. Pero debía darse prisa.

Sin embargo, no pensaba irse de allí hasta dejar las cosas bien claras.

—Klara, llama a seguridad —Graznó Frederick, desde el suelo, como el cobarde que era. Tenía la cara ensangrentada y se dolía de una costilla rota.

—Si vuelves a intentar la más mínima tontería contra mí o mi familia, siquiera a acercarte a ellos o a mi mujer a más de doscientos metros… acabaré contigo y todo tu maldito legado sin tan siquiera mancharme las manos con una rata como tú. Sabes que tengo material de sobra —amenazó, señalándolo con el dedo. Y no estaba bromeando. Si no lo hacía directamente, era porque no podía desaprovechar ese as en la manga que estaba en su poder. Era una garantía de por vida.

Y ahora que Frederick había obtenido su estúpida venganza de patio de colegio no iba a arriesgarse a intentar nada más en su contra. Le importaba demasiado su empresa y su ego y no querría dar con sus huesos en la cárcel.

—No puedes hacerlo, revelaré que trabajas para la mafia. Le enseñaré las pruebas al mundo. Estás tan jodido como yo —clamó, a la desesperada, intentando ponerse en pie.

Günther se giró para mirarlo desde arriba con desprecio. Era un iluso si pensaba que iba a hacer que se achantara con amenazas vanas.

—Sí, al igual que tú. ¿O crees que no sé de tus chanchullos? ¿Quieres declararme la guerra? Adelante. Hazlo, Frederick, hazlo y caeremos los dos —sentenció, abriendo los brazos en cruz en ademán chulesco. Había terminado con esa escoria.

—Y tú Erika, estás despedida. No quiero volver a verte en mi vida, ni saber nada de tu patética existencia. ¿He sido claro? —Ladró y la rubia se envaró y asintió, sollozando.

—Venga, vámonos de aquí, hermano —le dijo Elliot, todavía sujetándolo del brazo.

Günther asintió. No quería desperdiciar ni un segundo más allí.

Max les hizo una peineta y Marcello les echó una mirada torva —ninguno de los tres había visto nunca a Marcello mirar mal a nadie— antes de que abandonaran empresas Doménech para no volver.

No fue hasta que estuvieron fuera, lejos de miradas indiscretas, que Max rompió el silencio.

—Eso ha sido la hostia —comentó, satisfecho por la paliza que había recibido ese engreído.

Günther asintió, notando todavía los restos de la adrenalina en su cuerpo. Ni siquiera le dolían los nudillos.

En cambio, el corazón… había sido un auténtico cabrón con Candela y quizá fuera tarde para obtener su perdón. Pero tenía que intentarlo.

—Tengo que ir a España a hablar con Candela en persona y rogarle que me perdone, aclarárselo todo —dijo en voz alta, con la voz teñida de remordimiento.

—¡No me jodas! ¿Piensas volar hasta allí? ¿Quién coño eres tú y qué has hecho con mi mejor amigo? —exclamó Max, totalmente incrédulo.

Elliot, en cambio, le palmeó la espalda y asintió. Ese era su hermano.

—Tengo que recuperarla, Max. Si existe una posibilidad de que me perdone, quiero intentarlo. La he cagado pero bien… y lo peor de todo es que no termino de fiarme de esas ratas, son capaces de intentar algo contra ella y tengo que reparar el daño que he causado. La protegeré aunque no quiera saber nada más de mí —aseguró, inquebrantable.

—No había pensado en eso, ¿tú crees que serían capaces de atacarla? —Inquirió Elliot, preocupado. Günther asintió, muy serio. Si le ocurría algo y él no llegaba a tiempo, no iba a perdonárselo nunca.

—Entonces tienes que ir a por ella ya mismo. —Lo urgió Max.

—Estoy con Max. Y Günther… si quieres volar a España para recuperar a tu chica, yo puedo conseguirte al mejor piloto. Para hoy mismo.

Las palabras de Marcello causaron conmoción.

Eran las diez y media de la noche. ¿Cómo iba a hacerlo? Los próximos vuelos no saldrían hasta el día siguiente. A menos que se tratara de un piloto privado.

—¿Hablas en serio? Joder, te debo una, Marcello. Muchas gracias.

Y lo dijo de corazón.

—No tienes que dármelas, tú y tu familia habéis hecho mucho por mí. Además, para eso están los amigos.

—Voy a llamarlo. Alex es un gran tío, nos echará un cable —aseveró el italiano.

Y sin más preámbulos, los cuatro se fundieron en un abrazo de victoria.

CAPÍTULO 47

Frederik tuvo que agacharse para esquivar el jarrón que iba directo a su cabeza y abrió los ojos como platos al ver a una Erika fuera de sí rompiendo todo lo que se le ponía por delante, gritando y maldiciendo como una loca.

—¡La odio! ¡¡Odio a esa maldita perra!! —chilló, histérica. Frederick empezó a enfadarse, estaba destrozando toda su oficina.

La sujetó por los brazos después de que volcara una silla.

—Erika basta, cálmate —le pidió, pero aquello lejos de aplacarla la enfureció más y descargó su ira sobre él.

Forcejeó hasta que consiguió que la soltara y le propinó una bofetada tan fuerte que le giró la cara y lo hizo trastabillar.

—Todo esto es culpa tuya, maldito inútil, me aseguraste que funcionaría y mira lo que ha pasado, ¡¡se ha ido todo a la mierda!! —bramó, zarandeándolo de la camisa con toda su ira, que era mucha. Consiguió sujetarle las muñecas y le inmovilizó contra la pared. No dejaba de gritar y de insultarlo como una posesa, lo cual acabó con su paciencia. Él también estaba furioso, joder, acababan de perder su mejor baza. Pero no pensaba rendirse así como así, todavía no.

—¡Basta ya, tranquilízate! En lugar de tomarla conmigo deberías centrarte en tu verdadero objetivo y esa es Candela. Ella te ha quitado a Günther, ¿vas a dejar que te asusten las amenazas de tu amorcito o vas a quitarla del medio? —espetó, asiéndola por los hombros para que se centrara. Entonces ella dejó de llorar y sus palabras parecieron surtir el efecto deseado.

—Esa zorra… seguro que se reconcilian. Tienes razón, no pienso permitirlo. Él es mío, solo mío. ¡La mataré yo misma, con mis propias manos! —clamó, enfurecida.

Tuvo que pellizcarse el puente de la nariz para no hacer una estupidez como devolverle la bofetada. Necesitaba mantenerse

sereno y razonar con ella para que saliera a pedir de boca. Esta vez no podían permitirse fallos.

—No seas estúpida, no puedes hacerlo tú misma. Eres demasiado explosiva y no sabrías cubrir tus huellas, ¿quieres que nos metan en la cárcel, eh? —le recriminó, dandole golpecitos en la sien para que usara el cerebro por una maldita vez.

Ella negó, aturdida, sopesándolo por primera vez.

—¿Entonces qué propones? ¿Lo vas a hacer tú acaso? —Su tono estaba cargado de burla. Frederick le dedicó una sonrisa cargada de frialdad.

—No, algo mejor. Resulta que tengo unos contactos a los que no les importaría viajar hasta España y hacernos el trabajito sucio.

Sus ojos se iluminaron al oír aquello y empezó a asentir frenéticamente con la cabeza, extasiada.

—Sí, sí. Freddi llámalos, ahora. No perdamos más tiempo. —Lo urgió, impaciente.

—Está bien, tú solo calla y escucha —le ordenó, alzando la mano mientras con la otra sacaba su móvil de prepago, el que empleaba siempre que no quería que lo rastrearan, y empezaba a marcar los números metódicamente.

En cuanto su interlocutor respondió, se retiró a un discreto rincón sorteando el desastre que la rubia había causado y le lanzó una mirada de advertencia para que guardara silencio. Ella obedeció, fantaseando con el momento en que pudiera ver a su mayor rival muerta. Entonces al fin Günther sería suyo, definitivamente suyo.

—¿Y bien? ¿Qué te han dicho? —lo interrogó, apenas terminó la llamada. A juzgar por la sonrisa pérfida que le adornaba las facciones le había dado buenas noticias, pero quería oírselo decir para poder celebrarlo.

—La señorita Candela Flores tiene las horas contadas —anunció, triunfante. Y eso bastó para que ella le echara los brazos al cuello y lo besara.

Pronto esa estúpida mujer estaría fuera de su camino y Günther aceptaría la verdad: que ella era la única que podría hacerlo feliz. Frederick obtendría su venganza y todos se arrepentirían de haberlos subestimado.

Solo tenían que esperar.

CAPÍTULO 48

Quedaron con el piloto en cuestión, Alexander Moore se llamaba, en un bar del centro. El tío estaba tan tranquilo tomándose unas copas, pero aceptó de inmediato en cuanto Marcello lo llamó para pedirle el favor y acordaron reunirse allí.

—¿Cómo va eso, Alex? —Saludó Marcello a un hombre de unos treinta que estaba apoyado en la barra con un vaso de White Label a medio beber en la mano. Este se giró para dedicarle una leve sonrisa y asintió.

—No me quejo, Marcello. ¿Y tú? —Inquirió, con voz ronca.

—Todo bien, gracias. Él es mi amigo, del que te hablé. Günther, él es Alex… el hombre que necesitas.

Marcello hizo las presentaciones de rigor y Alex asintió, dedicándole una mirada penetrante y curiosa. Tenía unos ojos increíblemente azules, todo pupila.

—Es un placer. ¿Cuándo podremos volar?

El alemán no pudo evitar ir directo al grano. La impaciencia lo estaba consumiendo. Cada segundo que pasaba lejos de Candela era una agonía y podía marcar la diferencia.

—Calma, deja que termine mi bebida —replicó Alex, sujetando su vaso de *whisky* con celo.

—¿Acostumbras a beber antes de pilotar? —preguntó, con extrañeza y cierta desconfianza que el otro debió de notar, porque espetó:

—Acostumbro a beber cuando me sale de los cojones. Pero si lo que te preocupa es que nos estrellemos, no pasará. Soy el mejor. Ahora, si no te sientes seguro reserva un vuelo común en cualquier aerolínea —soltó, con el semblante de piedra y la vista fija en su vaso.

—Joder, qué carácter. —Silbó Max.

Günther, en cambio, esbozó una sonrisa. Tenía que reconocer que el tío los tenía cuadrados y eso le gustó.

—Solo era una pregunta. Estoy listo cuando tú lo estés.

—¿Qué tal si brindamos por eso? —propuso Alex y a Günther le pareció una idea magnífica.

...

—No regreses sin ella, hermano. A por todas —lo animó Elliot, cuando se estaban despidiendo ya en el aeródromo privado de Alex. Por lo que había averiguado, el tío estaba forrado. Se encontraba ya dentro del avión ultimando los preparativos para el despegue.

—Intentaré no hacerlo, si pasa cualquier cosa os aviso. Estad atentos —dijo, esperando que no fuera necesario. Luego ambos se fundieron en un abrazo fraternal cargado de significado.

—Regálale flores, eso nunca falla —apuntó Max, fiel a sus ocurrencias. Günther tuvo que reírse, a su pesar, reconociendo que solo lo había dicho para aliviar la tensión.

Se abrazaron con cariño.

Después le tocó el turno a Marcello, que le deseó la mejor de las suertes.

—Gracias por todo, Marcello —le dijo, en medio de un abrazo. Y es que sin su ayuda nada de aquello habría sido posible. No creía haber podido esperar hasta que saliera el sol por la mañana para volar.

—No es nada, recupera a la chica. Tenemos una boda que celebrar.

Günther sintió que la emoción le embargaba el pecho solo de pensarlo. Eso esperaba.

—Estoy listo, cuando quieras. —Oyó la voz de Alex desde el interior.

Sin más, se despidió y subió.

Para su sorpresa, Alex le aseguró que podía ocupar el asiento del copiloto para que el viaje fuera más ameno, ya que debido a lo intempestivo de la hora ni siquiera iban a llevar azafata.

Él accedió, contento de no tener que pasar el vuelo solo rumiando con sus pensamientos.

Apenas se hubo acomodado, sintiendo algo de respeto por el lugar que ocupaba, Alex puso el motor en marcha y empezó a trastear los botones.

A pesar de haber bebido un poco, se le veía perfectamente lúcido y centrado, lo cual era un alivio.

Transcurrieron unos minutos de vuelo en un silencio apacible en el que Günther aprovechó para relajarse, aunque no le pasaron desapercibidas las miradas de curiosidad que le lanzaba Alex de vez en cuando. Supuso que era normal, él también la sentiría de estar en su lugar.

—Entonces, ¿crees que podrás recuperar a la chica? —le preguntó.

—¿Cómo sabes que es por una chica? —Se sorprendió Günther.

Alex le disparó una mirada que decía «¿En serio?».

—Lo llevas escrito en la cara, tío. Pero veamos: me llamasteis de urgencia, tienes ojeras y cara de amargado, es domingo y viajas solo, por lo que no deberías de llevar tanta prisa, a menos que fuera un asunto de vida o muerte. Y créeme, eso siempre implica a una mujer. ¿He acertado? —Soltó, sin cortarse un pelo.

—De pleno —admitió.

Por toda respuesta, esbozó una sonrisa de listillo.

Inexplicablemente, a Günther le caía cada vez mejor. Por eso, aunque usualmente se habría clavado agujas en los pies antes de hablar de sus sentimientos con un desconocido, se encontró a sí mismo contándole toda la historia.

A fin de cuentas, tenían varias horas de vuelo por delante y el silencio era muy incómodo.

Alex lo escuchó atentamente, sin perderse detalle.

—¿Honestamente? Lo tienes jodido. —Fue su sincera respuesta. Estaba claro que Alexander Moore no tenía pelos en la lengua.

—Vaya, gracias —masculló, un poco ofendido.

—De nada —replicó este, imperturbable.

Günther bufó.

—Y ya que te gusta tanto dar ánimos, ¿qué harías tú de estar en mi lugar? —le pidió consejo, pues lo necesitaba desesperadamente. No podía dejar de atormentarse por lo cruel que había sido con ella al pensar que de verdad lo había engañado y utilizado de ese modo tan mezquino.

Y sin embargo, ¿cómo iba a saberlo, si ella no lo negó?

Alex lo meditó por unos segundos.

—¿Yo? Me cambiaría el nombre y me mudaría a otro estado —bromeó, pero al ver la mirada asesina que le dirigió, se puso serio—. No. Sé sincero con ella, no sé… háblale con el corazón. La culpa no fue de ninguno de los dos —apuntó.

—Bueno… si ella me hubiera contado la verdad, las cosas habrían sido distintas. —Günther no pudo evitar que su tono tuviera un deje de rencor y acusación que a Alex no le pasó por alto. Enarcó las cejas.

—Pues mal empezamos. A ver, por lo que me has contado ¿no es cierto que si ella te hubiese dicho algo, esos dos habrían puesto en marcha su complot contra tu familia?

—Sí.

—¿Y no es cierto que es muy noble de su parte el hecho de haber sacrificado su felicidad y su dignidad, porque sabía que iba a quedar como una infiel interesada, por ti? —Trató de razonar con él para que viera las cosas en perspectiva.

—Lo es. Joder, claro que lo es —se apresuró a decir el alemán.

—Entonces ya está. Esto no se trata de buscar culpables, estoy seguro de que ella tampoco te guarda rencor. Como mucho, puede que esté decepcionada. Pero podemos trabajar con eso —aseguró.

Günther enarcó las cejas.

—¿Podemos?

—Claro, me has pedido ayuda, ¿no?

—Bueno, sí…

—Déjalo en mis manos. —Zanjó Alex, que hablaba como todo un experto en cuestiones del corazón.

No supo cómo, pero al final Günther se dejó convencer.

Solo esperaba no tener que arrepentirse, porque no tendría más oportunidades de ganarse el perdón de la mujer que amaba.

...

Aterrizaron en suelo granadino a las dos de la madrugada. El vuelo había transcurrido sin contratiempos, ni una sola turbulencia. Cosa que Günther agradeció.

—No te va a querer escuchar. ¿Has visto la hora que es? Te cerrará la puerta en la cara. ¿Por qué no esperas a mañana? —repuso Alex, intentando razonar con él por milésima vez en la zona de taxis.

El muy testarudo estaba empeñado en ir a buscarla ahora a su casa —conocía su dirección porque estaba en su ficha de empleada— y no cedía.

—No puedo esperar, joder. Sería incapaz de pegar ojo sabiendo que estoy tan cerca de ella y no puedo verla, ni pedirle perdón —rebatió, provocando que el otro se queda sin argumentos y se rindiera.

—Tú mismo, luego no digas que no te avisé —le advirtió.

—¿Nunca te has enamorado?

Günther tenía verdadera curiosidad.

Alex resopló como si la mera idea le pareciera inconcebible.

—No. Pero hay una chica… —empezó a decir, para después desecharlo, pellizcándose el puente de la nariz—. Olvídalo, solo es un rollo pasajero. Le hemos hecho creer a todo el mundo que estamos saliendo, es una especie de acuerdo y… ¿por qué coño te cuento esto? No es nada importante —resopló.

Günther se echó a reír. Aquello le resultaba demasiado familiar.

—Eso decía yo. Antes solía pensar como tú, ¿sabes? Y mírame ahora; sin dormir, con ojeras y dispuesto a hacer el ridículo por la única mujer a la que he amado.

—No sé si es una perspectiva muy halagüeña para mí, odio hacer el ridículo. —Constató Alex, con el ceño fruncido.

—A mí me encanta, no te jode —apostilló su interlocutor, arrancándole una pequeña sonrisa.

—Vale, ve a por ella, tigre. Estaré en el hotel, por si te da calabazas y quieres ahogar las penas. Ya te mandaré la dirección. —Le soltó, dándole una palmada en la espalda.

—Eres todo amabilidad, ¿te lo habían dicho? —apostilló.

—Bastante a menudo.

Y con esa rocambolesca conversación, se despidieron para tomar rumbos diferentes.

Günther le dio la dirección de Candela al taxista y respiró hondo. La suerte estaba echada.

CAPÍTULO 49

Candela había pasado la última semana en piloto automático.

Desahogarse con Abril le sentó bastante bien, sobre todo porque en todo momento contó con el apoyo y el cariño de su amiga, que la llenó de mimos y atenciones y se desvivió para distraerla durante la noche y el día entero que pasaron juntas, haciendo toda clase de planes. Insistía en que tenían que recuperar el tiempo perdido y que salir y airearse le sentaría bien. Y lo cierto es que Candela no tuvo valor para negarse. Fue un respiro.

Sin embargo, la parte más complicada vino cuando le tocó volver a casa y explicarles todo lo sucedido a sus padres, porque no podía —ni quería— seguir ocultándoles nada.

Fue desgarrador ver el dolor en sus ojos ante lo que tuvo que soportar ahí, sola, en un país ajeno y sin el apoyo de su familia y amigos. Pero no hubo ni un solo reproche, ni siquiera por haberles ocultado lo del contrato, solamente comprensión y amor incondicional. La acogieron con los brazos abiertos.

Y esa solo fue una prueba más de lo extraordinarios que eran sus padres y su hermano y de la suerte que tenía por contar con ellos en esos duros momentos.

Le estaban dando su espacio, pues había días mejores y peores. En los buenos, incluso echaba una mano a Pilar y Jorge en el bar y así mantenía la mente despejada. O lo intentaba.

Era algo temporal, pero la hacía sentir bien y así al menos llenaba un poco el vacío que Günther había dejado, del que no creía poder recuperarse del todo nunca.

Más adelante, cuando las aguas se calmaran, buscaría otro trabajo en empresas de la zona, a ver si le iba mejor.

Lo peor venía por las noches, pues últimamente le costaba horrores conciliar el sueño y las pocas horas que dormía eran para

despertarse en medio de alguna pesadilla.

Aquella, en particular, debía haber sido horrible; a juzgar por el sudor que perlaba su frente y el temblor de su cuerpo.

Se removió entre las sábanas, intranquila y tratando de espabilarse. Le pareció oír un ruido fuera, pero no le dio importancia porque su casa estaba en pleno centro y la zona siempre estaba concurrida.

De repente, tenía la boca seca. De mala gana, se incorporó para ir a por un vaso de agua —porque de lo contrario no iba a ser capaz de volver a dormirse— y justo cuando se estaba levantando, sonó el telefonillo de su portal; alarmándola considerablemente.

¿Quién demonios podía ser a aquellas horas de la madrugada? Seguro que algún grupo de adolescentes borrachos con ganas de molestar, pensó.

Decidió ignorarlo y siguió su camino hasta la cocina, a oscuras para no despertar a sus padres, que trabajaban a la mañana siguiente.

Se sirvió un poco de agua fría en un vaso y se lo tomó, cerrando los ojos de gusto. Y es que estaba siendo una noche bastante calurosa.

Dio un respingo cuando el timbre del telefonillo sonó de nuevo, esta vez con más insistencia.

Dejó escapar un resoplido de fastidio y echó un vistazo temeroso al dormitorio de sus padres, desde donde le llegaron claros algunos ronquidos.

Sería mejor que se asomara por el balcón a ver quién era. No podía arriesgarse a que siguieran molestando o los despertarían y su padre era capaz de liar una de las gordas.

Se apresuró a salir, deseando acabar con aquello cuanto antes para así volver a la cama.

La noche estaba demasiado cálida, en la calle no se oía casi nada de ruido… excepto un quedo silbido que empezó a irritarla… y de la irritación pasó al *shock* más absoluto al comprobar quién lo estaba emitiendo.

¡Era Günther! ¡Allí, de pie bajo su portal, con un traje de chaqueta perfectamente arreglado y las manos metidas en los bolsillos! Y… ay Dios, ¿acaso estaba todavía soñando? O mejor aún, deliraba.

Tenía que ser eso, porque era imposible que él se hubiera presentado en su casa de verdad después de todo lo que había ocurrido entre ambos.

Se quedó tan impactada que ni siquiera le salían las palabras.

Él le estaba diciendo algo, pero sus labios se movían muy deprisa y estaba tan nerviosa que no lo entendió.

Günther le hizo señas y al fin comprendió que le estaba pidiendo que bajara. ¿¡Es que se había vuelto loco de remate!?

—No pienso bajar. —Alzó la voz para hacerse oír desde el balcón y después se arrepintió y se tapó la boca. Si seguía así no solo iban a despertar a sus padres, sino también a todo el vecindario y eso era lo último que les convenía.

—Por favor. —Formuló la petición con los labios y su gesto era tan adorable que la ablandó un poco, a su pesar.

Suspiró.

Al final acabó cediendo, haciéndole gestos de que serían solo cinco minutos.

Tuvo que obligar a sus piernas a moverse, porque seguía anclada en el sitio, con el estómago hecho un revoltijo de nervios y emociones confusas que iban desde la ansiedad a la euforia en cuestión de segundos.

No podía creer que Günther hubiera cogido un avión y se hubiera plantado en la puerta de su casa, a las dos de la madrugada. ¿De qué querría hablar con ella? No parecía enfadado, al contrario… y eso le dio esperanzas. Pero también reavivó sus inseguridades tras su último encontronazo.

No estaba preparada para tenerlo frente a frente. Y sin embargo… se encontró a sí misma tomando del perchero la primera chaqueta fina que encontró para cubrir el pijama y bajando las escaleras a toda prisa para ir a su encuentro.

Se le cortó la respiración cuando lo vio allí, al amparo de la titilante luz de una farola medio fundida, con las manos en los bolsillos de su traje y aspecto tímido, como si no supiera muy bien

qué decir o hacer. Candela pensó que estaba arrebatador, mucho más guapo de lo usual.

Tragó saliva, intimidada por la fuerza de esa mirada azul que tanto la cohibía.

—*Liebling*… —musitó, con reverencia, haciendo amago de acercarse a ella unos pasos. Retrocedió, por instinto. Todavía tenía grabadas a fuego en la memoria sus palabras hirientes y aunque una parte de ella lo comprendía, la otra no podía evitar estar alerta.

El dolor atravesó sus facciones marcadas, pero respetó la distancia que ella impuso en todo momento. El alma le había vuelto al cuerpo al ver que se encontraba sana y salva.

—Günther, ¿qué… qué haces aquí? —Inquirió. Le temblaba la voz y tuvo que esconder las manos en los bolsillos ante la necesidad irracional e imperante que sentía por echarle los brazos al cuello y no soltarlo nunca más.

Él se aclaró la garganta. Si no lo conociera, hasta habría pensado que parecía avergonzado.

—He venido a por ti, Candela. Sé que después de todo sería comprensible que no quisieras saber nada de mí, pero me gustaría que escucharas lo que tengo que decir, porque sé toda la verdad y por eso estoy aquí —dijo, dejándola sin aliento.

¿Era posible que hubiera descubierto la treta de Doménech y Erika? Pero ¿cómo?

Asintió casi por acto reflejo y lo guio hasta el portal para que tomaran asiento, instándolo a hablar en voz baja. Lo último que necesitaba era que sus padres se despertaran y los sorprendieran.

Se fijó en lo grande que era, ocupando casi todo el espacio de un portal humilde con su caro Armani, mientras ella a su lado era ridículamente pequeña y vestía un pijama amarillo de cebras. Era un contraste irrisorio, pero eran ellos y esa idea casi hizo que se echara a llorar de alivio.

Escuchó todo el relato de Günther sin interrumpirlo en ningún momento y conteniendo a duras penas las lágrimas que pugnaban por escapársele.

Pero al final le fue imposible y él se las secó con la yema del pulgar, en una ínfima caricia que le estremeció hasta el alma.

—Siento mucho haberte hecho creer que aquello era verdad. Se me rompió el corazón cuando tuve que rompértelo a ti, pero no podía arriesgarme a que Frederick cumpliera su amenaza… Mi conciencia me habría atormentado durante el resto de mi vida —confesó, acongojada.

—Lo sé, cariño. Ahora lo sé.

Claro que lo sabía. Si ella era la mujer más íntegra y honesta que había conocido nunca. Por supuesto que iba a sacrificar su propia felicidad con tal de que él y su familia estuvieran bien.

—Hicimos las cosas mal desde el principio, Günther —alegó ella entonces. Ahora que había empezado a desahogarse, no podía parar. Y se sentía tan liberador…—. Le mentimos a tu familia, a todo el mundo. El contrato...

—Joder, mandé a la mierda el contrato y sus putas cláusulas en cuanto entraste a mi casa conmigo de la mano y me miraste como si… algún día pudieras llegar a quererme —la interrumpió, arrebatado. No aguantaba más, necesitaba decírselo.

—Ya te quería. Es solo que todavía no me había dado cuenta. Pero es demasiado tarde, Günther.

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua helada.

—¿Qué? No. No puedes hablar en serio. Estoy aquí, quiero arreglarlo, *liebling*, por favor… —suplicó, incapaz de dejar que las cosas terminaran así después de todo.

Pero ella necesitaba un poco de tiempo para asimilarlo todo, él se había presentado de improviso allí y necesitaba pensarlo con calma.

—Yo… no es tan fácil. Ni siquiera me contaste que tienes tratos con la mafia italiana, lavas dinero y trapicheas para ellos, por Dios. En parte acepté el chantaje porque tenía miedo de que los enviaran a por ti y tu familia. —Se lo soltó sin poder aguantarlo más y él suspiró. Sabía que había llegado el momento de sincerarse con ella sobre ese espinoso tema.

—Verás, pensaba contártelo en algún momento. Si no lo hice antes fue para no ponerte en peligro, pero ya veo que fracasé. Llevo haciendo esto desde que adquirí mi puesto en las empresas, mi abuelo hizo lo mismo con mi padre. Yo pasé la prueba con creces y he conseguido mantener al negocio en lo más alto. Al principio

estaba acojonado por si me pillaban, no te voy a mentir. Pero ahora sé que no me pasará nada, ni a mí ni a los míos si cumplo con mi parte. En este mundo todo funciona a base de contactos. No soy un buen hombre, *liebling*, nunca he pretendido serlo y entendería perfectamente que no quisieras volver a tener nada que ver conmigo después de esto. Ahora ya lo sabes.

—Verás, he tenido tiempo para reflexionar sobre por qué lo hacías y sé que es parte de quién eres. De verdad, pese a que no me guste lo que haces, te entiendo, pero yo… estoy confusa y no puedes simplemente presentarte aquí a las dos de la mañana y pedirme que haga como si no hubiera pasado nada.

—Entonces vendré cada día para pedirte perdón y demostrarte lo arrepentido que estoy, te diré lo especial que eres y lo idiota que soy por haberme creído esas patrañas… y no me rendiré hasta que me des otra oportunidad y vuelva a ganarme tu corazón —repuso, con una determinación de hierro.

—Günther, no es necesario, en serio. Somos de mundos muy distintos, ahora lo sé. Vuelve a casa, por favor.

Aunque le estaba desgarrando el alma decir aquello, era lo mejor. Había perdido su puesto de trabajo, había defraudado a la familia de Günther, incluso a él mismo lo había herido de una manera en que no podría perdonarse nunca. ¿Cómo iba a volver y a hacer de cuenta que no había pasado nada? Era demasiado, simplemente demasiado.

No obstante, él no había llegado hasta donde estaba para después rendirse a la primera de cambio.

—¿A casa? Nunca más tendré una casa si tú no estás conmigo. No he sabido lo que era sentirme bien en mi hogar hasta que no llegaste a mi vida. Y siento haberla cagado, nunca supe cómo querer bien… como tú te mereces. Pero ahora ya lo sé. —Se abrió en canal con esa declaración.

Pero había una pregunta que Candela necesitaba formular antes de nada, pues empezaba a tener pensamientos intrusivos.

—¿Cómo puedo estar segura de que no volverás a creerte otra mentira que te digan sobre mí?

—Te doy mi palabra, te lo demostraré si es lo que necesitas —aseguró y nunca había hablado tan en serio.

Candela lo meditó.

—No puedo darte una respuesta ahora, Günther. Necesito espacio.

—Te lo daré. Haré lo que sea necesario.

—Vale, buenas noches. —Se despidió de él con un tímido beso en la mejilla. Él la abrazó por un instante, deleitándose con la familiaridad del contacto de su piel. Ese que había extrañado como un loco.

Separarse de ella le costó un mundo, pero le había dado su palabra y pensaba cumplirla. Le daría el espacio y el tiempo que necesitaba para recuperar la confianza en él.

—Buenas noches, *liebling*.

Sin ser capaz de mirar atrás una sola vez, se perdió entre las calles en penumbra de Granada de vuelta al hotel.

En aquel momento, se sentía como una sombra más capaz de fundirse con la noche. Su luz se había apagado, pero todavía quedaba esperanza. Y mientras así fuera, nunca se daría por vencido.

...

—¿Qué? ¿Cómo ha ido?

Eso fue lo primero que le preguntó Alex cuando se encontraron junto a la barra de uno de los recreativos del hotel. Al parecer, ninguno de los dos podía dormir aquella noche. Aunque por razones distintas.

—No del todo bien. Me ha pedido espacio, tiene que pensárselo —le contó Günther, un poco decaído.

—Bueno, al menos no te ha dado una patada en el culo y te ha mandado de regreso a Alemania —apostilló su interlocutor.

Günther gruñó, con cara de pocos amigos, y Alex levantó las manos a modo de rendición. Aunque la sonrisa chulesca que parecía ser innata en él no se le borró del todo.

—Lo bueno es que me equivocaba, no han ido a por ella y estando con su familia no creo que se atrevan. Aun así permaneceré alerta —aseguró, a lo que su interlocutor asintió con aprobación.

—Háblame de esa chica que «no es nada serio» — le pidió entonces el alemán, que necesitaba a toda costa distraerse. De lo contrario, acabaría dándole tantas vueltas a lo sucedido con Candela que se terminaría volviendo loco.

Alex sonrió. A Günther le pareció que su expresión se relajaba. Y no era nada, decía.

Tenían más en común de lo que pensaba.

—Se llama Aurora. Es una compañera de trabajo; azafata. Resulta que todo empezó con un calentón… follamos y fue brutal. Luego repetimos varias veces y bueno… su ex es un hijo de puta maltratador y amenazaba con quitarle la custodia de su hijo, así que me pidió que fingiera ser su pareja por eso de la estabilidad y esas mierdas que te hacen ganar puntos ante un juez. —Alex hizo una pausa para apurar el líquido ambarino de su vaso y le pidió al camarero que sirviera otros dos antes de seguir con su relato—. El caso es que… no sé, el crío se ha encariñado conmigo y yo con él, cosa difícil, porque no me gustan los niños. Además, entre Aurora y yo… todo fluye muy bien. No sé, es fácil acostumbrarse a ser una pareja falsa, por muy absurdo que suene.

—No es absurdo. Así empieza siempre. —Soltó Günther, sin poder contener una media sonrisa que provocó que su interlocutor se envarara.

—¿El qué? —Quiso saber, con recelo.

—Joder, pues el amor. Yo me dije a mí mismo que Candela solo era parte del contrato, que me ayudaría a que mi familia dejara de presionarme de una vez y ser el hombre que querían…, pero luego, simplemente me atrapó. No me di ni cuenta, solo que llegó un momento en el que despertarme por la mañana y no encontrarla en el otro lado de la cama me provocaba un vacío inexplicable en el pecho —confesó, con total simpleza. Antaño habría considerado impensable sincerarse así con el que hasta hacía unas horas era un desconocido; ahora no le importaba gritar a los cuatro vientos que era un hombre enamorado.

—Así que estamos jodidos, ¿eh? —resumió Alex, con cierta resignación.

—Así es.

—Bueno, pues yo diría que ese es un buen motivo para emborracharse.

—Sin duda.

Brindaron por eso y dejaron que el licor y una buena charla disipase sus preocupaciones.

CAPÍTULO 50

Tal y como se temía, Candela no fue capaz de pegar ojo en toda la noche tras el reencuentro con Günther.

Al final, se resignó a desvelarse. Había merecido la pena con creces. Todavía no se creía que él estuviera allí de verdad, todo parecía un sueño hermoso.

Pero no, fue real. Tan real que todavía sentía el tacto de sus manos ásperas rodeando su cintura al despedirse y casi podía oler su perfume masculino.

A pesar de lo que le había dicho, no veía la hora de volver a verlo y tenía mucha curiosidad por saber lo que haría a continuación.

Aquella mañana, no había podido aguantarse y llamó a Abril para ponerla al tanto de todo y pedirle consejo. Su amiga había coincidido en que, aunque ambas sabían que lo iba a perdonar —es más, ya lo había hecho porque ella también tuvo gran parte de responsabilidad, culpa no, la culpa solo era de los chantajistas que casi arruinan su vida— sería interesante hacerse de rogar un poquito para que le echara imaginación.

«Nena, haz que se ponga de rodillas y suplique, da un subidón de ego de la hostia», le había dicho.

Ella se habría lanzado a sus brazos a la primera de cambio, porque tenía el corazón blandito, pero por una vez —tras mucha insistencia de Abril, apelando a las novelas románticas de las que ambas eran fanáticas— decidió dejarse llevar a ver con qué la sorprendía.

Debido a cómo empezó su relación, se habían saltado muchos pasos básicos que ella echaba en falta.

Así que allí estaba, a las dos de la tarde afanándose con Pilar en la cocina para sacar los platos a los clientes del bar que llevaba su hermano. Se había ofrecido a echarles una mano para no tener

tanto tiempo libre y así despejar un poco la mente. Pero el destino tenía otros planes.

Era la hora de comer y el local empezaba a llenarse de clientes, así que no daba abasto y se olvidó de todo excepto de las tareas que tenía pendientes. Y es que con lo torpe que era tenía que andarse con pies de plomo si no quería confundir las comandas.

Eso de ser camarera no terminaba de dársele del todo bien, no.

—Candela, sal a atender al cliente de la seis que acaba de llegar y se ve que tiene pasta —le dijo a voces su hermano Jorge, a lo que ella obedeció.

Se encaminó hacia allí, distraída.

El cliente estaba de espaldas, pero enseguida las palabras de Jorge cobraron sentido.

Iba muy elegante, con una chaqueta de vestir azul marino que remarcaba unos hombros poderosos y cuando hizo un gesto para consultar su reloj, la manga se le subió lo suficiente como para distinguir un rolex y… un perfil inconfundible.

El cliente millonario no era otro que Günther, quien sostenía la carta con un interés demasiado intenso como para ser genuino y que, al ver que ella se quedaba mirándolo con la boca abierta, se giró para regalarle una sonrisa arrebatadora.

—Buenas tardes, me han dicho que este es el mejor bar que hay en toda Granada y tenía que venir a comprobarlo. —Soltó, con desparpajo y ella se puso roja como un tomate sin poder evitarlo.

—Buenas tardes… eh, ¿qué vas a querer tomar? —farfulló, preparando la libreta para apuntar.

—Ponme lo que te apetezca, quiero que te sientes conmigo y tomemos algo.

Ella parpadeó, atónita.

—Günther… no puedo, estoy trabajando —replicó. Y enseguida se arrepintió de haber pronunciado su nombre, porque su hermano andaba cerca y en cuanto escuchó que lo interpelaba, se volvió hacia ellos como un resorte y cuando lo reconoció, dejó los platos en la mesa de los clientes correspondientes —que se quedaron atónitos — y enfiló hacia allí para encararlo.

—¿Es este el gilipollas que te rompió el corazón, hermanita?

Jorge se acercó hasta Günther con mirada amenazante.

Candela maldijo para sus adentros. Conocía a su hermano y lo sobreprotector que podía llegar a ser, por eso supo que tenía que intervenir rápido en cuanto se encaró con él.

El alemán era una cabeza más alto que él, pero eso parecía darle igual. Estaba que echaba humo.

Günther, en cambio, estaba tranquilo. Sabía que tenía toda la razón en estar furioso, incluso él lo estaba consigo mismo.

—He venido a arreglar las cosas con tu hermana. Fue un malentendido y… lo siento mucho.

—Joder y tanto que lo vas a sentir cuando te ponga las manos encima… —Tronó el otro, que estaba tan ofuscado que se había olvidado de que el establecimiento estaba lleno y la gente contemplaba la escena con curiosidad.

—¡Eh, ya vale, Jorge! Deja de comportarte como un troglodita, Günther y yo tenemos que hablar —intervino Candela, tratando de apaciguar los ánimos.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a hablar con este payaso después de que te echara de su vida sin contemplaciones?

—No sabes toda la historia, lo cual es culpa mía porque… es muy largo de contar. Así que, por favor, déjanos a solas. Luego te lo explico —insistió ella, casi suplicante.

—Y una mierda. No te pienso dejar a solas con él —rezongó, en sus trece. A terco no le ganaba nadie, desde luego.

Günther decidió intervenir.

—Escucha, entiendo que me odies, pero será solo un momento… —Y le costó lo suyo, pero añadió—: Por favor.

Candela se quedó con la boca abierta. Su hermano, por el contrario, no pareció haberse ablandado mucho. No se movió.

Tuvo que intervenir Pilar, su mujer, para calmar las aguas.

—Vamos, no seas cabezota. Déjalos que hablen y arreglen sus cosas, venga que tenemos faena en la cocina.

Y se lo llevó a rastras, pero no sin que antes este le hiciera una advertencia a Günther.

—Voy a estar vigilando, que lo sepas.

—Venga, vamos…

—Gracias Pilar —le dijo Candela, aliviada. Su cuñada le guiñó el ojo con gracia.

—Hola, mucho gusto. Soy Günther Von Ziegler.

Candela se rio, incrédula y maravillada al mismo tiempo por el tesón increíble de aquel hombre. Realmente no iba de farol cuando dijo que no pensaba rendirse hasta que lo perdonara.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó en cuanto su hermano y su cuñada se hubieron marchado. Poco a poco, todos los comensales dejaron de prestarles atención para seguir a la suya.

—Empezar de cero. Me he planteado muchas veces la manera en que haría mejor las cosas si pudiera volver el tiempo atrás, pero como no se puede… improviso —contestó él, con simpleza.

—¿Tú improvisando? Vaya, debo de gustarte mucho — bromeó ella, para relajar un poco el ambiente.

No esperaba, ni de lejos, la respuesta que él le dio.

—Te amo, Candela Flores.

No pudo evitar que una sonrisa de oreja a oreja se abriera paso en su rostro. Tenía en la punta de la lengua un «Yo también te amo», pero en el último momento se calló, recordando la estrategia —en bendita hora le hacía caso a Abril— y decidió que eso era justamente lo que necesitaban; empezar de cero.

—Vale. Mucho gusto, señor Von Ziegler. Soy Candela Flores. —Se presentó, con naturalidad.

Pensó que tal vez él se extrañaría y le preguntaría qué bicho le había picado, pero para su sorpresa le siguió la corriente con la misma espontaneidad.

—Es un placer conocerla, señorita Flores. Y dígame, ¿me permite invitarla a una cita?

Sintió que se moría allí mismo de la emoción y a duras penas contuvo un gritito, pero por dentro estaba dando saltos. Aunque por fuera, se hizo la interesante.

—Depende. ¿Cuál sería el plan?

—Uno al que no podrá resistirse.

Su tono estaba cargado de segundas intenciones y de repente ella tenía mucho calor.

—Vaya, en ese caso… me lo pensaré. —Soltó, con picardía, y tras guiñarle un ojo se marchó para seguir trabajando—. Enseguida le saco los mejores entrantes de la casa.

Se metió en la cocina contorneando las caderas —sintiendo su mirada clavada en su nuca— y deseando que las horas pasaran rápido para vivir aquella experiencia con él.

CAPÍTULO 51

Por la tarde, Candela fue sometida a un interrogatorio completo de toda su familia —y de Abril, claro— con motivo de su cita con Günther.

Y es que Jorge no había tardado nada en ir de chismoso a contárselo, algo que tampoco era necesario, pues pensaba hacerlo ella misma.

Sus reacciones fueron dispares, pues —a pesar de que estaban al tanto de todo— mientras su madre la animó a salir con él y ver si podían darse una segunda oportunidad, su padre estaba reticente y Jorge se la tenía jurada. Había amenazado con seguirlos y «Partirle las piernas si se propasaba», palabras textuales.

Candela lo quería mucho, pero a veces su faceta de hermano sobreprotector la sacaba de quicio. Aunque sabía que lo hacía con buena intención, porque él había sido testigo de cómo había sufrido aquellos días.

Le costó lo suyo, pero al final consiguió convencerlos de que sabría arreglárselas y estaría bien.

Así que después de descansar un poco, estaba esperando a que llegara Abril —que se había empeñado en ir a su casa porque aseguraba que necesitaba de su «experto asesoramiento en citas de segundas oportunidades»— cuando recibió una videollamada de Suzy.

Hablaban a menudo. Y es que habían desarrollado un lazo de amistad tan bonito que no querían perderlo. La joven recepcionista la había estado informando acerca de cómo iba todo en su ausencia, aunque evitaban hablar de Günther por petición expresa de Candela, ya que su amiga no paraba de decirle que ella no creía en nada de las habladurías y le rogaba que volviera para aclarar el malentendido con Günther.

Sin embargo, tanto Suzy como Elliot —que pensaba del mismo modo— entendían que aquel era un tema de pareja en el que no podían intervenir. Por eso le dieron espacio a ambos. Presentían que de algún modo solo necesitaban tiempo antes de que todo volviera a su cauce.

Ahora que Candela había compartido con ella las buenas noticias, la puertorriqueña estaba eufórica y emitía una especie de gritos de júbilo. Que se alegrara tanto por ella la enterneció. Dios sabía que la echaba de menos.

España siempre había sido su hogar, pero a pesar de haber estado poco tiempo en Múnich también había aprendido a querer a la ciudad y sus gentes como una segunda casa. Aunque eso sí, había extrañado con locura la comida de su madre, quien parecía haberse tomado más que en serio su papel de alimentarla.

—¡Es increíble, Candelita! No me puedo creer que ese hombre se haya presentado en tu puerta así, solo le faltaron los mariachis. ¡Es tan romántico! Pero dime, ¿cómo ha sido el reencuentro? —Se interesó por saber, tan emocionada como si lo estuviera viviendo en carne propia.

—Bueno… no muy bien. Le dije que necesitaba espacio y me lo ha dado. —Candela hizo una pausa, a sabiendas lo que sus siguientes palabras iban a causar en su amiga—. Pero… esta tarde me ha invitado a salir y vamos a tener una cita.

Suzy gritó tanto que Candela temió seriamente haberse quedado sorda, pero tuvo que echarse a reír.

Justo entonces sonó el timbre. Esa era Abril. Se disculpó un momento con su amiga, que seguía en una nube de felicidad, y fue a abrirle a la rubia.

Para cuando las tres se hubieron reunido en el dormitorio y tras hacer Candela las presentaciones de rigor —ambas chicas parecieron caerse bien al instante— se encontró en medio de un complot donde las dos juntas le elegían el modelito ideal para la cita.

Y fue tal la familiaridad que compartieron que parecía que Suzy se encontraba allí junto a ellas en lugar de a tantos kilómetros de

distancia. Candela no podía sentirse más afortunada. Tenía las mejores amigas del mundo.

El tiempo se pasó volando y para cuando Candela se quiso dar cuenta, ya eran casi las siete —hora de la cita— y ella estaba impresionante, tanto que le costaba reconocerse. Realmente Abril se había esmerado al máximo en sacarle partido. Y es que su amiga trabajaba en un salón de belleza.

Y como no podía ser de otro modo, Abril se empeñó en quedarse con ella hasta que llegara Günther, porque aseguraba que quería conocerlo y decirle unas cuantas cositas. Miedo le daba…

—Estás que te sales nena, te he echado unos cuantos condones en el bolso por si él no va preparado, que me da que os van a hacer falta. —Le soltó, con su habitual sinceridad sin filtros.

Candela negó con la cabeza, entre risas. Ya estaba acostumbrada a su espontaneidad. Y así la adoraba.

Llamaron al timbre justo cuando se estaba aplicando la última capa de pintalabios. Sus padres estaban en el trabajo, así que fue a abrir con su amiga pisándole los talones.

En el umbral la esperaba un Günther en una versión que muy pocas veces había visto y que quitaba el hipo. Se había puesto unos pantalones cargo color gris marengo y una camisa blanca cuyas mangas estaban enrolladas hasta el antebrazo y resaltaban las venas de sus brazos abultados. A Candela se le secó la boca y le sudaban las palmas. Estaba guapísimo.

Él se quedó mudo al contemplarla, con ese vestido veraniego blanco con flores azules que se ajustaba a su cuerpo y resaltaba sus curvas. Se había rizado el pelo en preciosos bucles que le caían hasta el final de las caderas y llevaba un pintalabios color cereza que se moría por quitarle a besos, pero tuvo que recordarse que había prometido ir despacio y se contuvo.

Le ofreció las flores frescas que había comprado para ella y se las tendió, deleitándose con el exquisito rubor que tiñó sus mejillas.

—Gracias, no tenías que haberte molestado —le dijo ella, sonriente, antes de enfilar hacia la cocina para ponerlas en agua.

—No es molestia. Estás absolutamente preciosa.

Incluso esas palabras se le quedaban cortas.

Alguien carraspeo y solo entonces pareció salir de su trance para fijarse en la chica menuda y rubia que lo analizaba con ojo crítico. Supo de inmediato quién era.

—Así que tú eres el famoso Günther. —Soltó, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sí —corroboró, con una sonrisa—. Y tú debes de ser Abril, Candela me ha hablado mucho de ti y solo cosas buenas —indicó, con deferencia.

Eso pareció aplacarla un poco.

—Somos como hermanas. Inseparables. Desde que éramos niñas —remarcó, muy ufana, señalándolo con un dedo tieso—. Así que te voy a advertir una cosa: si le haces daño otra vez, te dejaré sin descendencia, ¿estamos claros?

—¡Abril! —Soltó Candela, escandalizada.

Günther, en cambio, aunque trataba de mantenerse serio se estaba divirtiendo bastante. Sin duda, Candela tenía mucha gente que la quería y eso lo llenó de orgullo.

—Me parece razonable. Te aseguro que no tengo intención de volver a lastimarla, ni ahora ni nunca. Amo a tu amiga —declaró, sin asomo de arrepentimiento o vergüenza. Abril asintió, satisfecha. Eso era todo cuanto quería oír.

—Buen chico. Espero que lo paséis bien —exclamó, como si no acabara de amenazar con dejarlo estéril.

Aquella chica era bastante… peculiar y por alguna razón le recordó a Max. Se rio para sus adentros.

—Cuéntamelo todo, ¿eh? Joder, no exagerabas cuando dijiste que estaba para mojar con pan. —Soltó la rubia, en cuanto se hubieron despedido.

—Abril, te está oyendo… —apuntó lo obvio Candela, que no sabía dónde meterse. Günther dejó escapar una risita, divertido.

—¿Y qué? — replicó la otra, imperturbable.

—Anda, luego te llamo. Te quiero.

—Yo más.

Se despidieron con un abrazo y Candela prometió contarle todos los detalles en cuanto llegara.

Salieron de su casa y caminaron por las calles de la ciudad en un silencio agradable, para nada incómodo.

Iban a la par y él, que tenía las piernas considerablemente más largas, hizo un esfuerzo por adaptarse a su paso, lo cual ella agradeció. Sus dedos se rozaban al andar y ambos tuvieron que refrenar el impulso de entrelazarlos. Todavía era pronto.

—Es preciosa —comentó entonces Günther, refiriéndose a Granada.

Candela sonrió de oreja a oreja.

—Sí que lo es. ¿Habías estado aquí antes? —preguntó, con curiosidad, pues sabía que viajaba mucho por negocios.

—No, no había tenido la oportunidad. Solo he estado en Madrid, Asturias, Barcelona e Ibiza. Está claro que no sabía lo que me perdía hasta ahora —aseveró, con un tono cargado de segundas intenciones.

—Hay tantos sitios que visitar… ¿dónde te gustaría ir? Creo que es mi turno de hacerte de guía —bromeó, recordando la vez que él la llevó a la plaza de Múnich, donde se dieron su primer beso de verdad.

Parecía que había transcurrido toda una vida desde aquello.

Günther se lo pensó.

—Si te parece, dejaremos eso para la próxima vez. —Así que el canalla asumía que habría próxima vez, ¿eh? Estaba en lo cierto, pero eso ella no pensaba decírselo—. Hoy he pensado en llevarte a patinar, luego podemos cenar en un buen restaurante y… hace una noche muy bonita para ver las estrellas.

Candela sintió que la emoción la inundaba. Lo recordaba…

Todos esos planes eran sus favoritos, lo que a ella más le gustaba hacer. Se lo había dicho en una conversación trivial, hacía tiempo. Y él lo recordaba. Y no solo eso, sino que había organizado una cita en base a ello.

Quiso lanzarse a su cuello y abrazarlo y besarlo hasta que amaneciera. En lugar de eso, entrelazó sus dedos entre los de él y en su mirada no había nada más que amor.

—Me parece que es el plan perfecto —aseguró, y acto seguido le dio un beso en la mejilla.

—Bien, porque he reservado la pista para nosotros solos. Un par de horas deberían bastar, creo —comentó él, mientras paseaban entre el mar de gente. Había muchos turistas y una pareja de americanos les pidió amablemente si podían hacerles una foto.

Candela accedió encantada.

Luego, Günther aprovechó para pedirles el mismo favor. Eso la sorprendió, pero no se opuso cuando él le rodeó la cintura con los brazos y posaron sonrientes frente a la catedral.

La foto quedó preciosa.

—Solo a ti podía habérsete ocurrido hacer que cierren una pista de patinaje para nosotros solos —exclamó ella, en cuanto la pareja se hubo marchado.

Günther se encogió de hombros como si nada.

—Por ti haría cualquier cosa —declaró, con naturalidad. Probablemente no fuera consciente del millar de mariposas que empezó a revolotear en su estómago luego de eso.

Se sonrojó de nuevo.

—Confieso que me muero por verte sobre unos patines — alegó, divertida.

—Vamos entonces.

CAPÍTULO 52

Candela se estaba divirtiendo como una niña pequeña en la pista.

Realmente, no había nada en el mundo que restara atractivo a Günther, que de algún modo se las arregló para mantener el porte elegante hasta de esa guisa.

Era increíblemente atractivo.

Y de entre todas las mujeres se había enamorado de ella.

Se sentía afortunada.

Estaba siendo un perfecto caballero y tenía unos detalles increíbles.

Aunque una parte de ella, la más traviesa, quería explorar su lado salvaje también. Lo había echado muchísimo de menos, pues se había acostumbrado a tener sexo a diario.

Reprimió esos pensamientos subidos de tono y siguió dando vueltas y pegando pequeños saltitos, agarrada de su mano para no romperse la crisma, claro.

—¡Hacía años que no me lo pasaba tan bien! —exclamó, entusiasmada.

Verla tan contenta contagió a Günther y la levantó en peso, con los patines y todo, arrancándole un gritito. Ella tuvo que rodearle las caderas con las piernas y le echó los brazos al cuello.

—¡Estás loco! Llevo vestido.

Él se encogió de hombros en ademán indolente.

—No hay nadie aquí, excepto nosotros. Nadie nos molestará en un buen rato… —dejó la frase en el aire, cargada de matices sexuales.

Candela se mordió el labio, vacilante.

Pero la noche estaba siendo perfecta con Günther y lo quería más que nunca, lo deseaba fervientemente y no quería seguir

reprimiéndose cuando estaba claro que hacía tiempo que había tomado una decisión respecto a él.

Lo quería en su vida. Para siempre. Quería ser la señora Von Ziegler y caminar hacia el altar para darle el sí quiero, llevar su anillo en la mano y un buen día, llevar un hijo suyo en el vientre.

Así que se dejó llevar por sus impulsos y fundió sus labios con los de él en un beso arrebatado e intenso.

—No sabes lo mucho que he extrañado el sabor de tus labios, ni la manera en que tu cuerpo se estremece de placer cuando te toco —le susurró al oído, con el tono ronco de deseo.

Candela tenía la respiración trémula y las mejillas arreboladas. Ansiaba sentirlo dentro de ella, hasta el punto de que no le importa siquiera el lugar donde estaban.

—Yo también te he extrañado, en todos los sentidos —confesó, antes de lanzarse de nuevo a devorar su boca.

Günther dejó escapar un gruñido de excitación y, sin interrumpir el beso, salió de la pista con ella en brazos, rumbo al vestíbulo.

Él la dejó en el suelo con reticencia para quitarse los patines, los mismos que echó a un lado sin miramientos. Acto seguido, se agachó para ayudarla y desde su posición podía apreciar el inicio de sus braguitas de gasa azul. Se le hizo la boca agua, estaba ansioso por sentirla.

Ella emitió un sonido a medio camino entre un gemido y un gritito cuando él, una vez terminado el trabajo, volvió a alzarla en peso y se la llevó.

—Le has tomado el gusto a esto de cogerme en brazos siempre, ¿eh? —comentó ella, con una sonrisa extasiada.

—Uhumm… así que más vale que te acostumbres —replicó, jugueteando con el lóbulo de su oreja.

Cerró la puerta de una patada y la arrinconó contra las taquillas, mientras sus manos empezaban a bajar para levantarle el vestido de manera que su ropa interior quedó a la vista.

Candela notó un calor abrasador ascendiéndole vientre arriba. Era la anticipación de lo que estaba por venir.

—Levanta los brazos —ordenó, dejando salir esa faceta autoritaria que tanto le gustaba. Ella obedeció de inmediato, sintiendo cómo la

humedad empapaba su centro por completo.

—Déjame ver lo mojada que estás para mí, *liebling.*

Ella abrió las piernas para dejarle libre acceso. Cuando se coló dentro, pudo sentir en plenitud su miembro erecto y listo para la función.

Él introdujo el primer dedo, al tiempo en que se inclinaba para agasajar sus pechos con la lengua.

Candela se aferró a las hebras de su cabello castaño y tiró ligeramente, con la cabeza echada hacia atrás por el éxtasis. Era un desastre enrojecido y todos sus nervios ardían de expectación.

—Mmm... perfecta. ¿Cómo quieres que te folle hoy?

Que le preguntara no hizo sino estimularla todavía más y al final, superando la vergüenza que todavía sentía al tener que decirlo en voz alta, respondió:

—Duro. Muy duro, cariño.

Eso bastó para que él perdiera el control y con un áspero gruñido que brotó de lo más profundo de su garganta, le bajó las bragas con impaciencia —si no se las rasgaba era porque tenía que llevarla a cenar y no pensaba permitir que fuera por ahí sin ellas— y se quitó el cinturón, sacando su polla de los bóxeres y liberándola. Estaba caliente e hinchada, lista para entrar en acción.

—Tus deseos son órdenes para mí —siseó, con las venas del cuello en tensión.

Candela arqueó la espalda todavía más y le rodeó el cuello con los brazos, preparándose para recibirlo.

La primera embestida llegó rauda, arrancándole un jadeo. Cerró los ojos, disfrutando del placer inigualable que le provocaba sentirlo dentro de ella, entrando y saliendo con la potencia de un pistón.

Dios santo, iba a ser un milagro que pudiera sentarse, pensó. Sin embargo, bien valía la pena.

Saboreó el orgasmo en medio de un beso que fue como un maremoto capaz de arrasar con todo.

—Creo que esta es la mejor reconciliación de la historia —atinó a decir, con la voz entrecortada.

Günther pegó su frente a la de ella y la atrajo hacia su pecho, con una sonrisa enorme.

—No te quepa la menor duda. Supongo que tendrás hambre, ¿verdad?

Ella se rio antes de asentir frenéticamente.

—Mucha.

...

Tras la intensa actividad física que les había despertado el apetito, se vistieron para ir a cenar y se dispusieron a salir, tras asegurarse de que estuviera todo en su sitio.

Lo cierto era que Candela jamás se habría imaginado que le pondría tanto hacerlo en un lugar como aquel, pero ahora estaba deseando seguir explorando sus límites con Günther. Ningún hombre la había hecho sentir lo que él.

Sin embargo, su buen humor se esfumó de golpe al verlo forcejear con la puerta, tratando de abrirla sin éxito.

Candela frunció el ceño. Qué raro. Nadie más que ellos estaba allí aquella noche y tenían la llave.

—¿Qué pasa? ¿Han cerrado? Saben que estamos aquí, ¿no? —Inquirió, comenzando a inquietarse. Günther se puso en alerta máxima al no encontrar las llaves donde las había dejado, en el banco, fuera de la pista.

Lo habría atribuido a un descuido por parte del personal de no ser por la amenaza a la que se enfrentaban, de la cual Candela no tenía ni idea. Maldijo para sus adentros. No quería alarmarla, pero tampoco le parecía justo que siguiera en la ignorancia y más si aquello era lo que creía.

—*Liebling*, quédate detrás de mí y no te separes, ¿de acuerdo? No estamos solos aquí dentro —le advirtió y el tono admonitorio que empleó bastó para activar todas sus alertas.

Obedeció y lo siguió mientras se encaminaba hasta la salida trasera con celeridad.

Nada. También estaba cerrada. En aquella ocasión no pudo contenerse y blasfemó en voz alta, furioso consigo mismo por haber

caído en aquella trampa.

Apenas atinó a coger a Candela de la mano cuando saltaron los fusibles y la luz se fue, sumiéndolo todo en completa oscuridad.

Se arrepintió de no haber cogido su arma. Estaban acorralados y no sabían a cuántos se enfrentaban.

El bastardo de Doménech y la loca de Erika habían enviado a alguien a hacer el trabajo sucio. Pero tendrían que pasar por encima de su cadáver antes de tocarle un solo pelo a su mujer.

—Günther, ¿qué está pasando? Esto me empieza a asustar —comentó la chica, con la voz teñida por el miedo y la incertidumbre.

Tragó saliva, lleno de impotencia. No soportaba que estuviera en peligro por su culpa.

—Nos han tendido una emboscada, *liebling*. Pero no tengas miedo, mientras yo esté aquí nadie te hará daño. Te protegeré, ¿está bien? —Intentó tranquilizarla. Ella abrió los ojos desmesuradamente, pues no se esperaba aquello. ¡Habían enviado a alguien a matarlos! ¿Qué locura era esa? ¿En qué tipo de película de acción se había convertido su vida?

Ya tendría tiempo de procesarlo después, de momento tenía que centrarse en seguir a Günther para salir de allí con vida.

Volvieron a refugiarse en los vestuarios, permaneciendo en completo silencio hasta que empezaron a percibir los primeros pasos en la oscuridad. Alguien se acercaba.

Candela gimió y sollozó al atisbar una silueta en movimiento, a punto de entrar en el habitáculo. Los estaba buscando, cazándolos. Las órdenes del señor Doménech habían sido claras: debían deshacerse de los dos y después culparían a Erika de todo.

Sería pan comido. A fin de cuentas, ellos eran profesionales.

Günther le tapó la boca para que no hiciera ruido y cerró la otra mano en un puño. No tenía cobertura ni forma de pedir ayuda. Lo tenía todo en contra y aun así no pensaba amedrentarse.

Tenía que ingeniárselas para salir de allí como fuera.

—¿Me recibes Ettore? Están en los vestuarios, venid —susurró su sombra, a través del pinganillo. Günther soltó la mano de una Candela histérica, que trató de retenerlo sin éxito. Si él lo entretenía, ella tendría una posibilidad de escapar.

En ese instante sonaron dos disparos y Candela soltó un grito, sin poder evitarlo. El tipo giró la cabeza para ver qué estaba pasando en el vestíbulo y fue entonces cuando Günther —que se había estado preparando— aprovechó el momento para abalanzarse sobre él y tratar de arrebatarle la pistola.

Lo tomó por sorpresa y forcejearon violentamente. Candela estaba al borde de la taquicardia y no sabía qué hacer, temía que Günther resultara herido y tampoco se atrevía a salir ahí fuera por si acaso ese tal Ettore estaba esperándola para terminar el trabajo.

Se escuchó un alarido y para su horror, el atacante consiguió someter a Günther, propinándole un brutal puñetazo que lo aturdió momentáneamente. Fue a dispararle y Candela intentó arremeter, a la desesperada, pero entonces una figura encapuchada irrumpió y se quedó congelada.

—Yo que tú bajaría la pistola si no quieres que te pegue un tiro como a tus compinches. —Siseó una voz grave y familiar, cerniéndose sobre ellos y encañonando al intruso con su arma.

Las luces se encendieron entonces y lo reconoció de inmediato. Se trataba de Karl, el guardaespaldas de Savannah. No sabía si era casualidad o no que estuviera allí, pero había venido como caído del cielo.

Acobardado, el atacante bajó el arma y levantó los brazos, amedrentado.

—Karl, gracias a Dios —sollozó Candela, ayudando a Günther a levantarse y examinándolo para comprobar que, salvo por un par de golpes, estaba ileso.

—Tenías razón, iban a por vosotros. Os llevan siguiendo desde que llegaste, Günther. He llegado justo a tiempo para percatarme de que algo raro estaba pasando. —Soltó, como si nada. Para él debía de ser el pan de cada día, pero Candela tenía demasiado que procesar y los nervios y el miedo que había pasado todavía la paralizaban.

Günther la atrajo hacia sí en un abrazo protector.

—¿Dónde están los otros dos? —Quiso saber, con un tono gutural que le puso la carne de gallina a la joven.

—Esposados a mi coche, les he disparado en zonas neutrales. Este correrá la misma suerte. Haremos que lo confiesen todo y llevaremos las pruebas a la policía, Frederick y Erika están acabados —anunció y el alemán esbozó una sonrisa triunfante. Iba a disfrutar de lo lindo cuando los viera a los dos entre rejas. No les alcanzaría la vida para pagar por lo que habían hecho.

Nadie, absolutamente nadie atentaba contra su mujer y se iba de rositas.

—Bien, encárgate de ellos por un rato, ¿vale? Estábamos en medio de una cita cuando nos han interrumpido —le pidió, con una calma que dejó helada a Candela. No podía haber entendido bien.

—¿Estás loco? ¿Pretendes que nos vayamos a cenar como si nada después de lo que acaba de pasar? —exclamó, incrédula.

Él se encogió de hombros, indolente, mientras que Karl terminaba de esposar y amordazar a los tres y aguardaba, impasible. Mencionó algo de que alguien de su confianza se encargaría de borrar las imágenes de las cámaras.

Pese a todo lo que había visto y vivido, Candela dudaba que pudiera acostumbrarse alguna vez a aquello.

Sin embargo, sopesó sus opciones. Lo cierto era que se lo había pasado estupendamente hasta el incidente y le daba pena que la noche se viera enturbiada por algo así, era como si Doménech y Erika volvieran a salirse con la suya y no pensaba permitirlo.

Afortunadamente, ninguno de los dos había salido herido y eso era lo que importaba. Tampoco le apetecía encerrarse en casa a rumiar lo sucedido. Así que aceptó su propuesta.

—¿Sabes qué? Está bien, los problemas seguirán ahí mañana. Llévame a cenar, Günther.

Él sonrió, complacido y le tendió su mano, que ella cogió sin vacilar.

—Vamos, *liebling*, luego te dejaré en tu casa y me aseguraré de que estos miserables se arrepientan hasta de haber nacido —gruñó, provocando que sintiera escalofríos en su bajo vientre.

No sabía cuándo había ocurrido, pero había aprendido a amarlo hasta en sus facetas más oscuras. Y no sabía qué decir eso de ella ni de su moral, pero le encantaba.

CAPÍTULO 53

—Me encanta este sitio, ya entiendo por qué es tu restaurante favorito —le dijo él, mientras ojeaba la carta de postres. Candela sonrió, pese a que todavía no se había recuperado del todo tras el susto vivido.

Sin embargo, creía a Günther. Sabía que se había acabado y que, mientras estuviera a su lado no le pasaría nada malo. Él jamás lo permitiría.

Dejó escapar un hondo suspiro y, todavía sin soltar su mano, trató de relajarse como estaba haciendo él.

Eligieron una mesa fuera para aprovechar el buen tiempo de verano. La terraza estaba abarrotada, excepto por un par de mesas que tenían reserva.

Candela fue a responder cuando una voz desagradablemente familiar resonó por encima de la suya.

—Vaya, pero mira a quién tenemos aquí. Pensé que tenías un poco más de dignidad, ya veo que me equivoqué después de todo.

Era Sergio, su exnovio. Y sus palabras cargadas de desdén sonaron como una cuchillada. Hacía tiempo que Candela se había dado cuenta de lo imbécil que era, pero cada vez que se encontraban parecía superarse.

Al parecer, no podía dejar atrás su resentimiento por el hecho de que ella lo hubiese dejado.

A su lado, Günther se puso tenso como el arco de un violín y se levantó para encararlo. Ella hizo lo propio, lista para mediar. No valía la pena rebajarse con alguien como él.

Le tocó el hombro, dándole una mirada que pretendía transmitir calma. Pero esa sabandija había insultado a su mujer y eso él no pensaba permitirlo.

—Vuelve a hablar así de ella y te parto la cara —advirtió, entre dientes.

Empezaban a llamar la atención de los comensales, pero eso no disuadió a Sergio, que se envalentonó y trató de hacerse el gallito.

—Ya se ve que estás con él por dinero. Al final va a ser verdad lo que decía la prensa rosa... eres una zorra interesada. —Soltó, con desprecio, dejándola impresionada por el veneno que destilaba.

Ni siquiera supo cómo reaccionar.

Pero no hizo falta, porque Günther se movió como una exhalación y antes de que nadie lo viera venir —ni siquiera el propio Sergio— le soltó un puñetazo tan fuerte en la nariz que se escuchó claramente el restallido del hueso. Muy probablemente acababa de rompérsela.

Sergio chilló como si lo estuvieran matando y empezó a proferir blasfemias, mientras sus amigos evitaban que cayera. Había sido un muy buen golpe.

Candela sostuvo a Günther por la cintura para evitar que volviera a la carga. Si las miradas mataran, él habría caído fulminado.

—Nunca vuelvas a insultar a mi mujer si no quieres que te mande al hospital por un mes entero — gruñó, con el tono letal.

Sergio no osó replicar, ni siquiera se atrevió a mirarlo.

Sus amigos se las arreglaron para conducirlo hacia la salida, seguramente directos a urgencias.

Günther se recolocó la camisa y dejó una propina exorbitante junto a la suma de la cuenta, por las molestias. Luego le ofreció su mano y aprovecharon para ver las estrellas en un mirador antes de volver a la casa de ella, para que Günther hablara con sus padres y les pidiera formalmente su mano. Pilar y Jorge también estarían y, cómo no, Abril.

Sorprendentemente, cuando ella le preguntó si estaba nervioso él negó con la cabeza, esbozando una sonrisa canalla.

—No. ¿Sabes? Quizá me equivoque, pero creo que cuando sepan que le he dado su merecido a Sergio me voy a ganar su perdón.

Candela se echó a reír, acurrucándose en su pecho fuerte y cálido.

—En esto tienes toda la razón. Si me has conquistado a mí, a ellos también —aseguró. Y hablaba en serio.

Debería haberlo sabido desde el primer momento en que lo vio.

Aquel alemán de insondables ojos azules y temperamento hosco estaba destinado a convertirse en el hombre de su vida.

Después de todo, sí había algo por lo que dar gracias al dichoso contrato: los había unido para siempre.

EPÍLOGO

Apenas dos semanas se dieron de margen para preparar la que la prensa germana ya había bautizado como «La boda del año» y eso que tanto Candela como Günther estuvieron de acuerdo en que ellos querían algo sencillo e íntimo, con amigos y familia. Aunque era inevitable que acabara presentándose más gente, siendo la familia de él tan célebre. Desde aquella mágica noche en que dieron rienda suelta a su amor y el alemán se plantara frente a la familia Flores al estilo tradicional para pedir formalmente la mano de Candela y darles una disculpa sincera por lo sucedido, su relación iba viento en popa y no veían la hora de pasar por el altar.

Tal y como Günther había predicho, su carisma natural hizo que se ganara a su familia enseguida. Y ni qué decir de Abril, que no paraba de suspirar por la buena pareja que hacían cada vez que los veía, lo cual sucedía a diario. En cuanto a su propia familia, le constaba que su madre y su abuela estaban como locas con los preparativos —Elliot y su padre lo llamaban para darle las quejas cada vez que podían y para asegurarle que todo marchaba bien por la empresa en su ausencia, pues Max y su hermano se estaban haciendo cargo de todo para que pudiera disfrutar— y no veían la hora de conocer a la familia de Candela, quienes —aunque al principio se mostraron renuentes ante la idea de celebrar la boda en Alemania— cada día que pasaba estaban más entusiasmados por conocer la ciudad y sobre todo por ver a su hija vivir el momento más feliz de su vida.

—¿Lo tienes todo listo, mamá? —preguntó Candela, queriendo asegurarse de que no se les olvidaba nada antes de partir rumbo al aeropuerto.

Alex tuvo que marcharse al día siguiente de traer a Günther porque tenía otros compromisos. Resultaba que además de tener su

propio jet privado, también trabajaba como piloto en una aerolínea.

Así que no coincidirían. Ellos volarían en primera clase, algo por lo que los padres de Candela se mostraron visiblemente emocionados.

Pilar, en cambio, tenía miedo de marearse por el embarazo y Jorge se había dedicado a mimarla todo el tiempo.

—Sí hija, ya no cabe nada más en las maletas. Podemos irnos —le contestó a gritos su madre desde su habitación.

—Anda, no te quedes ahí plantado y corre a echar una mano, figurín. —Instó Jorge a su cuñado. A pesar de que su relación había mejorado muchísimo, todavía disfrutaba lanzándole pullas cada vez que podía.

Günther le dio un beso rápido a Candela y obedeció. Lo cierto era que iba a echar de menos la ciudad. En el corto tiempo que había pasado allí, se había acostumbrado a la calidez de la gente, la maravillosa comida de su suegra y al buen tiempo que hacía siempre.

Cuando estuvieran casados, seguramente tendrían que dividir el tiempo entre Múnich y los viajes a España, pero ya se las arreglarían. Lo hablaban todo y tomaban las decisiones en pareja, como debía ser. La comunicación era primordial y ellos lo habían aprendido por las malas, pero aquello ya era algo que concebían como muy lejano.

A partir de aquel día, empezaba una nueva etapa.

—¿Dónde está Abril, por el amor de Dios? Esa muchacha siempre llega tarde —se quejó su padre, haciendo considerables esfuerzos por cerrar el maletero.

—Seguro que estará al llegar, es probable que se haya traído medio armario —avisó la joven, que intentaba, sin éxito, que Günther la dejara ayudarla a cargar alguna maleta. Pero él era terco como una mula y no quería que cogiera peso. ¡Si la embarazada era Pilar! Que por cierto, su hermano era igual con ella.

—Mírala, ahí viene —dijo esta, provocando que todos levantaran la vista para ver a la delgada muchacha que cargaba con nada más y nada menos que dos pesadas maletas y un bolso extragrande.

Todos se echaron a reír sin poder evitarlo. Y es que solo se iban para un par de días, pero cualquiera que la viera pensaría que lo

hacían para un mes entero.

Candela fue al encuentro de su amiga, que iba con la lengua fuera por el esfuerzo. Günther la siguió para echarles una mano.

—¡Siento mucho el retraso! Pero una no se va de boda a Alemania todos los días y tengo que estar a la altura, no sea que me salga un novio. —Soltó, con gracia.

—Nunca se sabe, mírame a mí… pensé que solo iba a trabajar y ahora aquí estamos —comentó, jocosa, mirando a Günther con un brillo de nostalgia. Él la besó, por toda respuesta, provocando un coro de silbidos y quejas de los hombres de su familia.

Su amiga soltó un suspiro exagerado.

—Qué envidia me dais. No tendrás ningún amigo soltero, ¿verdad Günther?

Y ahí iba de nuevo…

Entre risas, Candela subió al coche de su hermano, donde también irían Abril, Günther y el propio Jorge.

Pilar se iría con sus padres en el otro coche.

—De hecho sí, tengo uno —replicó Günther. Y los ojos de Abril brillaron de interés al tiempo en que Jorge arrancaba.

—Múnich, allá vamos.

Sí, la frase de Abril lo resumía bastante bien. Iban a ser unos días interesantes.

...

Horas después.

Tras su llegada, apenas pudieron descansar —a pesar de la hospitalidad de sus anfitriones, que los trataron con un cariño y unas atenciones exquisitas. A fin de cuentas, ya eran parte de la familia. Candela trató de pedirles perdón por el malentendido, pero no se lo permitieron porque aseguraban que eso ya era agua pasada, lo cual la alivió— porque había demasiado que hacer antes de que la ceremonia diera comienzo.

Aquellas cinco mujeres hicieron de ella su proyecto personal, empeñadas en convertirla en la novia más bella que jamás se

hubiese visto. Candela tenía un terrible dolor de espalda por todo el tiempo que tuvo que pasar sentada en la misma posición mientras la maquillaban y peinaban. La abuela era la que dirigía y las demás obedecían.

Había echado de menos a la enérgica señora Von Ziegler, que le ofreció una copita de jerez por si estaba nerviosa. Ella ya se había bebido cuatro.

La declinó educadamente, así que se la agenció para ella.

Abril seguía alucinada con la mansión, que le parecía de ensueño. Ahí Candela tenía que darle la razón. Le recordaba a ella, la primera vez que Günther la llevó a conocer a su familia.

Su padre estaba tomando una copa con Alber y a la joven seguía asombrándole lo mucho que habían congeniado. Era una suerte que el señor Von Ziegler dominara el español tan asombrosamente bien. Ya sabía de dónde le venía a Günther la facilidad con los idiomas.

Elliot había ido a recoger a Suzy, que estaba terminando de arreglarse.

En cuanto a los demás invitados y el párroco que oficiaría la ceremonia, no tardarían demasiado en llegar.

Candela ya estaba lista y se moría de ganas por ver a Günther, pero por supuesto no podría hacerlo hasta que la celebración comenzara. Los Von Ziegler eran muy tradicionales en ese sentido.

La emoción la invadió en oleadas ante la certeza de que en menos de una hora sería su esposa. Y no podía ser más feliz.

...

Había llegado el día.

Tomando una bocanada de aire, Günther se ajustó el nudo de corbata en su impecable traje de chaqueta.

A pesar de los nervios de acero que lo caracterizaban, debía admitir que la idea de pasar por el altar lo sacaba de su zona de confort.

Y es que era innegable la gran responsabilidad que dar un paso así conllevaba.

Pero, aun con todo y eso, estaba dispuesto a cumplir con lo que ello indicaba y por supuesto a hacer feliz a su futura mujer.

—A la tercera va la vencida, hermano —dijo Elliot, que acababa de llegar con Suzy, quien estaba guapísima en un vestido fucsia y se moría de ganas por ver a Candela, palmeándole la espalda. A su pesar, él tuvo que echarse a reír. Era cierto, puede que hubiera tenido dos tropiezos antes, pero si lo pensaba bien, había valido la pena porque lo habían llevado hasta aquel momento.

—Así es. Enseguida te tocará a ti dar el paso —comentó, viendo lo acaramelada que estaba la pareja. Y ante la mera mención, su hermano se puso colorado como un tomate y Suzy se rio, pero se notaba que el simple hecho de imaginarlo la emocionaba.

Era un regalo que todos pudieran estar tan felices después de lo que había pasado y lo agradecía cada día. Antes nunca supo valorar lo que tenía, pero eso cambió cuando la conoció.

Las mujeres empezaron a congregarse en el jardín con los invitados. El único que se quedó dentro fue el padre de Candela, claro. Tenía que acompañarla hasta el altar.

—Enhorabuena, novio.

Era Savannah, que iba acompañada de Karl. Pero él no se mantenía como siempre unos pasos por detrás de ella, sino que los dos estaban tomados del brazo y… ya no escondían lo que sentían. Al fin habían admitido sus sentimientos para que el mundo entero fuera testigo de su amor y él se alegraba mucho por su amiga. Por ambos, pues el favor que le hizo el guardaespaldas con la sabandija de Doménech nunca lo olvidaría.

Erika y Frederick estaban donde merecían: entre rejas. Y pasarían una buena temporada a la sombra.

—Gracias. Hacéis buena pareja, ya era hora —comentó, silbando.

Karl asintió ligeramente a modo de agradecimiento. Sus facciones parecieron así un poco humanas. Era increíble la manera en que podía ser como un robot todo el tiempo.

Su amiga, en cambio, lo abrazó.

—Parece que Candela y tú nos habéis dado un empujoncito a todos. Me da a mí que de esta fiesta van a salir muchas parejas —repuso, divertida.

Günther siguió la dirección de su mirada y se encontró, para sorpresa de nadie, a Max coqueteando con una Abril más que encandilada con él.

—Soy Maximilian Von Rosenthal, pero tú puedes llamarme Max, preciosa.

—Encantada, Max, yo soy Abril.

—Desde ahora, abril va a ser mi mes favorito. —Le soltó el muy descarado, dándole dos besos a la manera del saludo español.

Günther puso los ojos en blanco, pero su expresión cambió cuando la vio. Todo a su alrededor se desvaneció y solo quedó ella. Llevaba un vestido blanco de satén con una cola kilométrica, digna de una princesa. El pelo se lo había dejado suelto y le caía en ondas hasta el final de la espalda, lo llevaba adornado con pequeñas flores que solo le daban un aspecto más angelical a su rostro en forma de corazón.

Sonreía orgullosa y contenta del brazo de su padre, quien estaba visiblemente emocionado mientras la llevaba hasta él.

El corazón le latió muy rápido en el pecho. Había soñado incontables veces con aquel momento, pero ninguno de ellos le hacía justicia. La realidad los superaba con creces.

Y fue entonces cuando entendió por qué había pasado todos aquellos años sintiéndose incompleto: le faltaba ella.

Su esposa.

Su ángel.

La mujer que le cambió la vida y lo hizo ser mejor persona.

Suya.

Para siempre.

EXTRA

Tres años después.

—¡Mami, mi hermano está haciendo trampas!

Candela sonrió con ternura al ver a su pequeño correr hacia ella con las mejillas sonrosadas y el puño cerrado mientras su gemelo lo seguía, para acusarlo de lo mismo.

—No es verdad, ha empezado él. —Se defendió, con la respiración acelerada por la carrera.

A sus dos años recién cumplidos ya eran unos terremotos incansables.

—Niños, más despacio, no os vayáis a caer. —Los previno, compartiendo una mirada con Günther, que bebía una cerveza mientras charlaba con Elliot y Max.

Estaban esperando a que se hiciera la barbacoa y a que terminaran de llegar los invitados, pues aquel día era muy especial; celebraban el segundo cumpleaños de sus hijos, Bastian y Erich.

—Haced caso a vuestra madre —advirtió, al verlos discutir todavía por alguna de sus muchas riñas infantiles.

—Cada día se parecen más a ti —le dijo su esposa y como cada vez que lo hacía, no solo ella, sino también su madre y la abuela, que estaba loca con los pequeños, Günther sintió una chispa de calidez en el pecho.

Eran sus niños y los adoraba, como también a su preciosa mujer. Estaban formando su familia, que pronto se agrandaría con la llegada de una mini Candela —como le gustaba llamarla a él—, pues ella estaba embarazada de seis meses y ya le costaba moverse, así que estaba guardando reposo.

Günther posó una mano sobre su barriga encinta, acariciando a la pequeña.

—Y estoy seguro que la niña que viene en camino será igual a ti —aseguró, besándola con devoción.

—¡Venid aquí, pequeños diablillos! —Oyeron que les decía Elliot a los gemelos, que de inmediato salieron corriendo para que no los atrapara, entre risas de júbilo.

Max no tardó en unírseles y Suzy tuvo que pedirles que bajaran la voz, porque Mariana —su hija de ocho meses— dormitaba en sus brazos.

Su marido culpó a Max y este a su vez a Elliot, provocando que Abril pusiera los ojos en blanco por las tonterías de su novio. Max y ella llevaban saliendo casi un año y en opinión de Candela mucho habían tardado, porque lo suyo fue un flechazo en toda regla. Pero hacían una pareja estupenda y no podía estar más feliz por su amiga, que se había mudado a Múnich hacía pocos meses.

Su familia, por su parte, la visitaba cada vez que podía. Allí estaban todos reunidos a la mesa. Pablo, el hijo de Pilar y Jorge, jugaba con los gemelos y se quejaba porque estaba seguro de que hablaban en alemán cada vez que se ponían de acuerdo para hacer trampas.

Candela le limpió un poco de barro de las mejillas a Bastian, que se había caído y estaba molesto. Le dio un beso en la frente y lo abrazó.

—No siempre se puede ganar, cariño. Solo es un juego, ¿vale? —le dijo Candela, para que lo tuviera presente.

El pequeño se apartó de la cara su fino cabello rubio como el oro y asintió con seriedad.

—Yo también quiero un beso —gritó Erich, que llegó trotando y se le arrojó a los brazos a su madre, quien se echó a reír y lo llenó de mimos.

—¿Qué os tengo dicho de las peleas? Si volvéis a empujaros se acaba el juego. —Los regañó Günther, que normalmente era el que solía ponerse más serio con ellos para educarlos, aunque Candela también lo hacía.

Los dos niños bajaron la cabeza y pusieron cara de no haber roto un plato.

—Perdón, papi —musitaron los dos, a coro, y saltaron sobre él para abrazarlo.

Günther los estrechó contra sí en ademán protector. Sentía que estaban creciendo demasiado rápido y aunque sabía que así era como debía ser le parecía que fue ayer cuando nacieron —con tan solo doce segundos de diferencia, las mejillas sonrosadas y ese pelo rubio brillante; se asemejaban a dos muñecos de porcelana— y él los sostuvo entre sus brazos por primera vez, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo por tener esa preciosa familia.

—¿Dónde demonios se ha metido Marcello? Me muero de hambre —se quejó Elliot, al tiempo en que acariciaba el sedoso pelo castaño de su hija, que empezaba a despertarse… seguramente también estaría hambrienta.

—Ya debe estar al caer. Y por fin podremos conocer a su novia —chismorreó Max, que llevaba meses dándole la lata para que se la presentara.

Günther asintió, con una sonrisa divertida, viendo a los gemelos alejarse para seguir jugando. Sus abuelos maternos se les unieron y en cuanto a los paternos… bueno, algunas cosas nunca cambiaban.

—Albert, por amor a Dios, ¿quieres dejar tu teléfono un rato? Estamos en familia —lo reprendió Elise, pero su esposo estaba inusualmente dicharachero para lo que solía ser su talante habitual.

—Créeme querida, esta noticia lo vale —le dijo, despertando la curiosidad de todos los presentes, especialmente de la abuela Ingrid. La mujer dejó a un lado su copa de brandy para apremiar a su hijo a que desembuchara.

—Vamos, ¿a qué estás esperando? Suéltalo de una vez. Este hijo mío… —espetó.

—Abuela, no deberías beber tanto. Sabes que el médico te recomendó… —empezó a decir Elliot, preocupado. Y es que lo que nadie excepto la familia sabía, y tuvieron que transcurrir varios meses para que ella se animara a contarlo, era que la matriarca había superado hacía poco un cáncer bastante agresivo. Ese fue el motivo por el que tomó la decisión de regresar a Múnich, para estar con la familia de la que se había alejado sin darse cuenta.

Comprendió que la vida era demasiado efímera y valiosa como para perder el tiempo con enfados tontos o dejándose llevar por el orgullo.

Y eso fue lo que intentó transmitirles a su hijo, su nuera y sobre todo a sus nietos.

—No te preocupes, chico. Estoy fuerte como un roble. —Lo tranquilizó. Pero aflojó el ritmo.

Al fin, Albert decidió compartir con ellos la noticia que estaba leyendo. Y resultó que tenía razón; valía la pena cada segundo.

«Empresas Doménech en bancarrota; el escándalo que sacude al mundo de los negocios».

Empresas Doménech anuncia el quiebre definitivo del corporativo, no han sido capaces de levantar cabeza tras la escandalosa detención de su CEO.

A Candela no le pasó desapercibido el hecho de que tanto los hermanos como Max compartían miradas cómplices.

—¿Has tenido algo que ver en esto? —le preguntó, por lo bajo, aunque ya conocía de sobra la respuesta.

—Se atrevió a atentar contra ti y a chantajearte, ¿de verdad pensaste que no le arruinaría la vida? Si he tardado tanto es porque ya sabes lo que dicen de la venganza…

—Es un plato que se sirve frío —completó ella, besándolo en los labios con deleite.

Normalmente ella estaba en contra de todos esos sentimientos corrosivos, pero ¿en el caso de Frederick? Se lo merecía.

—Eso, que se joda ese imbécil. —Soltó Abril y enseguida, al percatarse de que había niños cerca, se tapó la boca con la mano. Misma que Max quitó para robarle un beso que la calló como más le gustaba.

Elliot y Suzy también habían juntado sus labios, acaramelados.

Y entonces llegó Marcello y los pequeños echaron a correr hacia él al ver la bolsa llena de regalos que traía.

—¡¡Tío Marcello!!

Los gemelos lo llamaban así de cariño, tanto al doctor como a Max, que ya empezaba a ponerse celoso.

—Feliz cumpleaños, diablillos —exclamó el italiano, cogiéndolos a los dos en brazos cuando se le engancharon en una pierna y casi lo tiraron al suelo.

Todos se rieron. Incluso la preciosa joven de rostro angelical y cabello castaño que lo acompañaba y que debía de ser su novia.

—Justo a tiempo, la cena ya está lista —anunció Jorge, que se estaba encargando de supervisar la barbacoa para que no se quemara.

—¿Qué se dice, chicos? —Recordó Candela, al ver que los niños estaban demasiado entusiasmados abriendo sus regalos y se les habían olvidado los modales.

—Graciaaas. —Canturrearon los dos, tan felices. Marcello les acarició el pelo a ambos y los dejó en el suelo para que siguieran abriendo sus juguetes.

—No hacía falta —empezó a decir Candela, pero el doctor no quería ni oír hablar de eso.

—Claro que sí. Gracias por invitarme, ella es Fiorella… mi mujer.

Cuando dijo aquello, todos los presentes enmudecieron de sorpresa. Aquello sí que no se lo esperaban. La aludida enrojeció ligeramente, pero enseguida se sintió bienvenida cuando todas las mujeres acudieron a felicitarla, mientras los hombres hacían lo mismo con Marcello, y claro, sus amigos le sonsacaban.

—Ella tiene un restaurante en Toscana y nos conocimos por casualidad una noche que fui allí a cenar con unos clientes, ya os contaré toda la historia. Pero fue amor a primera vista —les estaba contando y entonces ella, que conversaba con Candela, desvió la vista un segundo y le dedicó una sonrisa preciosa.

—Me alegro mucho por ti. Hacéis una bonita pareja —aseguró Günther, propinándole una palmada en la espalda.

—Sí, pero que sepas que me ha dolido que no me invitaras a la boda. —Soltó la pulla Max y Abril le dio un codazo. Pero él permaneció muy ufano.

—Fue algo improvisado, Max. Solo asistió la familia. Pero ya lo celebraremos, tranquilo —le prometió y los ojos del rubio se iluminaron.

Todos se sentaron a la mesa y se empezó a repartir la cena. Compartieron una agradable velada entre risas, anécdotas y cotilleos para ponerse al día.

Luego llegó el momento de sacar la tarta y le cantaron el cumpleaños feliz a los gemelos, que se lo estaban pasando en grande.

Entonces Candela sintió que su pequeña se movía y le daba una pequeña patada. Con lágrimas de felicidad en los ojos, susurró el nombre de Günther y se lo dijo, guiando su mano grande y firme hasta colocarla sobre su barriga, para que él también lo sintiera.

Y al cabo de un rato, lo hizo. Su pequeña también estaba contenta y eso lo hizo tragar saliva, sin poder contener el nudo de emoción que sentía en el pecho.

Había tenido que sufrir bastante, llevándose algunas decepciones y teniendo que recomponer su corazón roto en el proceso, pero al final todo ese sacrificio había valido la pena, porque no solo lo había convertido en una mejor persona, sino también en esposo y padre.

Tenía una familia numerosa a la que adoraba —y no hablaba solo de los miembros de sangre, sino también de sus amigos— y que crecía año tras año. Y una mujer maravillosa que pronto le daría su tercer hijo. Una niña que sería tan guapa y tan buena como su madre.

¿Acaso podía pedirle a la vida algo más?

Absolutamente no.

Porque ya tenía todo lo que quería y más.